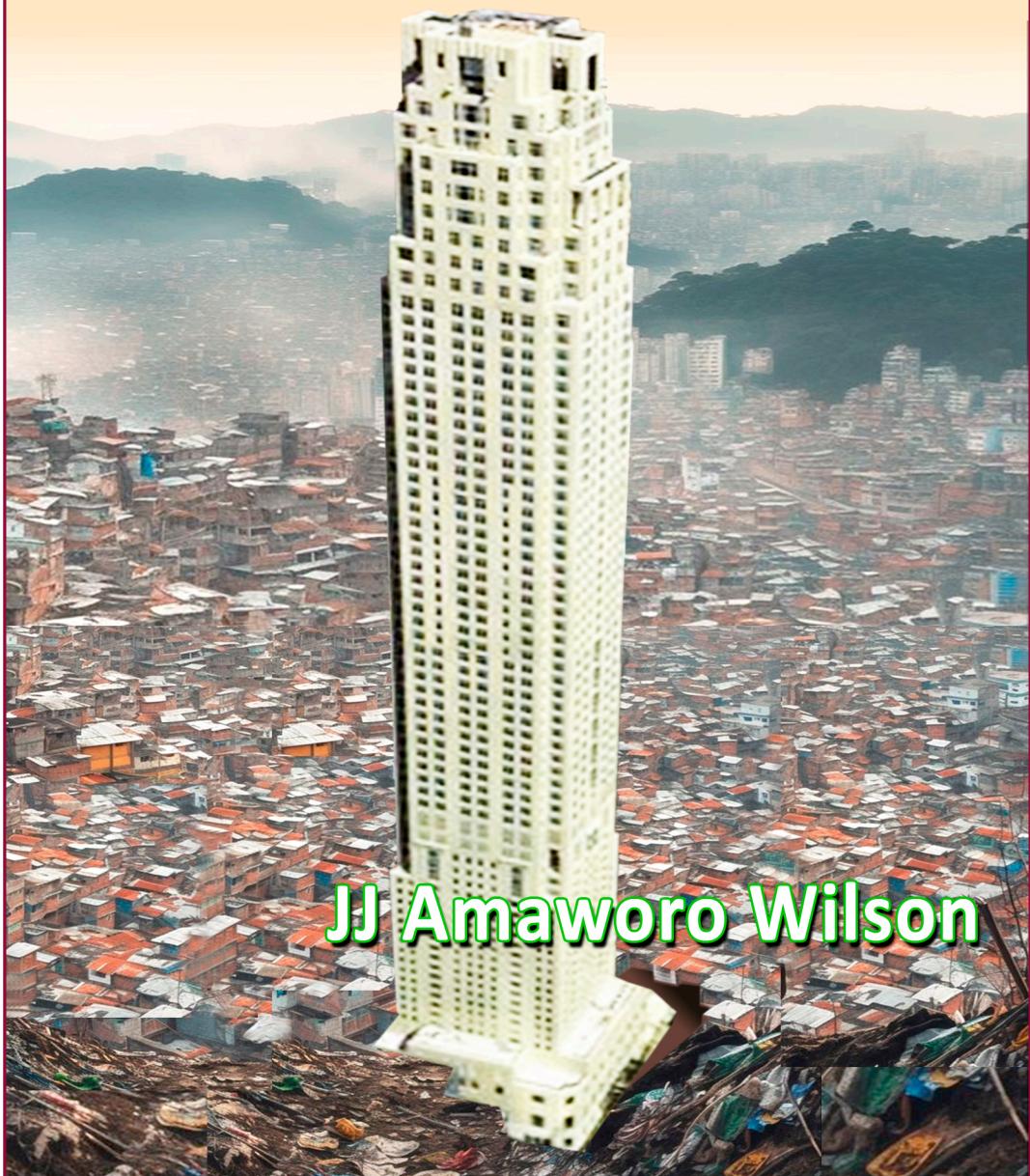


DAMNIFICADOS



JJ Amaworo Wilson

Damnificados está basada en la okupación de un rascacielos a medio terminar en Caracas, la Torre de David.

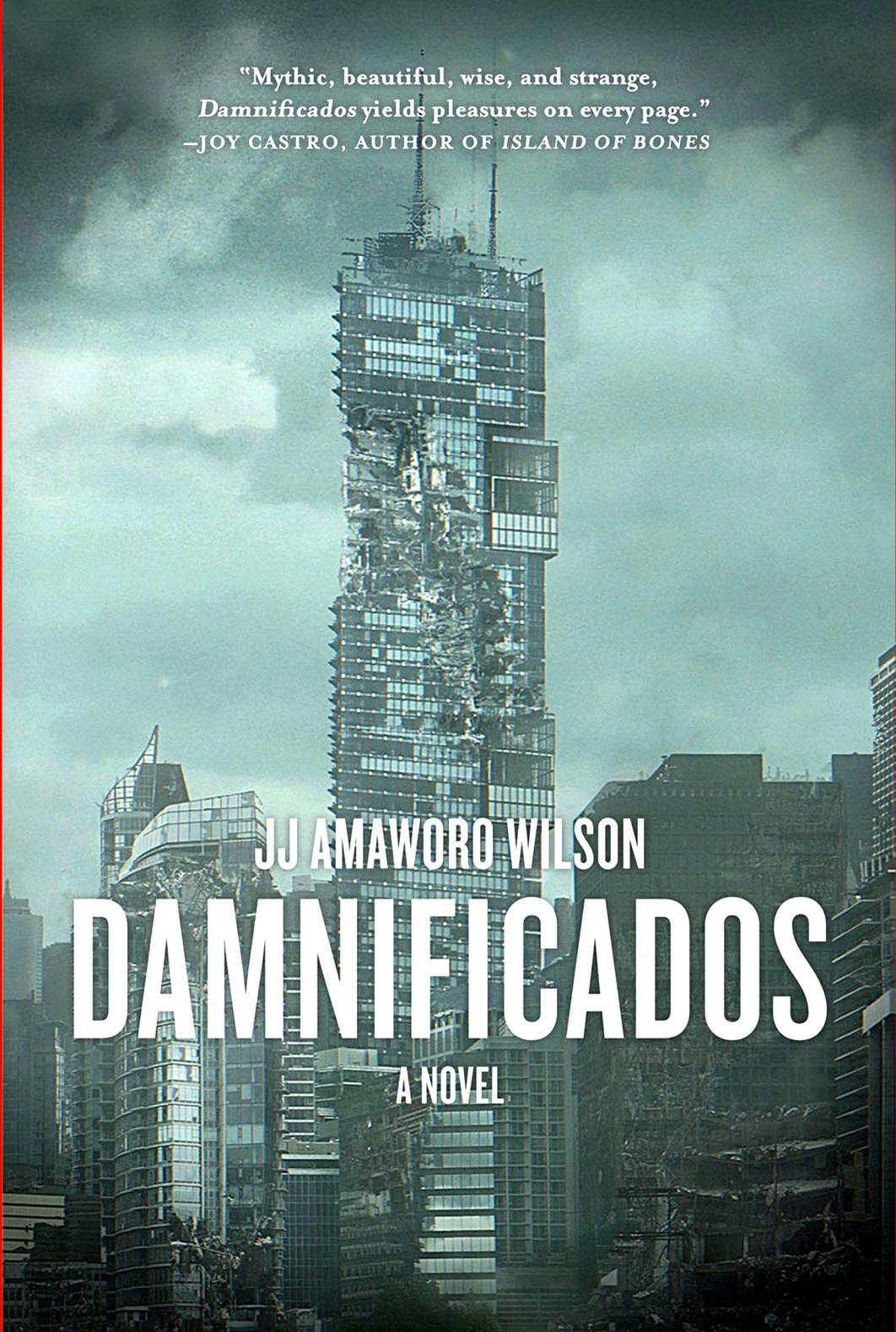
En esta versión ficticia, seiscientos “damnificados” (vagabundos e inadaptados) toman posesión de una torre urbana abandonada y crean una comunidad.

La novela, que transcurre en un país sin nombre y en un momento no especificado, tiene elementos de realismo mágico.

JJ Amaworo Wilson es un escritor fantástico con una historia que te atrapa por el cuello y nunca te suelta. Bestias de dos cabezas, diluvios bíblicos, libélulas al rescate... el realismo mágico se entrelaza con esta lucha auténtica y convincente de hombres y mujeres –los damnificados– por construir un hogar para sí mismos contra todo pronóstico.

–Sharman Apt Russell

**"Mythic, beautiful, wise, and strange,
Damnificados yields pleasures on every page."**
—JOY CASTRO, AUTHOR OF *ISLAND OF BONES*



JJ AMAWORO WILSON
DAMNIFICADOS
A NOVEL

JJ Amaworo Wilson

DAMNIFICADOS

Título original: *Damnificados*

Año de publicación: 2016

Cubierta original: John Yates/Stealworks.com

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

Para David Henry Wilson

y en memoria de Elizabeth Ayo Wilson

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. El rascacielos
- II. Los fuegos de la noche
- III. Nacho Morales
- IV. Décadas antes
- V. Las lluvias llegan tarde
- VI. La lluvia cae a ráfagas
- VII. Emil lanza una cuerda
- VIII. Emil finalmente
- IX. Lentamente la vida vuelve
- X. El lunes después
- XI. A la mañana siguiente
- XII. Los damnificados deciden
- XIII. Nacho reflexiona
- XIV. A las puertas de la ciudad

- XV. Se dijo que la tercera guerra
- XVI. Las noticias viajan rápido
- XVII. Por la mañana
- XVIII. A medida que se acerca
- XIX. Cuando Nacho despierta
- XX. Shivarov
- XXI. La cuarta guerra de la basura
- XXII. Nacho está sentado
- XXIII. Nacho está despierto
- XXIV. Una noche caliente
- XXV. Con Emil a su lado
- XXVI. A un día de la invasión
- XXVII. Por una vez amanece
- XXVIII. El pequeño lisiado

Comentarios sobre *Damnificados*

Acerca del autor

*Será mejor que consigas un hogar en esa roca, ¿no lo ves?
Será mejor que consigas un hogar en esa roca, ¿no lo ves?
Entre la tierra y el cielo, pensé que oí el grito de mi salvador
Será mejor que consigas un hogar en esa roca, ¿no lo ves?*

*Dios le dio a Noé la señal del arco iris, ¿no lo ves?
Dios le dio a Noé la señal del arco iris, ¿no lo ves?
Dios le dio a Noé la señal del arco iris: la próxima vez no
más agua sino fuego
Será mejor que consigas un hogar en esa roca, ¿no lo ves?*

*Pobre hombre Lázaro, pobre como yo, ¿no lo ves?
Pobre hombre Lázaro, pobre como yo, ¿no lo ves?
Pobre Lázaro, pobre como yo, cuando murió tenía un hogar
en lo alto
Será mejor que consigas un hogar en esa roca, ¿no lo ves?*

*El rico Dives vivía muy bien, ¿no lo ves?
El rico Dives vivía muy bien, ¿no lo ves?
El hombre rico Dives vivió tan bien que cuando murió tenía
un hogar en el infierno
Será mejor que consigas un hogar en esa roca, ¿no lo ves?*

Espirital negro

*Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la
tierra.*

Mateo 5:5

Capítulo I

El rascacielos era el tercer edificio más alto de la ciudad y desde el piso más alto se podían ver los lomos de los pájaros planeando en el aire. Una bochornosa tarde de agosto, Rolo Torres intentó saltar en paracaídas desde el piso cincuenta. El paracaídas permaneció cerrado y aterrizó de cara en un montón de basura.

“Al menos no tenemos que cavar un hoyo para enterrar este tonto”, dijo el alcalde.

El edificio había permanecido vacío durante una década, lleno de agujeros de bala, con la pintura pelándose al sol, descascarándose como una capa de piel, y un grupo de artistas del graffiti había escrito sus mensajes en dibujos en la parte trasera del edificio: *libertad, torre de mierda, cojones, viva la revolución*, y un fresco de soldados en silueta marchando al infierno.

Rodeado como estaba de edificios bajos, el monolito adquirió el aura de un matón. Con sus seiscientos ojos observaba el mundo y su sombra se movía como las manecillas de un reloj, ocultando durante minutos las bodegas, los páramos y las casas de bloques de cemento que lo rodeaban. Durante esa década, los cristales se habían caído de las ventanas o habían sido destrozados por pájaros y murciélagos hasta que los ojos del edificio quedaron huecos. Y, una vez que los cristales habían desaparecido, el viento lanzaba sus silbidos fantasmales alrededor y a través del cuello del rascacielos, entrando y saliendo de sus arterias y silbando por sus pulmones.

Algunos días de invierno el edificio se balanceaba como un bailarín. Y cuando lo hacía, el alcalde, encaramado en un balcón sesenta pisos más arriba, gritaba: “¡Se va a caer!” y su esposa le decía que se callara de una vez porque él era el alcalde y se suponía que era un líder, pero estaba amarillo como un limón y él lo sabía y su esposa lo sabía y sus hijos lo sabían y cuando murió fue con el gemido de un perro herido y se ensuciaron los pantalones delante de sus enemigos, que al final eran todos, incluida su esposa.

Y son estos mismos damnificados, veinte años después, los que salen de la oscuridad una cálida medianoche, un ejército desgreñado de barbas y mugre, en dirección a la torre. Vienen de Agua Suja y Minhas y Fellahin y Bordello. Vienen

de Sanguinosa y Blutig y Oameni Morti, ciudades de cartón y barrios marginales en las colinas, donde la lluvia forma ríos de barro, donde las casas se deslizan. Y arrastran cestas deshilachadas y bolsas de polietileno, mantas manchadas de hollín, abrigos de crinolina y piel sintética. Una mujer de unos cincuenta años guía una carretilla que empuja un perro de tres patas. Y de un rincón sale un tullido llamado Nacho, levantando su cuerpo demacrado sobre muletas vendadas, sus ojos rápidos escudriñando las calles en busca de problemas. ¡Krunk! ¡Problemas! Un chino de doscientos kilos emerge por un agujero en una pared, derribando con el pie los ladrillos a patadas. Otro damnificado. Mira a ambos lados y coloca un palo de madera sobre su hombro lleno de cicatrices.

Algunos de los damnificados se han envuelto el rostro en telas, como leprosos, de las que sólo se ven los ojos, y sus pasos son acolchados como los de una pantera, porque muchos no tienen zapatos para caminar, sólo trapos que les atan los pies. Y otros se mueven descalzos, encorvados y furtivos, de dos en dos, moviéndose entre las sombras en busca de seguridad.

Lenta y silenciosamente convergen hacia el bloque de pisos. Y un gato los espía desde su techo de chapa ondulada, entorna los ojos y ronronea en señal de aprobación. No hay nada como un alboroto de medianoche para despertar a un gato. La música distante de las sirenas se va apagando cada

vez más y, luego, no se oye más que el correteo de los ratones sobre la piedra.

El silencio se rompe con el rugido de un autobús que gira en una esquina. Una gran bocanada de humo sale del tubo de escape y luego el autobús se detiene con una convulsión y salen dos adolescentes sucios y flacuchos, rubios, fibrosos, copias exactas el uno del otro, cada uno saltando el último escalón. Damnificados gemelos, hombres del ejército del espantapájaros.

“¿Dónde está ese cabrón enorme?”, dice uno.

“¿La torre o el chino?”, pregunta el otro.

“Der Turm (la torre). ¿Quién es el chino?”

“Lo reconocerás cuando lo veas. Es enorme. Una vez mató a un buey”.

“¿Quién no ha matado un buey?”

“Lo estranguló con sus propias manos”.

Nacho, el tullido, dobla una esquina, ve el monolito y se detiene, pensando que esto es tal como se predijo hace tantos años en Zerbera. Siente a los damnificados a su alrededor, oye su respiración, reconoce los olores: una antología almizclada de comida vieja, sudor, orina, basura. Re-conoce. Vuelve a saber, porque ha soñado con este

tiempo y este lugar. Cruza la calle a paso lento, saliendo de la sombra. Cruza la calle con las muletas de madera bajo los brazos, arrastrando la pierna coja. Sabe que es el primero y tiene que ser el primero. Pasa por un portal donde estaba inscrito en una placa la palabra Torre de Torres hasta que los grafiteros la cincelaron hasta dejarla como *rey de reyes*¹. Rey de reyes.

Y una vez que Nacho pasa el cartel, los demás le siguen, primero el chino, luego los gemelos.

“Es él. Es un oso”.

“Es un elefante.”

“Es un chino.”

“Es un oso.”

Luego, la mujer con el perro en la carretilla. La rueda chirría. Maldice al mundo por su mala suerte. Carretilla rota, perro roto. Duerme, arrullado por el viaje desde Sanguinosa, con la cabeza larga y pálida inclinada hacia un lado.

Los damnificados cruzan la calle. Están preparados. Miran hacia arriba, al imponente monolito. Babel en negro. Hormigón veteado. Un hogar lejos del hogar. Lo rodean,

1 En castellano en el original. En adelante las palabras en castellano, se dejarán en cursiva.

apiñados. Esperan. Se miran entre sí. En algún lugar, un reloj da las doce.

“¿Y ahora qué?”

“Esperaremos a Nacho. Él dará la orden”.

Nacho se acerca. La puerta está precintada, con una maraña de maderas clavadas con clavos. Hace un gesto al chino y le dice algo en voz baja. El chino se acerca a la puerta y agarra su garrote con las dos manos. Da un golpe y una tabla explota con un crujido como el de un disparo. Los clavos saltan. Con una última patada, la tabla se derrumba. Se oye un pequeño grito de alegría.

Una voz de mujer: “Ahora es nuestro”.

Nacho alcanza a su ejército de damnificados. Se acercan a la puerta y entonces lo oyen. Se detienen. Al principio es un gemido, pero luego baja una octava y luego otra hasta convertirse en un pequeño gruñido. Nadie se mueve. El gruñido vuelve a sonar. En la puerta, en la oscuridad, una forma cambia.

“Es un perro.”

“Es salvaje.”

Distinguen movimientos en la penumbra. La criatura empieza a caminar por el atrio polvoriento que hay detrás

de la puerta. Vuelve a gruñir bajo. Avanza. Entonces un rayo de luz de luna rompe la oscuridad y se centra en las tablas astilladas mientras el animal se acerca y muestra los colmillos. Los damnificados se quedan mirando. Algo va mal. Una violación de la naturaleza. La bestia tiene dos cabezas.

Se oye un jadeo y todos retroceden. Decenas de personas se persignan y empiezan a rezar. Una mujer le tapa los ojos a su hijo. El chino, que respira con dificultad por haber roto la puerta, deja de jadear y se queda mirando con una mirada fantasmal.

El animal emite un aullido sobrenatural desde su doble garganta, con las dos bocas abiertas y dos hileras de colmillos visibles en cada una. El grupo no se mueve. La luna se esconde tras un velo de nubes y arroja un manto de oscuridad sobre todos ellos.

Uno de los damnificados se vuelve hacia Nacho.

“Es una señal de Dios. No podemos entrar”.

Otro: “¿Dios? Esa cosa vino del infierno. Necesitamos un sacerdote”.

Un hombre con un impermeable manchado de negro por el aceite se da vuelta y mira a su alrededor. “No necesitamos un cura. Necesitamos un arma. Matémoslo”.

El animal vuelve a aullar en la noche, con las mandíbulas alzadas. La bestia es sarnosa pero fuerte. Sus cabezas se mueven al unísono, emanando del mismo cuello corto y fibroso.

Raincoat le dice al chino: “Golpéalo. Golpéalo. Haz que muera”.

El chino no se mueve.

La mujer con la carretilla dice: “Nosotros no matamos a los animales. Ellos son nosotros”.

“No tenemos otra opción”, dice Raincoat. “¿Cómo entramos a la torre?”

“¿A eso le llamas perro?”, dice otro.

Nacho avanza, mira a la bestia con los ojos entrecerrados y susurra: “Tienes razón. No es un perro. Es un lobo”.

“No puede ser un lobo”, dice Wheelbarrow. “Los lobos no viven en las ciudades”.

—Éste sí —dice Nacho.

Raincoat se vuelve hacia Nacho. “Entonces es un lobo. Entonces lo matamos”.

Nacho dice: “No es *eso*. Son *ellos*. Hay más”.

“¿Cómo lo sabes?”

Detrás del lobo hay movimiento, una reunión.

“Porque estaba pidiendo ayuda.”

Una docena de lobos más aparecen a la vista. Tienen una sola cabeza, son elegantes, tienen las orejas erguidas y una mirada fría. Miran al ejército mientras el ejército los mira a ellos.

“Tenemos armas”, dice uno de los damnificados. “Podemos hacer disparos de advertencia”.

Nacho sacude su despeinada cabeza. “Si disparas un arma, se desata el infierno. Nos desgarrarán la garganta”.

“Tenemos que tomar el edificio. Matémoslos”, dice Raincoat. “Luego los asaremos”.

Nadie se mueve. El lobo de dos cabezas mira fijamente a Nacho. Nacho se da la vuelta y habla.

“Haced hogueras. Hay escombros por todas partes, madera y papel. Haced una hoguera cada diez metros alrededor de la torre. ¿Dónde están los gemelos?”

Hans y Dieter siguen adelante.

—Venid conmigo. Necesitamos la camioneta de vuestro padre.

Alrededor de la torre hay un río de escombros, barro y periódicos, cajas de cartón convertidas en pulpa, cajones de madera destrozados. La mitad de los damnificados hacen guardia de cara a la puerta, con armas en la mano: navajas, navajas de bolsillo con cuello de cobra, rifles de la Segunda Guerra Mundial, pistolas que parecen pistolas de agua, garrotes, trozos de metal, palos, piedras, botellas. La otra mitad camina entre la basura y selecciona los materiales inflamables. Los niños se agachan, con la cabeza inclinada, explorando con los dedos. Una mujer de un barrio de chabolas llamado Mundanzas se baja el velo y le dice a Wheelbarrow:

—¿Por qué no bajas al perro y nos dejas usar esa carretilla para recoger leña?

“¿Por qué no metéis la leña donde no da el sol?”

En grupos hacen montones de escombros. Un hombre encuentra una lata de queroseno y se acerca a cada montón y vierte un poco. En su miedo, siguen mirando la puerta donde los lobos se arremolinan y se mezclan. Entonces los damnificados encienden los montones con cerillas y encendedores. Pronto hay un círculo de pequeñas hogueras que rodean la torre, y los lobos se retiran a las sombras, y algunos de los ancianos recuerdan la leyenda de *Las Bestias de la Luz Perpetua*, de una época anterior a que se erigieran torres de sesenta pisos en el corazón de la ciudad.

Pasa una hora. Los niños se esconden detrás de las piernas de sus padres, se asoman y desaparecen de nuevo, y los damnificados permanecen de pie, sentados o en cucillas, esperando, mientras las llamas los convierten en héroes, como siempre hacen. Su suciedad desaparece a la luz de las llamas, sus harapos también. Y su hambre. A la luz parpadeante y crepitante, se convierten en guerreros antiguos, inmóviles como dioses de mármol.

Un camión de plataforma se detiene y Nacho y los gemelos se bajan de la cabina. Hans lleva una pesada bolsa de plástico. La coloca sobre una mesa improvisada de madera contrachapada y Nacho saca un mortero y una bolsa más pequeña. Él y Dieter comienzan a triturar pastillas blancas. Hans saca delgadas rebanadas de carne del tamaño de la mano de un hombre de la bolsa más grande y con los dedos introducen el polvo en la carne, amasándola, doblando y desdoblando el filete crudo.

Cuando terminan, Dieter y Hans llevan la carne en montones hacia la puerta del monolito. Arrojan los trozos a la puerta y el filete cae al suelo, ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!

Pasan diez minutos antes de que el primero de los lobos aparezca sigilosamente. Olfatea la carne, la acaricia con el hocico, levanta la cabeza. Una especie de ofrenda. Da una vuelta completa, un círculo lento, respirando con dificultad. De repente, inclina la cabeza hacia abajo. Desgarra la carne con sus incisivos y pronto los demás lobos lo siguen. Hans y

Dieter se miran. El último lobo en aparecer es la bestia de dos cabezas. Se lleva su parte.

Raincoat se vuelve hacia Nacho: “¿Qué es esto? ¿Hora de comer? Deberíamos matarlos, no alimentarlos”.

Los lobos han arrastrado la carne hacia la oscuridad y, mientras la destrozan, se oye un sonido de golpes y de garras raspando la piedra.

Nacho asiente hacia los gemelos.

Pasan treinta minutos. Los gemelos y el chino avanzan, a quince, diez, cinco pies de la puerta astillada. Silencio. Hans entra. Desaparece durante unos segundos y luego sale.

“Funcionó”, dice. “Están todos dormidos”.

—Bien —dice Nacho—. Entonces tenemos que actuar rápido. La droga sólo durará una o dos horas más.

Los gemelos y algunos de los otros entran con cautela, con el chino detrás blandiendo su garrote, y cargan a los lobos dormidos en la parte trasera del camión. Echan pajitas para el monstruo de dos cabezas y el chino pierde y toma al animal por la panza, de modo que las cabezas se arrastran a sus pies. Arroja a la bestia sobre la pila.

Hans y Dieter se suben al camión y Hans conduce. Continuará haciéndolo hasta llegar a las afueras de la ciudad,

donde los bosques son profundos y están empapados por la lluvia, donde un lobo puede esconderse y correr, vivir y morir.

Capítulo II

Los fuegos de la noche son ahora brasas. Los primeros rayos del sol forman una elipse en el horizonte y la luz que se avecina se difumina entre el humo y la niebla de la ciudad. Mientras el sol brilla sobre los barrios de chabolas de Slomljena Ruka, Fellahin, Dieux Morts, Sanguinosa, una explosión de luz convierte las colinas en un mosaico de espejos relucientes. El canto de los gallos y los aullidos cuajados de los perros perforan el silencio. En algún lugar gruñe un camión.

Los damnificados se están despertando. Han esperado toda la noche, han visto perros del infierno que resultaron ser lobos, se han calentado con fuego, han comido la comida que llevaban (patatas crudas, un poco de pan) y ahora es el momento de tomar la torre.

“Los lobos se han ido”, dice Nacho a una familia reunida. “Podemos entrar”.

Camina entre ellos, sus muletas dejando un rastro de puntos en el suelo.

“La torre es nuestra”, dice.

Nadie se mueve.

—Está maldita —dice una mujer. Se pone de pie. Tiene la frente sucia, surcada de arrugas, su rostro es un mapa callejero de Sanguinosa. Puede tener sesenta y cinco años, puede tener treinta. Nadie sabe la edad de un damnificado. Sus rostros son una colección de arrugas, valles, cráteres, estallidos inesperados de fealdad—. Esos animales son una señal de Dios. No podemos entrar.

Nacho se detiene, se alborota el pelo y la mira.

“Te entiendo”, dice.

“No, no lo sabes”, dice ella. “Hay cosas mundanas y cosas que no son mundanas. Cosas que no esperamos ver en esta Tierra. Dios las envía para advertirnos”.

“¿Y entonces qué hacemos?”, pregunta Nacho. “¿Volvemos a nuestras casas? ¿Llevamos a nuestras familias a nuestras casuchas, a nuestras chabolas de cartón bajo los puentes? ¿O le pedimos a Dios que nos deje entrar en este lugar maldito? Mira, ya sale el sol. Eso también es un acto de Dios. Amanece otro día”.

Nacho se para frente a ella mientras la luz comienza a teñir su rostro de amarillo, una máscara de líneas y huecos. “Dios nos trajo aquí también. Tal vez por alguna razón”.

Hans, que acaba de regresar del bosque, camina hacia Nacho y le dice: “Tienes que entrar. Nacho, ¿por qué no vas tú primero? Llévate al chino contigo”.

Y Nacho lo hace. El gigante y el tullido se mueven juntos, uno con paso de luchador, el otro cojeando sobre palos gastados por los gusanos.

“Está maldito”, se dice la mujer. “No podemos entrar”.

El chino vuelve a patear los restos de la puerta que destrozó, y las astillas se desprenden en una lluvia de polvo. Él y Nacho entran en el atrio, donde habían recogido a los lobos dormidos. A la luz del sol ven todo lo que estaba oculto por la noche: el suelo denso de basura, huesos, piedra desmoronada. El espacio es una pequeña caverna. A ambos lados, una escalera. Al fondo, un hueco de ascensor en desuso abierto. Montones de papeles podridos, moho trepando por las paredes.

Nacho y el chino suben por dos escaleras distintas. Las escaleras son bajas, gastadas. Nacho se esfuerza hasta el piso de arriba. Un pasillo. El chino aparece por el otro lado del edificio. Apartamentos pequeños. Diez en cada piso. Nacho ya está contando, calculando el número de

damnificados, quiénes irán a los pisos superiores y quiénes a los inferiores. Cómo alojar a alguien a cincuenta pisos en el cielo en un edificio con un ascensor averiado. Cómo resolver el enigma: los ancianos necesitan los pisos inferiores, pero son los pisos inferiores los que necesitarán a los guerreros porque es allí donde atacarán la torre.

Cómo utilizar sus contactos para que el agua vuelva a fluir por las tuberías oxidadas. Cómo construir una comunidad en esta tumba vertical.

Se abre paso hasta el atrio y está a punto de llamar a los damnificados cuando los ve entrar lentamente por las puertas, como zombis. Familias con niños dormidos sobre los hombros. Hombres con rastas tan viejos como Matusalén. Hombros encorvados, gente perdida en abrigos, bolsos y gorros de lana que no encajan con el calor de la mañana.

Y él piensa: “Esto es todo. Este es el comienzo”.

“Nunca dudes de lo que cien almas pueden hacer, dada la necesidad y el tiempo”. Don Felipe Holguín está de pie ante Nacho. Un sacerdote con sandalias. Sin afeitar, canoso. Es alto y encorvado, pero con la nariz del boxeador que alguna vez fue antes de escuchar la llamada de Jesús.

“Tenemos *seiscientas* almas”, dice Nacho.

Damnificados. Los más bajos de los bajos, que se alzan hasta las alturas del tercer edificio más alto de la ciudad. Sicarios. Hombres armados con cuchillos. Asesinos. Bandidos. De manos rápidas, mirada fría. Los impíos, los sin techo, liderados por los cojos. Nacho divide a los damnificados en grupos de seis, manteniendo unidas a las familias. Conoce a una cuarta parte de ellos por su nombre.

“Sólo los grupos pequeños pueden lograr algo”, le dice el sacerdote. “Si son más de ocho, se formarán facciones y todo se irá al infierno. Lo he visto suceder”.

Al principio, Nacho escribe las tareas en tres idiomas en grandes pizarrones. Barrer escombros, sacar basura, lavar pisos, tapar goteras, reconstruir paredes, matar alimañas. Ve la incomprendición y recuerda que la mayoría de los damnificados no saben leer. Habla con ellos, se entera de quién puede hacer qué. Encuentra entre ellos a un soldado, un ingeniero, un mecánico. Asigna líderes de tareas entre los grupos. Convoca a los líderes. Les dice lo que deben hacer y las herramientas que necesitarán para hacerlo. Regresan a sus grupos y lideran. Los más fuertes físicamente ascienden más alto en el edificio.

Envía una delegación a buscar escobas, cepillos, carretillas, martillos y clavos por donde puedan. Recorren los basureros, mendigan y piden prestado. Un grupo de mujeres

mayores instala parrillas afuera del edificio, donde cocinan maíz y plátano y las partes desechadas de pollos y cerdos. A otro grupo lo envía a explorar, para encontrar tierras en los alrededores donde puedan cultivar alimentos. Pequeñas parcelas.

“Nos convertiremos en agricultores”, dice. “Zanahorias, patatas, lo que crezca. Y árboles también. No hay sombra. Necesitamos árboles para que los ancianos se sienten bajo ellos. Y para atraer a los pájaros”.

“¿Para qué queremos pájaros? Nos robarán la comida”, dice Raincoat.

“Porque los pájaros cantan. Aquí no hay música”.

—Entonces formaremos un coro —dice el sacerdote.

El ingeniero instala un sistema de cuerdas y poleas para llevar herramientas, agua y comida a los pisos superiores, pero no hay cuerdas lo suficientemente largas para llegar más allá del décimo piso. Nacho consigue una motocicleta y luego hace que los gemelos coloquen tablones de madera en las escaleras exteriores que conducen a cada piso, subiendo en largas diagonales. Un exmilitar repara la motocicleta con neumáticos reforzados y ahora ruge por los tablones día y noche, cargada con mercancías.

Las habitaciones del monolito están llenas de escombros y basura. Cadáveres secos de escarabajos y cucarachas

salpican el suelo. Nacho entra en una habitación situada un piso más arriba, buscando su base, y se encuentra con los restos de inquilinos que se fueron hace tiempo: una silla que se cae a pedazos, una manta mohosa cubierta de piel de lobo, seis botellas de vino volcadas que ruedan suavemente y tintinean con la brisa que sopla a través del hueco sin ventanas de la pared. Mira por el agujero. Piensa: “Un piso más arriba, puedo ver la entrada y el camino que la gente cruzará para llegar aquí”. Pero algo le molesta en las líneas de visión. No puede ver el panorama general. Necesito estar más arriba, se dice a sí mismo. Pero entonces tendrá que subir las escaleras con mis muletas. Se esfuerza por subir otro piso, entra en una habitación donde una familia está barriendo. Le hacen un gesto con la cabeza y se disponen a marcharse.

—No, quedaos —dice.

Se acerca cojeando a la ventana rota y vuelve a mirar hacia la calle. Ahora el ángulo es mejor. Puede ver por encima de las tiendas y los vendedores ambulantes. Pero aún no está contento.

“¿Qué tienes en mente?”, pregunta el sacerdote.

“¿En qué habitación debería quedarme?”

“¿Por qué?”

“Necesito ver los alrededores.”

“¿Por qué?”

“Porque me gusta saber quién viene. Cuando se enteren de que hemos tomado el edificio, vendrán a por nosotros. Tarde o temprano”.

“¿Quiénes son *ellos*?”

“No lo sé. Las pandillas. La policía. El ejército. Los políticos. No lo sé, pero alguien vendrá por nosotros”.

—Nacho —le dice el cura—, ¿qué harás? ¿Quedarte despierto toda la noche, todas las noches, vigilando a los enemigos? Aquí tienes seiscientos pares de ojos. Ellos pueden vigilar. El mundo no tiene por qué recaer sobre tus hombros. Francamente, no tienes hombros para ello.

Así pues, Nacho se instala en una habitación del primer piso y le pide al ex militar que organice una guardia, una vigilancia de veinticuatro horas desde tres niveles por los cuatro costados: el piso sesenta, desde donde un vigilante puede ver a kilómetros de distancia, detectar un convoy o un tanque que se acerca media hora antes de que se abra paso entre el tráfico. Cuatro pares de ojos en todo momento, norte, sur, este y oeste. El piso treinta también tendrá cuatro vigilantes. Y el primer piso también, desde donde, sin necesidad de binoculares, los vigilantes pueden ver la expresión de la cara de un hombre que se acerca a la entrada, ya lleve un cuchillo o una bomba o una cesta de

fruta. Y, por supuesto, están los guardias de las entradas de la planta baja, los cuatro armados y cada uno con un walkie-talkie de niño recuperado de un vertedero.

La entrada principal pertenece al Chino. Allí se sienta inmóvil durante horas, con los brazos cruzados. Un carpintero de Blutig le fabrica una silla con objetos que encuentra en el edificio: grandes trozos de madera de una cómoda rota y los muelles recuperables de un colchón. El Chino tiene el don de la quietud. Un visitante podría pensar que está dormido porque su barbilla toca el pecho y bajo la amplia visera de la gorra de béisbol que a veces lleva, no se le ven los ojos. Pero, como Nacho, siempre está mirando.

Los montones de basura que hay fuera del edificio son los más resistentes de todos. Están habitados por colonias de ratas gigantes que se lanzan a través de la oscuridad de los túneles de basura. Algunas de las alimañas de segunda y tercera generación han mutado. Ahora pueden adaptarse al color de la basura, como los camaleones. Nacho convoca una reunión con sus líderes. Intentan una misión de caza, pero las ratas son demasiado rápidas. Prueban con veneno, pero las ratas se adaptan y se lo comen como si fuera pan. Cubren con cemento una sección del montón de basura para ver si funciona, pero las ratas roen el cemento y corretean por los pasillos por la noche, riéndose.

“Hay que quemarlos”, dice Nacho. “Ni las ratas sobreviven al fuego”.

Ya había visto incendios controlados antes, pero nunca en medio de una ciudad. Sabe que lo que importa es el viento y los cortes naturales donde se detendrá el incendio. Recorre el perímetro de la torre, calculando los ángulos y la longitud de los barrancos.

Un día tranquilo, poco después, les dice a los damnificados que se queden dentro y cubran las aberturas de las ventanas con tablas, mantas o cartón, lo que encuentren para evitar que entre el humo. Hace que el mecánico mezcle un bote de diésel y gasolina, moldea un soplete con una lata vieja de café y lo conecta a la moto. Uno de los gemelos enciende la mecha y recorre el perímetro, arrojando fuego sobre el montón de basura más grande. Mil ratas corren y los montones quedan arrasados.

A medida que la basura se carboniza y se convierte en cenizas, se elevan vapores tóxicos, velos negros que se enroscan en el cielo. Se enroscan hacia las aberturas de las ventanas del monolito, pero como estas están cubiertas, los vapores apenas entran. En cambio, se disipan, absorbidos por la extensión de niebla iluminada por el sol que cubre la ciudad.

El camión del padre de los gemelos se detiene, con brasas anaranjadas chisporroteando por todas partes. Hans sale de la cabina y, con otros dos hombres, empieza a descargar enormes sacos de la parte trasera del camión. El chino desata los sacos y cincuenta gatos salvajes salen disparados,

con los dientes como cuchillos. Siguen el rastro de las ratas que escapan, bajan por agujeros, suben por desagües y se adentran en todos los espacios oscuros donde podría esconderse una rata. Y cuando terminan, los gatos vuelven a desaparecer en los callejones y recovecos de la ciudad.

“¿De dónde sacaste esos gatos?”, pregunta el sacerdote.

Dieter lo mira. Nunca había hablado con un sacerdote antes.

“De la cazadora de gatos de Estrellas Negras. Le pagamos con una mesa y sillas. Dicen que es una bruja”.

“La bruja de Estrellas Negras. ¿Ella es real? dice el sacerdote.

“Apestaba a pis de gato y a zorillo. Hans casi vomitó”.

Mandan a buscar a Laloo. Sabe robar electricidad de las torres y de los generadores. Pero cuando llega está borracho, cantando para sí mismo, con los ojos enrojecidos. Los gemelos lo sostienen a ambos lados y lo dejan dormir en el atrio.

Se despierta. Nacho le da la bienvenida. Se vuelve a dormir.

Se despierta una hora después. Nacho le da un plato de comida y una copa de vino. Él ignora la comida.

“Necesitamos electricidad para este edificio”, dice Nacho.

Esa tarde, Laloo está subido a una escalera, con unas tenazas y unos alicates colgados del cinturón. Coloca el monolito sobre la rejilla, las lámparas zumban con fuerza, atrayendo a los mosquitos al anochecer, mientras la llamada a la oración se eleva desde una mezquita cercana. Más tarde, intenta sin éxito arreglar el ascensor, y le dice a Nacho que la cosa está estropeada para siempre.

El chino carga a Nacho sobre sus hombros y sube sesenta tramos de escaleras. Cuando llega arriba, jadea. Con el chino, el cura, los gemelos y Raincoat a su lado, Nacho mira hacia afuera. Ve la mitad de la ciudad, el horizonte atravesado por otras torres (hoteles y edificios de oficinas) y docenas de carteles publicitarios medio ocultos. Las calles están abarrotadas de taxis y un millón de automóviles, bicitaxis, autobuses amarillos que tocan salsa a todo volumen, humo de escape que sube hacia arriba, gente que se demora o corretea.

Mira hacia el terreno que rodea la torre, irregular, desigual, lleno de surcos como heridas, con manchas negras aún humeantes por el incendio que expulsó a las ratas.

“Esto era un páramo”, dice. “Hay montañas de basura enterradas bajo tierra. Pase lo que pase, no debemos volver a ver otro montón de basura. No aquí. Esta torre tiene que estar limpia por dentro y por fuera”.

Las familias se instalan. Las que tienen ancianos ocupan los pisos inferiores. Traen muebles, faroles, velas, todo lo que recuperan de los vertederos. Algunos tienen estufas y hasta refrigeradores. Hacen camas con palés y tablones reciclados. Los viejos sofás llegan del basurero de Minhas. Un hotel se incendia en Puertarota y los damnificados salen a las 3:00 a. m. a rescatar camas y armarios, los cargan en el camión del padre de los gemelos y se cuelgan de los costados mientras regresan a la torre.

Acechan los barrios ricos en busca de televisores abandonados y los recogen de las aceras. Laloo arregla todo lo eléctrico después de que Nacho le permitiera quedarse en una habitación en el sexto piso. Le tiemblan las manos, pero puede encontrar el camino entre los componentes eléctricos mientras duerme y durante semanas va de piso en piso arreglando todo a cambio de comida y vino.

Se desata un motín al sur de Agua Suja y, en medio del caos, seis hermanos consiguen rescatar un horno de pan, y lo llevan en procesión como si fuera un ataúd. Les lleva toda la noche llevarlo hasta la torre y, cuando llegan, sus manos y

hombros están sangrando. Al día siguiente lo instalan en el tercer piso y abren una panadería.

En el sexto piso, María Benedetti, una ex reina de belleza de Sanguinosa, monta un salón de belleza. Utiliza peines y cepillos robados, champú elaborado con jabón y leche de cabra y un secador de pelo que era de su madre. Una hilera de damnificadas, chicas acicaladas y enfurruñadas, se agolpan en el salón y pronto las mujeres de Favelada y Fellahin comienzan a venir a peinarse y María coloca un cartel en la calle que dice “Salón de belleza María Hare”. Nacho se pone cauteloso cuando se da cuenta de que las mujeres que lo visitan llegan por la tarde y no se van hasta la mañana. Le dice al cura: “Son prostitutas. Van al salón, se gastan el dinero en peinarse y recuperan el dinero sin siquiera salir de la torre”.

El cura dice: “¿Pero quién puede pagarles aquí? Esta torre está llena de damnificados. ¿Quién de ellos tiene dinero para mujeres?”

Lo que el cura no sabe es que en la torre viven personas trabajadoras. Muchos encuentran trabajo en fábricas, como guardias, conserjes, barrenderos y limpiadores. Nacho no hace nada con las putas, razonando que la libertad lo es todo, libertad para ganarse la vida, para tener una casa, para acostarse con putas.

Abre tres escuelas, una en el quinto, otra en el decimoquinto y otra en el vigésimo quinto piso. Encuentra pupitres y pizarrones viejos en un montón de chatarra y compra tizas. Detrás de las oficinas de una compañía de seguros en Amado dirige una redada en un basurero y encuentra media tonelada de papel usado. Lo mete en latas de dos metros y medio de una fábrica abandonada, las rocía con agua jabonosa y extiende la mezcla sobre enormes rodillos. Las hojas se cuelgan en los balcones del primero al décimo piso y cuando están secas, Nacho las corta en rectángulos con su brazo bueno. Ahora tienen papel. Mientras tanto, los gemelos roban bolígrafos y lápices de todos los bancos, negocios, oficinas de correos y bibliotecas en un radio de quince millas.

Al principio nadie asiste. Los niños están todos fuera ganando dinero. Limpian las ventanas de los coches, recogen cristales para reciclar, venden caramelos o paraguas en la temporada de lluvias, piden limosna, hacen malabares en los semáforos, hacen trucos de magia. Así que Nacho empieza con los padres en sesiones de una hora. Dibuja objetos en la pizarra y hace que ellos hagan lo mismo. Dibujan todo lo que es importante para ellos y lo nombran. Después lo escriben juntos en la pizarra, pronunciando las letras. NIÑOS. N.I.Ñ.O.S. Dicen lo que quieren para sus hijos. D.I.N.E.R.O., O.P.O.R.T.U.N.I.D.A.D., F.E.L.I.C.I.D.A.D. Y Nacho pregunta: ¿dónde están vuestros hijos ahora? En la calle. Limpiando coches. Mendigando. Y Nacho pregunta: ¿cómo conseguirán

dinero, oportunidades, felicidad? Y finalmente los padres encuentran el camino a la palabra E.D.U.C.A.C.I.Ó.N.

Nacho los lleva a pasear y ellos descifran las palabras en los carteles, comienzan a leer las palabras y el mundo. Escriben historias comunitarias en las pizarras, con Nacho haciendo de escriba. Sus historias familiares. Mitos y leyendas de sus pueblos. Cuentos que han oído a medias. Y cuando terminan, Nacho los pone en parejas y “leen” las historias juntos, descifrando las palabras.

Nacho trae cómics: superhéroes, hombres en mallas que salvan ciudades, chicas de seis metros con brazos de goma y super-visión, videntes y villanos. Unen las piezas de las historias, las vuelven a contar, encuentran el significado y escriben palabras a partir de los cuentos.

¿De dónde salió la torre? ¿Quién la construyó? ¿Cómo se llamaba? ¿Por qué? ¿Por qué estaba vacía? Escriben sus respuestas en un papel. ¿De dónde salieron los escritorios en los que estaban sentados? Pero antes de que el carpintero tomara su sierra para cortar la madera, ¿de dónde salió la madera? ¿Quién la trajo a la ciudad? ¿Cómo? ¿Por qué?

Y poco a poco empiezan a aparecer los hijos de los damnificados.

Capítulo III

Nacho Morales. Lisiado brazo y pierna izquierdos. Marginado. Inválido de nacimiento. Un lunar bajo el ojo derecho. Abandonado en la orilla de un río, envuelto en harapos. Sus padres dicen: “Morirá pronto”. El río apesta a excrementos humanos, atraviesa el barrio de chabolas de Agua Suja. La madre tiene doce años. El padre, dieciséis, vende droga. Un año después de dejar morir a Nacho, se entera de un trato con heroína importada, consigue una pistola y un pañuelo que se pone alrededor de la boca. Cree que es Billy el Niño. Salta de un andamio. Roba a su propia banda, la pistola es tan grande como su brazo. Se embolsa el dinero. Se da cuenta de que olvidó un plan de escape. Corre hasta el río donde abandonó a su hijo. La banda lo sigue. Lo mata a tiros. Recupera el dinero. Lo hace rodar hasta el río. Flota hasta Blutig. El viaje más largo que ha hecho nunca. Hinchado y apesado como un pescado cuando un anzuelo lo arrastra a la orilla.

Y también Nacho, un año antes, es arrastrado por el anzuelo de un desconocido: Samuel, un vagabundo de Favelada, profesor de día.

“¿Qué tenemos aquí?”, dice y recoge el paquete. “Hola, pequeño pez”.

Cara entrecerrada, rasgos arrugados, pequeño renacuajo rosado. Samuel mira a su alrededor. Analiza sus opciones. Devolver al niño, el niño muere. Los buitres le sacan los ojos. Llevar al niño a la policía, el niño va directo a la pila de basura. Llevar al niño a casa. No hay opción.

Coge un autobús. Compra un billete. Los recién nacidos no pagan. El autobús gime y se tambalea. El bebé duerme. Una mujer gorda y paisana se sienta a su lado, oliendo a cabras y gallinas. Mira dentro del bulto. Piensa en arrullar. Cambia de opinión.

Samuel, en el asiento trasero del autobús, de apenas treinta años, observa pasar las calles, con su rostro sin arrugas, plano como un cartón en la ventana. Al otro lado de la ciudad, más allá de Fellahin, con sus calles que huelen a salchichas hervidas y falafel. Una oveja cruza la calle. Un taller de electrónica donde todo es del color del petróleo. El eco de una marcha de protesta en una calle lateral, una pancarta blanca atisbada desde atrás. Tiendas abarrotadas, ropa tendida en las ventanas del piso superior, que se balancea con la brisa. Escolares uniformados, grupos sueltos

con algunos rezagados que se separan, caminando hacia sus casas, encorvados por las mochilas atestadas de libros. Luego la larga valla paralela a la calle, marcada con jeroglíficos y runas y mensajes del fin del mundo.

Ahora el paisaje se abre. Más allá de Minhas, con sus grandes tajos en el suelo y montones de basura negra, minúsculos trabajadores a lo lejos. Y aquí, grupos de ellos cubiertos de mugre, esperando en paradas de autobús, encendiendo cigarrillos, dándose palmadas en la espalda. Vendedores con bandejas colgando del cuello, mezclándose con el tráfico. ¿Y el niño abre por un momento sus diminutos ojos, ve las masas borrosas y sus vidas rotas desde esa ventana? ¿Sabe que lo están rescatando de la orilla de un río para entrar en un mundo de sufrimiento sin fin? Rescatado por el maestro, Samuel, que esta visitando a su primo enfermo en Agua Suja. Trajo un pastel. Paseó solo bajo los árboles, se encontró siguiendo el río. Ignoró el olor. Vio el bulto. Se agachó. Extendió la mano. La historia de su vida.

Viven en la Casa de las Flores. Es un espacio diminuto, estrecho, construido con ladrillos recuperados, y el viento en invierno se cuela por las grietas. Pero hay flores pintadas en amarillo y rojo en las paredes exteriores y eso hace que la casa se destaque entre todas las demás de la favelada. Y hay muchas.

Al llegar a casa, le quita los trapos para bañar al niño y ve el brazo y la pierna marchitos. Dos palos pálidos atados a un

cuerpo. Entra Anna, su mujer. Con la respiración entrecortada, se lleva la mano a la boca.

“Este bebé estaba junto al río Agua Suja. Lo abandonaron. Lo traje a casa”.

Su hijo, Emil, entra a ver las noticias. Regocijo. Toca y pincha. Samuel levanta al niño fuera de su alcance. Eso es lo que hace durante tres años. Con Anna, mantiene vivo al niño alejando las manos extraviadas.

Nacho es una mancha. Un vagabundo. Una rana en la orilla. Su infancia es un torbellino de enfermedades: sarpullidos, fiebres, llagas, viruelas, brotes repentinos de nódulos, protuberancias, pústulas, pus.

Aprende a hablar. En voz baja. Al lado de su padre todas las noches, sin poder correr, caminar, saltar, nadar ni luchar, lee pronto y bien.

La escuela llama. Samuel fabrica un par de muletas para Nacho, trabaja en ellas por la noche, tallando la madera con un cincel a la luz de la luna hasta que tienen forma y son fuertes. Nacho se las coloca bajo los brazos y medio cojea, medio salta por la habitación. Alas de madera dignas de los ángeles.

Es demasiado débil para ser un buen objetivo, por lo que los acosadores lo tratan como un bicho raro. Se hace el tonto para evitar llamar la atención. Comete errores deliberados

cuando escribe. Finge ser un tonto, hasta que un profesor amigo de Samuel lo retiene después de la escuela.

—Sé que eres inteligente —dice—. Tu padre me lo dijo. Hazte el tonto si quieras, pero te voy a dar más tareas, más lecturas. Reseñas de libros, algo de poesía, filosofía. Escribe un diario. Escribe cuentos. Los leeré y lo mantendremos en secreto.

Él asiente.

Cuando tiene diez años, un malandro del patio de recreo lo acecha y le hace una llave de cabeza. Nacho empieza a atragantarse. De repente, se produce un escalofrío y el brazo que rodea su escuálido cuello se afloja. El matón se desploma en el suelo. Sobre él se alza un niño enorme. Cabello negro. Ojos rasgados. Se da la vuelta y se aleja. El chino.

El chino es una isla, una fortaleza a la que nadie puede entrar. Dicen que es mudo o que no habla el idioma. Tiene la cara redonda y suave y las manos del tamaño de sartenes. A los diez años pesa doscientos kilos. A los quince pesará trescientos. La escuela contrata a un carpintero para que le construya una silla reforzada. Se agrieta a la primera. Le dan una tabla de madera entre dos bloques de cemento. Se sienta en silencio. Frunce el ceño.

Samuel acompaña a Emil y Nacho a la escuela todos los días. Mientras caminan por el corazón de la favelada, Nacho se balancea sobre sus muletas para seguir el ritmo, Samuel cuenta historias.

“Aquí es donde tuvo lugar la última batalla de Odewoyo. Un gánster nigeriano. Todos sus lugartenientes muertos. Salió disparando. Cincuenta policías lo acribillaron. Era más agujeros que hombre. Pusieron su arma en un museo. Miren hacia arriba. Ese es el balcón donde Eugenia la Bella arrojó flores a las masas. Dio su discurso final. Miren allí. La plaza de toros. Parece un páramo, ¿no? Era el lugar de los matadores, Guerrero, Zubayda, Hernández, Ochoa, Davidovsky”.

“¿Qué le pasó?”, pregunta Emil, dos años mayor y una cabeza más alto que Nacho.

“¿Qué pasó? ¿Qué le pasa a todo? Se convierte en polvo. ¿Qué pájaros son esos? ¡Allí! ¡Allí! Mantén los ojos abiertos. Nunca sabes cuándo los necesitarás”.

Y así es como Nacho todo lo aprende, todo lo ve. Cuerpo desperdiciado, mente cantante.

Al principio duerme en una colchoneta en el cuarto de Anna y Samuel. Ellos se quedan despiertos para controlar su respiración. Cuando cumple seis años, se va con Emil a una cama hecha con una mesa rota, con las patas serradas. Emil,

a los ocho años, corre desenfrenado, conoce cada rincón de Favelada, cada calle. Lleva a Nacho al carnicero, al panadero, al barbero. Lo exhibe. Tira piedras al río mientras Nacho cuenta los rebotes. Los echan del mercado por robar manzanas. Nacho, como siempre, inocente, arrastrando los pies en sus muletas.

Un día, Emil trepa por la pared del burdel de la calle Roppus, se cuelga del alféizar de una ventana y ve el gordo culo del carnicero dando tumbos en la cama, con una mujer llamada Lulu debajo de él. Risas. El carnicero se da la vuelta en medio de la rutina, se aparta de Lulu, avanza a grandes zancadas hacia la ventana, con la cara roja e hinchada como un jamón, con el pene erecto guiándolo. Emil se baja a trompicones, riendo, mientras un zapato sale volando por la ventana y no le da en la cabeza por centímetros. Se une a Nacho y se van caminando, los insultos del carnicero los siguen por la calle. Nacho no lo sabe ahora, pero un día pedirá un favor, le pedirá carne al carnicero en mitad de la noche para alimentar a una manada de lobos, y el carnicero se acordará de él porque conoció a su padre y dirá que sí, y una vez más, desnudo, se arrastrará escaleras abajo y sacará trozos de carne cruda todavía mojada de sangre.

Emil duerme profundamente todas las noches, agotado por sus excursiones diurnas. Pero Nacho no duerme. Lee cuando un rayo de luz se cuela por la ventana. Lee y lee hasta la madrugada. A las ocho ya conoce la poesía, la mitología nórdica, la etimología de los dinosaurios, biografías de reinas

y estadistas, los nombres de las especies de plantas, puede seguir un manual de construcción de motores, las sagas rusas del siglo XIX, las teorías de filósofos muertos, la crítica de arte, a Marx y Freud, a Dickens y a Poe.

A veces, una amiga de Anna pasa por su casa y le habla en español. Otra, en francés. Una tía que vive en el tercer piso se acerca y le habla sin parar en italiano. Los idiomas se le pegan como el barro a la rodilla de un niño.

El invierno en que cumple diez años, le salen pústulas y se va a la cama. Anna le da de comer sopa de patatas aguada y le lleva libros de la biblioteca a su habitación. Al cabo de tres días, se debilita. Sacan a Emil de la habitación, ponen a Nacho en un catre en el suelo y llaman a una curandera. Se llama Haloubeyah. Entra en la habitación con un caftán negro, sonríe, le pregunta su nombre. Lo mira a los ojos, le toca una vez el brazo sano y hierva una cataplasma en la pequeña cocina. Un caldo que huele mal. Canta mientras trabaja. Emil se queda mirando hasta que su madre lo echa de la habitación. Haloubeyah le da a Nacho una raíz para que la mastique. Minutos después, él está dormido y ella le aplica la cataplasma.

Al día siguiente Nacho se recupera. Y su pelo empieza a crecer como el de un loco.

Capítulo IV

Décadas antes, antes de que encontraran a nacho como moisés entre los juncales, la gente empezó a llegar del campo en busca de trabajo, y Favelada de repente tenía cuatro mil damnificados sin un lugar donde vivir. Así que encontraron pedazos de tierra y construyeron en ellos usando lo que tenían a mano: piedras, ladrillos, madera, barro, hierro. Las casas empezaron a surgir. Cubos de retazos con un agujero en el techo como chimenea. Un damnificado llamado Lalloo les mostró cómo robar electricidad de las torres de alta tensión para obtener luz y calor, y algunas de las familias encontraron viejos televisores abandonados en los vertederos o en las aceras y se los llevaron a casa y los conectaron, los golpearon hasta que consiguieron que un canal funcionara. Así empezaron y acabaron las vidas en un parloteo constante, un ciclo de veinticuatro horas de programas de juegos y fútbol y noticias

y asesinatos y telenovelas y ruido blanco, parloteo de loros, jerga, risas enlatadas.

Los pueblos se extendieron, pero ningún gobierno reconoció las nuevas áreas. Sanguinosa, Fellahin, Blutig, no lugares para no personas. No se construyeron carreteras, porque ¿para qué construir una carretera que no lleve a ninguna parte? Aparecieron montañas de basura –comida podrida, plástico, papel, vidrio roto– hasta que el olor se infiltró en los dobladillos de las ropas de los damnificados, en los rincones de sus habitaciones, en sus sueños. Y un día, los damnificados de Favelada reunieron sus burros y carretas, cargaron la basura con horcas y palas y la llevaron a los páramos. Unos meses después, un grupo de hombres que habían encontrado trabajo juntaron su dinero y compraron un camión. Todos los sábados llenaban la parte trasera del camión y conducían diez minutos hacia el sur. Cavaban enormes agujeros en el suelo, tiraban la basura y, al cabo de unos meses, cubrían el montón con tierra.

Pero luego otros damnificados comenzaron a vivir en los páramos. Apareció una pequeña comunidad de adictos, convictos fugados y vagabundos. Al rato vieron que el camión traía montones de basura, así que movieron la basura hacia atrás y la tiraron en la oscuridad de la noche en las mismas puertas de las casas de Favelada. En represalia, el camión trajo más basura. Y entonces ocurrió un incidente. Un día, el conductor del camión y su equipo descargaron la basura, como de costumbre. Al regresar a la cabina,

encontraron un muñeco decapitado en el asiento y en el cuerpo hueco de plástico del muñeco, sangre de cabra todavía caliente. Una señal.

Y así es como empezaron las Guerras de la Basura.

El sábado siguiente, el camión de Favelada entró rugiendo en el descampado, con la parte trasera cargada de basura. El lugar parecía desierto. De pronto, se oyó una voz de mujer:

“¡Kami ay labanan sa dulo!”

El conductor del camión frenó pero dejó el motor en marcha. A su alrededor, casas improvisadas. Frente a ellos, una mujer, diminuta, anciana, piel y huesos, con el pelo atado en un pañuelo. Sus ojos feroces se abrieron de par en par y volvió a gritar, más alto, casi ululando:

“¡Kami ay labanan sa dulo!”

El conductor se volvió hacia el loro que tenía en el hombro.

“¿Qué diablos es eso?”

“Filipino”.

“Me importa un carajo en qué idioma esté escrito. ¿Qué significa?”

“Lucharé contigo hasta el final”.

El conductor sonrió, giró la llave y apagó el motor. De repente, unas figuras surgieron del desierto como si fueran del infierno: traperos llenos de tierra que blandían palos afilados y hachas de guerra; jóvenes con cascós hechos con huesos de pollo y alambre; locas con delantales llenos de suciedad que gritaban en árabe, letón, tagalo y francés; un pirata de los pantanos, con el pelo lacio hasta las caderas y un chaleco abierto que dejaba al descubierto un collar de seis orejas humanas ennegrecidas colgadas de una cuerda.

El conductor, un ex granjero con una vena cruel, abrió la puerta, se bajó, metió la mano en la cabina y sacó del suelo una cadena de metal.

“¡Kami ay labanan sa dulo!”

—Adelante, señorita —dijo el conductor, y de repente el montón de basura que había en la parte trasera del camión se levantó en montones. De entre los trastos, que apestaban como la letrina del diablo, salieron veinte hombres, armados hasta los dientes con cadenas, cinturones, botellas, látigos y porras.

Allí, en aquella llanura desolada, unos damnificados masacraban a otros damnificados. Palizas cuerpo a cuerpo, palizas medievales, cráneos pulverizados, costillas destrozadas, brazos amputados. Los gemidos se prolongaron y sonaron hasta que una tormenta insólita estalló entre las nubes y empapó el campo de batalla,

humedeciendo el polvo, apisonando la sangre, haciendo sonar un tatuaje en los tejados de hojalata de las casas.

El conductor del camión yacía muerto en una fosa poco profunda formada por bolsas de plástico salpicadas por la lluvia y cuerdas deshilachadas, con el brazo amputado a la altura del codo a tres metros de distancia, y la mano aún sujetaba la llave del camión. Uno de los seis supervivientes del lado de los recolectores de basura abrió los dedos muertos, cogió la llave y corrió bajo la lluvia. Subió a la cabina, encendió el motor y se dirigió a toda velocidad a su casa en Favelada, mientras el loro del conductor graznaba en su oído.

La Casa de las Flores se encontraba en el límite del municipio. De la noche a la mañana surgieron vecinos y casi vecinos: paredes de hormigón a medio construir, tablas de madera recuperadas de la basura, techos de chapa ondulada con pizarra encima. Palets en lugar de camas. Cubos de plástico para lavar todo lo que se pudiera lavar: cubiertos, ropa, caras, cuerpos. Clavos clavados en las paredes, de los que colgaban toallas, ollas, sartenes. En la temporada de lluvias, estas casas improvisadas se hundían lentamente en ríos de barro. Las goteras de los techos se convertían en agujeros del tamaño de platos y los cubos recogían el chorro de lluvia que caía a borbotones. A veces, una casa se

arrasaba en un día o una noche y la familia desaparecía en un terreno más alto.

En las colinas, las luces de los barrios marginales brillaban de noche como ojos cautelosos. Las casas destortaladas se apiñaban unas sobre otras, como si buscaran consuelo. La calle que serpenteaba colina arriba estaba adoquinada y apestaba a fruta aplastada, a alimañas hinchadas y muertas en los charcos. Las manchas de agua aceitosa evocaban fragmentos de arcoíris. Las calles mismas estaban fétidas, podridas, y los niños bronceados por el sol corrían desenfrenados con camisetas demasiado grandes, zapatos con agujeros en lugar de cordones, persiguiendo frenéticamente a perros esqueléticos.

Pero aquí, en la llanura donde se encontraba la Casa de las Flores, no se veían montones de basura. El orden reinaba desde hacía mucho tiempo en Favelada. Samuel, Anna y otros mil inmigrantes habían traído las cosas máspreciadas que Favelada había visto jamás: paz y familia. Y aunque el parloteo de los televisores continuaba en las casas destrozadas y la disputa nunca abandonaba los alrededores por mucho tiempo, los días de destrucción (las Guerras de la Basura) parecían haber terminado. Sí, Favelada era pobre, pero había profesores como Samuel. Había una biblioteca a una milla de distancia. Un médico de Zerbera y un dentista de Oameni Morti estaban construyendo clínicas gratuitas en las afueras de la ciudad. Se abrieron escuelas.

En cuanto al solar donde los habitantes de Favelada tiraban la basura, lo ocupó un hombre llamado Alberto Torres. Un hombre de negocios. Construyó viviendas cerca y trasladó allí a los residentes, y en un ataque de locura que duró cinco años, construyó una torre de sesenta pisos hasta el cielo. Torre de Torres. El monolito. Allí vivió él y también sus hijos e hijas y los hijos e hijas de sus hijos e hijas y sus primos lejanos dos veces eliminados y personas que se llamaban Torres y que afirmaban tener parentesco ancestral y personas que no se llamaban Torres y que no lo tenían. Y fue el hijo de Alberto Torres, Alberto Torres II, también propenso a ataques de locura sifilítica, quien más tarde se autoproclamó alcalde de la torre y vio cómo su primo quince veces eliminado, y loco como un cuco en un tarro, se arrojaba desde el piso cincuenta con un paracaídas que no se abrió.

Pero eso fue mucho después de las Guerras de la Basura y mucho antes del ascenso del camarón llamado Nacho, retorciéndose en su cama de madera, con un libro apretado cerca de su cara, con su cabello alborotado, brotando en mechones como la maleza en un campo. Su madre se acostumbra a sentarlo en su regazo y peinarlo desde atrás, desenredando los pelos que crecen juntos y dándole una apariencia de uniformidad, una simulación de que estos afloramientos rebeldes al menos están creciendo en una dirección.

Al menos están creciendo. El resto de su cuerpo no. A los doce años alcanza un metro y medio y así se quedará el resto de su vida, aunque en los días de viento su pelo puede llegar a medir medio metro. Tiene sus ventajas. Gana al escondite, acurrucándose en un cesto de ropa sucia en un rincón de una habitación. Y domina el hábito de pasar desapercibido, de observar desde las sombras, de encajarse en las grietas y hendiduras donde nadie lo ve. Tiene la tez de indio, un poco bronceado, pero rasgos caucásicos: nariz recta y llena, labios finos, ojos azul grisáceos. Aunque su cuerpo es encorvado y atrofiado, su rostro es angelical. Siempre parecerá más joven de lo que es. Sólo las preocupaciones de la vida posterior, el enfrentarse a ejércitos, déspotas y burócratas, desgastarán su semblante angelical, le darán las líneas y arrugas de la virilidad.

Emil, el rebelde, ha empezado a desmontar y reparar cosas. En su deambular encuentra un coche abandonado, medio cubierto de hierbas. Se sube a la carrocería oxidada y vuelve a salir. Abre el capó y empieza a jugar con el motor, intentando que algo salte.

Otro día encuentra una radio rota en un contenedor y se la lleva a casa para arreglarla. La desarma en la mesa familiar, con Samuel de pie junto a él, y escarba, retuerce y mete clavos donde no debe.

–¿Qué estás haciendo? –pregunta su padre.

“Construyendo un robot.”

Cuando Nacho tiene trece años, él y Emil toman un autobús hasta el río. El sol brilla y se quitan los zapatos y sumergen los pies en el agua. Emil se acerca a un montón de ramitas y cañas junto a la orilla y comienza a curiosear, recogiendo pequeñas ramas. Caminan de nuevo y encuentran un montón de basura al borde del agua, trozos de madera y tablas amontonadas sobre un lecho de espuma marrón sucia. Nacho se sienta en una roca, se arremanga los pantalones y toma el sol, con su pierna marchita colgando a un lado. Emil comienza a construir una balsa, juntando los palos y atándolos con trozos de cordel. La hace flotar en el agua, pero se hunde hasta que solo se ve un trozo de trapo que era la vela. Luego eso también se hunde en un descenso silencioso, dejando anillos en el agua.

Volverán muchas veces a este río, construirán muchos barcos que se inclinarán, se tambalearán y finalmente se hundirán. Y Emil seguirá construyendo barcos que un día salvarán a las masas y lo llevarán al amor de su vida.

Capítulo V

Las lluvias llegan tarde, pero cuando caen con fuerza sobre las barriadas de Agua Suja y Oameni Morti, hacen que las paredes de los cobertizos y tabernas se deslicen por el barro. Las carreteras improvisadas de Agua Suja se convierten en arroyos y un coche baja por la colina en un eslalon borracho, sin conductor, como si fuera en patines. El agua gana ritmo y recoge escombros. Bajan derrapando bicicletas, piedras, trozos de hormigón, cajas de madera, neumáticos, un canario en una jaula, arbustos arrancados de raíz. Una oveja muerta e hinchada rebota colina abajo como una pelota pinchada. Un río de barro, que lo derriba todo a su paso, abre un canal entre las casas. Un niño se aferra a un tejado. Un perro cae rodando cien pies y de algún modo sobrevive agarrándose a los listones de un barril que se desintegra. Casas enteras son arrasadas.

Sólo en Oameni Morti hay otros seiscientos sin techo. Un tercio de ellos se dirigen a la ciudad más cercana y encuentran, en Favelada, la torre de la que han oído hablar. Torre de Torres. Donde reina un tullido y un chino gigante mantiene el orden. Desaliñados y destrozados, llegan en grupos, todavía empapados. La lluvia cae a cántaros, en ángulo con el viento caliente. Los damnificados de Oameni Morti cruzan la calle y uno de ellos llama a Nacho, pero su voz queda ahogada por el repiqueteo de la lluvia. Nacho aparece en la puerta y les hace señas para que entren en el atrio. Ha visto esas caras antes. Y esos harapos. Y esos niños con camisetas sucias y pantalones cortos hasta las rodillas.

“Estamos enviando comida ahora”, dice. “Pueden quedarse en los pisos dieciséis, diecisiete y dieciocho. No hay nada allí, pero estamos trabajando en ello. Y las habitaciones están limpias”.

Sin mediar palabra, los nuevos damnificados suben las escaleras. Algunos se tumban inmediatamente y se duermen sobre el suelo de cemento. Otros se sientan junto a las aberturas de las ventanas y miran hacia la oscuridad donde la lluvia atrapa franjas de luz de la ciudad de neón, inunda las calles y convierte en un pantano el antiguo páramo que rodea la torre.

Minutos después llegan otros cien desde Agua Suja.

“Hay mucho que hacer”, dice Hans, mirando hacia abajo desde su balcón en el piso quince. Dieter sonríe.

“¿Demasiado? Können wir nicht wegschicken (No podemos evitarlo).”

–Tienes razón. Nacho jamás los echaría. ¿Qué dice la señora del perro?

“¿Qué señora?”

“Carretilla.”

“Ellos somos nosotros.”

“Ellos somos nosotros. Los perros somos nosotros. Y esta gente también. Willkommen (Bienvenidos).”

Quince pisos más abajo, Nacho le dice al cura: “Estas inundaciones son sólo el principio”.

Y el sacerdote le responde: “Construye un arca. Para mil personas”.

Nacho mira al cielo y al cura: “Ya estamos en ello”.

Lo que no saben es que la lluvia pronto se convertirá en una inundación, una inundación nunca vista aquí en cien años.

La gente de Agua Suja trae tesoros: dos profesores titulados, un mecánico, un psicólogo y una mujer que sonríe con los ojos a Nacho. Se llama Susana.

Los profesores son jóvenes y, a diferencia de Nacho, ambos dan clases a niños. Los instala en los pisos quince y veinticinco y envía al chino arriba con enormes rollos de papel, pizarrones y montones de bolígrafos robados. Se entera de que el curso termina en una de las escuelas regulares de la zona y los gemelos van a saquear el basurero. Se llevan a casa un camión lleno de libros rotos y con las esquinas dobladas que todavía se pueden leer: un juego de antología de poesía para la clase, veinticinco libros de historia publicados tres décadas antes, una caja de novelas variadas con garabatos en los márgenes, libros del abecedario, cartillas de matemáticas y dos enciclopedias húmedas de moho de un juego de cinco: A–E y K–N. Preferirán vivir sin el resto del abecedario.

Nacho invita al psicólogo Dewald a su habitación vacía. Necesita hombres y mujeres que lo ayuden a liderar. Está a punto de ofrecerle un trago cuando se da cuenta de que eso es lo último que Dewald necesita. Nacho ve que el hombre ha dejado su vida en el fondo de una botella, ve una marca de bronceado donde antes había un anillo de bodas. Observa los ojos cansados de Dewald, cubiertos por bolsas caídas, la piel casi azul. La barba hirsuta salpicada de gris. Aquí tenemos a un hombre, piensa, que probablemente ha visto demasiado, aunque Nacho intuye que Dewald es un

poco mayor que él, tal vez cuarenta, tal vez cuarenta y cinco. Hablan un rato sobre Agua Suja y luego Nacho finge cansancio y le da las buenas noches al hombre.

La mujer es distinta. Le sonríe y ella le devuelve la mirada. Cuando se examina en el espejo, cosa que rara vez hace, ve un rostro preocupado, sin la juventud, con el pelo como un tornado, la mitad del cuerpo marchito y la otra mitad fibroso. El único resto es el lunar que tiene bajo el ojo, un círculo perfecto de color marrón oscuro. Es todo piel y huesos y cordones de gruesas venas verdes que le recorren los brazos y la frente. Nunca ha esperado conocer el tacto de una mujer, su olor, su aura. Nunca ha estado cerca de una en la edad adulta. Sin embargo, no carece de deseo. En su vida anterior a los damnificados ha visto mujeres hermosas, ha hablado con ellas en ocasiones en muchos idiomas. Una vez hizo reír a una mujer y la vio cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás, y es una imagen que siempre se le ha quedado grabada.

Era Emil quien había hecho que las mujeres se desmayaran o se tambalearan hacia placeres desconocidos. Emil con su arrojo, su ingenio, su valentía. Emil, quien una vez había contado una gran broma mientras estaba sentado con un círculo de amigos alrededor de una hoguera. Antes de que las risas se apagaran, se levantó, caminó diez metros y saltó a lo alto de un alto muro de un salto para ver salir el sol. Aterrizó, sin usar las manos, a ras del estrecho muro. Nacho se sentó en silencio al resplandor de la llama y observó cómo

todas las chicas del grupo observaban la silueta de su hermano recortada contra el sol naciente.

Pero al menos ha cruzado una mirada con Susana. De lejos es imposible adivinar su edad. Una vez la ve lavando ropa con un grupo de mujeres y se acerca con la pretensión de preguntar si funciona la bomba. De espaldas y luego de lado adivina que le lleva unos diez años y se le encoge un poco el corazón, pero es una mujer guapa. Menuda, de pómulos altos, tez morena y siempre limpia. Hace su pregunta y otra de las mujeres le responde que sí, que la bomba está bien, y se da la vuelta rápidamente y vuelve caminando al interior de la torre.

Unos días después de la llegada de los hombres y mujeres de Agua Suja, se oye un alboroto en el piso de arriba. Gritos y sonidos de campanas que se elevan por encima del ruido de la lluvia. Alguien canta un himno con voz de *barítono* y lo repite más fuerte la segunda vez. Nacho se despierta, se levanta tambaleándose del catre, se frota los ojos y se pone un par de pantalones marrones. Se abrocha el cinturón y se pone una camiseta. Agarra sus muletas apoyadas contra la pared. El ruido se ha convertido en un murmullo de gente. Sube tres tramos de escaleras y ve una fila de personas en la escalera, encorvadas para protegerse de la lluvia.

“Es un milagro”, dice una mujer con un vestido rojo.

“Dios nos visitó”, dice un jorobado en pijama.

Nacho ve a Raincoat (Impermeable) en la fila.

“¿Qué pasó?”, pregunta.

“La imagen de Jesús apareció en una hogaza de pan. A mí me suena a estafa. Ya había oído esta mierda antes, pero pensé que lo comprobaría por mí mismo. Los cabrones cobran una libra por minuto. Cincuenta corazones por niño. Los bebés entran gratis”.

La línea está repleta de niños, perros, ancianas, borrachos, ex mineros, afligidos, maltratados. Damnificados todos y cada uno de ellos.

Nacho avanza y ve un cartel improvisado en la puerta de la panadería: “Imagen de 'Jesucristo' 1 libra 1 minuto Menores de 12, 50 crzn Bebé gratis”.

Un campesino brasileño lo reconoce y le dice: “Entra, Nachinho. Pode entrar. Voce nao precisa 'sperar com' a gente”.

Nacho le da las gracias y dice que esperará en la cola como todo el mundo. Se dirige al final de la cola. A continuación aparece una familia, los niños con los ojos brillantes, una de ellas con una muñeca de plástico a la que le habla en francés. Despues, un grupo de solitarios, un hombre con una telaraña tatuada en la cara, un drogadicto con nerviosismo, una

mujer de mediana edad apoyada en un bastón. Nacho piensa: No conozco a esta gente. Si llegas a cierto número, a cierta masa, perderás la conexión.

La cola avanza lentamente, una vuelta por minuto. Nacho ve que las nubes se van juntando, preparándose para la tormenta del día. Allí, bajo la luz de hierro, esperan, como un fresco de los condenados, que avanzan arrastrando los pies para contemplar su salvación. Cuando se acerca a la puerta, Nacho ve salir a los visitantes después de su minuto de espera. Una mujer negra y gorda pasa caminando, santiguándose. Un borracho la sigue un minuto después, diciendo a todo el mundo: “¡Es Jesús! ¡Es Jesús!” antes de estallar en un ataque de tos.

Nacho puede ver ahora la entrada de la panadería. La puerta está cubierta por un velo negro y delante de ella se sienta uno de los panaderos en un taburete. Su hermano está de pie junto a él, con una gran lata de pintura en la mano. La lata está llena de dinero. Ven a Nacho.

“No tienes que pagar. Entra.”

La fila se abre y lo dejan avanzar.

Descorremos el velo y entra Nacho. Ha estado allí cientos de veces. El olor familiar del pan recién horneado, las estanterías pulidas a partir de cajas de leche, el mostrador de linóleo y cristal. Lo llevan a la zona trasera, donde el

horno ocupa la mitad del espacio de la pared. Otros dos hermanos, todavía con sus delantales blancos, le hacen señas para que se acerque. Nacho se detiene ante una mesa, se inclina y ve un gran pan ovalado de color marrón claro colocado sobre un papel. En él, en un tono marrón más oscuro, está impresa la forma exacta de Cristo en la cruz, con los brazos en diagonal, las rodillas dobladas y la cabeza inclinada. La cruz se extiende a lo largo del pan.

“Lo horneamos esta mañana”, dice uno de los hermanos. “Salió así. Lo vi de inmediato. Llamé a Harry para que viniera”.

“Me despertó”, dice Harry.

“Tenía que comprobar que no era solo yo el que veía cosas”.

“El bastardo me despertó, dice que Jesús está en el pan”.

“Lo desperté. Lo miró”.

“Lo miro.”

“Dice que es Jesús en la cruz. Terminé de hornear los otros panes. La gente todavía tiene que comer, con Jesús o sin Jesús”.

“Toco una campana, empiezo a cantar y se lo digo a todo el mundo que veo”.

“Era Harry el que cantaba. Tiene voz. Papá dice que hagas un cartel y que le cobre a la gente”.

“Hago una señal.”

Nacho dice: “¿Qué vas a hacer con el pan? ”

Harry y el otro hombre se miran.

Harry: “No lo sabemos. No hemos llegado tan lejos. ¿Quizás lo pongamos en un museo?”

El otro hombre: “Ponle un marco. Colócalo sobre una de esas plataformas”.

Nacho: “Un pedestal. Se va a enmohecer”.

Harry: “Quizás no, ya ves. Es un pan milagroso”.

Harry asiente ante su propia observación. “Pan milagroso”.

No habría marco ni pedestal. No habría museo.

Cinco minutos después de que Nacho se marcha, un loco paga su cuenta, recoge el pan y le da un enorme mordisco a la cabeza de Jesús. Los hermanos lo inmovilizan contra el suelo y Harry lo estrangula casi por completo antes de que otros dos de sus hermanos (los guardas de la puerta) oigan el ruido, entren y lo sujeten. Un susurro recorre la multitud que espera afuera.

“Se lo comió, joder”, dice un niño de diez años.

“¿Se comió a Jesús?”, dice un borracho enfurecido contra la pared de la panadería.

“Le arrancó la cabeza de un mordisco”, dice una limpiadora de Agua Suja.

“Él mató al Señor”, dice una prostituta, temblando el labio inferior.

“Es un adorador del diablo”, dice “un adorador del diablo de Fellahin”.

Dentro de la panadería, Harry lucha por liberarse de sus hermanos. Se vuelve hacia el loco y le dice: “¡Pagarás por esto!”.

–Ya lo hice –dice el mordedor de pan–. Una. Jodida. Libra.
–Se traga los restos pastosos de Jesús y sale por la puerta bajo la lluvia torrencial.

Susana pasa el tiempo con otra mujer de compleción y aspecto similares. Nacho cree que pueden ser hermanas, pero no pregunta. Viven juntas en el piso dieciséis, en una habitación dividida por paredes de madera. Todas las mañanas las ve salir juntas de la torre para ir a trabajar limpiando las casas de los ricos de la calle Cadenza. Es un

paseo largo, pero van a pie, incluso bajo la lluvia, para ahorrarse el pasaje de autobús. A veces Nacho las observa desde el hueco de su ventana hasta que se pierden de vista en la avenida Rottweiler.

En un momento, Susana se da la vuelta y mira hacia la torre, y Nacho se aparta lo más rápido que puede del marco de la ventana y se arrepiente de inmediato, sintiéndose como un niño atrapado en plena fechoría. Luego razona consigo mismo: esta torre tiene seiscientas ventanas. Ella podría haber estado mirando cualquiera de las ciento cincuenta que tiene a la vista. Y probablemente no puede ver nada de todos modos porque hay una cortina de lluvia que lo desenfoca todo. Y aunque me viera, solo soy un hombre que mira por la ventana. No significa que la esté espiando.

En cualquier caso, Nacho pronto tiene cosas más grandes de las que preocuparse: una tormenta que se avecina y un enjambre que baja del cielo para destruirlos a todos.

Capítulo VI

La lluvia cae a ráfagas sobre la tierra, y cada gota explota sobre las paredes del monolito y los viejos terrenos que ya han sido recuperados. Las calles están inundadas de agua viscosa, de color marrón y salpicada por millones de gotitas. Hay monigotes que corren chapoteando por las calles, sosteniendo cobertores de plástico o polietileno sobre sus cabezas. Los coches se quedan varados, con los motores tosiendo como viejos.

Aquellas primeras lluvias que inundaron Agua Suja y Oameni Morti fueron un aperitivo, un pequeño adelanto.

En Mundanzas, Sanguinosa, Blutig, donde las ciudades lindan con tierras fértiles y selva tropical, crecen hojas enormes de la noche a la mañana. Las plantas crecen hasta la altura de un hombre y las flores se abren de par en par

con anteras de color violeta y amarillo. Todos los animales ya se han ido, han volado, saltado, galopado o reptado hacia tierras más altas. Dos días antes de que llegaran las lluvias, hubo informes de serpientes avistadas por docenas deslizándose por los arroyos, cerdos salvajes en fuga, mulas mordiendo sus ataduras y corriendo hacia las colinas.

En Gudsland y Balaal quedan apenas unos pocos asentamientos, donde antes el agua era dulce y se podía cultivar de todo: ñame, maíz, frijoles, arroz. Detrás de las láminas de plástico de sus casas de madera o bajo los toldos de hojas de plátano que la lluvia azota, se asoman los rostros de los damnificados. Están lejos de cualquier lugar. Ven a lo lejos sus caminos arrasados. El suelo bajo sus pies empieza a moverse.

En el borde de Favelada, las aguas suben. La puerta nueva de la torre ya está medio hundida y el chino traslada su silla reforzada a la habitación de Nacho en el primer piso y mira hacia abajo, al diluvio. Se inclina hacia delante, entrecerrando los ojos para protegerse de la lluvia que entra a borbotones por la abertura de la ventana.

Nacho está con los panaderos arriba.

–Harry, ¿cuánto dinero tienes?

Harry está en su taburete en la parte principal de la tienda, el horno está en la habitación trasera detrás de él.

“¿Por qué?”

“Los caminos han desaparecido. Es posible que no podamos salir durante días. Eso significa que no podemos conseguir suministros. ¿Cuánto pan puedes hacer?”

“Yo soy panadero, no soy Jesucristo, no hago milagros con el pan”.

“No te pedí milagros. Te pregunté cuánto dinero tienes”.

Harry arrastra su musculoso cuerpo en el taburete y se rasca las patillas. –No tenemos masa. Tenemos harina, levadura, sal y agua. Con eso se hace el pan. Se puede vivir sin sal. Hacemos doscientos cincuenta panes al día, trescientos si nos animamos. Tenemos ingredientes para tres días en la despensa. Significa que puedo hacerte unos ochocientos panes, y cada uno alimenta a una familia. Lo tomas o lo dejas.

“Ochocientas”, dice Nacho. “Aquí tenemos unas ochocientas personas viviendo”.

–No me digas. Escucha, es temporada de lluvias, ¿no? Llueve todos los años. Luego se seca, ¿no? Y todo vuelve a la normalidad.

“Mira hacia afuera.”

Harry mira por la ventana y ve un coche que pasa a toda velocidad.

La lluvia sigue cayendo a cántaros. Nacho pide a los líderes de cada piso que hagan un recuento.

“¿Para qué molestarse?”, dice Raincoat. “Todos los que no están aquí están en otro lugar. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Salir con un bote salvavidas? Si estás ahí fuera, o estás en la casa de alguien o estás muerto”.

Pero lo hace igual. En el edificio hay entre treinta y cuarenta desaparecidos, pero algunos son errantes que se pasan la vida desaparecidos. Otra decena en hoteles o centros comerciales se han quedado atrapados y no pueden volver a casa.

Nacho está sentado en su habitación. Tiene una estantería que le hizo el carpintero, un par de cajones para las sillas, un escritorio. Lee mientras llueve a cántaros. Se tumba en su camastro de madera. Ha dormido en camas tronas casi toda su vida. Una vez, cuando tenía veinte años, lo alojaron en un hotel. Era un trabajo de intérprete para un grupo de hombres de negocios. Se tumbó y sintió que se hundía. Con el brazo sano intentó sacar al culpable –un colchón ridículamente gordo– pero era demasiado pesado. Cogió el teléfono del hotel y pidió ayuda. Treinta minutos después

Ilegó un camarero con una tortilla. Volvió a llamar y dijo que necesitaba que alguien le ayudara con la cama. Esperó diez minutos, oyó un suave golpe en la puerta, la abrió y entró una prostituta de un metro ochenta con tacones.

“¿Me ayudas a mover el colchón?” dijo Nacho.

La mujer obedeció sin pestañear. Juntos tiraron el objeto al suelo, dejando al descubierto solo los listones de madera prensada y una fina almohadilla de espuma.

“¿Y ahora qué?” dijo la señora.

“¡Gracias!” dijo Nacho.

El monolito sucumbe a la voz de los parlanchines. Las familias se reúnen alrededor del televisor, los niños se sientan con las piernas cruzadas en el suelo. Pero al tercer día de la inundación, el edificio parece crujir y de repente se corta toda la electricidad. Las lámparas parpadean y se apagan y los televisores crepitan brevemente antes de apagarse. Nacho se arrastra de inmediato escaleras arriba hacia la panadería. Los seis hermanos están agachados o de pie frente a su horno. Una capa de pan a medio hornear se encuentra dentro. Se dan vuelta y miran cuando Nacho entra en la habitación.

Harry dice: “Sin electricidad, no hay pan”.

Nacho les grita a los gemelos.

“¿Cuántos quemadores de gas hay en el edificio?”

Hans se encoge de hombros y se vuelve hacia Dieter. “Ich weiss nicht (No sé).”

Dieter: “¿Warum stellt er solche Fragen? (¿Por qué hace esas preguntas? ¿Es una prueba? Pregúntanos una más fácil”.

Nacho: “No tenemos luz. Quiero que le preguntes a los portavoces cuántos quemadores de gas hay en cada piso para que tengamos algo para cocinar”.

“Ah, está bien.”

De vuelta en su habitación, abre el grifo y sale un lodo salobre. Se sienta en una de las cajas. El silbido estático de la lluvia es incesante. Se acerca cojeando a la ventana. Todo lo que puede ver es un lago de agua, a quince pies por debajo del primer piso y subiendo rápidamente. Las bodegas han desaparecido casi todas, ya sea arrastradas por el agua o bajo el agua; las chozas y los tugurios, también. La corriente pasa junto a la torre, arrastrando montones de escombros y una torre de electricidad solitaria que se desliza por el agua. Diluvio, girando y girando en la lenta confusión.

Nacho se lleva las manos a la cabeza y se rasca la mata de pelo. Piensa: “Primero se va la luz, luego el agua, luego el saneamiento. ¿Hasta cuándo podremos aguantar?”. Las palabras de una anciana le vienen a la mente: “Ese animal es

una señal de Dios. No podemos entrar". "Pero entramos", piensa, "y ahora no podemos salir".

Recuerda la Casa de las Flores. Una mariposa del tamaño de un libro, volando frente a su rostro. Alas amarillas. Noches en vela, leyendo a la luz de la luna, la misma luna que está casi completamente oculta, una mancha de cera blanca.

Llaman a la puerta de Nacho. Un niño pequeño.

"Mi padre quiere saber si hoy hay clases".

"¡Oh! ¡Sí! ¡Llego tarde!"

Sube al quinto piso en la oscuridad y al principio no logra distinguir nada, pero luego, cuando sus ojos se acostumbran a la luz de las velas, ve que la habitación está llena de hombres, mujeres y niños. Algunos están de pie en la parte de atrás, otros sentados en las sillas del centro, en el suelo entre las sillas y alrededor de las paredes.

"Bueno, bueno, bueno", dice. "Llegan las lluvias, se va la electricidad, se corta el agua y todo el mundo viene a la escuela".

No se oye ningún sonido. Esperan. Nacho se dirige al frente de la clase. Justo delante de él, sentada en el suelo, está Susana, la mujer que lo mira de una manera que él no puede

interpretar: admiración, cariño o simplemente respeto por el líder, el maestro. Se rasca el pelo, se arrastra hasta una silla delante de todos y se aclara la garganta.

“La verdad es que con tanta lluvia me olvidé de la escuela hoy. Qué tontería, porque debería haber sabido que estarías aquí. Pero puedo contaros algunas cosas sobre la lluvia”.

Se detiene nuevamente, mira a su alrededor, intenta no captar la mirada de Susana.

“A lo largo de la historia, el hombre ha vivido con miedo a las inundaciones. Son tan antiguas como cualquier historia jamás contada. La Epopeya de Gilgamesh fue escrita en tablas de piedra. Cuenta la historia de una inundación que ahogó todo. O casi todo. Por supuesto, hubo un héroe y su nombre era Utnapishtim. Y uno de los dioses le ordenó en un sueño, que le dijo: 'Oh hombre de Shurrupak, hijo de Ubar-Tutu, derriba tu casa. Construye un barco. Abandona la riqueza. Abjura de las posesiones. Salva tu vida'. Y eso fue lo que hizo. Construyó un barco de seis pisos de alto y trajo a su familia a bordo y todos los animales que pudo encontrar. Y cuando llegó la inundación, estaba listo. Y navegó durante seis días y seis noches. Luego soltó una paloma, una golondrina y un cuervo, y navegó hacia tierra firme, que encontró en la cima de una montaña. Por supuesto, esto es como la historia de Noé, que construyó el arca. Y algunos dicen que las historias son una y la misma,

aunque la epopeya de Gilgamesh ocurrió mucho antes, antes de que el hombre inventara el papel”.

Se detiene de nuevo y piensa: “Soy mi padre”. Cuento historias para entender el mundo y pasar el tiempo.

La lluvia cae en enormes diagonales, barriendo el cielo como enredaderas, las gotitas acribillan las paredes del monolito. Nubes bulbosas flotan en el aire, grandes nubes globo, peces globo grises. Nacho observa por un momento y lo único en lo que puede pensar es en hambre, enfermedades, oscuridad, ochocientas personas en un arca vertical que no se mueve, sin tierra donde pararse. Se vuelve hacia su clase. La gente se mueve. Un niño bosteza.

“Vishnu era un dios hindú con cuatro brazos y mil nombres. Su cuerpo era azul porque existía cuando el agua estaba en todas partes, antes de que se creara el universo. Un día, un ciudadano devoto llamado Manu se estaba lavando las manos en un río. Vishnu se le apareció a Manu como un pez diminuto. Y Vishnu le pidió a Manu que lo salvara de las aguas turbulentas, y Manu lo hizo, y puso el pez en un frasco. Pero el pequeño pez siguió creciendo y creciendo hasta que fue más grande que cualquier ballena, y finalmente se reveló como el dios Vishnu. Y debido a la bondad de Manu al rescatarlo, Vishnu le advirtió a Manu de una gran inundación que se avecinaba. Y le dijo que construyera un barco lo suficientemente grande para los animales del mundo. Y llegó el diluvio y el barco giró y fue

arrojado de mar a mar durante siete días y siete noches hasta que finalmente chocó contra la misma punta de las montañas Malaya, donde había tierra seca, y los amigos y la familia de Manu se salvaron. Y comenzaron de nuevo. Plantaron las semillas y liberaron a los animales en la naturaleza y construyeron casas. Y Manu, el salvador de la tierra, se convirtió en un gran rey”.

Voz de un niño: “¿Vamos a construir un barco?”

En los días siguientes, Nacho se reúne de nuevo con los portavoces de cada piso y les dice que deben racionar la comida y mantenerse vivos unos a otros en caso de que las aguas no bajen. Les dice que hagan un inventario de toda la comida que hay en su piso y que busquen la manera de que las familias la compartan. Pide cocinas de gas para que los panaderos puedan hornear pan porque no ha vuelto la electricidad. Les dice que准备n un suministro de velas, fósforos, encendedores, linternas y baterías.

Pero los días y las noches son duros. La lluvia empieza a formar charcos en algunos de los pisos expuestos donde no se han colocado tablas para cubrir las ventanas. La comida escasea en algunos pisos, y en otros, donde viven alcohólicos o drogadictos, la situación empieza a volverse desesperada. Golpes en las puertas. Rodadas por el suelo. Estallan peleas entre familias.

Al sexto día de lluvias llega una plaga de mosquitos y los damnificados son atacados por un virus misterioso. Sus ojos se ponen azules y empiezan a temblar. Seiscientos de ellos sudan y tiemblan y se van a la cama, y Nacho cancela las clases y todas las demás reuniones por miedo al contagio.

“Lo lleva el viento”, dice un charlatán.

“No hay esperanza”, dice alguien que no tiene esperanza.

“Estamos todos condenados”, dice un agorero.

Mientras todo el mundo tiembla, el estruendo de vajilla rota resuena en todos los pisos seguido de “¡mierda!”, “¡mierda!”, “¡Scheisse!”, “¡merde!”, “¡kak!”. La gente lleva días sin abrocharse los botones, las cremalleras abiertas, nadie se atreve a afeitarse. El salón de belleza María & Hare Beautty cierra hasta nuevo aviso porque María no sabe sostener un cepillo para el pelo, y mucho menos unas tenacillas o pinzas.

Sin embargo, entre todos los temblores, los drogadictos y alcohólicos resultan ser la excepción. Aquellos que han pasado sus vidas temblando, dejando de fumar de golpe, luchando contra el nerviosismo, descubren que una vez infectados por los mosquitos dejan de temblar por completo. Son firmes como las grandes rocas de Balaal. Asombrados, se reúnen y levantan sus manos en una milagrosa posición horizontal y hacen trucos de cartas

imaginarios, hacen malabarismos con cuchillos imaginarios, tocan sonatas para piano imaginarias, realizan experimentos científicos imaginarios que involucran tubos de ensayo y microscopios y dosis letales de arsénico.

Mientras tanto, los mosquitos se instalan en los charcos de los pasillos de la torre, en las escaleras y en el tejado. Ponen sus larvas, que se retuercen y engordan con la sangre de los damnificados. Y bajo la incesante lluvia y el calor, las criaturas mutan y nace un nuevo supermosquito con patas de cinco centímetros y siete sentidos, que puede colarse por los agujeros más diminutos y moverse en silencio al doble de velocidad que otros mosquitos. Ataca a todas horas del día, acechando en las tablas y las paredes, alimentándose de los vivos. Tiene una probóscide dentada de tres puntas tan afilada que un humano no puede sentir su pinchazo. Sus antenas contienen receptores que detectan el dióxido de carbono en una bocanada a una milla de distancia, y su cerebro es capaz de calcular a quién pertenece esa bocanada: joven o viejo, sano o enfermo, hombre o mujer.

Algunos de los damnificados colocan mosquiteros, pero la nueva especie los atraviesa y perfora la malla de algodón como si fuera aire. Los hombres y las mujeres prueban con polietileno, poliéster, nailon y piden a los que no se sacuden que cosan la ropa y la cuelguen con fuerza contra las aberturas de las ventanas, pero los depredadores encuentran la manera de entrar. Los damnificados queman velas e incienso, pero los supermosquitos esperan, observan

cómo el humo se disipa desde su percha y descienden en picado cuando el aire se aclara.

Familias enteras tiemblan y sudan como perros. El blanco de sus ojos se les nubla y la piel se les marca con pequeñas manchas rojas por las picaduras de los mosquitos.

Luego, misteriosamente, los ataques de mosquitos cesan. Al principio, los damnificados dicen que fue culpa suya.

“¡No pudieron pasar mis calzoncillos por la ventana!”

“¡Te dije que ayer maté a dos de ellos!”

“Quemé alcanfor. ¡Eso fue lo que lo causó!”

Pero lo que ocurrió fue lo siguiente: los supermosquitos comenzaron a comerse a los mosquitos. Los mosquitos se defendieron entonces operando en pandillas. Se desató una guerra. Los supermosquitos ganaron. Pero mientras la guerra se desataba, un ejército de libélulas llegó desde Fellahin y atacó a los supermosquitos. Incluso con su séptimo sentido diciéndoles que estaban en peligro, los supermosquitos, heridos y debilitados por su guerra, fueron presa fácil. Y así fueron aniquilados.

En veinticuatro horas, los globos oculares de los damnificados infectados, que en el peor momento de su enfermedad eran de un azul oscuro, vuelven a ponerse blancos. Los temblorosos se despiertan y descubren que ya

no tiemblan. Con los ojos muy abiertos, se abrochan los botones de la ropa, cogen tazas de café humeante y tocan a sus seres queridos con mano firme.

Los drogadictos y alcohólicos de repente empiezan a temblar de nuevo. Mientras están en medio de recitales imaginarios de clavicémbalo o desactivando bombas imaginarias, miran hacia abajo y ven sus dedos temblar en una imagen borrosa.

La lluvia sigue cayendo. Nacho mira por la ventana y ve que la pasarela está cubierta. Sabe que debe mudarse a un piso más alto, pero también sabe que están al borde de la desesperación. Todos los días intenta escuchar las noticias y los informes meteorológicos en la radio, pero la recepción es mala y los informes se convierten en un crujido. Juguetea con los botones de la radio, pero consigue un canal de canciones populares azerbaiyanas, un anuncio de café en suajili, un comentario de tenis en gujarati y un programa de sketches en islandés.

En su desesperación, consulta a una médium en el piso cuarenta y cinco, y el chino lo carga sobre sus hombros antes de subir las escaleras empapadas. La mujer, vestida con un camisón rosa sucio, abre la puerta y dice: “Disculpe mi ropa. No esperaba a nadie”. Los invita a pasar, mira la palma de la mano de Nacho y dice: “Vivirás una vida larga y feliz”, y él

responde: “Gracias, pero necesito un informe meteorológico”. Ella revuelve algunas hojas de té en una taza de agua, las mira y dice: “lluvia”.

El chino lleva a Nacho por los últimos quince pisos hasta la azotea y Nacho contempla el paisaje acuático que lo rodea. La lluvia se ha convertido en una llovizna espesa, un velo gris que tapa el cielo. Apenas puede distinguir un puñado de otras torres y rascacielos de la ciudad, que aún siguen en pie.

Él dice: “Tenemos que hacer llegar un mensaje. Necesitamos ayuda. Comida. Agua. Pero, ¿cómo? No somos personas. Estamos condenados. Nadie nos ayudará porque no existimos”.

El chino, de pie junto a Nacho y mirando hacia el abismo, parece mover los párpados en señal de reconocimiento. Nacho, mientras la lluvia evoca perlas translúcidas en su pelo, se vuelve de repente hacia su amigo. Tiene una idea.

“Necesitamos palomas mensajeras”.

Una inspección del edificio revela que, de las dieciséis palomas que tienen los damnificados, diez han sido devoradas, dos no son las mismas desde que los mosquitos las picaron, una cayó muerta por causas naturales y tres se escaparon. Nacho abandona su idea y, en su lugar, se apodera de una docena de sábanas blancas.

“¿Qué diablos es esto? ¿Una fiesta de fantasmas?”, dice Raincoat mientras Hans se lleva su mejor sábana de rayón, mientras Dieter vuelve a colocar el colchón de espuma en su lugar.

“¡Wooooooooooooooo!”, dice Hans en la cara de Raincoat.

–Verpiss dich (Vete a la mierda) –dice Raincoat–. ¿Me oyes?

“¡Habla alemán!”, le dice Dieter a Hans.

–Sí, y quiero que me devuelvan mi sábana esta noche o los patearé hasta la semana que viene, alemanes flacuchos. ¿Verstehst du? (¿Lo entendéis?)

“¡Sí, mi señor!”, dice Dieter, mientras sus pies ya tocan los escalones exteriores.

Después de coser las sábanas para formar cuatro grandes rectángulos, Nacho pinta “¡Socorro! “en ocho idiomas en cada una y las cuelga, una en cada lado del edificio, a treinta pisos de altura. La lluvia azota las sábanas, las empapa hasta que las palabras se convierten en sopa, y Nacho las baja y empieza de nuevo. Esto lo hace seis veces en una semana. Pero sabe que la ciudad está ciega. No ha visto un alma fuera de la torre en doce días. Ha visto coches flotando por la calle, torres de alta tensión, un árbol de quina, mosquitos y

libélulas luchando en la luz entrecortada, pero a nadie del mundo exterior.

¿Y esto qué es?

En la masa de agua turbia, bajo las lanzas de lluvia gris, una forma se mueve por la ciudad, avanza hacia la torre, pequeña, resuelta. Nacho la distingue. Se mueve como un eslalon entre los tejados de las pocas chabolas que quedan, las cimas de las torres de alta tensión que aún siguen en pie, la basura flotante. Se hace cada vez más grande a medida que se acerca, aunque no supera los pocos metros de altura.

Una voz que canta con un suave tono de barítono, ligeramente desafinada: “¡Rema, rema, rema tu bote suavemente río abajo! ¡Felizmente, felizmente, felizmente, felizmente, la vida no es más que un sueño!”

La voz se apaga bajo el aguacero pero repite su estribillo.

Aparece un barco. Un destartalado cántaro oxidado hecho de hojalata y madera de balsa, con una lámina de plástico corrugado como techo. Neumáticos colgados a los lados, sujetos con una cuerda. Una bandera flácida sobre el techo, un mosaico de trapos en amarillo, negro y verde. En la proa del barco, un pirata elegante, inmune a la lluvia, ataviado con un pañuelo y una barba de dos semanas, con un pie sobre una caja mientras dirige el timón con las manos. El

barco está cargado con sacos, cajones y bolsas de polietileno. Está casi en la entrada de la torre.

“¡Rema, rema, rema tu bote suavemente río abajo! ¡Felizmente, felizmente, felizmente, felizmente, la vida no es más que un sueño!”

Nacho grita: “¡Emil! ¡Emil!”

Otros rostros se asoman a las ventanas del lado norte. Empiezan a vitorear. En ese momento, María, la peluquera, se asoma y se enamora.

Capítulo VII

Emil lanza una cuerda. Hans, enviado por nacho, la agarra, la ata a una barandilla de hierro en la escalera del primer piso y tira del bote de Emil para que golpee suavemente contra la pared oeste de la torre.

—Gracias, amigo —grita Emil por encima del rugido de la lluvia. Se detiene un momento y mira hacia la altura de la torre, entrecerrando los ojos por el aguacero. No puede ver los pisos superiores, que se funden con el cielo en una extensión gris, una mancha impresionista. Está empapado, descalzo y salvaje como un lobo, con la camisa blanca pegada al pecho, los vaqueros oscurecidos y arremangados hasta las rodillas. Sale por la parte delantera del barco, apoya las dos manos en la escalera y se impulsa hacia arriba. Se ha reunido un grupo de bienvenida: Nacho, el cura, el

chino, los gemelos. Nacho deja caer sus muletas y abraza a su hermano.

—Maldita sea, Emil. Otra boca que alimentar.

“Escuché que estabas atrapado”.

“¿No lo estoy siempre?”

Se quedan atrás y se miran el uno al otro.

Nacho dice: “Necesitas afeitarte”.

“Necesitas un corte de pelo. Te traigo regalos”, dice Emil.

Se gira hacia el bote y salta de nuevo, aterriza como un gato, con los dos pies y las rodillas dobladas. Coge un saco y lo lleva a la parte delantera del bote.

“¡Arroz! Siete sacos.”

Se da la vuelta, se agacha y saca una bolsa grande.

“¡Café!”

Sigue así. ¡Frijoles! ¡Maíz! ¡Galletas! ¡Azúcar! ¡Agua! ¡Vino! ¡Col rizada! ¡Plátanos!

Le grita a Nacho: “¿Pueden tus hombres ayudarme a llevar estas cosas? ”

“¡¿Qué?!”

“¿Pueden tus hombres... ay? ¡Eh, tú!”

Hace un gesto y los gemelos suben a bordo y el chino se para en las escaleras y toma los sacos en una mano y los mueve.

“¿Quién es el grandullón?”, le pregunta Emil a Dieter.

“El chino.”

—Es broma. Lo conocí hace años, cuando tenía el tamaño de un elefante *bebé*.

—No nos lo digas, ya ha crecido.

“Él ha crecido.”

“¿Quién eres?”, preguntó Dieter.

—El hermano de Nacho. ¿Quieres decir que no habla de mí todos los días?

“Nunca te menciono.”

“¿Y quiénes son ustedes dos? Sois dos, ¿no? No es solo uno moviéndose extremadamente rápido”.

“No puedo escucharte.”

“Dije, toma este saco.”

Los sacos van al suelo de la habitación de Nacho. Se amontonan hasta que no queda espacio en el suelo. El sudor del trabajo se mezcla con el agua de lluvia en la frente de los gemelos y forma mechones rubios y húmedos en sus cabellos.

Emil y Nacho están sentados en el suelo, rodeados de sacos.

—Entonces, hermano, ¿de dónde sacaste toda esta comida? ¿Y cómo me encontraste? —pregunta Nacho.

—Las noticias corren rápido. Todo el mundo sabe que tomaste el edificio Torres. Se ha corrido la voz. La policía, el ejército, los malandros traficantes, todo el mundo lo sabe. No se pueden ocultar mil damnificados. En cuanto a la comida, he buscado por todas partes. Había existencias en un almacén de Oameni Morti. Las guardaban allí para los ricos. Un importador turco de Bordello me dejó el café por una miseria; su almacén estaba inundado y necesitaba deshacerse de todo. Encontré el azúcar en una despensa abandonada en Balaal. Ocho sacos. Cuando llegaran las lluvias, sabía que estarías atrapado.

“¿Recuerdas este edificio?”

“Recuerdo que nuestro padre contaba historias sobre él. Está construido sobre un montón de basura, ¿no?”

—Sí. Varias generaciones.

“¿Por qué aquí?”

“¿Quéquieres decir?”

“¿Por qué este edificio? ¿Por qué los trajiste aquí?”

“Mira el tamaño y la ubicación. Podemos ver a kilómetros de distancia”.

“Ves a tus enemigos venir”.

“Y estaba vacío.”

“¿Quiénes son todas estas personas? ¿Son todos unos malditos? ¿Borrachos y drogadictos?”

—No lo sé. Necesitaban un lugar donde vivir. Traje conmigo al chino y a los gemelos. Y a otros que conocía antes. Siempre estamos al borde del caos.

Emil sonríe. Están sentados sobre los sacos. Se ha formado un charco de agua debajo de Emil, que gotea de su ropa y de su piel.

“¿Quieres cambiarte? Puedo buscarte ropa seca”.

“¿Tenéis reglas? ¿Leyes?”

“Vivimos según un código”.

“¿Qué significa eso?”

“Cada piso tiene un portavoz o un grupo de portavoces. Organizan a todos para que el lugar esté limpio, mantienen alejados a los malandros, resuelven las disputas, se aseguran de que nadie muera de hambre. Tenemos aulas, tiendas, una panadería”.

“¿Cómo ganan dinero?”

“Algunos trabajan. Son limpiadores, mucamas, cuidadores. Otros venden baratijas o botellas de agua, dulces, ese tipo de cosas. Algunos mendigan”.

“¿Cómo mantenéis alejadas a las pandillas?”

“Mira a los habitantes de este lugar”, dice Nacho. “No tenemos madera de pandillero. Todos somos inadaptados. Ex adictos. Ex borrachos. Pacientes psiquiátricos. Indigentes. Lisiados. Eso somos nosotros. Las pandillas no han venido por nosotros y no sé si lo harán”.

“Vendrán por el edificio, no por los habitantes. Estás sentado sobre una propiedad inmobiliaria de primera calidad”.

–¿Qué puedo hacer? Tenemos vigías, algunas armas. El chino. De todos modos, ¿por qué no me cuentas algo sobre ti?

“¿El chino? ¿Qué? ¿Puede desviar una bala?”

“Nadie nos ha disparado todavía.”

“Es bueno para levantar un saco de harina, pero si alguien quiere invadir, el chino no lo detendrá”.

“¿Qué puedo hacer? ¿Por qué no te busco ropa seca? Estás chorreando por todas partes”.

Nacho le da una toalla a Emil y pide ropa seca. María, la peluquera, ha estado merodeando por allí, maquillada y vestida en rojo de verano, con tacones de quince centímetros y el pelo recogido.

—Puedo comprarle algo de ropa —dice—. Tenemos algo en la parte de atrás de la tienda. —Y sube las escaleras saltando.

Emil se desnuda, se seca y le pregunta a Nacho: “¿Cómo vais a repartir la comida?”

“Lo haremos por piso. Cada piso recibirá su ración. Los portavoces la repartirán”.

“Estás construyendo una utopía, hermano”.

“Hay que empezar por algún lado. ¿De dónde sacaste el barco?”

“Lo construí yo. Conseguí todas las piezas de un desguace en Balaal. Lo estaba terminando cuando llegaron las lluvias.

Sabía que sería útil. La semana pasada rescaté a un grupo de prostitutas de un burdel inundado. Gritaban desde las ventanas. Agitando sus bragas. Se ofrecieron a pagarme en el barco. Todo al mismo tiempo. Les dije que alguien tenía que conducirlo. Los llevé a una casa segura en Sanguinosa. Me prometieron una vida de amor libre”.

“Ya has tenido una vida de amor libre”.

“Al día siguiente encontré a una familia en el tejado de Fellahin. Estaban resguardados bajo una lona. Cuatro niños y un loro en una jaula. Me gritaban en árabe. No entendía ni una palabra, pero los dejé subir al barco. No paraban de gritar, los cuatro. A mí, entre ellos, a la lluvia. Pasamos junto a un cuerpo hinchado en el agua y se quedaron en silencio. Entonces el loro empezó a hablar. Sabía cinco idiomas. No tenía sentido lo que decía. Los dejé en Slomljena Ruka, encontré un puente improvisado que conducía a una mezquita. No querían bajarse del barco. Tuve que agitar mi machete hacia ellos. El padre dijo 'shukran' (agradecido), pero la madre me escupió”.

María llama a la puerta.

—Pasa —dice Nacho.

Emil tiene la toalla envuelta alrededor de él. María entra como una princesa.

“Te traje algo de ropa seca. Soy María, del sexto piso. ¡Salón de belleza de María!”

–Ah –dice Emil–. Gracias, señora.

“Siempre estamos abiertos si necesitas un corte de pelo”.

“Gracias. Lo tendré en cuenta. Aprecio la ropa. Te la devolveré en cuanto la mía se seque”.

“Nos vemos.”

Sale. Lentamente. Un pequeño gesto con los cuatro dedos anillados.

Afuera, la lluvia cae con fuerza, y franjas de mercurio golpean la tierra.

“Luego estaban los piratas”, continúa Emil. “Pandillas de somalíes en shikaras destortaladas. Rescataban gente por mil libras por persona y saqueaban todo lo que podían encontrar. Los vi degollar a un anciano porque querían sus zapatos”.

“¿Dónde has estado con este barco tuyo?”

“Por toda la región. Oameni Morti, Sanguinosa, Dieux Morts, Agua Suja. Todo está bajo el agua. Debí de ver cien cadáveres flotando por las calles. Fui hasta Blutig. Estuve recogiendo provisiones todo el tiempo y escondiéndolas en

el casco. Cuando tuve demasiado que ocultar, vine directamente aquí. Ya había tenido que evadir a los piratas y a los barcos de la policía. Salen de noche, tapan el cartel de la policía, llevan máscaras, roban todo lo que ven. Pagué un soborno en Fellahin. Querían mis papeles. Les dije que era mi barco y me pusieron una pistola en la cara. Así que les di cuatrocientas libras, les dije que era todo lo que tenía. Hicieron girar mi barco y dispararon e hicieron un agujero en la bandera. Pero me dejaron ir. No sé por qué”.

Nacho asiente, observa su habitación, los muebles destrozados, el puñado de libros, las superficies cubiertas de sacos.

“La situación aquí es desesperante”, dice Nacho. “Nos hemos quedado casi sin comida. Las tuberías de agua se atascaron hace una semana y la electricidad se enciende y se apaga intermitentemente. Las familias están encerradas en su habitación, destrozándose unos a otros. Intentamos que vengan a la escuela o a la iglesia, pero es difícil. Los pasillos se están convirtiendo en charcos. Tuvimos una plaga de mosquitos. Dios sabe qué hay debajo del agua ahí abajo”. Nacho señala con la cabeza hacia el mundo exterior.

–¿Bajo el agua? –dice Emil–. Muerte. Ratas muertas, gente, perros, todo muerto. Esta torre ha salvado muchas vidas, hermano. Esa es otra razón por la que vendrán a por ti.

Las provisiones se reparten entre los habitantes del edificio. Emil es un héroe. Se muda a la torre. Escoge una habitación. Duerme cuarenta y ocho horas en una cama de periódicos, cubierto por una vieja manta de piel de oso que trajo de Sanguinosa. Le gusta la sensación de la misma sobre su piel. Se despierta una sola vez para comer. Abre los ojos y ve a María con un cuenco de sopa y platos de pan y arroz. No se detiene a preguntarse cuánto tiempo lleva allí. Come. Vuelve a dormir, feto enroscado. Sueños acuosos.

Entra Nacho. Se queda en la puerta. Recuerda a Emil durmiendo en la Casa de las Flores. Su ronquido ahogado. Sus vueltas y vueltas.

Cuando Emil se despierta, se sienta, aturdido. Es casi de noche. El sol se pone, una mancha en el horizonte. Se queda de pie junto a la ventana mirando la lluvia. Mira las calles inundadas, los escombros deslizándose en el remolino marrón que se traga el mundo.

María vuelve a aparecer con comida. Luego los invitados traen regalos. Dibujos de niños, una figura de cera de una mujer desnuda, un plato con flores pintadas. Ve que su habitación ha ganado muebles. Una silla prestada. Una pequeña cómoda.

Dos días después, María lo invita a su casa. Emil declina la invitación. Dice que necesita estar solo. Se siente mal. Va a ver cómo está su barco. Oye que el techo está salpicado de lluvia. Limpia la suciedad del espejo de popa. Saca el agua con un balde. Se sienta al timón y mira hacia afuera, hasta donde alcanza la vista, el barco bajo la sombra gigante del monolito.

Recuerda.

Después de marcharse de casa, con una sonrisa de despedida para su hermano adoptivo y un saludo y un beso para Samuel y Anna, Emil vagó. Vagó a pie, a caballo, en bicicleta, en trenes de carga, a veces apretado entre cajas, durmiendo de pie. Un tren lo llevó por todo el país. Desde una pequeña rendija de una ventana, vio pasar campos verdes, montañas y ríos. Más tarde se subió a un vagón y se tumbó en el techo y sintió el rocío de una cascada en Cascavel. Su cabello se volvió amarillo, decolorado por el sol, se volvió lacio y fibroso. Buscó comida en las estaciones, caminó por los campos de maíz y comió hasta saciarse, una vez robó un pollo, lo mató por la noche y lo cocinó en una hoguera; comiendo, viviendo como un animal.

Se escondió en un vagón de madera que atravesaba el campo. Se refugió en una estación de tren abandonada en Hoffnungslos, donde la maleza había brotado del suelo y una

colonia de murciélagos colgaba de las vigas. En Lixo conoció a una vagabunda ennegrecida por el hollín de los raíles, con el pelo hasta los muslos. Vestía un mono y tenía una mirada salvaje en los ojos. Le habló en un idioma que él no comprendía. Le hizo el amor en el suelo de un bosque y después ensartaron escarabajos y escarabajos goliat con un palo y se los comieron al fuego.

En Mordende encontró trabajo en la construcción de un juzgado. Le daban de comer bien y el trabajo era fácil. Dormía en un albergue de mala muerte situado fuera del edificio, mientras otros quince hombres roncaban, gruñían y pisoteaban cadáveres para orinar fuera. Un harén de putas pasaba por allí el primer martes de cada mes. Vestían bustiers y medias de rejilla y llevaban abanicos como las socialités del siglo XVIII, y los hombres se gastaban el sueldo a cambio de quince minutos de placer en las antesalas a medio construir del juzgado, para volver sudorosos y con la cara enrojecida, sonriendo como niños.

Cuando terminaron las obras del juzgado, subió a un tren que iba hacia el sur, agarrado al exterior de un vagón de mercancías. Pasaron pueblos, ciudades de poca monta, un fuerte abandonado en una colina, campanarios de iglesias y graneros destalados; peones cortando leña, suspendidos en el aire, y el sonido de los gritos de los niños a lo lejos. Desde lejos vio un tornado que se alzaba de la tierra, una nube gris con forma de embudo que se desenrollaba hacia

el cielo. Vio a un hombre colgado sin vida de un árbol, con la soga alrededor de su cuello tan inmóvil como el hierro.

No sabía a dónde iba, ni le importaba. Estaba vivo y vagaba, igual que su padre.

Llegó a la costa y caminó por los muelles azotados por el mar en Ferrido, con los ojos muy abiertos ante los barcos gigantes. Allí bullía toda la vida. Vio a una tripulación de marineros desembarcando, de mandíbula cuadrada y mirada dura. Y a un pescador sin camisa, delgado como un remo, arrastrando una red hasta la orilla. En los puestos de comida frente al mar, vio langostas apretujándose en un tanque, tentáculos de pulpo colgando de anzuelos y carne de foca cortada en elegantes filetes. Preguntó por ahí, mintió sobre su pasado, encontró trabajo en un barco pesquero. Aprendió sobre cabrestantes, redes y cables observando a los otros hombres. Mantuvo la cabeza gacha y no se inmutó durante una tormenta. Trabajaba dieciséis horas al día y dormía con otras nueve personas en una cabina.

Al cabo de un mes, volvieron a tierra durante seis días. Él y un ghanés con el que se había hecho amigo fueron a los bares y pasaron todas las noches con una chica de una provincia diferente: Sheol, Zerbera, Milarepa, Gudsland. Emil pasó otro mes en un barco pesquero. Esta vez, las tormentas fueron más fuertes: olas de nueve metros

golpeaban el barco y obligaban a los hombres a permanecer bajo cubierta durante varios días seguidos.

A su regreso a tierra, se encontró en un bar con un constructor de barcos de cincuenta años. Un serbio tatuado lo tenía acorralado contra una pared. Emil, borracho y aburrido, le dio una patada en la parte posterior de las rodillas y le rompió la nariz con un taco de billar. Su recompensa fue un trabajo.

El constructor de barcos, un namibio blanco y andrajoso al que le faltaban casi todos los dientes, dejó que Emil durmiera en el almacén y le enseñó a construir barcos. Allí aprendió a hacer quillas y armazones, a construir rodas, popas y quillas, a entablar, a usar resina epoxi y masilla. Su cuerpo aprendió las posiciones, a moverse para construir la embarcación, de modo que en seis meses había superado al namibio. Pronto empezó a dormir en un maltrecho queche con aparejo bermudeño que el namibio no podía vender. El balanceo del agua lo mecía hasta que se dormía y aprendió a leer el aleteo de las velas, a comprender el viento con sólo escuchar.

Un día un cliente estaba en el almacén y le preguntó a Emil de dónde era.

“Favelada”, dijo.

“¿En el norte? Dios mío.”

“¿Qué?”

“Está en todas las noticias. Están arrasando”.

“¿Quienes?”

–Los soldados. ¿Dónde has estado? Están enviando tropas y matando a todos. ¿Tienes familiares todavía allí?

Emil tomó el primer tren que lo llevó a casa. Con sus ahorros compró un boleto y se sentó por primera vez en su vida. No podía sentirse cómodo, así que en la estación de Hilketa se subió a un vagón de ganado y se sentó en el suelo con una manada de gallinas.

Cuando llegó, vio columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. Caos. Edificios derrumbados. Caminó hasta la Casa de las Flores. Todavía estaba en pie. La vecina, una mujer de sesenta años, lo interceptó.

–¡Emil! Has vuelto. Lo siento.

“¿Qué? ¿Qué pasó?”

“Tus padres.”

“¿Qué pasó?”

“¿Nadie te lo dijo? Vinieron los soldados y... eso fue todo... ellos... nosotros... nosotros retiramos los cuerpos ayer. Lo siento.”

Emil se quedó quieto un momento.

“¿Qué estás diciendo?”

“Los soldados mataron a tus padres. Pensé que lo sabrías. Vinieron ayer. Mataron a muchos”.

“¿Dónde está Nacho?”

“No lo sabemos. La casa está vacía”.

Emil entró de golpe. La puerta estaba todavía entreabierta. Se subió a los muebles volcados, a los papeles, a los libros. Fue directo al cesto de la ropa sucia que había en un rincón de la habitación. Quitó la tapa. Nacho estaba acurrucado dentro, temblando. Emil lo cogió en brazos y lo abrazó.

“Estás a salvo ahora.”

Emil llevó a Nacho a un granero abandonado en las afueras de Oameni Morti y allí acamparon. De vuelta en Favelada, los cuerpos fueron enterrados junto a la basura, con piedras que marcaban sus nombres. Ya no quedaba tierra. Después de la purga, había tantos muertos que los cadáveres habían cubierto la tierra, la sangre manchó el río. Entre los sepultureros estaba el chino. Podía cavar una fosa al doble de velocidad que los demás y trabajaba sin descanso durante veinte horas. Un día, mientras cavaba, se oyó un grito. Los soldados habían regresado y disparaban indiscriminadamente. El chino arrojó su pala, el agujero sin

terminar, y corrió. A pesar de ser un objetivo enorme, los soldados fallaron y se refugió con Emil y Nacho en el granero. Emil los cuidaba, buscando comida por la noche y alejando a los perros salvajes con un movimiento de un palo afilado.

La tumba que el chino había estado cavando pronto se llenó de agua de lluvia y cuando ésta disminuyó, se convirtió en otro pozo de basura en el corazón de la ciudad.

Unos días después de que Emil, Nacho y el chino se hubieran escapado al granero, tres de los estudiantes de Samuel se escaparon al anochecer y arrojaron rosas de plástico sobre las tumbas de su antiguo maestro y su esposa. No se celebró ningún funeral. Casi todos los que los habían conocido habían muerto.

Capítulo VIII

Emil finalmente se entrega a maría y la lleva a su barco, donde se quedan juntos, escuchando el tamborileo de la lluvia sobre el techo de plástico. Ella se sube encima de él y hacen el amor todo el día y toda la noche, deteniéndose solo para comer sus escasas raciones uno al lado del otro: cuencos de arroz, patatas humeantes, pan rallado.

Acostumbrado de nuevo al balanceo del barco, a su roce con las aguas de la inundación y a los suaves golpes contra el lateral de la torre, Emil abandona el edificio y se dedica a dormir en el barco bajo la cubierta de piel de oso.

“Tengo una cama arriba”, dice María. “¡Sábanas! ¡El suelo no se mueve! ¿Por qué dormimos aquí?”

“No puedo dormir si el suelo no se mueve”.

–¡Claro que puedes! ¡Stronzo! Eres terco como un burro.

-Ah, cariño. Me gusta el barco. Se balancea cuando hacemos el amor.

-Sí, y la lluvia entra y el agua apesta. Y mira mi ropa. ¿Estás seguro de que nadie puede ver a través de esta cosa de plástico?

“¿El techo? Oh, estoy seguro. Cuidado con ese cubo que está detrás de ti. ¡Guau!”

Pero los habitantes de la torre pronto se vuelven contra su nuevo hijo adoptivo. Se preguntan por qué no llega más comida. Por qué el barco se balancea contra la pared mientras su navegante copula con la peluquera local, duerme todo el día, jueguesca con su motor mientras la gente se muere de hambre. Los gemelos bajan a hablar con él, le piden prestado el barco para ir en busca de más comida, pero él se niega, diciendo que el barco no está listo. El adivino dice que es un impostor y Raincoat despotrica contra su indolencia. El sacerdote hace referencias apenas veladas a los salvadores en barcos que traen panes y peces, mientras la congregación gime de hambre y asentimiento.

Finalmente, Nacho envía a Hans al barco con un mensaje para Emil: “Ven a ver a tu hermano pequeño. Te estará esperando en su habitación”.

Emil ha estado quitando con un cuchillo un hongo que se ha formado entre las tablas del barco. Lleva una camisa

blanca sucia y un pañuelo, y los vaqueros están arremangados hasta las rodillas. Ahora tiene una barba tupida y negra como la de un pirata. Sube descalzo a la torre y llama a la puerta de Nacho.

—No hace falta que llames, hermano. Hace días que no te veo.

“María sólo quiere hacer el amor todo el día. Yo no puedo hacer nada. Necesito limpiar el barco”.

“Eso es lo que quería hablar contigo.”

“¿María o el barco?”

“El barco. ¿Puedes salir de nuevo? ¿Buscar comida?

“No sé dónde más buscar. La última vez peiné la zona. Traje todo lo que pude. Eso fue hace semanas. Ahora no quedará nada o lo que quede estará mohoso”.

—Emil, no tengo derecho a pedirte esto, pero la gente de aquí necesita esperanza, algo a lo que aferrarse. Así es como siguen adelante. Aquí hay familias que se mueren de hambre. Están dispuestos a destrozarse unos a otros. Si te vas, al menos tendrán algo por lo que esperar. Al menos hasta que deje de llover.

“Quieres enviarme a una búsqueda inútil para que los malditos puedan tener la ilusión de que les traeré comida”.

“Si no puedes hacerlo, entonces deja que los gemelos tomen prestado el bote”.

“No. El barco no está construido para ellos. No caben en él”.

“Entonces déjame entrar.”

“¿Tú?”

“Enséñame a navegar y yo iré”.

—No puedes ir. Tú mismo me lo dijiste. La gente de aquí vive al borde de la locura. Tú eres lo único que les impide matarse entre ellos.

“Entonces vete.”

Emil mira alrededor de la habitación de su hermano, ve restos de los sacos de comida que trajo: granos de arroz que se escaparon, una mancha negra en el suelo donde se derramó un puñado de café molido. Se rasca detrás de la oreja.

—Te digo la verdad, Nacho, de todas formas me pienso ir. Pero no estaba pensando en la búsqueda inútil y el regreso del héroe. Me gusta vagar. Ni siquiera en medio de una tormenta busco un puerto. Hay mucho por ahí. Lugares. Gente. Aquí hay una torre y demasiada agua.

“Y una mujer.”

“Nunca me he alojado en ningún sitio por una mujer. Ni siquiera por una buena mujer”.

Necesitamos comida, hermano. No podemos salir. Ayúdanos. O enséñanos a construir un barco. Lo haremos nosotros mismos.

—No. Te tomará demasiado tiempo. Y no tienes las herramientas. Lo haré yo. Me iré hoy mismo. Revisaré todos los lugares antiguos. Los almacenes. Las despensas. Las cocinas. Lo estoy haciendo por ti, no por ellos. Nunca tuve tu celo, lo sabes. Ni el de nuestro padre. Esas cosas del “hombre del pueblo”. No lo fui y todavía no lo soy. Pero lo haré.

No mira hacia atrás antes de saltar desde el hueco que debería haber donde estaba la ventana, hacia la escalera resbaladiza por la lluvia y hacia su bote.

“¿Qué le digo a María?”, grita Nacho.

“Dile que fui a buscar algo de comer.”

—La verdad. ¿Por qué no se me ocurrió?

El día que Emil se va, el tiempo se vuelve frío. El siseo incesante de la lluvia se convierte en un estrépito y ochocientos rostros se asoman a las ventanas de la torre para ver granizos tan grandes como pelotas de tenis que golpean las paredes exteriores. En el agua salada de abajo, aparece un patrón de anillos que detonan en círculos una y otra vez.

Mientras tanto, el granizo golpea el techo del barco de Emil mientras navega entre dos rascacielos de la calle Salamurhaaja. Atraca bajo una escalera que da a la avenida Boondoggle y lanza una cuerda con un gancho alrededor de la barandilla de metal. Se mueve rápido, primero agarra el balde y luego la bomba manual porque ya sabe que lo han golpeado y que hay un agujero en su barco y, si es grande, se hundirá.

“Podría haberse despedido”, dice María mientras se pinta los labios frente a un espejo. Afuera, el granizo ha dado paso a una fuerte nevada.

“No sabía cómo”, dice Nacho, en la puerta del salón de María. “Es más de hechos que de palabras. Está intentando encontrar comida para todos nosotros”.

“Los hombres siempre tienen que ser los héroes, ¿no?”

Nacho se encoge de hombros. Tiene otras cosas en la cabeza. Además de pensar en cómo el subir cinco tramos de escaleras en sus muletas casi lo mata y ahora tiene que volver a bajar, se imagina a la gente que vio en el camino. En cada ventana vio las caras de los damnificados. Vio sus ojos hundidos. El letargo. Lo ha visto antes. Esto es lo que pasa cuando la gente empieza a morir de hambre.

La noche pasa. Nacho despierta. Aturdido. Algo es diferente. Oye la llamada a la oración. El tenor gutural del muecín se alza y rompe el silencio. ¡Allahu akbar! ¡Dios es grande! Con una voz que podría resucitar a los muertos. Tierra de piernas largas, dientes torcidos, fumadores empedernidos y barrigas redondas. La voz se detiene y vuelve a aparecer. Una bandada de pájaros se tambalea telepáticamente, se queda suspendida en una curva a la derecha, a la izquierda, se agacha bajo un puente fuera de la vista. La ciudad también está despertando. Grúas por todas partes, rascacielos a medio terminar, esqueletos de metal. Minaretes como estilográficas con plumín de oro de quince metros de altura, las cúpulas de las mezquitas, gigantescos cuencos de sopa volcados. Todo medio bajo el agua.

Silencio.

La lluvia ha parado.

Nacho se acerca a la ventana y ve un cielo azul. Mira hacia abajo y ve que el agua turbia ha comenzado a bajar. Desde arriba, la voz de Harry el panadero, un barítono sucio, una melodía alegre, palabras indescifrables excepto por la nota alta de “rain” que suena como raa...

Durante las siguientes veinticuatro horas, el agua retrocede aún más hasta que la tierra vuelve a ser visible. Las malas hierbas brotan de los campos de basura empapada. Las marcas de la marea manchan los edificios. Capas de cieno obstruyen las carreteras. La gente, como animales que despiertan de una larga hibernación, comienza a caminar por las calles nuevamente, viendo el mundo de nuevo, con ojos nuevos. Los milagros abundan. Una familia de damnificados ha sobrevivido en un ático en Beggarcat Street, viviendo de un suministro de raviolis enlatados. Cuando las lluvias disminuyen, los padres salen empujando un carrito de compras forrado con mantas. Dentro, dos niños esqueléticos se despiertan con el estallido de sol.

Un pitbull sale de una bodega. Sobrevivió trepando al exterior del edificio y, durante las lluvias más fuertes, mantuvo el hocico por encima del agua y se agarró a los listones de madera del techo para evitar que lo arrastrara. Atrapó un pájaro con sus enormes mandíbulas, lo mordió hasta matarlo y vivió de él durante una semana, aplastando los huesos entre sus dientes.

Una flor que se creía extinta desde hace mucho tiempo florece desde un montículo de barro poco profundo, anunciándose en una explosión de rojo y amarillo.

Pero justo cuando los damnificados se preparan alegremente para escapar de la torre en busca de comida y agua, llega la noticia de que hay cocodrilos en el atrio.

“Los vi con mis propios ojos”, dice Harry, el panadero, a una multitud reunida en la escalera del primer piso.

“¿Cuántos?”, pregunta Raincoat.

“Dos.”

“¿Grandes?”

“Grandes.”

“Entonces necesitamos armas.”

Los gemelos aparecen de la nada portando mangos de escoba afilados por el carpintero de Blutig.

Hans se vuelve hacia su hermano: “¿Listo para divertirnos?”

“Ja, ja”, dice Dieter. “¿Wo sind sie? (¿Dónde están?)”

“En algún lugar del atrio.”

Bajan los escalones con cuidado y miran a su alrededor. Allí, en un rincón de la habitación, hay dos cocodrilos gordos, de ocho pies de largo, bestias correosas del color del barro. Agachados, lánguidos. Hans y Dieter bajan los últimos escalones de un salto, blandiendo sus palos como espadas. Los chicos son larguiruchos, con músculos magros en los hombros flacos, con el torso desnudo y sudando por el calor. Llevan vaqueros cortados a la altura de las rodillas y no llevan zapatos. Lo mejor para maniobrar entre un par de bestias empapadas por la lluvia que los doblan en tamaño.

—¡Hola, señora! —dice Dieter y comienza a caminar rápidamente alrededor de ellas. Empuja a una de ellas en el costado. El animal se mueve.

“¡Son gemelos!”, le anuncia a Hans, riendo.

Uno de los cocodrilos levanta la cabeza.

“¡Salta sobre su espalda!”, dice Hans.

“¡Saltas sobre su espalda!”

“¡Apunta a los ojos!”

“¡Vas directo a los ojos!”

Se mueven de lado a lado mientras el cocodrilo se pavonea hacia su órbita. Mientras se mueve, su cola gruesa se mueve de un lado a otro.

Nacho aparece en la escalera.

“¡Qué demonios!”, dice. “¡Salid de ahí!”.

Los gemelos se detienen y caminan a regañadientes hacia la escalera. Nacho se apoya en sus muletas, incrédulo.

“¿Qué estabais planeando?”, pregunta. “¿Matarlos con escobas?”.

Hans lo mira. “Tenemos que sacarlos del atrio si queremos salir del edificio”.

–No –dice Nacho–. ¿Adónde irán?

“No lo sabemos.”

–Exactamente. ¿Quieres que anden sueltos dos cocodrilos?

“¿Qué hacemos entonces? ¿Los tranquilizamos como hicimos con esos perros?”

“Eran lobos”, dice Dieter.

Nacho se rasca el pelo despeinado. “Incapacítenlos”.

Hans se vuelve hacia su hermano. “¿Era bedeutet das Wort?” (No sé qué significa esta palabra).

Nacho ya se ha vuelto hacia la gente que se ha agolpado detrás de él: “¿Alguien tiene una pistola tranquilizante?”

Raincoat dice: “Esto no es un maldito safari. Una pistola tranquilizante, por Dios. Agujerearé a esos cabrones. Mátalos y venderé las pieles. Lo haré yo. ¿Quién tiene un arma?”

En ese momento, los cocodrilos avanzan lentamente sobre los escombros que bloquean la entrada del atrio y salen a la luz del sol, con los hombros girando como los de un gran felino mientras sus colas golpean la basura que tienen detrás. Los gemelos bajan corriendo de la escalera para seguirlos, pero entre los escombros de la planta baja pierden a las bestias.

Oye, ¿a dónde se fueron?

“¿Qué?”, dice Raincoat. “Has perdido dos cocodrilos”.

Los animales se han deslizado bajo tierra, con la nariz hurgando en el mantillo. No los volveremos a ver durante ocho meses y, cuando lo *hagan*, nadie vendrá a buscarlos con palos afilados y bravuconería adolescente.

La pesadilla se desata por toda la ciudad. Cuando baja el agua, surge otra cosa. En Favelada y sus alrededores aparecen cadáveres flotando. Aparecen saqueadores que

roban comida y agua por donde pueden hasta que algunos de ellos se transforman en bandas armadas y se abre un mercado negro. Los policías que no lograron escapar de la ciudad se unen a las bandas, se quitan las placas y almacenan municiones.

En Minhas, cientos de mineros y sus familias cruzan un puente en las afueras de la ciudad para escapar de sus casas destruidas, pero son rechazados por milicianos armados con capuchas y botas altas. En Agua Suja se produce un brote de fiebre tifoidea. Seis mueren de hepatitis A en Fellahin. En Balaal, hay informes de tuberculosis. En Favelada, cuatro hermanas adolescentes sucumben a la malaria. Los hospitales están inoperantes. Sus primeros pisos están inundados, y en el segundo piso se amontonan pilas de cadáveres, hacinados en quirófanos o consultorios médicos. El hedor atrae a las ratas, que saltan por las ventanas y engordan sobre los cadáveres hinchados. La enfermedad se propaga.

Finalmente, equipos de trabajadores, junto con el ejército, llegan para limpiar la ciudad. Traen excavadoras y otros equipos pesados, traqueteando y golpeando todo el día. La mitad de las calles están cerradas, selladas con cinta naranja y conos de tráfico, mientras se lleva a cabo la limpieza. Llegan camiones llenos de productos químicos para lavar el hedor de las alcantarillas que ahora ocupa la ciudad. Las familias comienzan a regresar, barriendo montones de escombros de sus porches, husmeando alrededor de sus

casas como extraños, recogiendo restos rotos, cavando en el lodo para encontrar alguna foto vieja o un juguete.

A medida que el agua retrocede, se revela gradualmente un misterio que atrae a cientos de multitudes. En las puertas de la ciudad, se hacen visibles cinco cabezas gigantes de piedra. Al principio, todo lo que se puede ver son las puntas suavemente curvadas de las cinco cabezas. Pero el agua baja y, con el paso de los días, quedan al descubierto los rasgos de los rostros tallados. Primero, las frentes, luego las inconfundibles cuencas de los ojos. Narices cortas que sobresalen. Bocas con la mueca de rictus de un kouros griego. Finalmente, las barbillas redondeadas. Algo entre los moais de la Isla de Pascua y las estatuas de la cabeza de Buda, cada una de cuatro metros de altura y con un peso de veinte toneladas. Han sido colocadas allí, bloqueando la calle entre las gigantescas puertas de hierro de la ciudad. Las cabezas están dispuestas en un suave semicírculo pero orientadas en direcciones alternas, tres mirando hacia afuera, dos hacia adentro.

Mientras los habitantes observan atónitos, los arqueólogos y antropólogos de la ciudad llegan para examinar las cabezas. Toman muestras de la roca y consultan libros de texto y escritos antiguos. Luego, las autoridades de la ciudad decretan que hay que mover las cabezas para desbloquear las calles, pero es inútil: no hay maquinaria para hacerlo. Las únicas máquinas lo suficientemente grandes se han vendido para obtener

beneficios ilegales o se han desmontado para obtener piezas de repuesto: motores, cargadoras, cabrestantes hidráulicos.

Un arqueólogo de Kotemoyoye comenta: “Tres de las cabezas están vigilando a los enemigos más allá de las murallas de la ciudad y dos están vigilando a los enemigos internos. Esto nos indica que hay invasores al acecho y traidores entre nosotros”.

Otro dice: “Fueron colocadas allí por dioses vivientes”.

Los investigadores obtienen imágenes de las cámaras de vigilancia y las reproducen una y otra vez, sentados en habitaciones oscuras, observando cada movimiento en las puertas de la ciudad, pero nada muestra cómo llegaron las cabezas. Es como si aparecieran por arte de magia o echaran raíces en las calles bajo el agua y se tallaran solas.

“Se necesitaron quinientos hombres trabajando durante veinte días, día y noche, para traer las piedras del río. Y eso suponiendo que las trajeran en una especie de barco enorme”, explica el arqueólogo de Kotemoyoye.

Pero no hay ningún barco enorme, ni hay quinientos hombres que se desvanecieron en el aire una vez realizado el hecho bajo las aguas de la inundación.

“¡Las trajeron aquí extraterrestres!”, afirma un periodista. “Esto no es obra de manos humanas”.

“Es un mensaje de Dios”, dice un sacerdote.

El tipo de piedra sigue sin identificarse, una sustancia lo suficientemente maleable como para ser tallada pero lo suficientemente fuerte como para sobrevivir ilesa bajo el agua durante dos semanas. Buscan por todas partes, en las rocas de granofiro en Minhas, la cantera de pórfido en desuso en Dieux Morts, las montañas de charnockita al norte de Blutig, la escoria que rodea Agua Suja. No hay nada que coincida. Van más allá, prueban cuarzos, pómez, fonolitas, troctolitas, cortan las rocas de las montañas de Zaurituak y Mrtva Zemlja, perforan en los lechos de basalto de Nista Zivote, las minas de obsidiana de Hajja Xejn. Nada.

Pronto los reporteros y los caricaturistas se ponen manos a la obra. En un periódico llamado *The Hour*, las cabezas se convierten en caricaturas de políticos locales, con el título: “el gobierno: cinco cabezas, ningún cerebro”. Luego, las piedras son tomadas por un grupo llamado Cincocabezas, un grupo de damnificados que se instalan en la cima de las rocas, gritando consignas y agitando pancartas contra el gobierno. Hacen hogueras sobre las cabezas, realizan rituales satánicos, matan cabras. El ejército tarda cuatro minutos en atacarlos con cañones de agua. Los damnificados caen y se deslizan de las cabezas, dando volteretas como arlequines.

Mientras tanto, en Favelada, los habitantes de la torre se dirigen a una fiesta callejera para conmemorar el fin de las

inundaciones, cerca de las puertas de la ciudad. Las mujeres están vestidas de gala, con el pelo teñido de henna e índigo, los ojos delineados con galena triturada y polvo de almendras quemadas, las uñas de los pies pintadas de rojo fresa y la cintura envuelta en sedas multicolores. Los rostros de los hombres también han sido lavados y limpios y entre ellos caminan vaqueros damnificados con sombreros Stetson deshilachados y botas desiguales, ancianos con rastas, sicarios con cuchillos en sus cinturones, hombres del pantano de ojos enloquecidos con pantalones de retazos de retazos.

En la esquina de la calle Hadassah, en un escenario improvisado con palés y cajas, se ha instalado una banda: una cantante, dos guitarristas y una falange de percusionistas agachados sobre o sosteniendo objetos encontrados: cubos de basura volcados, botellas de plástico medio llenas de grava, cubos de hojalata y un timbal de piel de cerdo estirado sobre un cuenco de cobre.

La joven cantante gira, se arremolina. Es ágil como un gato. Sus ojos delineados con kohl escudriñan al público mientras agita una mano con brazalete en la muñeca como una médium gitana. Su voz, amplificada por el micrófono que sostiene en la otra mano, domina sobre el bajo y la percusión, con la boca grande y roja. Canta en muchos idiomas, siempre culminando en un coro turco que enloquece al público, y cuatro drag queens de Fellahin

aparecen de la nada y bailan en línea tan perfectos que parecen marionetas mecanizadas.

En el alféizar de una ventana del segundo piso, los gemelos, sin camisa, bailan uno al lado del otro, con las caras desencajadas por la concentración. Nacho los observa desde su asiento en el borde de una pared, mientras el chino que está junto a él observa a la gente como un portero de discoteca.

Termina una canción y se oye un rugido. La cantante dice algo en árabe, hace una pausa para una ovación tenue y luego cambia al turco. Más ovaciones. Sonríe y levanta los brazos, levanta la cabeza hacia el cielo y cierra los ojos como un niño que traga la lluvia. Luego deja escapar una nota sobrenatural: un ahhh en el do mayor, algo entre un grito y el lamento sostenido de una diva de ópera. La nota se resuelve en una secuencia, deslizándose por el arpegio mientras los percusionistas marcan el ritmo. Ellos mismos son damnificados, hombres en harapos, mandíbulas tensas, camisas blancas sueltas o nada en absoluto. Están hechos de tejido muscular fibroso con venas como cuerdas.

Las gemelas se mueven al unísono, haciendo el moonwalking², encogiéndose de hombros, haciendo

2 La caminata lunar o el paso lunar (en inglés: moonwalk) o backslide es un paso de baile en el que el bailarín se desliza hacia atrás, pero los movimientos de su cuerpo sugieren un avance hacia adelante.

krumping³, turfing⁴, improvisando telepáticamente, sus rostros se coordinan en un simulacro de dolor, alegría o asombro. Debajo de ellas, a nivel de la calle, María, la reina de belleza, y sus niñas bailan en un círculo cerrado, con los brazos subiendo y bajando, los pies girando sobre sus tacones forrados de corcho.

Familias enteras bailan juntas al borde del tumulto, tomados de la mano, los padres, con sonrisas desdentadas, animando a los niños.

La banda sigue tocando hasta bien entrada la noche, la cantante ahora envuelta en tiras de gasa negra. Canta un solo mientras los miembros de la banda permanecen de pie como estatuas, recortadas en la luz que se desvanece. La canción habla de los muertos y, cuando termina, la multitud paralizada ruge una vez más antes de que la guitarra comience de nuevo.

Nacho se vuelve hacia el chino.

3 El krumping es un estilo de danza urbana afroamericana popularizada en los Estados Unidos, caracterizada por movimientos libres, expresivos, exagerados y altamente energéticos. Los bailarines que comenzaron con el krumping veían esta danza como una forma de escapar de la vida de pandillas.

4 El turfing, es una fusión de popping y mimo que incorpora narración e ilusión.

“Quiero ver las cabezas de piedra”, dice. “Estamos a una milla de las puertas de la ciudad. Ven conmigo”.

Mientras el chino ayuda a Nacho a bajar del muro, una voz los llama por encima de la música.

“¿Adónde vas?”

Es Don Felipe, el cura.

“¿Qué haces aquí?”, pregunta Nacho.

“Lo mismo que tú. Estoy mirando. Te hice una pregunta”.

“Vamos a las puertas de la ciudad”, tiene que gritar Nacho. “Quiero ver las cabezas de piedra”.

“¿Puedo unirme a ustedes?”

–Sí. Vamos.

El sacerdote los conduce hasta un conductor de rickshaw⁵ y les dice: “Podemos ir con Ahmed”, pero Ahmed observa el tamaño del chino y mueve el dedo de un lado a otro. En lugar de eso, caminan.

5 Un rickshaw es un vehículo ligero de dos ruedas que se desplaza por tracción humana, bien a pie o a pedales. Muy popular en países como China, Japón o India, su uso se ha extendido a otras ciudades de todo el mundo, a menudo como reclamo turístico o como servicio de bicitaxi.

Pasan junto a docenas de chabolas destripadas, todavía húmedas por el moho, junto a los imponentes rascacielos que bordean la ciudad como centinelas. En cada esquina, montones de escombros (rocas, piedras, tablones de madera) obstruyen los espacios. Los perros salvajes merodean. Aunque el agua ha retrocedido, la ciudad tiene una extraña sensación de desplazamiento, de cosas fuera de lugar: las puertas ya no encajan en sus bisagras, los árboles se alzan en ángulos antinaturales, las torres de electricidad escupen manojos de cables al azar. En cada pared hay marcas horizontales por donde llegó el agua y se quedó un tiempo, dejando su huella marrón, antes de encontrar nuevos niveles, como los anillos de un árbol que se conmemora a sí mismo.

Las cabezas de piedra aparecen ante sus ojos y Nacho se detiene, suelta un pequeño jadeo e intenta medirlas, ver su tamaño. El chino también se detiene y frunce el ceño.

“Dios mío”, dice Nacho.

El sacerdote levanta una ceja.

—O a *vuestros dioses* —dice—. Aquí la gente rinde culto. Eso es lo que he oído. Están construyendo pequeños santuarios, como los paganos. Mirad.

Se acercan, Nacho en sus muletas de madera.

Al pie de las piedras arden pequeñas hogueras. Grupos de damnificados sentados brillan a la luz de las llamas, y eso le recuerda a Nacho el día en que entraron en la torre. Recuerda los ojos enrojecidos de sus compañeros, los niños dormidos cargados sobre los hombros, las miradas de miedo cuando apareció el lobo. El lobo, como él, como el chino, un fenómeno de la naturaleza, algo que salió mal en los genes, allí solo entre la multitud.

Nacho camina lentamente entre las cabezas gigantes. Los damnificados lo saludan con sus gritos y le ofrecen whisky y cigarrillos. Él declina la oferta. El olor acre del humo flota en el aire nocturno. La música, a una milla de distancia, ha terminado y ahora los únicos sonidos son el lejano ruido de los autobuses y el zumbido de los insectos.

Un alboroto. La gente sentada alrededor de sus fogatas se detiene y mira fijamente. Setenta u ochenta damnificados de la fiesta callejera se dirigen hacia las puertas de la ciudad. De nuevo Nacho recuerda a su propio pequeño ejército que tomó la torre, pero hay algo diferente en los juerguistas. Se oyen gritos. Llevan martillos y botes de spray. Tienen mucha adrenalina. Al frente va un hombre negro de unos treinta años, de seis pies y medio de altura, con el pelo rapado hasta la cabeza. Lleva un collar de dientes de serpiente y una mirada salvaje en los ojos. Nacho lo ha visto antes, lo conoce como artista de grafitis.

“Vienen a destrozar estas cabezas. Las van a machacar o las van a fumigar”, le dice Nacho al cura. “Esto es la fiesta de después”.

Pero a medida que la multitud se acerca, algo en su comportamiento cambia. La expresión del hombre negro se vuelve desconcertada. Disminuyen la velocidad. Bajan los botes de spray. Como Nacho, la multitud está asombrada. Algunos se agachan. Otros se sientan. Otros hacen un círculo lento alrededor de las cabezas, como visitantes de una galería de arte. No dicen nada y la violencia, el martilleo y el aplastamiento reprimidos que había en sus corazones momentos antes, ha desaparecido. ¿Qué ven? ¿Símbolos religiosos? ¿Cosas que fueron creadas para *ellos*? ¿Regalos? ¿Un acto de represalia por toda la opresión que ellos y sus antepasados han enfrentado, cada invasión, cada masacre, pogromo, baño de sangre, asesinato? Sus aldeas han sido saqueadas, sus casas quemadas y luego las inundaciones vienen a ahogar sus gritos. Entonces, ¿qué es esto a las puertas de la ciudad? Cinco cabezas gigantes, cuidándolos, advirtiendo al gobierno que el pueblo prevalecerá. En el misterio inescrutable de las cabezas, los damnificados ven desafío.

El hombre negro dice: “Vamos, vamos a buscar algo de beber”. Y se lleva a su grupo, con los botes de spray en los bolsillos y los martillos en los cinturones.

Nacho permanece en la sombra, con el chino y el cura a su lado.

“¿Qué hubiéramos hecho nosotros?”, pregunta don Felipe. “Querían destruir todo aquí”.

—No lo sé —dice Nacho—. Pero algún día puede que necesitemos a esos hombres. Y sus armas.

Capítulo IX

Lentamente la vida vuelve a la normalidad en la torre. los damnificados encuentran provisiones en los confines de la ciudad, cerca de las tierras de cultivo. Muchos trabajan limpiando la ciudad y se van todas las mañanas en los autobuses amarillos que silban humo negro y rugen al pasar los semáforos en rojo, con salsa a todo volumen todo el día. Nacho usa sus contactos para conseguir agua corriente de nuevo y, tres días después, electricidad. La panadería vuelve a abrir. El salón de María también, y sus antiguos clientes vuelven.

En cuanto a María, asume el papel de amante despechada, pero no derrama lágrimas. Todos los días se viste majestuosamente. No pasa una mañana sin que espere ver la hermosa cabeza de Emil en su puerta, con el pelo empapado, las manos cargando café o arroz o un bolsillo

Ileno de oro, y necesita estar lista para seducirlo una vez más. Encarga a una costurera que le haga un vestido rojo, tan caliente como las brasas, y lo usa como una segunda piel. Se vuelve magnífica, una adolescente de nuevo, con el rostro resplandeciente por los aceites y ungüentos hechos de cera de abejas palestina, algas egipcias, árnica y malvavisco, pimiento y mirra. Se tiñe el pelo de negro azabache y lo deja caer por debajo de los hombros y pide flores frescas todos los días para ponerse detrás de la oreja: una zinnia, una rosa, un loto, un lirio.

En su habitación privada cuelga tapices de la ciudad santa de Kairouan, mantiene encendidas velas con aroma a vainilla y agua de lavanda en frascos. Deja flotar pétalos de sus flores sobre la colcha todas las noches y duerme con su aroma, soñando con Emil. Antes del atardecer, mira por la ventana de su sexto piso, esperando verlo sin camisa cabalgando hacia ella en un elefante pintado. Porque lo recuerda como un héroe exótico y apenas de esta Tierra manchada.

Mientras el sol da paso a la oscuridad, cierra las persianas y se recuesta en una tumbona rescatada de un vertedero de Sanguinosa y se alimenta de pequeñas migajas para mantener su figura. Luego se acerca al espejo para comprobar que su trasero tiene la proporción justa, para ver que sus pechos están llenos y redondos. Examina su piel de treinta y cinco años y jura no volver a sonreír nunca más porque ve patas de gallo abriéndose en abanico en las esquinas de sus ojos. Ve arrugas en su cuello y dice: "A partir

de ahora usaré pañuelos, haga el tiempo que haga” y sale a la caza de gasa y algodón, lino y seda.

“¿Dónde está?”, le dice a Nacho. Están afuera, al pie de la torre. El sol pega fuerte.

—No tengo ni idea, María. Ojalá pudiera decírtelo.

“Ya pasaron dos semanas. Ya paró de llover. ¿Por qué no está aquí?”

“Se fue cuando todavía llovía mucho. ¿Recuerdas? Buscaba comida para nosotros. Probablemente tuvo que irse muy lejos porque aquí todo estaba bajo el agua. ¿Y quién sabe qué pasó? Es peligroso ahí fuera. La gente está desesperada. No hay comida ni agua. No lo sé”.

“¿Qué me estás ocultando?”

—Es mi hermano, María. Lo conozco desde siempre. Lo conociste hace dos semanas. No hay nadie que quiera verlo más que yo.

“Estás equivocado. Y lo volveré a ver, pienses lo que pienses de mí. No soy como los demás. Nunca fui una borracha ni una adicta. Sé leer y escribir. Mi padre habló en contra de los políticos corruptos y lo mataron por eso y nos expulsaron. Mi madre murió de pena poco después y tuve que valerme por mí misma, pero no soy una vagabunda como esta gente”.

Nacho la mira y no dice nada. Ha pasado gran parte de su vida defendiendo y protegiendo a “esta gente”. María continúa.

“En mi salón empleo a ocho mujeres. Sin mí, no son nada. Viene gente de todas partes y gasta su dinero. Yo lo devuelvo a la comunidad, si es que así se le quiere llamar, a esta torre de mierda. Gano...”

–¡Ya basta! –dice Nacho–. Sé quién eres. Te veo todos los días. No sé dónde está mi hermano. Si vuelve, vuelve. Si no, lo encontraremos.

Se aleja cojeando sobre sus muletas, dejando a María furiosa y radiante bajo el sol, Cleopatra con un vestido rojo. Ella camina hacia la sombra de la torre, con su pañuelo de gasa ondeando al viento.

La Segunda Guerra de la Basura fue mucho más brutal que la primera. Se utilizó una catapulta gigante sobre ruedas, bolitas de basura recicladas para fabricar bombas y un dragón de veinte metros hecho de hierro y amianto que disparaba bolas de fuego desde sus entrañas.

Fue Naboo Laloo, el padre del mismísimo Laloo que podía arreglar aparatos eléctricos con su mano de plata y que lo sabía todo sobre cables, resortes, voltios y bisagras, quien reinventó el arte de la guerra. En los días fríos, el padre se

sentaba en su cobertizo a soñar con nuevas formas de masacrar y mutilar. Su esposa le traía platos de kofta⁶ y falafel⁷ con especias en ese cobertizo mientras él garabateaba diagramas en páginas amarillas arrancadas de un cuaderno. En su gallibaya⁸ de lino blanco, permanecía sentado inmóvil hasta que, con un gesto casual de la cabeza, comenzaba a esbozar un plan. Se inspiraba en la naturaleza. Para él no era nada observar cómo una abeja le picaba la mano para saber cómo se producía la penetración, cómo la criatura se cernía sobre él y se afilaba, clavando las lancetas y el estilete. Observó con curiosidad cómo una mantis en las tierras salvajes de Fellahin atrapó a un lagarto, agarrándolo por el tórax con sus patas delanteras puntiagudas y mordiéndole la cabeza.

Pero lo que más le gustaba era la tecnología. Naboo Laloo leyó sobre catapultas medievales, nappas de madera y hierro, cañones de todo tipo, pistolas. Utilizó los materiales que tenía a su alrededor e inventó la balística con un giro adicional: una bomba podía diseminar gas venenoso, una granada podía rociar una lluvia de ácido, una bala explotaría. Con la más suave de las sonrisas para su amada esposa y sus

6 La Kofta denominada también köfte, kafta, kufta o kuftehes una familia de diferentes preparaciones hechas con carne picada (similar en algunos casos a las albóndigas) y muy habitual en Oriente Medio, la India y los Balcanes.

7 Faláfel o falafel es una croqueta de garbanzos o habas. Suele consumirse en Oriente Medio.

8 La galabiya es un tipo de túnica blanca usada en países musulmanes, especialmente en Egipto y Sudán. Se utiliza tanto por hombres como por mujeres y es más habitual en regiones rurales.

tres hijos, su mente vagaba por los horrores del pasado e inventaba los horrores del futuro. Pero para él todo era un ejercicio, un juego mental, porque Naboo Laloo vivía en un mundo de sueños en el que otros hacían lo que él imaginaba. Nunca había disparado un arma. Nunca había visto un cadáver. Nunca había derramado sangre. En verdad, nunca había matado a una criatura viviente, ni siquiera había golpeado a una. Para un hombre atrincherado en una tierra de basura interminable, esto era algo raro. Confiaba en las cucarachas voladoras para matar a los mosquitos. Para las cucarachas, confiaba en las lagartijas. Para las lagartijas, confiaba en las ratas. Para las ratas, reunió una tropa de gatos de Bengala de dientes afilados. “Dejad que la naturaleza haga su trabajo”, les decía a sus hijas y al pequeño Laloo, que ya era un soñador a los cinco años.

Los líderes de los Portadores de Basura pronto se enteraron de sus habilidades: el simple comerciante, un fabricante de herramientas domésticas, que también podía diseñar armas. Visitaron su casa. Su esposa señaló el cobertizo y entraron en tropel, le estrecharon la mano y examinaron sus diseños. El líder militar, un gordo paisano llamado Torres, entró, sonriendo, y le dio una bofetada a Naboo Laloo en la cara.

“Esto es para que siempre recuerdes de qué lado estás”.

Le dio otra bofetada.

“Y esto es por si ya lo habías olvidado. Nos lo llevaremos ahora”.

Y recogió los diseños favoritos de Naboo Laloo, los dobló en cuatro y los guardó en el bolsillo del pecho, debajo del quinteto de brillantes medallas que se había otorgado seis meses antes.

En dos semanas, los diseños de Naboo Laloo estaban listos. Y, pocos días después, su catapulta de quince metros de altura descendió rodando por la ladera hacia los páramos de Favelada, con sus misiles, bolitas de basura compactada, cocidas y endurecidas como rocas. Su cortadora de piernas giratoria estaba enganchada a un camión blindado y sus lanzas explosivas estaban suspendidas en la parte trasera de un carro, alineadas en diagonal como las cerdas de un erizo.

Pero el arma clave era el dragón.

Habían armado un camión de municiones. Para el cuerpo del dragón, un dosel pintado fue unido a un exoesqueleto de hierro. Contrataron a un escultor para que tallara la cabeza de un dragón y la fundiera en hierro y amianto. Colgaron patas de goma verde delante de las ruedas. Luego colocaron un lanzallamas en una bisagra para que las llamas salieran disparadas de la boca del dragón, operado por un par de soldados sofocados en la caja torácica del dragón.

Fue más tarde, mucho más tarde, cuando Naboo Laloo fue llevado a los campos, cuando vio la carnicería que sus inventos habían provocado. Decenas de cuerpos yacían esparcidos por los páramos mientras se elevaban bolsas de humo de las brasas. Los heridos también estaban esparcidos por el paisaje, gimiendo y vomitando, con las extremidades en jarras como muñecos abandonados bajo la lluvia. La sangre se mezclaba con la basura, glóbulos oscuros de salpicaduras de los ataques cuerpo a cuerpo, y cubría los montículos de cartón y papel enmohecidos. Su catapulta los había blandado, derribando las barricadas donde se había refugiado el miserable ejército de damnificados. El cortador de piernas giratorio había aniquilado entonces la primera línea de resistencia, destrozando una falange de soldados en retirada.

Un perro pastor alemán, hermoso como un león, tenía una pata delantera amputada, pero el animal había logrado meterse en una zanja. Una niña lo rescató, lo metió en una carretilla, corrió a casa dando tumbos por el terreno irregular y, con todo el coraje que pudo reunir, salvó al animal con un torniquete de lino.

Cuando las lanzas explosivas de Naboo Laloo diezmaron los refugios donde vivían los damnificados, la niña corrió empujando al perro en la carretilla. Su madre le gritó que lo dejara atrás, pero ella no lo hizo. Llegaron a los árboles y desaparecieron en el bosque.

Por la noche, los últimos resistentes habían estado cuidando a los heridos y preparándose para otro día cuando el dragón salió de la oscuridad, escupiendo fuego. Trepó por encima de los montones de basura, tambaleándose como un borracho, se enderezó y dejó escapar otra ráfaga de llamas que se amontonaron amarillas en el cielo nocturno. El calor se podía sentir a trescientos metros de distancia. Los damnificados restantes se dieron la vuelta y corrieron, porque finalmente supieron que, con casa o sin ella, este lugar estaba maldito.

Después de la batalla, Torres, vestido de caqui y sudando por el calor, le gritó a Naboo Laloo: “¿Ves lo que hicimos con tus juguetes?”. Y Naboo Laloo regresó a su cobertizo y bebió hasta perder el conocimiento. Su esposa se hizo cargo de la casa y llevaba a los niños de un lado a otro, evitando a su padre siempre que era posible. El hombre se volvió taciturno y envejeció antes de tiempo. Por toda Favelada se oyeron susurros: “¿Qué le ha pasado a Naboo Laloo?”.

Construyó una pira que le llegaba hasta la cintura y quemó lo que quedaba de los diseños en su cobertizo. Luego quemó el cobertizo. Una pequeña multitud salió a presenciar la escena. Naboo Laloo, un comerciante que se había vuelto loco, con el pelo ralo y gris, los ojos rodeados de anillos negros, se movía por su patio, arrojando parafina de una lata y hablando consigo mismo en árabe y persa. Cuando la llama se avivó, con un *izas!*, llegaron corriendo bandas de pilluelos de la calle, agarrando con las manos la valla de alambre que

rodeaba la propiedad de Naboo Laloo. Su esposa y sus hijos hacía tiempo que habían huido a Balaal para quedarse con un tío, pero les llegó la noticia del espectáculo.

Cuando meses después regresaron, encontraron a Naboo Laloo sentado solo en una silla en medio de la sala de estar vacía, leyendo a la luz de las velas un libro sobre la cría de cerdos. El techo estaba cubierto con un dosel de telarañas y las contraventanas estaban cerradas a cal y canto, de modo que incluso de día estaba oscuro. Naboo Laloo vestía una gallibaya sucia y no había comido en días. Se volvió al oír que se abría la puerta y vio a sus hijos, pero no los reconoció, ni a su esposa. Así que siguió leyendo mientras ellos caminaban hacia él a través de la capa de polvo y excrementos de ratón que cubría el suelo. En un rincón de la habitación había una docena de botellas de whisky vacías con las etiquetas todavía puestas, y una de pie, medio llena.

La madre sacó a los niños de la habitación y les dijo que esperaran. Volvió a entrar y lo llamó por su nombre. No percibió nada. Caminó alrededor para mirarlo de frente. Había dejado el libro sobre su regazo, pero sus ojos estaban llenos de nada. La verdad es que todo lo que podía ver eran los cuerpos de los muertos que cubrían los basureros de Favelada.

El monolito brilla a la luz del sol. Su lado oriental está sumido en una profunda sombra, una oscuridad que siempre parece más profunda cuando el sol brilla en su cara occidental. El lugar bulle de actividad. En la planta baja, los hombres y las mujeres siguen retirando los escombros que dejó la inundación. Nerviosamente, hurgan en trozos de madera, esperando casi que un cocodrilo se deslice por debajo y se abra paso a empujones por el suelo de piedra.

Construida sobre una base de basura compactada, hace mucho tiempo hormigonada y cubierta con plantas, la torre nunca está lejos de un hedor infernal. Los damnificados más viejos recuerdan los días en que el viento soplaban y el olor llegaba hasta Blutig y Oameni Morti. Ahora, los restos de la inundación tienen su propio hedor. Durante los últimos días del cataclismo, el saneamiento había fallado; alimentos podridos y excrementos habían llegado a las calles durante el diluvio; los cadáveres flotaban por las calles.

Los que llevan años viviendo allí dicen que uno se acostumbra al olor. Pero los recién llegados, incluso los de otros barrios marginales sin servicio de recogida de basuras, se cubren la cara, encienden velas, jadean y farfullan. Llevan mascarillas de algodón y gasa y se escabullen del monolito hacia sus lugares de trabajo. Por sugerencia de Nacho, los gemelos llevan dos cerdos vivos en la parte trasera de la camioneta de su padre. Se los pidieron prestados a un granjero de Nista Zivote que estaba borracho y dormitando en zapatillas. Las bestias pasan un día husmeando en el atrio

y la entrada, hurgando en el estiércol y engullendo basura. Pero pronto queda claro que su mierda huele tan mal como la basura que comen y que los cerdos, después de todo, no son un aparato de limpieza de primera clase creado por la naturaleza. Nacho les dice a los gemelos que devuelvan los cerdos. Se van en medio de una ráfaga de humo. Dejan a los cerdos y, al salir, la mujer del granjero se queda parada en medio de la carretera y dispara una andanada de perdigones contra el camión que se aleja. Hans cae al suelo y Dieter acelera mientras la figura del espejo retrovisor, de pelo alborotado y rechoncha como un barril, desaparece de la vista, con la escopeta saltando a su hombro.

Los servicios del sacerdote durante la inundación trajeron a las congregaciones más numerosas desde su llegada. Pero cuando termina la inundación, los números disminuyen.

“Son gentes sin Dios”, le dice a Nacho, subido a un cajón en la habitación del lisiado. “Sólo vinieron porque estaban atrapados y necesitaban salvación. En cuanto deja de llover, desaparecen. Hasta la siguiente crisis. Ahora están todos a las puertas de la ciudad adorando ídolos de piedra”.

“¿No es siempre así?”, dice Nacho. “Algunos son devotos. Otros van y vienen”.

“No, no lo es. Cuando estuve en Hajja Xejn, vi las mismas caras todas las semanas durante dos años. Daban limosna. Vivían vidas rectas. No importaba lo que sucediera en el

mundo exterior, venían todos los domingos y rezaban a Dios. A la gente de aquí no le importa nada más que su próxima comida”.

“Sí. Necesitan alimentar a sus hijos”.

“¿Y qué pasa con sus almas?”

–No lo sé, padre, pero puedo decirle una cosa: la asistencia a las escuelas aumenta semana tras semana. Ahora tenemos casi tantos adultos alfabetizados como analfabetos. Pueden leer los carteles de la calle y consiguen mejores trabajos porque saben leer las instrucciones. Ha llevado tiempo, pero está dando resultado.

“Leer y escribir son importantes. Tengo que leerles la Biblia como a los niños. Pero ya sabes a dónde conduce la alfabetización”.

“¿Qué quieres decir?”

Leerán libros, leerán la constitución, leerán sus derechos, aprenderán que han sido explotados a lo largo de la historia y entonces sólo habrá un final. El cura bajó la cabeza, pero no apartó la mirada de Nacho.

“¿Cuál es?”

“Revolución. Más derramamiento de sangre. Más matanzas. Eso si el gobierno no viene primero a por

nosotros. Y lo hará. Vendrán a cerrarnos. Ustedes, sus escuelas, la torre. Ellos saben que estamos aquí”.

Nacho enciende una cerilla para encender una vela. El sol se ha ocultado en el horizonte borroso.

–Sí. Mi hermano dijo lo mismo. Vendrán por nosotros.

“¿Y luego qué?”, dice el sacerdote.

“Comenzamos de nuevo.”

“¿Encontrar otra torre?”

“Busquen otra torre o un terreno y construyan una comuna”.

El cura se ríe. “¿Una comuna? ¡El último de los grandes idealistas! Si el gobierno viene a por nosotros, todos estaremos muertos”.

–Lo dudo. Siempre sobrevive alguien. Por eso las historias nunca se cuentan sólo desde el lado del vencedor. Siempre hay algún pobre desgraciado que sale con vida y difunde la noticia. Ese pobre desgraciado fui yo una vez, hace muchos años. Desde entonces no he vuelto a confiar en ningún hombre o mujer de uniforme.

“¡Ja! ¿Eso me incluye a mí?”

—Sí. Tú llevas el uniforme de Dios. Me hubiera gustado que me ayudaras a dirigir a esta gente. Pensé que tenías experiencia en el mundo. Sabes escribir y hablar bien. Pero eres un extraño. No eres un damnificado y nunca podrás serlo. De hecho, eres todo lo contrario: un beatificado. Estás bendecido por tu fe. La gente de aquí no tiene nada bendecido. Y tú no los entiendes porque no eres uno de ellos. Te respeto, don Felipe, pero no te confío a los damnificados porque no los amas.

El sacerdote se queda en silencio por un momento, commocionado. Luego dice: “Eso no es verdad. Amo a toda la humanidad. Estoy aquí porque quiero ayudar a esta gente. Esa es la única razón”.

“Entonces ayúdenlos. Consuele a los enfermos y a los necesitados. Deles esperanza”.

“Lo estoy intentando. Eso es lo que te digo. Pero no vienen al servicio”.

—Pues ve a verlos tú —dice Nacho—. Ve a verlos en sus apestosas casas. Bebe su asqueroso café. Siéntate en sus muebles robados, como te sientas en los míos. ¿A quién le importa si te clavan una astilla en el culo? Míralos a los ojos y escucha sus historias. No puedes amarlos si no los conoces. Y deja de pensar en ellos como *ellos*... No son otra especie. Son nosotros.

“Suenas como la mujer con el perro en la carretilla. La loca”.

—No está loca, padre. Cuida de ese perro desde que era niña. Lo rescató de un campo de batalla y le salvó la vida. Ha vivido más que la mayoría de los humanos.

Un silencio pasa entre ellos y luego el sacerdote se levanta para irse, su andar encorvado se estira lentamente, como algo prehistórico.

“Te agradezco la compañía, Nacho. Y pensaré en tus palabras”.

—Espero que sí. Buenas noches, padre. Y avísame cuando tengas tiempo para otra partida de ajedrez.

El sacerdote cierra la puerta suavemente y sube las escaleras.

Las secuelas de la inundación atraen a más inquilinos al monolito, además de los hombres y mujeres de Agua Suja. Un grupo de intocables llega, atormentados y castigados por el clima. La niña más pequeña de ellos nació en la inundación. Ha pasado su vida empapada hasta los huesos, sudando de vez en cuando por la fiebre, cegada por la lluvia y ahora escupe agua de lluvia del color del barro.

Otro grupo, aún más desaliñado, emerge de los bosques de Dahomey-Krill, furtivo y presa del pánico. Nacho intenta darles la bienvenida, pero su líder, un hombre de unos setenta años con rastas que sostiene un palo que podría ser una lanza, dice: “¿Ki gen segonde ki ou sou? (Con quién estás)”

Nacho entiende el criollo y dice: “Estoy de tu lado. Pero ¿por qué me preguntas esto?”

El líder llama a otro hombre de edad similar, quien se adelanta.

“¿Hablas inglés?” dice el hombre.

“Sí.”

“¿De qué lado? ¿De qué lado estás?”

Nacho lo mira un momento. “Todos somos damnificados. Vivimos aquí. Tú y tu gente sois bienvenidos”.

“¿Cómo sabemos que no nos matarás?”

¿Por qué te mataríamos?

El hombre habla con su líder en criollo. Los ojos del líder se mueven nerviosamente. Mira al chino que se asoma detrás de Nacho. Dice algo. Su cómplice se vuelve hacia Nacho nuevamente.

“¿Sa a se Favelada? ¿Aquí esta Favelada, ¿no?

“Sí”, dice Nacho.

“¡Guerra! Comienza aquí”.

Nacho lo mira a los ojos, sin comprender.

“¡Guerra!”, dice de nuevo el hombre. “¡Fatrá lagé! ¡Fatrá lagé! (Residuos liberados) ¡Nos estáis matando!”.

Nacho dice: “Dios mío. ¿Fatrá lagé? ¿Las guerras de la basura? Terminaron hace cuarenta años. ¿Dónde has estado?”

“Nos escondemos en el bosque de Dahomey-Krill. Vivimos allí. Pero el agua sube”. Señala a la altura del cuello. “Escapamos del bosque. Venimos aquí”.

—Aquí no hay guerra. Dile que deje el palo. —Nacho mira a su alrededor—. No necesitan los cuchillos. No hay guerra. Se acabó. Se acabó. ¡Fin! ¡Li nan fini!

El líder asiente, hace un gesto con la cabeza hacia su gente y dice algo en criollo.

Más tarde, cuando les dan un piso alto, los recién llegados le cuentan que llevan cuarenta años escondidos en el bosque sin contacto con el exterior. Allí construyeron casas, limpiaron un trozo de tierra, lo cultivaron y tenían gallinas.

Dicen que las lluvias destruyeron todo y que no tenían adónde ir. Algunos de los ancianos todavía recordaban el camino a la ciudad, así que regresaron caminando al lugar del que habían huido cuatro décadas antes, creyendo que las Guerras de la Basura todavía seguían en pie.

Al principio, los que nacieron en el bosque tienen miedo de todo: de la televisión, del teléfono, hasta de las bocinas de los coches. Rechazan a la gente, asustados por la vestimenta y los modales de los extraños. Pero pronto empiezan a mimetizarse con el resto porque no tienen otra opción. Como todos los que viven allí, están a merced del monolito. Se balancean cuando éste se balancea, oyen las canciones del viento que entran y salen de las escaleras y huelen los últimos restos de la basura que quedó de la inundación, vapores que trepan por el cielo hasta el piso cuarenta, donde ahora viven. Nacho teme por ellos. La ciudad no es lugar para los habitantes del bosque, pero el líder le dice que pronto se marcharán, buscarán nuevos bosques en los que vivir.

Nacho los mira y, aunque dicen que son granjeros, él ve guerreros, hombres disciplinados. Son hombres de músculos esbeltos y pechos anchos, que no se ven afectados por la basura de la vida de la ciudad: comida rápida, drogas, alcohol. Ya son un ejército y él sabe que puede necesitar su fuerza.

Capítulo X

El lunes después de la llegada de los habitantes del bosque de Dahomey-Krill, hay una visita no deseada. Un sedán negro se detiene al otro lado de la calle, en el lado norte de la torre. Aparecen tres hombres, uno de traje, dos de pantalones caqui, todos con gafas de sol. El vigía del piso treinta es el primero en verlos y coge el walkie-talkie de su hijo, modificado por Laloo para difundir su cobertura. Se pone en contacto con el vigía del primer piso.

—Las doce en punto —dice—. Un coche negro. Un vehículo militar.

La noticia llega inmediatamente a Nacho, quien le dice al chino: “Visitas”.

El hombre de traje es corpulento, con un bigote florido y dedos adornados con lujosos anillos. Huele a dinero, pero hay algo terrenal en él, como si hubiera trabajado la mitad

de su vida en una granja, cortando leña o rompiendo cabezas. Cuando los tres visitantes se acercan, el chino se pone de pie. El hombre de traje no duda. Esboza una sonrisa.

—¡Tú debes ser el famoso chino! ¡Gracias por proteger tan bien mi torre! Me llamo Torres. ¿Dónde está el pequeño lisiado?

Nacho baja cojeando las escaleras hacia la luz del sol.

“¿Te refieres a mí?”

—Bueno, hola. Creo que soy el señor Morales. Yo soy Torres. Éstos son mis conocidos, el coronel Bandero y el coronel Hafeez.

“¿Qué puedo hacer por usted, señor Torres?”

“Lo que puedes hacer por mí es salir de mi torre. Estás sentado en un terreno que me pertenece y que antes pertenecía a mi padre, y lo quiero de vuelta”.

Nacho, imperturbable, se detiene para calcular la escena. Dos militares desarmados, un civil con traje que parece capaz de tragarse una vaca. No es un escuadrón de la muerte. Todavía no.

Nacho dice: “Creo que el terreno fue tomado a la fuerza, ilegalmente. Y luego la torre fue construida ilegalmente sin los permisos necesarios”.

“Debes estar equivocado.”

“Luego la torre fue abandonada. Por ley, cuando un edificio ha estado abandonado durante tres años se convierte en propiedad del gobierno. Y cuando la propiedad del gobierno permanece vacía durante más de dos años, puede ser ocupada legalmente por quienes la necesiten. Y nosotros somos los necesitados”.

“Ustedes son okupantes y están ocupando mi casa. ¿Les molesta si damos un paseo?”

—En absoluto. Aunque me puede costar seguir el ritmo —responde Nacho.

—Camino despacio. Coronel Bandero y coronel Hafeez, esperen aquí. Estoy seguro de que el chino los entretendrá con sus encantadoras bromas.

Torres junta sus manos tras su espalda y comienza un lento paseo alrededor del edificio, con Nacho a su sombra.

“Señor Morales, usted se ha ganado un nombre. Enhорабуена. Me dicen que está enseñando a esta gente a ser niños y niñas buenos. Una sociedad modelo”.

“No sé. Hay ciertas cosas que no toleramos aquí, pero tenemos nuestros problemas como en cualquier otro lugar”.

“Tu gente sabe leer y escribir”.

“Algunos de ellos.”

“Van a trabajar en lugar de vender drogas o robar. Y escuché algo más. Cuando el resto de la ciudad se estaba dando a patadas dieciséis fardos de mierda a cambio de un trozo de comida durante la inundación, me dijeron que aquí compartían provisiones. ¡Ni un solo motín! ¡Ningún asesinato! ¡Sois como los malditos boy scouts! Es un logro notable teniendo en cuenta los animales que tenéis en vuestro zoológico. ¿Fumáis?

“No.”

“Tengo el vicio de fumar puros. Es una vergüenza. Lo adquirí en Hagr El-Malesh cuando dirigía una unidad de comandos allí. Confiscamos seis toneladas de tabaco hondureño y obligamos a los prisioneros de guerra a liarlos a mano. Cuando me fui, me dieron una caja de doscientos”.

Enciende uno y los humos acres se elevan y desaparecen en el aire bañado por el sol.

Torres continúa: “No soy un monstruo. Soy un hombre de negocios. Así que te propongo un trato. Tienes una semana para irte en paz. Después de eso, si sigues aquí, tú y tus inquilinos seréis masacrados. Colgaré vuestros cadáveres desollados en las puertas de la ciudad y dejaré que los buitres se coman las entrañas. No porque sea un monstruo, sino porque tengo intención de presentarme como

candidato y, como sabes, no hay nada como una demostración de fuerza para mantener contentos a los votantes. Lo sabes, ¿no? ¿Cómo fue que te convertiste en el líder de estos animales?”

“No soy su líder.”

“¿En serio? ¿Entonces por qué te estoy hablando?”

“Y no son animales. Nunca fui elegido. No tengo ningún título”.

—Así que la anarquía reina en la torre Torres. Y el pequeño lisiado no es nadie. ¿Tienes algún otro cuento de hadas para contarme?

Torres se detiene y mira hacia arriba, a las paredes exteriores de la torre. Ve ropa tendida, ondeando con la brisa. Antenas parabólicas colgadas en la escalera como monedas gigantes. Figuras que se mueven en un ordenado silencio. Ve señales: el salón de belleza, la panadería, un salón de tatuajes, una barbería.

“Sabes”, continúa Torres, “he visto tantas cosas desagradables en mi vida”.

Asiente con la cabeza hacia Nacho, se rasca el bigote y parece que está a punto de echarse a llorar.

“Cuando tenía cinco años, mi abuelo me hizo ver cómo sacrificaba una oveja. Le cortó el cuello y se suponía que la sangre debía gotear en un cubo, pero el viejo lo jodió y la sangre me salpicó por completo y esa estúpida oveja gorgoteaba y sus patas cedieron como si resbalara sobre el hielo. Desde aquel día, siempre me ha disgustado matar, pero, verás, tenía una familia y una reputación que cuidar, así que maté. Maté a unos cien hombres. Unas cuantas mujeres. Pero nunca fue un placer para mí. No como esos locos, esos monstruos. Por eso sigues vivo. Verás, en el fondo soy un humanitario”.

Caminan un poco más. Torres se detiene para golpear el suelo con los dedos de los pies.

“Dicen que hay cincuenta pies de basura bajo la superficie. Basura que vive de la basura. Mi bisabuelo fue un héroe en las Guerras de la Basura, y mi abuelo adquirió el terreno y construyó esta torre. Luego a mi amado padre, que en paz descanse, le dieron el título de alcalde”.

“Se autoproclamó alcalde”, dice Nacho. “Un edificio no tiene alcalde”.

“Ellos adoraron al hombre.”

“Tenían miedo de él.”

—En definitiva, es lo mismo. Parece un hombre civilizado, señor Morales. Es muy respetado en la ciudad. Tiene

grandes cojones. Dicen que habla una docena de idiomas. ¿Por qué no se va y se gana la vida honradamente? Busque un trabajo de oficina o enseñe a niños pequeños. Cómprese una casa en el campo, siéntese con su amor de la infancia. Pase los fines de semana cultivando rosas y paseando al perro. Bueno, quizá no lo último. Caminar no es su fuerte.

—Es curioso, yo también pensaba lo mismo de ti. Lo de ganarse la vida honradamente.

—Esos dos coroneles con los que vine, Bandero y Hafeez, son unos imbéciles. No saben distinguir las tetas de las amígdalas, pero están al mando de un batallón de doscientos hombres. Soldados profesionales. Asesinos. ¡Bang bang bang! Están a mi servicio. Chasqueo los dedos y todos mueren. Así que eso le plantea un dilema muy delicado, señor Morales. O sale de mi torre o los mato a todos.

Exhala un cono de humo y gira bruscamente, alejándose de Nacho. Dobra una esquina y hace un gesto a los coroneles para que suban al coche. No mira hacia atrás.

El coche arranca y se funde con el tráfico. Se desliza dentro y fuera de carriles abarrotados, esquivando por poco a los vendedores ambulantes que deambulan por las calles. Se detiene en los semáforos, donde tienen lugar espectáculos improvisados (niños de diez años haciendo malabarismos con pelotas de plástico para conseguir monedas,

limpiadores de ventanas con cubos de agua y botellas de limpiacristales) antes de acelerar con un rugido apagado hacia las partes de la ciudad con amplias rejas que los damnificados nunca ven.

Solo en su habitación, Nacho se posa como un pájaro en una silla y trata de recordar.

Él se paraba sobre una caja para ayudar a su madre a cocinar. No había nada que Anna no pudiera hacer. De alguna manera, cuando la despensa parecía contener solo cáscaras de papa y un diente de ajo, ella preparaba un guiso que hervía en una olla y cuyos olores se extendían por todos los rincones de la Casa de las Flores. Debía tener cuatro o cinco años, ya estaba desequilibrado y se balanceaba sobre su pierna más fuerte.

Los cuatro se sentaban a comer juntos, un poco apretados pero felices alrededor de una mesa de comedor improvisada hecha con tablas de madera y cajas de embalaje. Todos sus muebles eran así: cosas hechas con otras cosas. Desnivelados, improvisados, mal ajustados. Trozos de madera que sobresalían, bordes afilados, tornillos sueltos. Recuerda que se sacaba astillas de los muslos antes de saber siquiera que sus piernas no estaban hechas de la misma manera.

Allí donde te sentabas, dondequiera que mirabas, la casa estaba hecha de restos, sobras y objetos encontrados. Cojines de retazos: trapos y faldas y tapicería rota. El mantel era una cortina y la cortina era un mantel. Camas que eran palés. Un escritorio que era un banco. De niño, nunca se daba cuenta. Así eran las cosas.

Una casa improvisada fue testigo de la vida improvisada de su padre: recolector de basura, ayudante de camarero, obrero, maestro. Para Nacho, el mundo estaba desequilibrado, no su casa ni su familia. Más tarde, cuando creció y vio más, se preguntó por qué la casa de los Morales no tenía las cosas adecuadas en el lugar adecuado: una puerta donde debía haber una puerta, sillas de caoba y roble, como las bibliotecas del centro que visitaba y las iglesias en las que se escondía cuando el clima se volvía frío.

Recuerda la mente errante de Samuel. La cabeza tan llena de historias que podía ir al trabajo con zapatos desparejados y no darse cuenta ni importarle. El hombre estaba sencillamente deslumbrado por la vida. Anna era la salvación de Samuel, su guía en el mundo de las cosas reales. Le encontró un reloj en una tienda de artículos usados en Fellahin y le dijo que debía usarlo para que sus horas no pasaran sin que él se diera cuenta. Lo alimentaba y lo vestía limpiamente y lo instruía sobre cómo vivir en el reino de las necesidades humanas normales. Le enseñó sobre las facturas, el agua corriente, las compras, la electricidad y el desmoronamiento de muebles, ropa y paredes. Con infinita

paciencia le decía a Samuel lo que había que hacer, cuándo y cuánto costaría. Era su consejera.

Estos pensamientos acuden ahora a Nacho porque, solo en su habitación de la torre Torres, en lo único que puede pensar es en el destino de los damnificados, hombres y mujeres a los que apenas conoce. Son de todas partes: de Favelada y Fellahin, de Agua Suja, de Minhas y Balaal, de los bosques de Dahomey-Krill. Algunos hablan criollo, otros español, otros árabe, afrikáans, gujarati, tagalo, urdu, lao. Son carpinteros y limpiadores, reinas de belleza, reparadores, ex yonquis, vagabundos. Unirlos es imposible, pero salvarlos... no le queda otra opción.

La torre ya ha visto demasiadas muertes. Los agujeros de bala en las paredes son un testimonio de su historia. En esa isla de basura rodeada de caminos llenos de baches, primero las Guerras de la Basura habían destrozado a las familias, luego la propia torre había sido construida sobre las tumbas de los muertos. Un chamán moribundo le dijo una vez: “Esta tierra es sagrada. La sangre de los antepasados fluye aquí, bajo la tierra”. Sin embargo, otros le dijeron que el lugar estaba maldito, una isla de los desventurados, donde la gente vivía y moría en la basura, ahogada en una montaña de plástico y cartón desechados.

Cientos de personas habían luchado para impedir que se levantara la torre. Habían visto cómo los topógrafos entraban y tomaban medidas. Habían visto las máquinas

excavadoras que se acercaban ruidosamente por la calle. Torres el Viejo había tomado medidas para reubicar a la gente. Les entregó contratos que no sabían leer y los obligó a firmar con huellas dactilares, entregando sus hogares. Aquellos que no querían irse lucharon con todo lo que tenían: primero palabras, y luego cuchillos, cadenas, ladrillos. Su sangre había regado los montones de basura, mezclándose con la sangre de los caídos en las anteriores Guerras de la Basura.

Tal vez Torres tenía razón. Eran los desechos de la ciudad que vivían encima de la basura de la ciudad.

Nacho mira por la ventana y ve que es tarde. Se imagina que Don Felipe está durmiendo a esta hora, soñando con sermones para su iglesia vacía. Sin nadie más a quien recurrir, Nacho sube por la escalera exterior. Uno de los motoristas lo ve, lo ayuda a subir a la parte trasera de la moto y lo lleva al sexto piso. El salón de María está cerrado, pero él sabe que está allí. Llama a la puerta. No hay respuesta. Toca el timbre. María abre la puerta, con el pelo recogido, vestida con un vestido de seda y la cara pintada.

—Uf. Te equivocas, hermano. El barbero está dos pisos más arriba. Y de todos modos, eres un caso perdido. —Lo deja entrar—. ¿Tienes noticias para mí?

—¿Emil?

“Emil.”

–No, lo siento. Hoy pasó algo. Nos amenazaron.

“¿Quieres un poco de té?”

“No, gracias.”

“¿Quiénes somos?”

María le hace una seña a Nacho para que entre en la habitación de atrás. Él se sienta en un sofá mullido y por un momento imagina a su hermano acostado allí, mientras un harén perfumado le da de comer uvas con la mano.

“Todos”, dice Nacho. “La torre en sí. ¿Qué sabes de la historia de este edificio?”

“¿Qué sabes de la historia de la peluquería?”

“La torre pertenecía a un hombre llamado Torres. Es un psicópata. Ahora la quiere de vuelta y amenaza con matarnos a todos si no salimos en una semana”.

“No puede hacer eso, ¿verdad? “

“¿Qué, matarnos a todos?”

“Echarnos fuera.”

“No legalmente, pero está en el gobierno. Su familia es dueña del gobierno. No sé qué hacer”.

“¿Entonces vienes a *verme*? ¿Quieres que me ofrezca a hacerle las uñas? O podría hacerle un descuento con una de las chicas de Fellahin. Tal vez se muera de sífilis”.

“Necesitamos ayuda, pero no sé dónde buscar”.

“Mira aquí.”

“¿Aquí?”

—No en mi salón, tonto. En el edificio. Hay ex soldados, esos hombres del bosque. Algunos de los otros tienen armas. Organiza la resistencia. ¿Qué va a hacer Torres? ¿Hacer estallar su propia torre? Lucharemos contra él.

“¿Luchar contra él? Tiene doscientos militares profesionales. Están armados hasta los dientes, probablemente tengan tanques”, dice Nacho.

—Bueno, ¿no puedes pedir algunos favores? Parece que conoces a todo el mundo. ¿Cómo conseguiste que llegara la electricidad y el agua a este lugar? Haz algunas llamadas. Choca algunas cabezas.

“Si se trata de golpear cabezas, vamos a perder. Torres es el headbanger⁹ número uno en la ciudad. Su familia inventó

9 Golpeador de cabezas.

el headbanging. Los burócratas están en su bolsillo o en su familia. Pero no veo cómo podemos luchar”.

“¿Cuál es la elección?”

“Irnos a otro lugar.”

–Entonces, ¿cómo me encontrará Emil?

“Él te encontrará o *nosotros* lo encontraremos a él. Y esa no es mi principal preocupación en este momento”.

“Sabes que no podemos ir a otro lado. La torre es nuestra. Aquí reina la ley, hay escuelas, comercios. Algunas personas pasaron sus vidas tratando de encontrar un hogar, y ahora lo tienen. Sobrevivimos a inundaciones, enfermedades y malditos monstruos en la entrada. Nos morimos de hambre en este edificio. Y ahora quieres irte”.

“Si no, moriremos todos. El edificio es sólo ladrillo y cemento”.

–No, no lo es. Tenemos que luchar. Construir un ejército. Utilizar a ese gran chino.

Nacho se recuesta en el sofá y cierra los ojos.

María dice: “Si quieres, puedes dormir en el sofá”.

–No, lo haré yo. Gracias. Mañana hablaré con los representantes de cada piso.

Se levanta para irse y dice: “Buenas noches”.

“Buenas noches. Dile a tu hermano que le estoy esperando”.

Nacho sonríe, sale y hace un gesto con el dorso de la mano. “Sí. ¿Dónde está ese hermano mío?”

Nacho se acurruca en su cama y sueña que algo lo envuelve. Al principio se retuerce. Está siendo aplastado por una anaconda, el cuerpo colosal apretando su pecho hasta que no puede respirar. La presión disminuye hasta que no siente nada más que un abrazo, dos brazos enormes que lo reconfortan. Se da vuelta y ve el rostro de Samuel, su padre adoptivo, tan grande como las cabezas de piedra a las puertas de la ciudad. Los enormes ojos se abren y su padre dice: “Estarás bien. Todo estará bien”.

Capítulo XI

A la mañana siguiente, Emil llega en un caballo blanco.

El andaluz ensillado tira a trote lento de un carro en el que se encuentran quince sacos de arpilla gruesa. Es temprano. El sol juega al escondite tras las torres y minaretes de la ciudad y el tráfico aún no ha alcanzado su crescendo matutino. Pero aún así, el caballo y el carro ralentizan el paso e incitan a los conductores a tocar la bocina y gritar insultos a través de las ventanillas bajadas.

Emil apenas oye una palabra. No ha dormido en setenta y seis horas. Está hundido en la silla, con los ojos entrecerrados y el pelo negro enmarañado pegado a la frente. Sus pies, calzados con botas dos tallas más grandes que las suyas, se le resbalan constantemente de los estribos

y lo único que puede hacer es mantener las riendas agarradas.

El caballo trota de mala gana. A pesar de su gran tamaño y su peso, se esfuerza por llevar la carga y sus flancos están cubiertos de una capa de sudor. Emil le habla al animal, se inclina hacia su oreja, le da unas palmaditas en el cuello y se desploma de nuevo. Atraviesan los escombros del camino que conduce a la entrada del monolito y se detienen a seis metros de distancia. Para entonces, el chino ya ha oído los cascos y el chirrido de las dos ruedas de hierro de radios del carro, y en un momento se levanta y se viste. Cuando llega a la entrada, Emil ha desaparecido. El caballo se queda allí como un megalito, moviendo sólo la cola, espantando un enjambre de moscas. El chino mira hacia la parte trasera del carro. Allí ve a Emil tumbado sobre los sacos de arpillería con sus botas de cuero español, roncando como un oso.

Esta vez no hay celebración. No hay regalos ni gestos de agradecimiento. Les lleva arroz, azúcar, café, pasas, almendras, sal, frijoles, carne seca y harina. Pero entre los damnificados, los susurraores gruñen y se quejan.

“¿Dónde estaba él cuando nos moríamos de hambre?”

“Viviendo con la descarada.”

“Tardó dos semanas en traer las compras”.

“Miren cómo entra montado en un burro. Cree que es Jesús”.

“Trajo lo mismo que la última vez, pero en menor cantidad”.

“Un mísero carro. Y hay más bocas que alimentar”.

“Esa comida se acabará en cuestión de horas. Y él también”.

“Y buena suerte.”

“Es un pirata fornicador.”

“Es un fornicario pirata.”

“Es un vagabundo.”

“Es un nómada.”

“Va y viene cuando le place.”

“No se lava detrás de las orejas”.

“Maltrata a su caballo.”

“Mira esas botas. Son una vergüenza”.

María se pone su vestido rojo y sus medias de rejilla, tacones de quince centímetros, una sombra de ojos color

cobalto y dos líneas de rímel; hace pucheros frente al espejo y se aplica lápiz labial. Está lista para este momento. Se sube a uno de los mozos de campo que la llevan hasta el sexto piso y se dirige al carro, ignorando al magnífico caballo. Y a la vista de todos los habitantes del monolito, se sube al carro de los granjeros con su persistente hedor a heno y estiércol, se sienta a horcajadas sobre Emil e intenta despertarlo de una bofetada.

“¡Stronzo!” (¡Estúpido”), grita en el italiano de su madre. “¡Me haces esperar dos semanas sin decirme nada y luego apareces *durmiendo*! Vienes apestando a excremento de animal y vistiendo harapos de campesino. ¡Stronzo di merda!”.

Emil ronca mientras ella le echa la bronca, con los brazos abiertos y la cara al cielo como si fuera un muerto, y María le pide al chino que lo lleve a su habitación. Él lo hace sin decir palabra, echándoselo sobre los hombros como si fuera un saco de trigo. La cabeza de Emil se balancea y rebota a medida que el chino sube cada escalón, pero nada en ese momento puede despertarlo. Ni las sirenas que gritan por la ciudad ni, más tarde, la llamada a la oración de media mañana que resuena, amplificada desde el minarete.

Nacho encuentra un grupo de voluntarios para descargar los sacos, y una vez más los guardan en su habitación, para que los portavoces de cada piso los repartan. Nacho sube al salón. María está sentada, vigilando a Emil, que yace en su

cama, con las botas quitadas y colocadas cuidadosamente en la puerta, dejando al descubierto un par de pies planos y aleteantes, llenos de suciedad.

—Lo sabías, ¿no? —dice ella—. Sabías que iba a volver hoy.

—No —dice Nacho—. No tenía ni idea.

“¿Dónde ha estado?”

“Tendrás que preguntarle cuando se despierte. Duerme como un loco. Siempre lo ha hecho. De niño corría y corría, saltaba por las paredes y se dirigía a donde sus pies lo llevaran, siempre a cien millas por hora, hasta que finalmente se le acababan las pilas y dormía tanto y tan profundamente que creías que nunca se despertaría. Trátalo con cuidado cuando lo haga”.

“¿Por qué? Nunca debió haberse ido”.

“Ha pasado por algo”, dice Nacho.

“¿Qué quieres decir?”

“Tiene sangre en las manos. Tiene un corte debajo de la barbilla que antes no tenía. Sea como fuere, pagó por toda esa comida de una forma u otra”.

“Puedo ver todo eso”, dice María.

—Y en cuanto a ese caballo, es un andaluz. Sólo espero que no se lo haya robado a uno de los carteles ibéricos, porque si lo hubiera hecho, irían a por él. Como si un psicópata pisándonos los talones no fuera suficiente.

María se pone de pie.

“Necesito abrir el salón”, dice.

—Yo debería irme. Tenemos que dividir la comida. Avísame cuando Emil se despierte. Necesito hablar con él.

No hay ningún motorista a la vista, así que Nacho comienza a descender lentamente seis pisos en sus muletas. Mientras sube las escaleras, se topa con Susana, la mujer que le ha sonreído desde que llegó de Agua Suja. Nacho murmura: “Buenos días”. Ella asiente y sonríe. Y desaparece.

La primera noche, María se mete en la cama con Emil y se tumba boca abajo, con las manos bajo la barbilla, mirándolo como una curiosidad. Intenta desvestirlo, esperando que se despierte listo para el amor, pero está tan inerte, tan condenadamente pesado en su sueño, que no puede quitarle los pantalones y solo consigue quitarle la camisa poniéndolo boca abajo y desabrochándola. Coloca una pierna morena y suave sobre sus flancos y acaricia sus muslos a través de sus ásperos vaqueros. Él no se mueve. Ella lo agarra por detrás, primero en un abrazo, luego,

después de diez minutos de ronquidos, hunde sus uñas lacadas preguntándose cuánto tiempo tardaría en sangrar. Él sigue durmiendo.

Ella lo pone boca arriba y se sienta a horcajadas sobre él. Ahora está desnuda y, con las contraventanas cerradas, el calor de la noche sin viento los abruma. Ella mira hacia abajo, al rostro barbudo de él, y apoya las manos sobre sus hombros.

—Emil —susurra.

Nada.

—Emil —dice más fuerte.

Sus sueños continúan imperturbables.

—¡Emil! —grita—. ¡Emil! ¡Despierta!

Él resopla un momento y se da vuelta sin parar, tirándola de la cama. Ella aterriza con un ruido sordo en el suelo, logrando amortiguarse con las manos, y grita con voz áspera: “¡Maldita sea!”.

Ella se vuelve a meter en la cama tan ruidosamente y violentamente como puede y le da la espalda. Cambia de idea, se da la vuelta y le quita la sábana de debajo, tirando de ella con ambas manos. Él accede, ajustando su posición en el sueño, y ella se cubre. Finalmente, ella también se

queda dormida mientras su neblina de furia en los ojos negros se disipa.

Amanece un nuevo día y Emil duerme durante todo el día. De vez en cuando gruñe y se tambalea o se acurruca en posición fetal, y cuando se acaba ese estallido de conmoción vuelve a sumirse en el sueño más profundo. Emite un gemido y María lo imagina soñando con las noches que pasó en algún agujero del infierno sin ella. Extiende una mano peluda y María se la pone en la cara, consolándolo mientras duerme. Le ha perdonado su actuación nocturna y ahora arroja pétalos de rosa sobre las sábanas. Vuelve a encender las velas de vainilla que se han vuelto grumosas en la base. Frente al espejo se prepara para el día, mirando a Emil cada pocos segundos, deseando que la vea.

Ella trabaja todo el día en el salón, pero vuelve a su dormitorio cada treinta minutos para ver cómo está y ve que cambia con las horas, de modo que apenas puede creer que es el mismo Emil de día, con el sol brillando sobre su mandíbula, que el Emil que ve de noche, el héroe oscuro en la sombra, una franja de claroscuro dando forma a su nuca.

A media mañana, ella le limpia una pátina de sudor de la frente con un paño mojado en agua de lavanda mientras la luz del sol entra en ángulo. Ella intenta cubrirlo, pero él patea las sábanas retorciéndose rápidamente antes de volver a acomodarse, su respiración se vuelve regular como el tic tac de un reloj. Abre los ojos, cuenta un chiste,

murmura sobre la Casa de las Flores y se vuelve a dormir de inmediato.

Nacho lo visita dos veces y ve a su hermano, completamente desmayado. Se detiene en el salón y le recuerda a María que le avise cuando Emil se despierte y ella dice: “Si se despierta. No se ha movido en días. ¿Cómo lo despertabas cuando era más pequeño? ¿Metiéndole una bazuca en la garganta? Te lo diré cuando se despierte, está bien. Me oirás gritarle.

Por la noche, ella prepara a mano un plato de pasta y lo hornea con una salsa de tomate, hinojo y almendras, coloca dos platos y dos copas de vino. Va al dormitorio e intenta despertarlo acariciándolo. Él se duerme a pesar de cada toque.

“¡Maldita sea! ¡Despierta!”

Ella come sola y mantiene una conversación informal con la silla vacía.

“¿Cómo te fue el día, cariño? Fantástico. Hice un par de cortes de pelo rectos, una permanente a una anciana de Sanguinosa, una manicura y tres pedicuras. ¿Cómo te fue a ti? Bien. Traje un montón de comida para la chusma, maté a unos cuantos déspotas y rescaté a unos bebés de un incendio. Ah, y aquí tienes un ramo de flores para ti, cariño.

Una muestra de mi amor eterno. ¿Cómo van nuestros planes de boda?”

Cuando Emil finalmente se despierta, salta de la cama presa del pánico. Está solo.

“¿Dónde está el caballo? ¡Mierda!”

Mira a su alrededor y ve docenas de velas, frascos y jarrones, adornos sagrados en las paredes y un revoloteo de pétalos de rosa posándose sobre la cama.

—¡Mierda! ¿Dónde estoy? ¿He muerto?

Ve sus botas en un rincón de la habitación con los calcetines colgando como lenguas y se las pone. Sin camiseta, atraviesa el salón a toda velocidad. María lo ve, pero tiene las manos llenas de pelo. Llega a la escalera y baja los escalones de tres en tres con la voz de María resonando en sus oídos: “¡Emil! ¡Emil!”.

“¡Vuelvo en un minuto!”, grita, y luego se dice a sí mismo: “¿Dónde está el caballo? Si lo pierdo, me colgarán de los testículos”.

Ve al chino en la entrada.

—Chino, ¿dónde está el caballo? Es una cosa grande y blanca, andaluza. —El chino señala y Emil sigue la dirección de sus dedos. Detrás de la torre hay una pequeña zona de

pasto cercado donde habían plantado verduras antes de la inundación. El caballo ahora vaga por allí, atado de forma suelta a un poste de la cerca.

–Gracias a Dios –dice Emil mientras acaricia el cuello del caballo y le da palmaditas en los flancos–. Buen chico.

Emil está apoyado contra un cojín en el suelo de Nacho.

“Tengo que devolver el caballo”, dice. “Está a un día de camino. Y luego tengo que escapar. Si me atrapan, no sé qué pasará”.

Nacho sorbe su café.

“No me digas que lo cogiste prestado de uno de los cárteles”.

“Lo tomé prestado de uno de los cárteles”.

–¿Qué pasó ahí fuera? Estuviste fuera dos semanas.

–Mi bote tenía una vía de agua. Intenté sacar el agua, pero no sirvió de nada. Tuve que dejarlo allí, atado a una choza. Me quedé varado. Me fui en un bote con otro tipo, pero resultó que era un loco. El tipo estaba saqueando todo lo que veía, así que me bajé en Constantinides. El agua me llegaba hasta la cintura, pero logré encontrar un ático en una

casa abandonada. Estaba lleno de cajas y cofres. Después de dos días allí, se me acabó la comida y no pude escapar porque el agua había subido. Logré abrir uno de los cofres con la esperanza de encontrar algo de comida enlatada, pero todo lo que encontré fue oro. Lingotes enormes, crucifijos y copas. Era como el tesoro de los piratas. Pero el oro no se puede comer.

“Esto parece una historia de papá”, dice Nacho.

“Así que metí algo de oro en un saco, salí por el tragaluz y me abrí paso por los tejados de Constantinides. Llegué a una torre donde se refugiaban unos hippies y me compré un paseo en una balsa construida por un ex marinero. Se dirigía a Balaal, donde el agua estaba más baja y había comida. Fue una buena compañía hasta que se dio cuenta de lo que había en mi saco. Después de eso no pude confiar en él. No dejaba de buscar su cuchillo y yo tenía que seguir buscando el mío. Si hubiera tenido un arma ahora estaría muerto. Una vez que el agua bajó lo suficiente, salté. Me estaba muriendo de hambre. Pronto me di cuenta de que no estábamos en Balaal. Estábamos en Sangre Fría. Los cárteles se habían apoderado de las calles, así que tuve que arrastrarme entre las sombras. En ese momento el agua me llegaba hasta las rodillas. Supongo que Sangre Fría está en un terreno más alto. Pero alguien me vio y empezó a disparar y fue entonces cuando robé el caballo. Cabalgué toda la noche hasta Uccidere e intercambié lo que me quedaba de oro por el carro y las provisiones. No sabía cómo volvería, porque

seguía lloviendo. Estaba exhausto, pero tenía tanta comida y provisiones que no podía dormir y tenía miedo de que los cárteles me atraparan con su caballo. Seguí cabalgando hasta Puscagol, donde me encontré con un hombre santo que me dijo que entregara todos mis bienes mundanos. Luego, en Hjertesorg, me encontré con un hombre impío que me dijo lo mismo, excepto que tenía un arma. Conseguí desarmarlo y escapé con algunos cortes y magulladuras. Antes de irme, encadené al tipo a un poste. Probablemente todavía esté allí. Y todavía tengo su arma. Para entonces, la lluvia había parado, así que cabalgué hasta aquí.

“¿Por qué necesitas devolver el caballo?”

“Vieron mi cara. Un día me encontrarán. Si devuelvo el caballo, tal vez me perdonen. Los cárteles son así. Tienen buena memoria”.

“No es seguro regresar a Sangre Fría. Si te ven con el caballo te matan. Deberías venderlo o algo”.

—No, Nacho. Conozco a esa gente. Para ellos, un caballo es como una mujer. Se puede pedir prestado, pero nunca robar. Así es como funciona. Si devuelvo el caballo con una ofrenda y luego me voy, puede que todo salga bien. Si no, tendré que estar mirando por encima del hombro el resto de mi vida.

-Hay algo que tengo que decirte -dice Nacho-. Torres estuvo aquí.

“¿Cuál Torres?”

“¿Qué importa? Son todos iguales. Quiere recuperar su torre en una semana. Tenemos cinco días y luego enviará a su ejército”.

“¿Qué ejército?”

“Tiene dos coroneles y doscientos asesinos entrenados. María dice que debemos luchar”.

“¿Qué dicen los demás?”

“¿Qué otros?”

-¿Quieres decir que no se lo has contado a nadie más?

“¿Como quién? No sabía a quién recurrir”.

-¿Así que le preguntaste a una peluquera? Me dijiste que por aquí hay un soldado. El chino. Esos gemelos alemanes. Son bastante útiles. El cura. Esos hermanos que dirigen la panadería. Tienes que organizarte. Mira qué armas tienes.

“Seremos masacrados. Y las Guerras de Basura comenzarán de nuevo, solo que serán las Guerras de la Torre, y todos morirán”.

“¿Qué propones?”

“Marcharnos.”

“Tienes que preguntarle a la gente. Convoca una reunión. No puedo creer que no lo hayas hecho ya. Llama a los líderes de los pisos. Si quieren pelear, entonces pelea. Si quieren irse, entonces te vas”.

“Nosotros.”

“¿Qué?”

“Nos vamos. Dijiste *que*”.

—Hermano, estoy de paso. Tú me conoces. Soy el hijo de nuestro padre.

“Tengo una cosa más que decirte.”

“¿Qué pasa? No me hables de María. Me ha estado gritando desde que me desperté”.

—No, no es de María. Nos trajiste provisiones otra vez. Así que te doy las gracias.

Emil se inclina hacia atrás, mira la longitud de su hermosa nariz, sonríe a medias y dice: “De nada”.

Nacho pasa los siguientes tres días organizándose. Una vez que los damnificados votan a favor de luchar, se pone a desarrollar planes de batalla. Conoce la historia de Favelada, conoce la historia de Naboo Laloo, así que le pregunta a Laloo el Joven sobre tácticas de guerra y armas sorpresa. Laloo, revolcándose en una resaca de Fuerza 10, dice: "Puedo robarte electricidad. Puedo arreglar tu coche. Si tu cafetera explota, puedo repararla. Pero no sé nada sobre matar gente. No soy mi padre".

Luego Nacho se dirige a la habitación del ex soldado en el piso treinta.

"¿Cómo se libra una guerra de guerrillas?"

El hombre empieza a temblar.

Nacho continúa: "Estamos en el centro de la ciudad. Tenemos la torre. ¿Qué hacemos para defendernos?"

Pero el ojo izquierdo del hombre parpadea involuntariamente y su respiración ha cambiado.

-No sé. Ahora soy un ci-ci-ci-civil. No más peleas.

Más tarde, Nacho le dice a Emil: "Hay una razón por la que estos hombres y mujeres están condenados. Sus vidas han ido mal. O han tenido mala suerte. No están hechos para la guerra".

María aparece con una minifalda y un top negro con cuello halter¹⁰. Parece una pantera.

–Haz lo que tu enemigo menos espera –dice–. Torres cree que entrará en la torre y tomará el control. ¿Y si nunca llega tan lejos? ¿Por qué no vas a por él? Mátalo a él y a todos sus soldados mientras duermen. Ataca primero.

Se para. Ella los mira a ambos con dureza.

Nacho dice: “Porque no somos asesinos”.

–¡Entonces, conviértanse en asesinos! ¿Creen que Torres se va a dar la vuelta y va a dejar que le hagan cosquillas en la barriga? Clávenle un cuchillo. Entonces verán cuánto quiere su torre.

Una vez que regresa al salón, Emil dice: “Tengo que devolver ese caballo. Estaré fuera un par de días”.

–No, no lo harás –dijo Nacho.

“Ya hemos hablado de esto.”

“Los gemelos se lo llevaron en la parte trasera de la camioneta de su padre. Salieron a las cinco de la mañana. Estarán llegando a Sangre Fría en este momento”.

10 El escote halter va anudado en la parte trasera del cuello, dejando al descubierto los hombros y la espalda.

—Dios mío. Son adolescentes. Los cárteles los harán trizas.

“Son más inteligentes de lo que crees y más valientes. Dejarán el caballo a la vista y una ofrenda en un saco y luego se irán”.

Capítulo XII

Los damnificados deciden no asesinar a Torres, y cuatro días después, Nacho está boca abajo en una cama encajada junto a una ventana abierta, cinco pisos más arriba. A su lado, Raincoat el Impermeable, convertido en francotirador, mira a través de la mira de un rifle de largo alcance. Nacho mira hacia la plaza de abajo. Desierta. Más allá, el tráfico serpentea y toca bocinas a lo largo del día.

Detrás de Nacho, dando vueltas sin rumbo, están los seis hermanos que regentan la panadería. Son de complexión tosca, con la nariz rota y profusamente tatuados. “Nos gusta la pelea”, había dicho Harry en la reunión. “Somos un poco agresivos, los chicos”. “Pero ¿sabes usar una pistola?”, había preguntado Emil. “¿Usar una pistola? Puedo hacerte quince donuts franceses en sesenta segundos. Las armas son fáciles, amigo mío”.

Mientras esperan la orden de desalojo, en la que doscientos soldados y un matón se ponen de pie, Nacho mira a su alrededor. Ve apoyados contra la pared una colección de fusiles de la Segunda Guerra Mundial y un mosquete chino del siglo XIX. En el suelo, amontonado, hay un arsenal compuesto por un cinturón de balas zapatista lleno de cartuchos vacíos, un puñado de granadas de aspecto oxidado, tres revólveres y un machete. Se rasca la cabeza, ve carniceros, panaderos, profesores, borrachos, un peluquero y piensa: “Nos van a masacrar”.

Mientras la espera continúa, Nacho reflexiona: ¿Torres estaba mintiendo? Está tumbado en posición de francotirador, con los ojos clavados en un par de prismáticos Abbe-Koenig robados de una tienda de artículos militares en Bordello. “¿Y si no hay soldados? ¿Y si esos dos coroneles fueran actores vestidos de caqui?”. Quizá Torres quería asustarnos y ése era su gran farol.

Mira hacia un lado. Raincoat sin su impermeable. Al ver al hombre en mangas de camisa por primera vez, Nacho piensa: “Puede que sea un idiota cascarrabias, pero al menos está aquí, con una pistola en la mano”. Habla con el hombre y descubre que Raincoat pasó seis años en prisión por robar gallinas. Los otros reclusos lo apodaron Gallo. Al salir, Raincoat viajó al norte, a las tierras baldías de Izoztu, donde llueve nueve meses al año. Trabajaba en la tierra, pero peleaba a diario con todo el que se le cruzaba por la vista. Dijo que nació enojado. Peleaba con el jefe por las

raciones de comida, las pausas para ir al baño, el equipo en mal estado y la ropa de cama mohosa, y peleaba con sus compañeros de trabajo, con los tramposos con las cartas, los roncadores ruidosos, los ladrones de sombreros y las deudas incobrables. Después de unos meses, se peleó de más y, sangrando por el estómago, hizo autostop hasta Favelada. Lo único que conservaba de su estancia en Izoztu era su impermeable sucio y una cicatriz con forma de árbol de Navidad en el estómago.

Nacho mira la hora. Son las 10:00 y ni señales de Torres.

La torre se prepara. Después del turno de la mañana, la panadería ha cerrado temprano y el salón de belleza y belleza María's Beauty despide a su último cliente del día a las once de la mañana antes de cerrar sus puertas. Las chicas barren el suelo, cuelgan los delantales y se van a casa. Es un día tranquilo. Ni una brisa de viento altera las sábanas, los pantalones y las faldas que cuelgan de ganchos de madera en tendederos y de las barandillas de hierro de las escaleras. Un aqelarre de cuervos se reúne en el tejado, brujas con capas negras estirando el cuello y preguntándose por telepatía si hoy traerá sangre.

A las 11:10, el tatuador cierra su salón y se despide de la única clienta del día, una mujer que pidió que le tatuaran en la pierna los nombres de sus hijos, cuatro talismanes para protegerse. Sale del salón haciendo muecas de dolor

mientras las heridas se solidifican y se prepara para cargar el revólver que le dejó su derrochador marido.

Poco después del mediodía, la voz del almuédano resuena por encima del ruido del tráfico, llamando a los fieles a la oración. A Nacho le suena como un lamento, un lamento por las vidas truncadas de los damnificados. Piensa en aquellos a quienes ha amado e intenta imaginar cómo podría haber sido su vida: viajar a tierras lejanas, recitar traducciones de grandes obras, interpretar para jefes de Estado. Encontrar el amor, una casa en un acantilado con paredes blancas y techo de paja donde un búho lo visita periódicamente y ulula una canción sencilla, educar a los hijos para que sean honestos y sabios. Piensa en todo esto y luego vuelve a mirar con los binoculares la plaza que se abre más allá del atrio. Una anciana caminando. Un estudiante de paso. Un ciclista tambaleándose borracho, zigzagueando hasta perderse de vista. Pero no aparece Torres.

A las 13:00 horas, Harry y sus hermanos traen pan con un trozo de gouda¹¹ y aceitunas de Balaal. Lo presentan en una bandeja como si fuera la última cena de un condenado a muerte, pero Nacho apenas puede comer. Pica la comida, no siente placer por el sabor salado de las aceitunas, escupe los huesos y deja el pan intacto.

11 El gouda o gauda es un queso neerlandés denominado así por la ciudad de Gouda. El término "gouda" es hoy en día un nombre genérico, que no está limitado a los quesos de origen neerlandés.

Por encima de todo, se maldice a sí mismo por no tener otro plan que disparar contra los asesinos. Invoca a los grandes generales –Alejandro, el niño guerrero, Aníbal, Belisario, Suvórov– y los imagina conjurando elefantes y misiles en llamas para derrotar al enemigo. Imagina movimientos de tropas y tácticas terrestres, pensando en cuatro dimensiones, inventando armas que ni siquiera se habían soñado. Su mente lo lleva a la carnicería de las Guerras de la Basura anteriores, la leyenda de Naboo Laloo, catapultas y dragones, y el caballo de Troya, un camión de basura lleno de guerreros ocultos, Las Bestias de la Luz Perpetua, un salón de espejos para confundir a los atacantes y las imágenes del tapiz de Zeffekat que representan cada triste historia de las guerras. ¿Qué, piensa, traerá *esta* guerra a los libros de historia? Una torre acribillada a balazos. Una marea de sangre. El Pequeño Lisiado que llevó a sus tropas a la aniquilación.

Piensa en el linaje de los Torres: abuelos, padres, tíos, asesinos todos ellos, en busca de poder, tierras y riquezas, abriéndose paso a golpes a través de la historia. La misma torre en la que yace ahora, construida sobre tierras robadas, construida sobre los huesos de damnificados, desesperados, desaparecidos. Los hombres Torres: comandantes de ejércitos y bandas de ladrones, que terminan siendo la misma cosa, corruptos de la cabeza a los pies. Se susurra a sí mismo: “¿Llegará alguna vez la justicia a esta ciudad olvidada de Dios?”, y Raincoat, tendido a su lado, lo oye pero no dice

nada, mirando a través de la mira del rifle, con un dedo que le pica y se le mueve.

Nacho se rasca el pelo, se levanta y deambula por la habitación, se sienta en una silla, se vuelve a tumbar, mira por los prismáticos, escucha su propia respiración.

A las 14:00 pasa a ver cómo están sus soldados. Un motorista le lleva por las escaleras arriba y abajo. Nacho pregunta a sus combatientes si todo está bien, si están preparados. Pide al cura que vaya comprobando que no haya ninguna persiana abierta, salvo por la que van a disparar.

“¿Otra vez?”, dice don Felipe. “Ya lo he hecho cuatro veces”.

“Por favor, hazlo de nuevo”, dice Nacho. “Y asegúrate de que los niños estén en el interior”.

La tarde se va convirtiendo lentamente en media tarde, las sombras se van haciendo más largas y empiezan a cubrir la plaza de abajo. El silencio desciende sobre el monolito. Algunos de los habitantes empiezan a regresar a la torre con cautela después de un día de trabajo en otras partes de la ciudad. Se acercan con cuidado, en silencio. Pasan junto al chino, saludan con la cabeza como de costumbre y suben las escaleras hacia sus casas.

En el sexto piso, María está bloqueando sus ventanas y puertas, y Emil, holgazaneando y sin camisa en la cama, se pregunta si lo está haciendo para mantener a Torres afuera o para mantenerse a sí mismo adentro.

—Emil —dice María, con su pelo negro salvaje y mojado, pues si va a morir, morirá de forma glamurosa—, ¿por qué no montamos ese caballo blanco y escapamos de la ciudad?

—Bueno, la cuestión es que... —empieza Emil.

“¿Para qué sirve un caballo blanco si no es para escapar? Sé que sólo tienes una montura, pero podemos montar a pelo e ir al bosque. Hay un lugar en Gudsland, un trozo de tierra. Mi abuelo vivía cerca de allí. Tiene sombra”.

“Espera, María.”

“Tiene cuatro manzanos y vistas al mar. No hay nada más que el océano. El viento sopla desde el agua”.

“María, el caso es que...”

“Podemos formar una familia. Comprar una cabra y algunas gallinas. Vivir una vida sencilla. No eres un chico de ciudad. Finges serlo, pero yo me doy cuenta. Solo quieres una vida tranquila. Y los niños podrán...”

—¡Cállate, María! ¡El caballo se ha ido! ¡Los gemelos se lo han devuelto al cártel! ¡Me quedaré aquí para ayudar a mi

hermano! No voy a ir a Gudsland ni a ningún otro sitio. Coge los estantes de delante de la puerta y ponlos de nuevo donde estaban. Si no lo haces tú, lo haré yo. Después cogeré mi arma y me pondré de pie para luchar codo a codo con Nacho. Fin. Aparecen los créditos. Música y luces. ¿Lo pillas?

María lo mira fijamente. Está en ropa interior y tacones. Se acerca a la cama y levanta la mano como si fuera a darle una bofetada. Él no se inmuta. En cambio, ella se sube a la cama, hace ademán de besarlo y le muerde el labio hasta hacerle sangrar.

“Stronzo di merda”, dice. “¡Hazme el amor!”

Al acercarse la noche, un niño llega al quinto piso, buscando a Nacho.

“Señor Morales”, dice.

“¿Qué estás haciendo aquí? ¡Tienes que irte a casa! ¡Los niños no pueden estar aquí!”

“Pero señor Morales, nos gustaría saber si hoy hay clases. Somos diez los que estamos esperando en el aula”.

Nacho se lleva la mano a la cabeza.

–¡Maldita sea! Soy un idiota. Lo siento. Hoy no hay clases. Vayan todos a sus casas. Cubran las ventanas y no salgan.

Debo haber olvidado dar el mensaje. Lo siento. Tendremos clases mañana.

El niño dice: “Sí, señor” y se va.

El sol empieza a descender. El cielo está teñido de un naranja cadmio y surcado de nubes que parecen estelas de vapor que se desplazan por el horizonte. Un silencio inquietante reina en la torre. Algunas familias se toman de la mano y rezan. Otras están sentadas cenando. Cada cinco o seis pisos hay una persiana abierta, de la que sobresale un cañón de pistola, unos prismáticos o un telescopio. Los hombres y mujeres de Dahomey-Krill afilan sus cuchillos. El ex soldado se prepara para morir bien. Don Felipe, el sacerdote, ha estado encerrado en su iglesia improvisada todo el día, escuchando confesiones, dando bendiciones, improvisando sermones para los antepasados, por si los encuentran pronto. Dewald, el psicólogo, bebe hasta quedarse dormido, pensando que si va a morir de forma violenta, más vale que no esté allí para presenciarlo.

Son poco más de las 19:00 horas cuando el vigía del piso sesenta los ve. Hace sonar una campana. El repique se repite en los pisos inferiores hasta llegar al quinto piso.

Un convoy, un vehículo blindado y diez camiones militares, se despliegan alrededor de la plaza y se detienen en sus bordes formando un semicírculo. Del vehículo blindado surge la figura de Torres, con la cara roja y rechoncha,

ataviado con pantalones caqui y con medallas y una boina verde oscuro. Diez soldados con fusiles salen de la parte trasera de uno de los camiones y lo acompañan a través de la plaza hacia la entrada de la torre.

“¡Toc, toc!”, grita mientras sigue caminando.

Silencio. Nacho observa. Dos gotas de sudor corren una tras otra por su frente y se posan en sus cejas. Se las seca con el dorso de la mano sana y se queda quieto, observando a través de los prismáticos. Cuando Torres se acerca a la entrada, Nacho ya no lo ve por el ángulo.

“¿Hay alguien en casa?”, grita Torres.

Torres empuja la puerta. Está cerrada. Luego retrocede, se dirige al centro de la plaza y levanta la cabeza. Ve al instante las contraventanas cerradas y las abiertas, y saca un puro del bolsillo superior. Lo enciende y da unas caladas satisfecho.

“¡Hola!”, grita. “¡Papá, olvidé mis llaves! ¿Alguien me puede dejar entrar? ”

Desde la habitación del quinto piso, Raincoat está temblando.

“¡Está en mi punto de mira!”, dice. “Un disparo y está muerto. ¡Puedo matarlo ahora! ”.

—Espera —dice Nacho.

“¿Por qué? ¿Qué diablos estoy esperando? ¡Puedo matarlo!”

—¡No! Eso es un asesinato. Tenemos que esperar.

Torres vuelve a llamar. “¡Oh, Naaaaaaaaaacho! ¡Déjame entrar! ¡Por los pelos de mi barbilla–barbilla–barbilla! ¡O resoplaré y soplaré y volaré tu casa! ¡Te doy treinta segundos!”

La mente de Nacho está a mil por hora. “¿Me sacrifico? Pero eso no solucionará nada. Lo que quiere es la torre. ¿Me entrego? Pero entonces todos seremos expulsados y nos quedaremos sin hogar y perderemos nuestra dignidad. Y tal vez perdamos la vida de todos modos”.

Torres, puro en mano, regresa lentamente al vehículo blindado. Momentos después, las tropas saltan de la parte trasera de los camiones y comienzan a preparar sus armas: Uzis, Kalashnikovs y ametralladoras Puckle sobre trípodes. Junto a ellos, una multitud de soldados de infantería se arrodilla y apunta con sus fusiles al monolito.

En ese momento, la llamada a la oración del muecín se eleva sobre la ciudad y aparece una bandada de pájaros, que se arquean sobre la torre como trozos de papel quemado colgados de una cuerda. Esto es todo, piensa Nacho. Oye el ruido metálico de la maquinaria de guerra que va tomando forma. Los dos coroneles, Bandero y Hafeez, gritan órdenes

en español, inglés, árabe y gujarati, pero la llamada del muecín las ahoga, de modo que Nacho no puede oír las palabras de los coroneles.

La primera andanada de disparos atraviesa los pisos inferiores de la torre como un tifón, desgarrando las contraventanas de madera, explotando a través de las ventanas y rebotando en las paredes. Se oyen gritos mientras los habitantes caen al suelo. Una pausa. Se levanta una nube de humo y el olor a cordita flota en el aire. En el centro de la plaza, a menos de seis metros de donde están arrodillados los soldados de infantería, una figura se levanta del polvo, el fantasma de una anciana, gritando a todo pulmón: “¡Kami ay labanan sa dulo! (Lucharemos hasta el final)”, pero luego la aparición desaparece y los soldados se miran unos a otros como si dijeran: “¿Lo viste? ¿Qué era?”. Y un ametrallador gruñe a sus camaradas: “Este lugar está maldito. Terminemos el trabajo y salgamos de aquí”.

Y Nacho, que también ve la aparición y oye el grito, se da cuenta de que, fantasma o no, la potencia de fuego de Torres es cien veces superior a la de los damnificados.

Nacho mira a su alrededor. Todos llevan las manos sobre la cabeza o las orejas, todos los ojos cerrados, casi nadie sostiene un arma y mucho menos es capaz de disparar con precisión bajo fuego. Carniceros, panaderos, profesores, borrachos. Harry y sus hermanos están en el suelo, acurrucados como bebés. Uno de ellos llora y pregunta por

su madre. Raincoat el impermeable se cayó de la cama al oír el primer sonido de las balas al impactar contra el ladrillo y ahora se ha metido debajo. Nacho dice: “¿Dónde está Emil?”

Como si fuera una señal, Emil irrumpió en la habitación. Los demás se encogenen cuando la puerta se abre de golpe, pensando que es Torres o algún asesino temible con un Kalashnikov.

Emil se lanza a la cama, revólver en mano.

“Tenemos que contraatacar”, dice.

“Hazlo”, dice Nacho.

Una voz desde el suelo dice: “¡No! ”

Nacho se gira y ve a Harry sobre sus codos, en posición de perrito, con las manos sobre la cabeza y los ojos mirando hacia arriba.

“Son demasiado fuertes para nosotros”, dice Harry.

–Cállate –dice Emil–. Lucha como un hombre.

Emil levanta la cabeza para echar un vistazo rápido por el espacio donde debería estar la ventana. Levanta el arma y aprieta el gatillo, pero no pasa nada.

–Mierda. El cabrón se me ha atascado.

Deja el revólver y se agacha para coger el rifle de Raincoat, que está en el suelo. Apunta y dispara. El impacto del cañón lo hace tambalearse hacia atrás sobre la cama.

“¡Aaagh! ¡Creo que me rompí el hombro!”

Otra andanada de disparos atraviesa el aire, el limpio y clínico traqueteo de las ametralladoras y las balas que resuenan contra las paredes de la torre. Más gritos se alzan en medio del coro de cristales rotos, madera astillada, ladrillos destrozados. En el paréntesis que sigue, se oyen gritos: “¡Ríndanse!”, “¡Alto!” y el ruido entrecortado de pies que se arrastran. Más pequeños golpes de ollas y sartenes. Y Nacho piensa: “¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?”.

Emil está cubierto de sudor. Se coloca de nuevo en posición sobre la cama y se prepara para disparar.

“¿Te rompiste el hombro?”, dice Nacho.

“Tengo dos.”

Dispara de nuevo, se frota el hombro, se gira hacia Nacho.

—Maldita sea. Tenemos que contraatacar. ¿Qué están haciendo los demás?

Miraron alrededor de la habitación. Todos estaban acurrucados en el suelo.

La voz de Torres desde la plaza: “¡Nachiiiiiiito! ¡Salid y os perdonaré a todos!”

Luego voces desde la torre.

“¡Vamos, Nacho!”

“¡Dígale que nos rendimos!”

“¡Nos rendimos!”

Lo que sucede a continuación, piensa Nacho una hora después, es una escena que pasará a la historia. De todos los episodios sangrientos, la letanía de destrucción aquí en las llanuras de Favelada que han visto dragones, decapitadores, guerreros sacados de la nada, ninguno podría ser más extraño. Ningún hombre vivo podría haberlo predicho y ningún hombre vivo lo entenderá jamás, y sean cuales sean los dioses que caminan por esta Tierra, ellos también quedan mudos por lo que sucede. Y después de que sucede, Nacho le dice a su hermano: “Cantarán sobre esto durante mil años”. Ni los hacedores de milagros de Hajja Xejn ni la bruja de Estrellas Negras han visto ni oído hablar de algo así. Incluso los chamanes que caminan por los campos de hielo de Zaledenom Jezeru quedarán atónitos y en silencio cuando se enteren de lo que sucede aquí en esta cálida noche de Favelada.

Y lo que pasa es esto:

En el piso sesenta, el vigía mira hacia abajo, pero lo que le llama la atención no son los soldados que recargan sus armas. En cambio, cuando el sol se pone y el cielo se tiñe de un color naranja azafrán, ve una manada de animales que se precipita hacia la torre. Al principio no puede distinguirlos, no puede identificar las formas que corren en la penumbra por calles rotas y tráfico paralizado.

Y mientras Nacho abre la puerta de entrada y se prepara para morir bajo una lluvia de balas o pedirle un trato a Torres, él también vislumbra el movimiento borroso que se dirige desde el centro de la ciudad.

Por detrás de los soldados, los animales se acercan a toda velocidad. Los ojos de Torres y los de sus hombres están fijos en la puerta que se abre lentamente frente a ellos, por lo que ven a sus atacantes demasiado tarde y, cuando se dan la vuelta, los lobos están sobre ellos, encabezados por una enorme bestia de dos cabezas, que salta sobre sus caras y les cruje los brazos. La manada ha crecido. Son ochenta lobos fuertes, corpulentos y esbeltos como tigres, y desgarran a los soldados, rompiendo sus extremidades, destrozando y mutilando tendones y huesos. Los conductores de los camiones militares ven lo que está sucediendo y la mayoría se pone amarilla al instante, encienden sus motores y aceleran hacia la penumbra, perseguidos por sus propios soldados, que han abandonado sus armas.

Torres, de pie a un lado, observa, paralizado por la masacre, con la boca abierta en un gesto de incomprendión. Ni siquiera intenta huir. El llamado a la oración ha terminado y ahora sólo se oyen los crujidos de dientes y los gritos de los soldados.

Desde la puerta, Nacho observa. Al igual que Torres, permanece mudo, con el rostro convertido en una máscara blanca, como una figura de una tragedia griega.

En el quinto piso, Emil dice: “¡Mira!”.

Harry, sus hermanos y Raincoat permanecen tendidos en el suelo.

—¡Mirad! —grita Emil esta vez, sin poder creer lo que veía.

Harry y los demás se ponen de pie y miran por la ventana.

En los pisos superiores, hombres y mujeres observan con incredulidad la masacre que se está produciendo debajo de ellos. Al principio no pueden interpretar la escena. Esto no tiene nada que ver con las guerras de leyenda o con la caja de resonancia. Tapan los ojos a sus hijos y nadie aplaude.

Torres finalmente recobra el sentido, comprende perfectamente lo que les está sucediendo a sus hombres y comienza a retroceder. El lobo de dos cabezas se vuelve hacia él, con las fauces cubiertas de sangre. Al ver esto, Torres corre. Corre por la calle Ubíjanje y la avenida

Carneficina, corre bajo un puente en Mortus Creek, vadea el río atascado de basura en Basura, sin mirar atrás, sube a saltos la colina Lixo, se encuentra con Fellahin, encuentra una iglesia, golpea la puerta hasta que un sacerdote lo deja entrar, cierra la puerta de golpe, la cierra con pestillo, corre por el pasillo hasta una estatua de Jesús, se arrodilla, jadeando y temblando, y comienza a rezar.

Se arrepiente de todos sus pecados y ahora volará al seno del Señor. Le dice al Señor que con gusto se sentará en una colina en el desierto por el resto de su vida, con las piernas cruzadas, en meditación, comiendo nada más que hojas e insectos, sin ansiar cosas mundanas SI EL SEÑOR MANTIENE A LOS MALDITOS –oops, perdón, Señor– LOBOS ALEJADOS DE ÉL.

Jura no volver a acercarse a la torre, no volver a pecar. Se mezclará con los pobres y los desdichados de la Tierra, sentirá sus penas, dedicará su vida a las buenas obras. Y sigue rezando solo, con su uniforme militar empapado en sudor mezclado con el agua lodosa de su carrera a través del río, la sangre de los soldados manchando sus botas.

De vuelta en el campo de batalla, ante una señal invisible, los lobos cesan su ataque. Solo la bestia de dos cabezas se detiene y se gira para encarar a Nacho, que se encuentra en la entrada, el lugar donde se encontraba el lobo cuando los damnificados tomaron la torre. La bestia se queda mirando. Nacho le devuelve la mirada. Dos guardianes. De repente, el

animal emite un aullido sobrenatural de sus dos bocas y la manada de lobos se da la vuelta y se precipita a través del centro de la ciudad y hacia las afueras y hasta el bosque de donde llegaron.

Poco a poco los habitantes de la torre descienden hasta que quedan cientos de ellos en la entrada y en el terreno donde ocurrió la masacre. Los últimos rayos de sol bañan la plaza de luz sepulcral. Los damnificados están aturdidos, indecisos de si aplaudir o llorar.

Nacho organiza la limpieza, la recogida de las armas que quedaron en el campo de exterminio. Mientras sacan una manguera, los gemelos llegan en la camioneta de su padre y se bajan de la cabina y se estiran. Nacho está de pie frente a ellos.

“¡Hola!”, grita Hans. “Llegamos tarde, pero hemos dejado el caballo. Oye, ¿ha pasado algo hoy aquí?”

Capítulo XIII

Nacho reflexiona en su habitación. Los últimos restos de la comida traída por Emil están dispersos por el lugar: granos de café manchando el piso, granos de arroz, un pequeño montón de azúcar transformándose en un hormiguero detrás de la puerta. Somos como los primeros hombres, encerrados en cuevas, piensa. Peones de un juego. No podemos explicar nada: de dónde vienen nuestros pensamientos, cómo nos convertimos en lo que somos, el origen de las bestias y las plantas y las montañas que nos rodean. No sabemos nada. Estamos indefensos como recién nacidos.

El Pequeño Lisiado, huérfano dos veces, cojo de una pierna y un brazo, con una mata de pelo como una descarga eléctrica y sin nada en que apoyarse excepto su ingenio, se

sienta apoyado en una caja de libros, exhausto por los esfuerzos del día, y sigue reflexionando.

Recuerda que un estadista le dijo, en un momento de sorpresa y sin que nadie se enterara, que “tus enemigos son como una cebolla: se desprende una capa y queda expuesta otra más gruesa y fuerte debajo. Tus enemigos crecen desde el interior. Nunca pienses que estás a salvo”.

Años antes, había asistido a una conferencia en Gao Deng, traduciendo para ese mismo estadista. Por la noche, cada uno tomaba su camino, Nacho se iba a una habitación de un hotel, el estadista a una reunión o fiesta informal. Pero una noche, el estadista llamó a Nacho a altas horas de la noche y le dijo que fuera al bar del hotel. Encontró al estadista borracho y necesitado de compañía, de alguien que escuchara sus divagaciones. Así que Nacho escuchó, sin necesidad, por una vez, de traducir las opiniones del hombre.

Fue entonces cuando el estadista le habló de enemigos y cebollas. Maldiciendo su suerte, casi escupiendo los nombres de sus rivales, el hombre golpeó la mesa, el vaso de bourbon saltó y el camarero se quedó mirándolo. Pero Nacho simplemente asintió y escuchó.

Siempre había sido un oyente. Desde sus días de colegio, cuando fingía ser un tonto, había cultivado el arte de permanecer sentado, sin reaccionar, simplemente captando

con todos sus sentidos lo que ocurría a su alrededor. Mientras los demás charlaban y parloteaban, él permanecía en silencio, asintiendo de vez en cuando, luchando deliberadamente contra el impulso de interrumpir, de hablar, de discrepar, de convertirse en un participante del juego.

La interpretación le venía bien. El intérprete, pensaba, no daba nada de sí mismo, simplemente transponía el mensaje a un código diferente. No le importaba si el orador discutía sobre el precio de los frijoles o abogaba por el genocidio; Nacho era sólo un conducto, una máquina sin mente, invisible, neutral, incolora como el agua.

Los estadistas y los políticos apreciaban su dominio de los idiomas, de los modismos y de los matices, pero lo que más apreciaban era su capacidad para permanecer en un segundo plano, para ser invisible. Era diminuto y, aunque sus muletas y su pelo alborotado hacían que la gente lo viera, conservaba una calidad de irrelevancia, como si alguien de aspecto tan extraño no pudiera mover montañas en su mundo. La otra razón por la que les gustaba era porque sentían que nunca se entrometía en sus palabras. Ofrecía traducciones exactas. Parecía libre de ideología, creencias e incluso de carácter, y eso les encantaba.

Durante años trabajó cuanto quiso, viajando a tierras lejanas y a reuniones de políticos, hombres y mujeres ricos y poderosos. Cuando no estaba viajando, le enviaban

discursos y documentos para traducir, y él lo hacía con una mirada fría y desapasionada.

Un día se encontró en Zerbera, una ciudad rodeada de colinas interminables. Sin poder dormir como siempre, salió a dar un paseo nocturno. Aunque no podía caminar bien, tenía la afición de su padre por los vagabundeos, y con sus muletas podía recorrer una milla sin esfuerzo, a veces dos si los elementos y el pavimento de la calle estaban a su favor. Esa noche, la luna estaba cubierta por nubes y la ciudad no tenía farolas, así que caminó casi a oscuras. Oyó los sonidos de la juerga humana y encontró que esos sonidos guiaban sus pies en esa dirección. Se topó con un edificio sin letrero ni ventanas, pero con una puerta entreabierta que revelaba un rectángulo de luz. La abrió y entró cojeando con sus muletas.

Un bar clandestino, un antro de copas. Cinco mesas. Treinta o cuarenta personas se agolpaban, hablando, riendo. En las paredes había carteles de viejos cantantes, cuadros fauvistas sobre tableros de corcho y pieles de cobras y cocodrilos desollados colgando. Se escuchaba música de África occidental en un equipo de sonido chirriante y, en un rincón, un grupo de hombres acuclillados en el suelo participaban en una carrera de escarabajos. Colocaban sus escarabajos, gordos como dátiles egipcios, en la línea de salida y los obligaban a llegar hasta la meta, arrojando monedas y billetes, aplaudiendo y gritando.

En una mesa, una mujer leía las manos. Era de piel oscura, casi negra, y llevaba el pelo recogido en un moño. Llevaba un caftán negro y collares de cuentas alrededor del cuello y enormes aros de plata. Parecía una princesa perdida trasplantada a ese tugurio de licores que olía a whisky y puros. Estaba rodeada de hombres y mujeres que la escuchaban y reían mientras ella predecía sus destinos.

Cuando Nacho entró, ella le hizo una seña y les dijo a los demás que hablaban yoruba que le hicieran espacio y le dieran una silla. Así lo hicieron, sonriendo y dándole palmaditas en la espalda como a un nuevo amigo. Estaba rodeado de africanos negros que hablaban yoruba, swahili, amárico y afrikáans. Un hombre corpulento con cicatrices en las mejillas puso una botella de cerveza delante de Nacho y desapareció. La princesa perdida lo probó en varios idiomas y se decidió por una mezcla de francés e inglés, preguntándole su nombre y de dónde era. Luego tomó su mano, con la palma hacia arriba, y extendió sus dedos sobre la mesa.

La mujer miró su mano durante cuarenta, tal vez cincuenta segundos. A su alrededor, los demás esperaban y esperaban hasta que su paciencia empezó a agotarse.

“Lucille, ni nini kusema?” (Lucila ¿qué dices?) gritó uno en swahili.

“¿Est-il un roi ou un pauvre? ¿Es un rey o un pobre?”

“¿Qué es?” dijo otro en afrikáans.

Lucille, que así se llamaba, levantó la vista lentamente. Sus ojos se encontraron con los de Nacho y esbozó una sonrisa casi coqueta.

“Un hombre especial”, dijo, y luego lo repitió en cuatro idiomas. “Un hombre inusual”, dijo. “Eres tan raro como un halcón en un vaso”.

“¡Vamos!”, gritaron. “¿Uliona nini? (¿Qué viste?)”

“¿Quién es?”

Miró a su alrededor y dijo: “Nacho será un líder de hombres y mujeres. Ahora trabaja con palabras, pero pronto lo hará con hechos. Será un hombre de acción”.

Repitió esta última frase en cuatro idiomas y algunos de sus amigos se rieron.

“¡Es cojo! ¡Hawezi kutembea! (¡No puede caminar!), gritó uno.

—Te equivocas —dijo Lucille—. Es más poderoso que el resto de ustedes juntos.

“¿Qué dites-vous, Lucille? Pouvez-vous traduire?
¡Traduce!”

Y lo volvió a decir en cuatro idiomas.

“Digo que se levantará y derrotará ejércitos. Reunirá su propio ejército y comandará hombres y mujeres y los conducirá desde las calles hasta una imponente torre donde engañará a Cerbero para que lo deje entrar”.

“¿Quién es Cerbero?”

“¿Qué sé yo?” dijo otro, en afrikáans.

“Cerberus es un perro guardián”, dice. “Este hombre será un héroe para muchos y un enemigo de dictadores y opresores. Un hombre inusual. Y, sin embargo, no se conoce a sí mismo”.

“¡Cuéntanos más!”

“Él no conoce sus raíces. No conoce a sus padres. Vive en la ignorancia de sí mismo y de su verdadera naturaleza. Así que se lo diré”.

Y así lo hizo. Le habló de la gente a la que acompañaría, de la torre y de Cerberus, y él escuchó, como siempre, y dejó que le soltara la mano, y sonrió porque estaba en compañía de desconocidos. Ella empezó a hablarle de sus padres cuando de repente estalló una pelea en un rincón de la habitación. Dos hombres empezaron a dar golpes contundentes y una botella voló por el aire, no dio en el blanco y se estrelló contra la pared, lanzando una lluvia de cerveza burbujeante sobre los combatientes. Una mesa se volcó y, de algún modo, la pelea se convirtió en una pelea a

gran escala con hombres y mujeres saltando sobre las mesas y arrojando sillas. Nacho se agachó y se llevó las manos a la cabeza. Salió por la puerta con sus muletas hacia el frescor de la noche y cojeó por una esquina, mientras el bar resonaba con el sonido de cristales rotos, gritos espeluznantes y puñetazos carnosos que golpeaban la piel. Lucille no estaba a la vista.

De camino al hotel, Nacho reflexionó sobre lo que había dicho la mujer. Su padre, Samuel, había sido un buen hombre, siempre al servicio de los demás. Por eso lo habían matado. Pero Nacho no sentía la vocación de liderar a hombres y mujeres. Cuando finalmente se tumbó en el suelo de su habitación de hotel (la cama había resultado demasiado blanda para una noche de sueño), lo descartó todo. Lucille también era una lingüista talentosa, pero como bien sabía, eso no significaba que pudiera predecir el futuro. Era una princesa, sí, pero ¿de qué? De un bar oxidado donde la gente se emborrachaba y se drogaba por diversión. Mientras se quedaba dormido, su rostro comenzó a desvanecerse, sus ojos llamativos, su piel tan oscura como el océano nocturno, hasta que por la mañana desapareció, tan distante como un sueño. Pero Nacho nunca olvidó sus palabras.

La noche siguiente, regresó al bar, desandando el camino recordando las grietas del pavimento y los sonidos exactos que hacían sus muletas al caminar: lo fuerte que hacían el eco, lo amortiguado que era el golpeteo. Una vez más

encontró la puerta entreabierta. La empujó y se encontró con que la habitación estaba vacía. No había barra. Ni mesas. Ni sillas. Ni carteles en las paredes. Ni música. El lugar había sido desmantelado, destripado, devuelto a una especie de estado de gracia original. Se detuvo en la puerta y gritó.

—¡Hola!, ¿Lucille?

Al no obtener respuesta, salió a la calle para comprobar que no se había equivocado. ¿Era el edificio equivocado? Pero estaba seguro de que era el mismo. Volvió a mirar el interior, observando los espacios y reconstruyendo mentalmente la disposición de la habitación (dónde se había sentado, dónde había estado colgada la piel de cocodrilo, dónde había estallado la pelea) y se fue.

Regresó al hotel, tomó un rickshaw que le cobró la mitad del precio y, mientras pagaba, pensó: “Zerbera, mi lugar de la suerte”.

Capítulo XIV

A las puertas de la ciudad, los damnificados celebran su victoria. A la sombra de las cinco cabezas de piedra, se suceden eventos improvistos a la luz de una hoguera construida con basura. Un faquir sube por una soga vertical suspendida de la nada. Los gemelos inician un número de breakdance¹², mientras decenas de personas los rodean, aplaudiendo al unísono. Un hombre con una máscara de lobo se balancea en un monociclo haciendo mezclas con tres antorchas encendidas.

Grupos de damnificados se sientan en círculos: Harry el panadero y sus hermanos, Raincoat, Dewald el psicólogo y las chicas del salón de María. Pasan botellas de licor y vino

12 El breakdance es un estilo de danza urbana que se originó en el barrio neoyorquino del Bronx en la década de 1970. Es una forma de deporte de baile que mezcla la danza urbana con un notable atletismo.

casero de mano en mano, bebiendo grandes tragos mientras la luz del fuego parpadea en sus rostros.

“¡Esos perros!”, dice Harry.

“¡Lobos!”, dice uno de sus hermanos.

—¡Esos perros! Acabaron con esos pobres cabrones, claro está. Pero, de todos modos, habríamos matado a esos soldados. Recuerda lo que te digo. Estábamos muy por encima de ellos.

“Por supuesto que lo haríamos.”

“Los hubiera golpeado”, dice Harry. “¡No te metas conmigo y con mis hermanos!”

“¡No si quieres mantener tus pelotas enteras!”

“¡Maté a dos de ellos!”, dice uno de los hermanos.

—Yo también —dice Raincoat—. No lo he perdido. Yo solía ser francotirador. ¡Bang bang! Dos caen muertos. Justo entre los ojos.

—Los perros acabaron con ellos —dice Harry—. Pero ya se estaban retirando. ¿Y los viste correr como bebés?

“Deberíamos recibir una medalla por esto”, dice otro hermano.

“Fue una masacre, eso es lo que fue”, dice Harry. “Vienen aquí con toda la rudeza y la disposición. Con armas grandes y todo, pero cuando llega el momento de luchar, ¡se van! Siempre lo he dicho, ¿no es cierto?, que no es el perro el que está en la pelea, sino la pelea en el perro. ¿No lo he dicho siempre, muchachos?”

–Siempre lo has dicho, Harry.

“Solo hace falta un poco de garra. Así es como se distingue a los hombres de los niños”.

Mira a lo lejos, mientras acaricia el recuerdo de su heroísmo. Se oye un grito cuando una bailarina del vientre es llevada hasta lo alto de la cabeza de piedra del centro, donde se sacude y gira al son de los tambores que hay debajo.

Emil y María caminan del brazo entre los damnificados, con el brazo libre de Emil en cabestrillo.

“¡Míralos!”, susurra María. “Afirman que es su victoria. ¡Nacho me dijo que pasaron la batalla escondidos debajo de la cama! “

“¿Divirtiéndose?”, pregunta Emil.

“Así son los hombres. Siempre dispuestos a llevarse el mérito”.

“¿Disfrutas la fiesta?”

—No. Vayamos a casa y hagamos el amor —dice María.

“¡Acabamos de hacer el amor!”

“Hagámoslo de nuevo.”

—Me duele el hombro. Y sólo llevamos aquí dos minutos. Quiero celebrar un poco. ¿Dónde está Nacho?

“Nacho esto, Nacho aquello. ¿Y yo qué?”

“Él es mi hermano pequeño.”

Se acercan al fuego y sienten el calor crepitante en sus rostros. La mujer con un perro en una carretilla, sentada ahora frente al fuego, se acerca y toma la mano de Emil.

“Gracias por traerme comida de nuevo”, dice. “Salvaste a mi perro”.

“De nada”, dice Emil con una sonrisa. Alguien se dio cuenta. Alguien lo recordó.

Caminan un poco más, alcanzan a Nacho en sus muletas y se detienen a observar cómo una mujer inventa una danza pagana del lobo. Se pone a cuatro patas, menea el trasero y abre bien las fauces; se pone a gruñir y luego salta. Su amiga se une a ella y comienzan una danza del lobo y el soldado, llamada y respuesta.

A menos de seis metros de distancia, un hombre está tallando un lobo de dos cabezas en una tabla de madera de cedro. Se concentra furiosamente, cincelando con un cuchillo Bowie, mientras la tabla está sobre su regazo.

Al pie de una de las cabezas de piedra, un músico está inventando una canción –La canción de los lobos– para conmemorar la batalla. Lleva un laúd antiguo.

En un puesto de bebidas cercano, el dueño inventa El Lobo: un trago de whisky con soda, azúcar y una rodaja de lima. Luego inventa El Lobo de Dos Cabezas, que es lo mismo pero con dos tragos de whisky.

El dueño de un puesto de comida diseña la Wolf Burger, un trozo de filete apenas cocido entre dos rebanadas de pan de linaza con pepinillos y eneldo.

Y también la gente se ha vuelto lobuna. Sólo Nacho lo ve. Ve cómo sus hocicos crecen y se afilan hasta el ápice de la nariz negra y húmeda; sus bocas se vuelven como hocicos y sus mandíbulas se vuelven bajas y poderosas. Ve bajo sus cuellos espesas melenas moteadas de gris. Las mujeres se ríen y Nacho ve sus caninos sobresalir como pepitas de zinc blanco. A medida que avanza la noche, ve a algunos de los damnificados escabullirse en manadas hambrientas. Otros se quedan para aullar a la luna. Todos se han convertido en lobos, y se pregunta si él mismo se ha convertido en uno. Se mira las manos, ve que no han cambiado, pero sabe que los

humanos son las últimas cosas de la Tierra en reconocer en qué se han convertido.

Tras las inundaciones y el ataque de Torres, los habitantes, que han vuelto de su condición de lobos, empiezan a verse como los legítimos dueños de la torre. Una vez que han superado el miedo a que los lobos vuelvan y los ataquen, creen que la paz y la prosperidad son suyas, por primera vez en sus vidas.

Muchos de los adultos ya saben leer y muchos más tienen trabajos regulares. Algunos de ellos empiezan a decir su dirección con orgullo. Son los pocos afortunados que viven en la torre que una vez se creyó maldita pero que ahora parece bendecida. Tienen escuelas en funcionamiento, agua y electricidad, un famoso salón de belleza y una panadería donde la imagen de Jesús apareció en una hogaza de pan. “¿Qué otras torres de esta ciudad ha visitado Jesús?”, preguntan. “Estamos protegidos por lobos y por un gran líder, Nacho, el pequeño lisiado”. “Un ejército vino a destruirnos y lo hicimos pedazos”.

Todavía estallan peleas ocasionales, pero cada vez son menos frecuentes, y los ciudadanos comienzan a vigilarse a sí mismos.

Nacho consigue más trabajo de traductor y se esconde en su habitación durante horas y horas. El trabajo es para él un bálsamo, una oportunidad de interactuar con el mundo exterior sin que haya vidas en juego. Por las tardes se apoya en sus muletas y recorre el perímetro de la torre, admirando las pequeñas parcelas de tierra que las mujeres están recuperando y preguntando qué están cultivando.

“Tomates, patatas, menta, perejil y judías verdes”.

Cruza la plaza y la calle y ve los pequeños negocios que han surgido tras la inundación: pequeños almacenes que vuelven a abrir con otros nombres, puestos de comida con parrillas donde el propietario te asa un pollo o una mazorca de maíz mientras hablas del tiempo o del nuevo centro comercial de Fellahin o de la fábrica que se inaugura en Oameni Morti. Rara vez le dejan pagar nada, e incluso cuando insiste, le hacen descuentos.

Algunas tardes juega al ajedrez con Don Felipe, haciendo círculos alrededor del cura, quitando una a una las piezas del viejo y administrándole muertes lentas.

Cinco pisos más arriba de la tranquila vida de Nacho, Emil también lleva una vida tranquila. Durante seis semanas, no hace nada más que dormir, comer, cuidar su hombro herido y hacerle el amor a María. Al principio, ella se toma descansos de la peluquería cada hora para visitarlo. Sea lo que sea que esté haciendo él (sentado a la mesa, tumbado

en un baño recuperado de un vertedero de Sanguinosa, dormitando en la cama), ella lo besa, se levanta la falda y se sienta encima de él hasta que está listo. Se lava rápidamente y vuelve a ocuparse del cabello y las uñas en cuestión de minutos, sonriendo a sus clientes y mostrándoles sus ojos oscuros.

En la séptima semana, Emil visita a su hermano y salen a caminar. El sol ya ha comenzado a caer, por lo que no los asalta el calor del día y se encuentran repasando los pasos que dieron con Samuel hace muchos años, contándose sus historias.

En dirección contraria a las cabezas de piedra de las puertas de la ciudad, llegan a calles que apenas recuerdan y se preguntan si su memoria es la culpable o si todo ha cambiado tanto que ya no las reconocen. En el lugar donde recuerdan edificios bajos de madera y hojalata se alzan enormes rascacielos. Junto a una mezquita, donde antes había un páramo cubierto de hierba, ahora hay una tienda de antigüedades. Miran por sus escaparates y se maravillan con los objetos que hay en ella: muñecas chinas, cometas persas con forma de águila, tarros de aceitunas, vaqueros.

Nacho se siente fuerte y sigue caminando, sus muletas golpean las aceras y, donde no las hay, el barro cocido y la piedra que forman los caminos. Aparecen pequeños parques, con acacias y pájaros revoloteando y oxidados columpios y toboganes para niños. Llegan al río y cruzan un

puente de madera donde en la parte inferior germinan plantas de banianos. Se detienen a mirar hacia abajo, al lecho seco del arroyo, y observan una pareja de cuervos saltando de roca en roca. Más allá del puente llegan a un solar abandonado y ven las marcas de agua de la inundación en lo alto de un muro a medio construir.

Nunca en su vida Emil ha visto una calle sin querer caminar por ella. Nunca ha visto un puente sin sentir la necesidad de cruzarlo, un barco sin querer navegarlo, una montaña sin querer escalarla. Le dice a Nacho:

“Hermano, estar aquí me lo recuerda.”

“¿A qué te recuerda?”

“Los viejos tiempos. Cuando podía ir y venir. Me siento atrapado en la torre, como si hubiera una cadena invisible que me retuviera allí”.

“No es tan invisible. Es hermosa como reina de belleza y como directora del salón de belleza más exitoso de Favelada”.

“Y tengo que ganar algo de dinero. A María le gusta tenerme en casa. Dice que gana lo suficiente para mantenernos, pero un hombre no puede vivir así. Al menos yo no puedo”.

“Pues consíguete un trabajo. No puedes quedarte en casa todo el día. Nunca podrías”.

“¿Pero un trabajo en la ciudad? Quiero navegar por los mares o salir a explorar”.

“Entonces hay que elegir”, dice Nacho.

—¿No crees que María querría venir conmigo?

—¿Por qué me preguntas eso? Es la reina de la torre. ¿Qué emplea? ¿Diez personas? La última vez que la vi, tenía muebles de cuero y alfombras persas en el suelo.

“¿Has estado en su apartamento?”

—La visité una vez cuando tú no estabas. Estaba desesperada por verte, así que fui a hablar con ella. No se irá por la vida de vagabunda. Quiere un hogar, todas esas comodidades. Ella misma me lo dijo, no nació como una damnificada. Seguro que no quiere vivir como uno. Ni morir como uno.

De repente, están al borde de una barriada. El olor los golpea —ese amargo olor a fruta podrida y desechos humanos— antes de que vean siquiera las destaladas viviendas. Doblan una esquina y se encuentran con las señales reveladoras: aguas residuales corriendo por la calle, cubos de basura tan desbordados que ya no se pueden ver los cubos, casas construidas sin ningún orden ni patrón,

trepando unas sobre otras como bestias en celo, techos superpuestos, cables enredados. Ven gente haciendo sus quehaceres nocturnos: mujeres vaciando cubos de colores brillantes en el suelo, hombres holgazaneando fuera de un bar clandestino, niños pateando una pelota.

“¿Dónde estamos?”, pregunta Nacho.

–Blutig. Debemos haber caminado kilómetros. ¿Quieres visitar a alguien?

–No. Volvamos a casa.

Se dan la vuelta y empiezan a caminar cuando un hombre en bicicleta los alcanza. Es delgado, bronceado por el sol y sin afeitar, viste ropa manchada, todo el distintivo de los damnificados. Nacho cree que el hombre debe tener unos sesenta años, pero sabe que es imposible decirlo. El hombre se baja de su bicicleta y Nacho y Emil se detienen para saludarlo.

“El pequeño lisiado, ¿no?”

–Sí, soy yo –dice Nacho y le estrecha la mano al hombre.

“¿Y quién es?”

“Él es mi hermano, Emil”.

“Mucho gusto”, y el hombre le estrecha la mano a Emil.

“¿Nos estás visitando?”, pregunta el hombre.

–No, sólo estamos caminando –dice Nacho.

“Escuchamos que haces milagros. Domesticas a los lobos y ellos luchan contra los soldados de Torres. ¿Es verdad? ”

“No, no es verdad.”

“Destruyes su ejército y lo derrotas. Ahora se ha ido a las colinas de Solitario. Él... ¿cómo se dice? ... cumple su penitencia”.

–No sé nada de eso. ¿Dónde dijiste que estaba Torres?

“En Solitario. A cinco días a caballo desde aquí. Dicen que camina de rodillas. Se hace monje. Se arrepiente de sus pecados. Dicen que lo cambiaste. Este es verdaderamente el milagro de los milagros. Te agradezco por tu tiempo”.

Y con eso, el hombre se monta en su bicicleta y hace un amplio y lento giro en U evitando un enorme bache en la carretera, y haciendo ruido con sus ruedas se abre camino hasta el centro de Blutig. Nacho y Emil se miran. Nacho dice:

“¿Crees eso?”

“¿Qué parte?”

“Torres se arrepiente de sus pecados y se marcha para ser monje”.

“Nunca conocí a ese hombre, pero creo que, teniendo en cuenta su historia familiar, es poco probable. Son la banda más grande de corruptos que ha conocido la ciudad. Y asesinos, además”.

“Supongo que lo descubriremos pronto. Nuestros enemigos son como una cebolla. Crecen desde dentro. Nunca pienses que estás a salvo”.

“¿Qué?”

“Algo que alguien me dijo una vez.”

El sol se ha puesto, así que se dirigen a casa en la oscuridad, caminando por calles paralelas a las que tomaron en el camino. Cuando llegan a casa, visto desde arriba, han caminado en forma de un cuchillo largo y afilado con la hoja perforando la entrada de la torre.

Capítulo XV

Se dijo que la tercera guerra de la basura sería la guerra que acabaría con todas las guerras. Cuando terminó, la faz de Favelada cambió; el montón de basura volvió a ser una montaña, los internos de un manicomio se mezclaron con los convictos fugados para hacerse cargo del gobierno de la ciudad, y un cerdo de ciento cincuenta kilos llamado Konnichiwa fue instalado como gobernador de una de las provincias de Favelada.

Todo empezó en Oameni Morti. Un miércoles lluvioso, doscientos reclusos se amotinaron. Lanzaron bombas hechas con productos de limpieza y gasolina a los guardias y prendieron fuego a la prisión. Mientras las autoridades intentaban contener el motín, en otra parte del edificio, cien reclusos derribaron una pared con herramientas sacadas de contrabando de un proyecto de construcción y escaparon.

Cuando los guardias se dieron cuenta de que el motín era una distracción, el campo alrededor de Oameni Morti estaba lleno de convictos que corrían a toda velocidad por los campos de maíz.

Se escondían en el bosque. Sobrevivían a las depredaciones de lobos y osos manteniendo encendida una llama constantemente, de ahí el nombre que les dieron los periodistas: Las Bestias de la Luz Perpetua. Cuando llegaba la temporada de lluvias, iban al asentamiento más cercano, Favelada, donde acampaban en una estación de autobuses. Eran criminales empedernidos: asesinos, bandidos, especialistas en escopetas, gurús de los atracos y machacadores de cabezas de todo tipo. En prisión habían sido medio salvajes. Ahora, después de meses de cazar y recolectar en el bosque, eran salvajes.

Las Bestias se fijaron en un terreno baldío llamado Spazzatura. Había un río cerca que proveía de agua y un flujo constante de embarcaciones para pescar y transportarse. Había un solo problema: el terreno ya estaba ocupado. Los colonos, también fugitivos de un manicomio en la lejana Mundanzas, habían construido una barrera de basura entre ellos y el río y un asentamiento de madera y ladrillo. También construyeron cuatro torres, organizadas en forma de cuadrado. Se decía que enviaban a los malhechores a vivir solos a esas torres durante semanas.

Una noche, Las Bestias asaltaron Spazzatura. Llevaban cuchillos, lanzas, garrotes y algunas armas, pero en realidad no esperaban problemas. Habían oído que allí había familias, gente pequeña que vivía tranquilamente junto al río. Se llevaron el susto de sus vidas. Muchos de los antiguos habitantes del manicomio eran esquizofrénicos paranoicos. Esperaban ser atacados en cualquier momento, y cuando llegaron los asaltantes, estaban preparados. Las torres no eran confinamientos solitarios después de todo. Eran torres de vigilancia y lugares desde los que disparar a los invasores y arrojar granadas. Cuando Las Bestias invadieron Spazzatura, se encontraron con una andanada de disparos que derribó a diez hombres en cinco segundos.

Para aumentar la confusión de los ex convictos, se escuchó un sonido ensordecedor de la Novena Sinfonía de Beethoven a través de los altavoces de cada torre, seguido de una batería de fuegos artificiales que rasgaron el cielo como bombas y estallaron como balas. Las Bestias no sabían si era una fiesta o una guerra, y sólo la visión de sus camaradas estallando y muriendo se lo decía. Lo peor de todo era que no podían ver a su enemigo. En sus vidas anteriores como prisioneros, habían visto a sus guardias todos los días, les habían dado apodos, conocían cada truco del habla y cada ángulo de la marcha. Sabían quién bajaba por un callejón por el sonido de sus zapatos. En Spazzatura, era como si una inteligencia alienígena estuviera trabajando en su contra, algo oculto e incognoscible.

Las Bestias se retiraron, pero prometieron regresar.

Cuando lo hicieron, tres noches después, estaban doblemente armados y listos para la batalla. Esta vez decidieron acercarse desde el río. Robaron una barcaza, ataron al capitán al mástil con un trozo de alambre de nicromo y navegaron río abajo hasta llegar a Spazzatura. Escalaron el muro de basura a cuatro patas, con cuchillos en la boca y pistolas colgadas de la espalda, pero tan pronto como llegaron a la cima, con vistas al grupo de edificios que formaban Spazzatura, las notas iniciales de la Quinta Sinfonía de Chaikovski explotaron en los altavoces y Las Bestias fueron recibidas con una lluvia de flechas. Se sumergieron, pero aun así perecieron ocho hombres. Decidieron contraatacar esta vez y atacaron las torres. Pero mientras lo hacían, una docena de enormes espejos con resortes saltaron de repente de la basura de modo que Las Bestias se vieron atacando, y en la oscuridad se confundieron. Dispararon sus armas hasta que los espejos se agrietaron, pero luego perdieron el sentido de la orientación. Varados, otros seis fueron abatidos por las flechas.

Mientras recuperaban el equilibrio, de repente, de entre la basura aparecieron tres pantallas gigantes con poleas que mostraban escenas de películas en blanco y negro: una película de Hollywood, una epopeya japonesa, una comedia nigeriana. Cuando Las Bestias se detuvieron para ver qué estaba pasando, otra andanada de flechas cayó sobre ellas

como un chaparrón y derribó a otros cuatro hombres. En la pantalla más grande, un samurái de celuloide se preparaba para el harakiri.

¿Quién estaba orquestando las fuerzas de la Spazzatura? ¿Qué poder superior podría idear semejantes tácticas? La respuesta, resultó ser, era un cerdo. Y también un loco.

Aunque confundidos y desorientados, un grupo de Las Bestias logró atravesar las pantallas de cine con sus cuchillos y derribar los altavoces del exterior de las torres, dejando un silencio inquietante. Tras recuperar el sentido, los invasores se agazaparon en un cobertizo de ladrillo en desuso desde cuyas rendijas disparaban a todo lo que se movía. Un pequeño grupo se dispuso a escalar las torres utilizando crampones y trozos de cuerda. Una vez en la torre norte, dispararon indiscriminadamente, matando a los vigías, y lanzaron una lluvia de balas a las otras torres. Mientras tanto, los hombres del cobertizo descubrieron por qué estaba en desuso. Cuatro serpientes de cascabel que habían estado acechando en las esquinas de repente comenzaron a vibrar y a desenrollarse y enviaron a los ex convictos a toda velocidad. Al quedar expuestos una vez más, otra lluvia de flechas acabó con tres de ellos.

Y así fue, con Las Bestias masacrando a las pocas personas que pudieron encontrar mientras eran emboscados por fuego anónimo. Uno de los invasores, Rodrigo Hellibore, escapó del cobertizo y se encontró entre los edificios.

Siguiendo el arco de las flechas, adivinando su trayectoria, esperaba ver una fila de arqueros. En cambio, vio una máquina sujetada a un piso de madera. Al presionar un botón, disparaba automáticamente una serie de flechas y giraba sobre una bisagra para cambiar de dirección. Hellibore sabía que este ingenioso dispositivo podía ser obra de un solo hombre. Vio una confusión de cables, como espaguetis enredados, que controlaban el dispositivo, y los siguió hasta que llegó a la puerta del edificio más grande de Spazzatura. Hecho de ladrillo y mortero, tenía que ser el centro de operaciones. Disparó a la cerradura con una pistola y abrió la puerta de una patada. Allí, frente a él, había un anciano, todo piel y huesos, con una gallibaya remendada y una mata de pelo blanco disparada en todas direcciones: Naboo Laloo, un interno fugitivo del Asilo Mundanzas para Locos, un lugar al que había llamado hogar durante veinte años.

Naboo Laloo no mostró emoción alguna. Simplemente permaneció sentado, con la cabeza ladeada, observando al invasor. La visión dejó tan atónito a Hellibore que se olvidó de matar al hombre y en su lugar inició una conversación.

“¿Chi sei?” –empezó. “¿Laloo? ¿Laloo?

Naboo Laloo lo miró sin comprender.

“¿Chi sei?” dijo Helíboro. “¿Quién es usted?”

Naboo Laloo comenzó a cantar en persa. De repente, un cerdo salió trotando de una habitación lateral y derribó a Hellibore. Era Konnichiwa, la musa de Naboo Laloo.

El arma de Hellibore se deslizó por el suelo y aterrizó en los pies descalzos de Naboo Laloo. La recogió.

“¿Hablas inglés?”, preguntó Naboo Laloo.

–Sí –dijo Hellibore.

“¿Por qué atacan? Somos pocas personas. No queremos pelear”.

“Está bien. ¿Puedes bajar el arma? “

“Aquí hay espacio. Todos pueden vivir en paz”.

El cerdo comenzó a olfatear a Hellibore, acariciando su abdomen.

“Está bien, ¿puedes llamar al cerdo? Y cuidado con el arma. Está cargada”.

Hellibore todavía estaba tendido boca abajo.

“Detengan la lucha. ¿Por qué nos matan? Ya sufrimos bastante”.

Necesitamos vuestra tierra. No tenemos dónde vivir.

“¿Por qué no nos preguntas? ¿Por qué nos matas primero? No es de buena educación”.

Afueras, el sonido de explosiones y gritos perforaba el aire nocturno. Naboo Laloo se removió en su asiento.

“Haremos un trato contigo. Viviremos en paz”.

Hellibore, que había sido un legendario ladrón con manos tan rápidas como las de las ardillas, miró a su alrededor. La habitación estaba iluminada por una lámpara y una docena de velas que proyectaban sombras en las paredes. No tenía idea de dónde había salido el cerdo ni de por qué Naboo Laloo no le había disparado ya.

“Está bien”, dijo. “Hagamos un trato”.

Con Las Bestias diezmadas por flechas, balas y granadas, y los ex internos del Asilo de Locos de Mundanza cansados de la batalla, Hellibore y Naboo Laloo negociaron la paz. Hellibore se puso de pie tambaleándose y aceptó que no habría más derramamiento de sangre. Frente a un loco que sostenía un arma cargada, Hellibore también aceptó que Las Bestias tomaran una parcela de tierra junto al río, construyeran su propio asentamiento y que alguien llamado Konnichiwa pudiera ser el gobernador nominal de Spazzatura. No sabía que era Konnichiwa quien, en ese mismo momento, estaba acariciando sus zapatos.

En años posteriores, los dos hombres se hicieron amigos, y Naboo Laloo explicó que la música y las películas que habían formado parte de la batalla eran las mismas armas que se utilizaban en el manicomio para mantener pasivos a los ocupantes. Beethoven y Tchaikovsky habían sido su dieta diaria de música para calmar la sangre, y cuando los ocupantes escaparon, habían robado el equipo utilizado para reproducirlas: los altavoces, los amplificadores y los viejos discos rayados. También habían hurtado los proyectores de películas y los viejos rollos de película que habían sido su regalo nocturno en el manicomio. En otras palabras, Spazzatura era un hogar lejos del hogar. Todo lo demás (espejos con resortes, fuegos artificiales y dispositivos para disparar flechas) provenía de la imaginación febril de Naboo Laloo, quien atribuyó a Konnichiwa el despliegue de estos, diciendo que el cerdo le hablaba en Pigg, un idioma que solo ellos dos podían comprender, y le decía dónde estaban sus enemigos y cómo derrotarlos.

Una vez negociada la paz, incineraron a los muertos y esparcieron sus cenizas en el río, sólo unos pocos desechos más para agregar al mundo.

Capítulo XVI

Las noticias viajan rápido en favelada. un niño escondido en una pila de basura escucha a un par de soldados fuera de servicio conversando. Una mujer de la limpieza escucha a su jefe despotricar por teléfono a través de gruesos muros.

Y es en estos días de tranquilidad cuando un rumor corre por la torre: otro ataque es inminente y esta vez puede que no haya lobos para salvar a los damnificados. El objeto del rumor es un monstruo. Nada con dos cabezas, pero un monstruo al fin y al cabo, y con el mismo nombre que los otros monstruos de los últimos cien años: Torres.

Cuando un Torres es derrotado, aparece otro. Son como conejos sacados de un sombrero. Un juego de manos, un gesto de espectáculo, y ahí está: ¡Otro! ¡Y otro! Uno se convierte en un monje que se esconde en el desierto de

Solitario, pero su hermano menor emerge y emite su aullido bárbaro. Es más grande, más desagradable, más malo, más fuerte, más valiente y, si los rumores son ciertos, está decidido a vengar las indignidades infligidas a su familia. Sabe que su hermano se ha convertido en un hazmerreír: un grupo de damnificados y una jauría de cachorros lo han perseguido, ha dejado caer sus armas y ha corrido por las calles como un loco, abrazado a la pierna de un sacerdote, ha dejado a sus tropas desatendidas y sin órdenes, cada uno se las arregla por sí mismo. ¡Qué humillaciones para el noble nombre de Torres, peores que las del idiota de Rolo Torres, que se arrojó del piso cincuenta con el paracaídas roto, y las del cobarde mayor Torres, que orinó en su uniforme militar cuando sus enemigos lo pusieron en fila contra la pared! El apellido debe ser redimido, su honor restaurado.

El rumor proviene de la mejor amiga de Susana, que limpia la casa de un político. La mujer escucha al político hablar del joven Torres, describiéndolo como un hombre valiente, un probable líder que se presentará para el cargo en lugar de su hermano fugitivo, una vez que haya demostrado su valía recuperando su propiedad en el centro de la ciudad. Termina su trabajo de limpieza, regresa a la torre y llama a la puerta de Nacho. No hay respuesta, así que se lo dice al sacerdote, quien se lo dice a Raincoat. Raincoat encuentra a Nacho en los jardines de la torre y le dice:

—Nos van a atacar de nuevo. ¡Pronto! El hermano menor de Torres tiene un ejército y ha jurado vengarse de ti y de

todos nosotros. He oído que ya ha cazado a los lobos y los ha matado. Ahora está haciendo planes para destruir la torre.

“¿Por qué haría eso? La familia Torres cree que es dueña de la torre”.

—Te estoy contando lo que he oído. Tiene tanques, artillería, aviones de combate. Uno o dos héroes como tú y yo no van a poder salvarnos esta vez. ¿Qué vas a hacer?

“Hablaré con los representantes. Con mi hermano también. Con el cura. Y necesitamos averiguar más sobre Torres Junior. No puedo tomar decisiones basadas en rumores. ¿Está aquí en Favelada?”

“Están todos aquí excepto el que perseguimos. Y todos quieren venganza”.

Más tarde ese día, Nacho visita a Emil, quien está acostado semidesnudo en la cama, lanzando uvas al aire y atrapándolas en su boca.

—Tenemos que hablar. Oye, ¿así es como pasas tus días?

“Dame diez minutos.”

“Estaré en los jardines, junto a la cara sur. El banco”.

Treinta minutos después están sentados juntos, con una vista de los jardineros plantando y regando, y más allá de ellos el tráfico de la Favelada tosiendo humo.

Nacho dice: “Se dice que el hermano menor de Torres atacará”.

“Vaya hombre.”

“No sé qué hacer. ¿Nos quedamos y luchamos? ”

“Ya viste lo que pasó la última vez. No tenemos combatientes. Son civiles. Familias, borrachos y gente trabajadora. Sin los lobos, todos aquí estarían muertos o viviendo en las calles. Tienes que encontrar otra solución. Habla con Torres Junior. Llega a un acuerdo”.

“No lo conozco.”

“¿Quiere la torre o quiere venganza? Si quiere venganza, todos estamos muertos. Si solo quiere la torre, tal vez podamos... No lo sé. ¿Por qué estoy aquí? Nacho, esta no es nuestra guerra. Podría estar navegando por los siete mares o buscando oro o tumbado bajo una palmera en algún lugar. Nunca quise un hogar aquí”.

Pero ahora estás aquí y necesitamos tu ayuda.

“Lo que sé de la familia Torres es esto: el varón mayor es el patriarca, toma todas las decisiones. Los demás obedecen

sus órdenes, incluso si es un idiota. Eso significa que el otro Torres, el que huyó, es el jefe de la familia. Si le dice a su hermano que suspenda cualquier ataque, el hermano tiene que suspenderlo. Eso si hay un ataque en primer lugar. Me dijiste que es solo un rumor”.

“Pero Torres padre está lejos. Vive en el desierto”.

—Entonces ve a verlo. Es un monje, ¿no? Quizá le diga a su hermano que también se haga monje y así se acabarán todos nuestros problemas.

Nacho se alborota el pelo y murmura para sí mismo: “Ve a ver a Torres. Encuéntralo en Solitario. Pídele que llame a su hermano”.

“¿Tienes alguna idea mejor? ¿O quieres volver a formar un ejército? Todos esos hombres salvajes de Dahomey-Krill han regresado allí, al bosque. No creían que las Guerras de la Basura hubieran terminado y tal vez tengan razón. Tal vez escapar ahora sea lo mejor para todos, incluido tú”.

“No puedo hacer eso.”

María aparece detrás de ellos.

Ella dice: “¿Escapando? ¿Quién se escapa?”

—Cariño —dice Emil—. Torres tiene un hermano menor. Podría atacar la torre. Le estoy diciendo a Nacho que vaya a hablar con Torres el Viejo y le pida que cancele el ataque.

—Qué idea más estúpida —dice María, sentándose en el banco y cruzando las piernas enfundadas en una red de pesca—. El mayor deshonró a la familia. Se escapó, ¿no? ¿Por qué alguien le haría caso?

“Porque es el macho más viejo”, dice Emil.

“¿Y qué?”, grita María. “¡El mayor de los varones salió corriendo llorando y se hizo monje porque perdió una pelea! ¿Qué autoridad tiene sobre su familia?”

—Sí, tienes razón, pero es una tradición familiar: el varón mayor toma todas las decisiones.

“Bah”, dice María. “En mi familia no”.

Se levanta y se dirige a la torre pavoneándose, gritando por encima del hombro: “La cena está lista. Mueve tu trasero arriba o se irá al diablo”.

“Se compró un perro. Uno de esos bichos pequeños y peludos que te muerde los pies y ladra todo el tiempo”.

“¿Por qué?”

-No sé. ¿Domesticidad? ¿Perro guardián? Ese estúpido bicho se caga por todas partes y destroza los muebles.

¿Qué nombre le pusiste?

“Nacho.”

Pasa una semana y Nacho utiliza sus contactos para averiguar todo lo que pueda sobre Torres el Joven. Le pregunta a un estadista, un embajador retirado con el que viajó durante un mes durante la temporada de lluvias en el lejano Chuveiro. Hace todos esos años, recuerda Nacho, la lluvia había caído tan fuerte que no habían podido hacer nada más que quedarse en casa y hablar. Y aquí están de nuevo, en un café propiedad del estadista, dentro de casa y hablando.

-¿El Torres más joven? -dice el embajador, con su cara redonda y afable torcida mientras mastica un cigarrillo rancio-. Igual que los mayores, pero peor. Es una tormenta lo que se avecina. -El embajador lleva los pantalones arremangados y tiene los pies en un cubo de agua para calmar la gota-. Ya tiene a la mitad de los generales en el bolsillo y pronto se presentará como candidato. Es el estilo de Torres: poner un ejército detrás de uno y luego reclamar el poder. Ya tiene las manos manchadas de sangre y aún no ha cumplido los treinta.

El embajador deja su cigarro en un cenicero y sorbe un espresso, con la taza delicadamente colocada entre sus dedos como salchichas.

“Tenemos un viejo dicho ligur: Chi ammazza gatti e chen o no fa mai ciu de ben. Quien mata gatos y perros nunca hará nada bueno. Conocí a la familia. Torres el joven era el tipo de niño que les arrancaba las alas a los pájaros y prendía fuego a los gatos callejeros. Si alguna vez llega al poder, prepárense para el infierno. Su apodo era Mayhem (El caos)”.

El siguiente paso es averiguar si Torres Junior está planeando un ataque a la torre. Nacho trama un plan para atraer a una espía, una mujer de la limpieza de Oameni Morti que trabaja para un socio de Torres y frecuenta un bar conocido por los damnificados. Pero al final esto es innecesario porque un damnificado escucha a un soldado borracho alardear de un asalto a la torre.

“¡Dos semanas!”, grita el soldado. “¡Y esa torre estará vacía! El chico Torres es un estafador. ¡Será alcalde en un año! ¡Y yo estaré a su lado!”.

Al día siguiente, Nacho está con su hermano y el cura.

–Iré a Solitario –dice–. Veré si puedo encontrar al mayor de los Torres y pedirle que convenza a su hermano de no invadir.

– Voy contigo –dice Emil.

–No. Tienes que quedarte aquí y quedarte al frente. Si pasa algo, necesitaremos un líder.

–De ninguna manera, hermanito. ¿Cómo vas a llegar a Solitario por tu cuenta? Está en el desierto. Allí no hay nada más que animales salvajes y monjes.

“Les pediré a los gemelos que me lleven. Si no pueden, iré solo. Estaré bien”.

“Esos gemelos son solo niños. Necesitas que te lleve yo”.

–Te necesitamos aquí, Don Felipe, ¿no es así?

–Tienes razón –dice don Felipe–. Emil, deberías quedarte.

“Maldita sea”, dice Emil. “Necesito una aventura, no una semana cuidando a unos malditos niños”.

–No estaré fuera ni una semana. Encontraré a Torres, lo convenceré de que vuelva conmigo y luego regresaré. Eso es todo.

Es el caso de que los gemelos no pueden ir, su padre los necesita para trabajar. Nacho pregunta si alguno de ellos puede ir, pero se miran.

“Nunca nos hemos separado”, dice Hans.

“Donde él va, yo voy”, dice Dieter.

“Y adonde yo voy, él va”, dice Hans. “Y nuestro padre necesita el camión. Es esa época del año”.

—Lo entiendo —dice Nacho.

María, Emil y Nacho están sentados alrededor de una mesa examinando un mapa. El perro, que ladra mucho, se queda callado por un momento, rascándose algo que le pica con una absurda contorsión canina debajo de la mesa. Emil traza una ruta con el dedo.

—Está aquí. Mira, ni siquiera tiene nombre. Solitario está aquí. Crucé las llanuras hasta aquí hace años. Hacía un frío glacial.

María resopla. “¿Cómo sabes que este mapa es confiable? Parece tener unos cien años”.

“Tiene *unos* cien años”, dice Nacho. “Lo conseguí en una tienda de antigüedades”.

—Tu ruta es ésta —continúa Emil—. Tienes que coger un tren a Bieb ta 'Niket. Hay uno cada dos días que sale de Fellahin. El tren atravesará bosques y montañas. No te bajes, hagas lo que hagas. Es tierra de bandidos. Mantén la cabeza gacha. Una vez que estés en Bieb ta 'Niket, tendrás que cruzar las llanuras hasta Solitario. No hay transporte público. Está en

medio de la nada. ¿Puedes montar a caballo y llevarte a otro contigo?

—Emil, ni siquiera puedo montar en bicicleta. Tú lo sabes.

—Por eso debería ir contigo.

María dice: “¿Por qué necesita dos caballos?”

“Porque está intentando traer de vuelta a Torres y Torres es un buey gordo. Al menos lo *era* antes de convertirse en monje. Si no puedes hacer la última parte del viaje solo, tendrás que encontrar a alguien que te lleve en un carro tirado por caballos o puede que tengas suerte si alguien tiene un camión o un coche. Se rumorea que allí viven reclusos y monjes, pero tendrás que preguntar por el paradero de Torres”.

“Lo último que supe es que estaba en una cabaña de madera. Sin electricidad ni agua corriente”.

“Oye”, dice María, “a mí me parece una búsqueda inútil. ¿Qué pasa si no lo encuentras? ¿O si no te habla? ¿O si no te reconoce porque ha perdido la cabeza? ¿O tal vez se mudó a otro lugar?”

“Yo me arriesgo”, dice Nacho. “No tenemos muchas opciones”.

“En bocca al lupo”, dice María.

“Es el segundo modismo italiano que escuchó en tres días”.

Emil dice: “¿Qué significa eso?”

María responde: “Significa buena suerte”.

“Pero las palabras significan otra cosa”, dice Nacho. “En la boca del lobo”.

Nacho sube al tren frente a Fellahin. El chino le entrega su bolsa de arpillería gris y lo saluda con la mano.

Emil abraza a Nacho y le dice: “Recuerda mantener la cabeza gacha. Nadie te salvará en Bieb ta 'Niket. En Solitario tampoco. Es salvaje allí”.

Nacho se sienta en un vagón vacío. Del cojín de plástico roto se desprende una espuma amarilla, pero Nacho está bastante cómodo, aliviado de estar sentado y solo por ahora. Sobre su cabeza hay un portaequipajes y, junto a él, una gran ventana, manchada de mugre. Coloca sus muletas debajo del asiento, apoya los brazos en la mesa que tiene delante y trata de despejar su mente.

El tren se pone en movimiento, se traquetea una vez, dos veces, y luego se aleja a paso firme. Las afueras de la ciudad pasan de largo.

Nacho extiende el mapa sobre la mesa y traza mentalmente la ruta por décima vez. Reconoce los nombres de los pueblos más cercanos a Fellahin e intenta recordar aquellos lugares en los que ya ha estado.

Mira por la ventana y ve los últimos vestigios de Fellahin: un grupo de niños jugando con una pelota junto al arroyo completamente seco, ya que todos los restos de la inundación han desaparecido. Aparece un montón de basura, supervisado por pájaros que revolotean y clasificadores de basura que recogen trozos de metal, vidrio y plástico de la montaña poco profunda. Luego, el siguiente pueblo.

Al pasar por Cancello del Dolore, ve a hombres que cultivan los campos a lo lejos, con la espalda encorvada y sombreros de ala ancha que les protegen del sol. Detrás de ellos, se alzan las montañas, con profundas grietas en sombras que se extienden hacia abajo, donde aquí y allá un hilo de agua se convierte en una cascada. Las cabras salpican las laderas de las montañas, motas blancas que se asoman entre los grupos de aulagas y brezos. El sol está saliendo.

Al caer la mañana, pasan por docenas de pueblos: Maqsuma, donde el gran poeta Khalid Khamseen fue a vivir en una cueva durante la última década de su vida; Vojta, donde los vientos de otoño una vez levantaron una casa del suelo y la depositaron en un campo; Ti Kras Moun, gobernado por una familia de enanos; y Toten Hund, una

aldea donde construyeron un cementerio para perros en la ladera de una colina y donde decían que se podían oír aullidos de perros fantasmas por la noche.

En Pobrea ve desgraciados: hombres y mujeres andrajosos, como muñecos de trapo, sentados con los ojos muertos en los portales o desplomados en la calle; niños sin camisa que deambulan de un lado a otro; y un hombre que empuja un carrito de la compra repleto de cajas y bolsas de polietileno. Aquí no hay más que chozas desmoronadas ya medio reclamadas por la maleza y los búhos, con hiedra, como los dedos de un lunático, asfixiando las paredes.

En Cariátide ve el cadáver de un león abandonado en una jaula, todo costillas y carne descolorida, que había sido devorado hace mucho tiempo por buitres y ratas. La visión lo conmociona y luego desaparece mientras el tren avanza lentamente hacia las tierras baldías.

En Piede di Dio el tren se sacude y se tambalea un momento y se detiene. Nacho ve a unas figuras agitadas que corren, oye un barullo de lenguas que se gritan sin ningún propósito y reflexiona sobre cada momento de la demora. ¿Qué está pasando? De repente el tren se pone en marcha de nuevo, recupera su cadencia, se abre paso hacia vastas llanuras, extensiones de tierra intacta.

Más tarde pasan por una mina, una gran hendidura en la tierra donde trabajan cientos de hombres, pequeñas formas que se recortan contra el sombrío paisaje.

“Billete, por favor.”

Saca el billete de su bolsillo y el cobrador le hace un agujero con su perforadora y sigue adelante.

A estas alturas, Nacho ya ha perdido la noción del tiempo, así que vuelve a mirar por la ventana para ver el sol en lo alto del cielo. Mediodía, piensa. El tren sigue adelante, una llama que arde lentamente en una mecha de ochocientos kilómetros.

Ahora pasan por las tierras baldías de Hildako Lapur, donde una banda de saqueadores quemó un monasterio hasta los cimientos mientras cincuenta monjes rezaban en su interior. Se dice que, ochenta años después, la ciudad todavía huele a carne quemada y los visitantes no pueden caminar por sus calles sin una máscara para protegerse del hedor.

A las afueras de Pozemek, el tren se detiene porque unas vacas deambulan por las vías. Un viejo pastor montado en un burro las espanta agitando su bastón y el tren reanuda su suave marcha por el paisaje.

Se queda dormido. Se despierta.

El tren pasa por el bosque de Aokigahara, densamente poblado de árboles, un famoso lugar de suicidio donde los jóvenes y los deprimidos acuden a hablar con sus antepasados y a reflexionar con los espíritus de los muertos. A través de la espesura de los árboles, Nacho ve rayos de sol clavados en gruesas cuñas diagonales sobre la tierra frondosa, proyectando siluetas de los enormes troncos.

Y cuando el bosque finalmente termina, allí, en la cima de una colina a lo lejos, Nacho distingue las siluetas de tres cruces. El Gólgota en claro relieve, tres pecadores que se asan al sol. ¿Son reales o él sigue durmiendo y soñando?

“¿Y si María tiene razón?”, piensa. “¿Y si no encuentro a Torres? ¿O si el hombre no quiere hablar conmigo? ¿O tal vez está muerto? Esta es una zona salvaje. Abundan los bandidos y los osos”.

Nunca había estado en esos lugares y el territorio le parecía extraño. “¿Qué idiomas se hablan aquí?”, se pregunta. “¿Qué gritos proferían aquellos hombres en la cruz antes de que los buitres les sacaran los ojos?”.

Se queda dormido de nuevo y, cuando despierta, siente inmediatamente la presencia de otros incluso antes de abrir los ojos. Apretujado junto a la ventanilla, siente la mirada de un niño sobre él, y los movimientos de las bestias, y la quietud de los muy viejos. En su vagón van diez personas, un perro y seis gallinas. Un anciano de cara plana y morena,

arrugada por el sol, y con sombrero de paisano, se sienta frente a él, y en su regazo, su nieta mira a Nacho con una mirada burlona. El resto del vagón está lleno de una familia de ocho, los cuatro chicos parecen versiones en cámara rápida de un niño de entre seis y dieciséis años, todos vestidos idénticamente con vaqueros de trabajo y camisas de cuadros, con las caras también bronceadas por el sol.

En una jaula junto a los pies de Nacho, las gallinas se comportan impecablemente. De vez en cuando asienten con la cabeza como si reconocieran que sí, que están en un tren que va de un lado a otro y que sí, que esa es su situación en la vida, que eso es exactamente lo que se supone que deben hacer y que por ahora no tienen objeciones.

El sol está más bajo, brillando sobre el vagón, y junto con el calor de los pasajeros y el olor de las gallinas, hace que el aire sea denso y nauseabundo.

Nacho abre su bolsa y come un trozo de pan con queso. La niña lo mira con tanta atención que él se pregunta si tendrá hambre. Le ofrece el trozo de pan, pero ella se esconde en la túnica de su abuelo y sólo vuelve a mirarlo después de varios minutos. El abuelo le sonríe a Nacho.

Nacho se siente aliviado cuando la familia se baja en Zabiják, dejando atrás dos plumas de pollo que flotan en el aire y luego flotan debajo del asiento. Vuelve a mirar el mapa

y ve que Bieb ta 'Niket está cerca, tal vez a treinta minutos o menos.

Ahora mira fijamente el paisaje en el que pronto se encontrará sin amigos. Deberá recorrer el último tramo hasta Solitario en la penumbra, sin saber si hay un suelo donde apoyar la cabeza. Tiene una manta y un cuchillo, algunas provisiones, pero comprende que se adentra en lo desconocido, en busca de un hombre que ha elegido desaparecer.

Afuera, mientras el sol empieza a declinar, pasan pequeñas aldeas y asentamientos sin nombre. Nacho ve un círculo de caravanas, como una comunidad de peregrinos okupas congelados en pleno asedio contra los bárbaros. Lo único que se mueve es una espiral de humo negro que sube al cielo desde una hoguera en el centro del círculo.

La temperatura desciende. Las colinas bajas se curvan en el horizonte, pero las llanuras aquí son desnudas y extensas. Pequeños grupos de follaje se elevan desde la tierra: uña de gato y ratán, lúpulo y estramonio, y bulbos de cactus que crecen uno sobre otro como tumores del tamaño de cabezas humanas.

Nacho se estremece y se tapa con la manta. María se la prestó. Vio el trapo apolillado que estaba cogiendo y le entregó un paño de lana irlandesa. Él le dio las gracias sin pensarlo, pero ahora está agradecido.

Ve un cartel pintado en una tabla de madera: Bieb ta 'Niket (Puerta del dolor). El tren aminora la marcha y se detiene. Se cuelga la bolsa al hombro, coge sus muletas de debajo del asiento y camina hacia el pasillo. Otros dos se bajan en la estación. Baja los escalones lentamente y siente el frío atravesando su chaqueta y su forro polar mientras descienden los últimos rayos del sol.

Una estación fantasma. No hay nadie cerca. Un edificio bajo, poco más que una cabaña de madera, se alza junto a la vía. Tiene un cartel, pero escrito en jeroglíficos, un alfabeto que Nacho no reconoce. Empuja la puerta. Está cerrada. Mira a su alrededor en busca de los dos que llegaron en el mismo tren, pero ya se han fundido en la oscuridad. Ve otro cartel, rúnico, indescifrable, pero una línea parece una flecha, así que la sigue. Conduce a una puerta en una valla de alambre, la salida. Sale sin prisas, mira a ambos lados y va a la izquierda porque allí, bajo un cielo cavernoso salpicado de estrellas, ve un tenue resplandor de luces nocturnas, tal vez una taberna o algún lugar donde pueda negociar un viaje a Solitario.

Camina con dificultad por un sendero de piedra, ve su aliento como una espiral de humo blanco azulado en el aire helado. Todo es terreno llano. No hay colinas. Pocos árboles. Se dirige hacia la luz, tropieza un momento y luego recupera el equilibrio. El camino está lleno de baches, los surcos poco profundos de un carro de cuatro ruedas, el leve surco de los cascos de un caballo. Tiene libros. Puede pagar un viaje a

Solitario, pero ¿entonces le quitarán el dinero? ¿Acaso utilizan dinero? Muchos de los pueblos de las tierras baldías todavía hacen trueques para conseguir bienes. A él nunca se le había ocurrido y no tiene nada con qué hacer trueques, excepto su cuchillo, la manta de lana y un poco de comida.

Al acercarse, ve que la luz proviene de una casa de campo en ruinas. El techo está remendado con paja y toldos de plástico y, al acercarse al edificio, ve que las paredes de piedra parecen estar a punto de derrumbarse. Se detiene frente a la puerta y escucha. Nada. Solo el resplandor de una luz desde adentro. Se da la vuelta, mira hacia el camino y hacia la distancia. No ve nada más que el contorno borroso de la estación. Sin otras luces ni señales de que haya alguien, llama a la puerta.

Pasa un momento. Toca otra vez.

Oye un leve ruido de pies. La puerta se abre con un crujido. ¿Y quién está al otro lado? Nacho alza la mirada y se ve... a sí mismo. El pelo despeinado y crecido como un seto en un páramo, la figura de huesos pequeños, apenas una pluma por encima del metro y medio de altura, la piel suave de la juventud dando paso a los primeros rastros de la mediana edad, los mismos ojos castaños y la piel aceitunada. Se miran fijamente durante un momento. Primero el hombre ve su propia cara, luego baja la mirada hacia el cuerpo y ve a Nacho apoyado en sus muletas de madera. Los ojos del hombre parpadean rápidamente.

“¿Estás seguro?”

A Nacho se le cae el alma a los pies. No conoce el idioma. El hombre lo repite por segunda vez.

“¡¿Estás listo!?”

Nacho lo mira a los ojos.

“¿Hablas inglés?”

El hombre lo mira fijamente sin comprender, todavía contemplando su imagen en el espejo.

Nacho lo intenta de nuevo. “¿Español? ¿Portugués? ¿Francés? ¿Alemán? ¿Italiano?”

“¿Co chceš? ¿Co chceš? (¿Qué deseas?) Nemám žádnou hotovost” (No tengo nada).

El hombre hace una mueca, pero piensa que ese extraño no es una amenaza: es demasiado pequeño, está lisiado y tiene el rostro más digno de confianza del mundo: el mío. Los vagabundos y los locos, los saqueadores y los sicarios no llaman suavemente a las puertas y se quedan a dos metros de distancia. Pero, de todos modos, lo que él quiera es su problema. Esta es la hora en que el día se convierte en noche.

“Proč si klepat na dveře? Tohle je můj dům.” (¿Por qué llamas a la puerta? Esta es mi casa)

Nacho piensa rápido. Recuerda sus días de intérprete, de viajes a tierras extranjeras. Sonríe. Desarma al hombre. Encuentra puntos en común.

“Solitario”, dice. “Solitario. Necesito ir a Solitario”.

Juega con la palabra en todos los acentos que puede. “Sow lee tario. So Llta RIO. Sore leetriow”.

Hasta que el hombre repite: “Solitario. ¿Solitario? Nordeste.”

El hombre señala el desierto.

“Solitario je támhle. Je to daleko odtud. Solitario je daleko. (Solitario está por allá. Está lejos de aquí. Solitario está lejos)”

El hombre ha dejado de gritarle.

“¿Cómo puedo llegar allí?”

El hombre mira fijamente a Nacho. Mira sus botas. Le hace un gesto para que entre.

“Posiblemente vuelvas a casa.”

El interior es una mezcla imposible de objetos iluminados por el fuego que arde en la chimenea. En las sombras parpadeantes, Nacho sólo distingue formas diversas, un bazar de lo aleatorio y lo perdido: una muñeca matrioska, una olla javanesa, una silla de montar carcomida por los gusanos, una maleta de cuero con asas de cuerda, una colección de enciclopedias británicas de 1926, un par de periquitos disecados en una jaula. Algo se mueve y Nacho se da cuenta de que hay un perro tirado en el suelo frente a él. Tiene las mismas líneas, los mismos ángulos agudos, que un lobo.

Apenas hay espacio para colocar sus muletas mientras recorre la habitación, pero de alguna manera logra trepar hasta una silla libre junto al fuego, donde el hombre le ha indicado que se siente. En la otra silla, Nacho ve un plato de comida a medio terminar y se da cuenta de que el hombre había estado comiendo.

El hombre recoge su plato y lo deja en una mesa auxiliar. Ahora se observan el uno al otro, como figuras en un salón de espejos. Nacho busca las palabras, pero antes de que pueda hablar, el hombre habla.

“Solitario. Solitario je daleko. Potřebujete koně. (Solitario está lejos. Necesitas un caballo).” Hace un gesto para sujetar las riendas. “Nemám koně” (No tengo caballo), continúa el hombre señalándose a sí mismo, agitando el dedo y sacudiendo la cabeza.

—Lo entiendo —dice Nacho—. Necesito un caballo, pero tú no tienes. ¿Y entonces cómo puedo llegar a Solitario? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué puedo hacer?

El hombre se queda callado y mira de reojo el fuego. Nacho intenta otra táctica.

“Torres. ¿Torres? ”

El hombre no registra nada. Pasan unos instantes. Nacho lo observa, escrutando sus rasgos de perfil para ver si él y el hombre son realmente dobles. Entonces ve que el hombre no está entrecerrando los ojos ante el fuego; tiene los ojos cerrados y su respiración ha adquirido la profundidad y regularidad del sueño. Tiene los dedos entrelazados sobre el regazo en un gesto de perfecto reposo.

El perro se mueve, cambia de posición mientras el fuego crepita. “¿Cómo es posible”, piensa Nacho, “que un hombre deje entrar a un desconocido en su casa y se quede dormido en medio de una conversación?”

—Solitario —dice tan fuerte como se atreve. Suplicante.

El hombre se despierta sobresaltado y mira a Nacho. Se levanta, coge un bolígrafo y un papel y dibuja un caballo y un carruaje.

—Stoller —dice.

Nacho se encoge de hombros.

—Johann Stoller —señala el caballo y el carro y hace un gesto hacia afuera, mientras sus manos trazan curvas y vueltas a lo largo del camino.

El hombre se pone las botas y un abrigo negro de invierno, le dice algo al perro, que se levanta y se dirige a la puerta. Luego acompaña a Nacho fuera de la casa y camina con el perro a su lado. Toman el camino pedregoso, giran a la derecha y luego a la izquierda, avanzando en la oscuridad.

Llegan a una casa y el hombre golpea la puerta y grita algo en el mismo idioma que había usado antes. Un hombre mayor, grande, robusto y con barba, se acerca a la puerta. Es Stoller, su voz es tan profunda como un océano. Mira a Nacho.

“¿Quieres ir a Solitario?”

“Sí.”

“¿Tienes un caballo?”

“No.”

—Te costará cien libras. ¿Las tienes?

Nacho palmea su bolso.

“Sí, lo tengo aquí.”

“¿Tienes algún lugar donde quedarte?”

“No.”

“Puedes dormir en el granero de atrás. Nos vamos mañana al amanecer”.

“Está bien, gracias. Estoy buscando a un hombre llamado Torres. Llegó aquí hace un par de meses”.

“Tomaré el dinero antes de irnos. Si cambias el trato, pagarás el doble. Si intentas engañarme, mis hijos vendrán a por ti. ¿Tienes comida?”

“Sí.”

—La necesitarás. ¿Es ese el abrigo más grueso que tienes?

“Sí. Sí, lo es.”

“Tengo una piel de oso que puedes usar. Toma. Duerme debajo de ella. De lo contrario te congelarás y tendrá que deshacerme de tu cuerpo”.

Stoller cierra la puerta con un gesto de la cabeza. Nacho se da vuelta para darle las gracias a su doble, pero el hombre ya ha desaparecido en la penumbra, con su perro trotando a su lado.

Capítulo XVII

Por la mañana, Nacho se despierta con el sonido de Stoller hablando tranquilamente con el caballo en un idioma extraño. Nacho sabe que podría ser el idioma de los caballos. Stoller desliza los ejes del carroaje a través de los lazos de tracción y hace funcionar los remolcadores hasta que puede colocarlos planos sobre los ejes. Mientras fija la correa al carroaje, el caballo (una bestia magnífica, de color castaño con una gruesa raya blanca que recorre toda su cabeza) relincha suavemente y agita la cola. Stoller le da una palmadita al animal en la grupa y sube al carroaje, con las riendas en la mano.

Nacho se pone de pie, tambaleándose, y se sacude el heno de la ropa. Se echa la piel de oso sobre los hombros y se mete las muletas bajo las axilas. Sube con dificultad al carroaje, se sienta junto a Stoller, le entrega cien libras y, sin

decir palabra, el corpulento cochero chasquea la lengua y el caballo avanza.

A la luz del día, la extensión del páramo se abre, kilómetros y kilómetros de nada. El camino pronto se pierde y se convierte en un terreno accidentado, con aulagas y helechos, y vórtices de polvo levantados por el viento, que se elevan como géiseres. Delante de ellos, una estela de buitres da vueltas en el aire.

Stoller hace que el caballo y el carro avancen entre grupos de cactus, pero el terreno es irregular y el carro se sacude constantemente. Nacho se sienta rígido, tratando de proporcionarse un lastre imaginario para no ser arrojado fuera.

A lo lejos, entre la neblina matinal, se vislumbra una cordillera. Sus paredes anaranjadas están surcadas por franjas horizontales que miden el tiempo y la erosión. El caballo y el carro avanzan en paralelo a las montañas y pasan junto a una formación rocosa que parece una monja encapuchada.

A última hora de la mañana, el tiempo se torna frío. Apenas hay rastros de viento, pero la temperatura desciende y el cielo se cubre de nubes como si estuviera cubierto por una capa de ceniza.

Más allá de las montañas, llegan a un lago helado, una placa de vidrio rayado que refleja el agua. Stoller conduce el caballo por el medio.

“El hombre que grita”, dice.

Nacho lo mira sin comprender, y luego Stoller señala hacia abajo. Pasan junto a un hombre congelado bajo la superficie del lago. Su rostro está atrapado en medio de un grito, con las manos en alto, implorando. Nacho lo ve por un momento, la imagen borrosa por el espesor del hielo, y se estremece.

El otro lado del lago está cubierto de cenizas. Una llanura gris. Pasan junto a los restos de una ciudad enterrada, con las vigas descascaradas y rotas del techo de una choza agrietadas por el sol, la aguja de una iglesia que sobresale de las cenizas como la hoja de un cuchillo de gran tamaño. Stoller señala un pico en la distancia.

“Volcán. Entró en erupción hace cien años. Lo enterró todo”.

Siguen adelante, sin ningún sonido excepto el constante golpeteo de los cascos del caballo en el polvo hasta que, una hora después, el cielo se ondula y comienza a crepitar con electricidad.

Están llegando al fin del mundo. Stoller, con su cazadora y su sombrero, aminora la marcha y anuncia “Solitario” como

si fuera una especie de guía turístico. Pero no hay nada que ver. Una tierra sin fronteras. Sin principio ni fin.

“Esto es todo”, dice Stoller.

“¿Cuánto tiempo puedes esperar?”

“¿Esperar?”

“Para llevarnos de regreso.”

Stoller lo mira sin comprender.

Entonces dice: “¿Quieres volver?”

Y de repente Nacho se da cuenta de que la gente viene aquí a morir. O tal vez a renunciar a la vida mundana. Desde la tierra de los ascetas y ermitaños, sanniasins y sadhus¹³, no hay viajes de regreso.

Stoller lleva a la gente aquí y los deja, da la vuelta a su caballo y espera no volver a verlos nunca más en este mundo ni en el próximo. Nacho se pregunta cuántos habrá traído Stoller aquí, pero no pregunta. En cambio, dice:

13 Sannyasi, en el hinduismo, asceta religioso que ha renunciado al mundo al celebrar su propio funeral y abandonar todo derecho a posición social o familiar. Un sadhu (saa-dhu) es un asceta hindú o un monje que sigue el camino de la penitencia y la austeridad para obtener la iluminación y la felicidad.

“Estoy buscando a alguien. Un hombre llamado Torres. Tengo que hablar con él y tratar de traerlo de vuelta”.

“¿Estás loco?”

“No tengo elección.”

“Nadie sabe lo grande que es Solitario. Puede que esté a cien millas, tal vez a mil. Puedes vivir aquí durante años sin encontrarte con nadie más. Alguien te está gastando una broma”.

“¿Trajiste a un hombre llamado Torres aquí? ¿Hace quizás dos meses?”

“He traído a docenas de personas aquí. No pregunto sus nombres ni sus razones para venir. Y nunca, jamás, he sacado a nadie de Solitario. Al menos no con vida”.

“Era un hombre corpulento, con un gran bigote. Tal vez todavía llevaba puesto el uniforme militar”.

—Ya te lo dije. No pregunto nombres y no tengo cabeza para las caras.

“¿Siempre dejáis gente *aquí*? ”

“Sí.”

“Si fueras un monje, ¿adónde irías desde aquí? ”

El hombre se detiene y respira profundamente. No es asunto suyo. El pequeño lisiado lo mira suplicante.

“Necesitas agua, sombra, algo para hacer fuego, leña y un lugar elevado para vigilar a los animales”.

“¿Dónde podría encontrar todas esas cosas?”

–Ya te lo dije. Solitario tiene cientos de kilómetros de largo. Si quieres mirar, mira. Me estoy dando la vuelta. Tengo que llegar a casa antes del anochecer.

“¿Puedes recogerme de nuevo en tres días?”

–Estás loco. ¿Cómo sé que estarás aquí? Estarás muerto. No caminas muy bien. ¿Cómo...?

“Si te pago primero.”

“¿Qué?”

“Te doy el dinero. Solo tienes que volver aquí a la misma hora en tres días”.

“Puedo hacerlo.”

–Entonces lo hacemos. Cien libras. Toma. Y si traigo a Torres, él puede ir en la parte trasera del carro, ¿no?

“Bien.”

Stoller mira a Nacho y le pregunta: “¿Qué pasa si no regreso?”

“Mis hijos vendrán después de mi.”

Nacho conoció a un pescador llamado Balzac cuando vivía en Mangingisda, donde las olas a veces alcanzaban los quince metros y las ballenas aparecían en la playa. Balzac pescaba porque podía pensar como un pez. Encorvado y flacucho, tenía una vista terrible, era sordo como un ladrillo y apenas tenía fuerzas para levantar un barril. Pero una vez en su esquife fibroso, Balzac se convertía en parte del océano, un pez entre los peces, guiándolos, persuadiéndolos.

Ahora Nacho se obliga a pensar como un ermitaño: “¿Dónde pasaré mis días? ¿Qué querré ver? ¿Dónde me situaría si quisiera tocar a Dios?”.

Mientras cojea en las muletas, memoriza puntos de referencia y los nombra, dice las palabras en voz alta y las repite para no olvidarlas. Pasa por un cactus con forma de botella y lo llama Spiked Drink (Bebida con pinchos); una pronunciada depresión en el terreno, que parece una boca abierta, se convierte en Jaw Drop (Mandíbla caída). Los árboles le dan sombra, pero la tierra está llena de agujeros y de hojarasca, y con muletas, la caminata se hace pesada. Se

detiene una y otra vez, para orientarse, tratando de vislumbrar una pista, cualquier cosa hecha por el hombre (huellas, un trapo roto, las cenizas de un fuego), pero no puede encontrar nada que le indique que no está solo.

Impregnado de los sonidos de la naturaleza, recuerda que no está buscando a Dios; está buscando a Torres.

Después de horas de búsqueda, Nacho se sienta en una roca y come lo que le queda de pan y queso. A partir de ahora, serán bayas y plantas, tal vez un pescado si tiene suerte. Recuerda la advertencia de María, que lo llamó “una búsqueda inútil” y piensa: “Sería más fácil encontrar gansos salvajes que Torres. ¿Y qué pasa después? ¿Y si María tenía razón? ¿Y si no lo encuentro?”. También recuerda las palabras de Stoller: Solitario es enorme. No es un punto en un mapa; es una vasta extensión. No hay límites, ni principios ni finales marcados por señales. Solo hay espacio salvaje, rincones ocultos, colinas interminables, bosques, cuevas, y en el corazón de Nacho comienza a darse cuenta de que nunca encontrará a Torres.

Mientras está sentado, sus pensamientos se dirigen a la torre y a todo lo que ha dejado atrás. Piensa en el ruido constante de la ciudad: los gritos de los niños, las llamadas a la oración, el tráfico, las sirenas y las alarmas, los gritos de los vendedores y el parloteo de los televisores. Estos ruidos ahora están en sus huesos y la tranquilidad de la naturaleza parece extraña.

Sigue hablando con cansancio, preguntándose si debe llamar a Torres. ¿Debe romper el silencio? ¿Torres no se esconderá si escucha su nombre?

El sol se pone. Nacho se detiene y mira a su alrededor. No tiene hambre, pero sabe que debe buscar comida. Unas cuantas setas de agallas blancas crecen al pie de un árbol. Las picotea, las huele, piensa “Amanita phalloides” y tira las hojas muertas.

Encuentra un lugar arenoso cerca del lecho seco de un arroyo. Saca la manta de su bolsa, se recuesta y se cubre. Sabe que debería comprobar los alrededores y encender una fogata, pero una gran oleada de cansancio lo golpea. Le duele todo el cuerpo.

Como siempre, duerme mal. Un presentimiento lo invade. Algo malo en la torre. Nada aquí. Caminos invisibles. Ermitaños invisibles. Locos que vienen a morir. Se despierta y ve que el sol apenas ha salido. Camina cojeando hasta el lecho de un arroyo, cava un hoyo y se salpica la cara con agua fangosa. Se sienta de nuevo y, por primera vez, admite conscientemente los pensamientos que lo han estado acosando. ¿Y si Stoller no regresa? Nacho morirá aquí, habiendo abandonado la torre. Morirá de hambre o se congelará, varado en esta Ninguna Parte sin salida. Morirá y dejará a los damnificados sin portavoz.

Se imagina a Emil acostado en la cama de María, medio desnudo, medio dormido, dando órdenes a Hans, Dieter y el chino; ahora a Emil cargando un rifle de la Segunda Guerra Mundial mientras un ejército se reúne en la plaza de abajo; ahora a los hermanos panaderos, Harry y sus parientes, disparando desde las ventanas con baguettes francesas, y a Raincoat escondido debajo de la cama.

¿Por qué vine aquí?

Nacho deambula todo el día, deteniéndose sólo para buscar comida. Recoge frutos de arbustos de arándanos y cerezas silvestres, escupiendo las bayas venenosas. Bajo un árbol muerto, ve un grupo de nueces negras caídas al suelo, las aplasta con su pie sano, quita las cáscaras verdes verrugosas con los dedos y come.

Se refugia del sol en una hondonada y ve una red de pequeñas cavernas. Se asoma a ellas y dice “hola” en seis idiomas. No hay respuesta. Todavía hambriento, toca una capa de liquen y arranca una capa de tripa de roca, dejando caer las hojas oscuras y correosas en su bolsa. Ve una veta de cuarzo cerca de una cueva y encuentra una piedra suelta.

Encuentra unos cuantos árboles raquílicos. Pela tiras finas de corteza y coge varios manojo de musgo seco. Añade el plumón de un algodoncillo y construye un lecho de yesca. Rasca el trozo de cuarzo con el cuchillo una y otra vez hasta que se crea una lluvia de chispas que caen sobre la yesca,

que crepita suavemente hasta convertirse en llamas. Coloca la yesca encendida sobre un lecho de ramas de alerce y ve cómo sube el humo. En un cuenco de hojalata que ha traído consigo, hierva la tripa de roca y un manojo de ortigas.

Apaga el fuego con una patada y continúa, buscando el terreno llano donde apoyar sus muletas.

Decide regresar, pensando que si se pierde morirá. Su única esperanza es regresar al lugar donde Stoller lo dejó y esperar los dos días que quedan. La lista de puntos de referencia ha crecido a más de veinte y no quiere poner a prueba los límites de su memoria porque un giro equivocado será su fin. Mientras camina, cuenta los puntos de referencia: el árbol del crucifijo, la zarza ardiente, el agujero en la pared, la mandíbula caída, la bebida con pinchos.

El camino se hace más duro que antes y se detiene a menudo. Se agacha junto al río, preguntándose si podrá pescar un pez con las manos. Busca a su alrededor los materiales para fabricar una red, pero ha olvidado las lecciones de su padre, la capacidad de hacer algo de la nada, y en cualquier caso sus manos se han vuelto blandas e inútiles para fabricar objetos. En lugar de eso, abre de una patada un tronco podrido, saca las larvas blancas y se las come vivas.

Por la noche enciende otra hoguera, come un cuenco de bayas de kinnikin y dientes de león y observa el cielo.

Sediento, deambula un rato en busca de hojas grandes con agua de lluvia acumulada, pero no encuentra ninguna. En lugar de eso, traga el jugo de las bayas de kinnikin y trata de entrar en calor, envolviéndose en la manta.

La segunda noche es peor que la primera. Hambre y frío. Entra en una cueva pero oye el ruido de los murciélagos encima de él y regresa al bosque. Encuentra un lugar para acampar, se recuesta y se da cuenta de que está plagado de insectos que está demasiado cansado para atrapar. Se mueve nuevamente en la oscuridad hasta que llega a un terreno llano y allí hace su pobre cama, girando y girando para luchar contra el frío, pero luego se levanta y recoge un lecho de hojas para cubrirse más. Su cuerpo comienza a temblar y se pregunta si se congelará si se queda dormido. De alguna manera no lo hace y la noche pasa, un cielo lleno de estrellas muertas hace mucho tiempo parpadeando sobre él desde otra era.

Por la mañana, cava un pozo en el lecho seco de un arroyo y bebe. Siente las punzadas del hambre que le roen las entrañas, pero mientras tiene fuerzas sigue sus puntos de referencia hacia el lugar donde Stoller lo dejó.

A mediodía, el cansancio y el hambre lo dominan y se detiene a descansar sobre una roca. Come amaranto, espadaña y un puñado de setas silvestres y pronto su mente empieza a jugarle una mala pasada. Arbustos psicodélicos, helechos parlantes, un Torres de dos cabezas con uniforme

de soldado que se pavonea como un pavo real. Un remolino de color, projectiles que se deslizan hacia él como bumerangs de cristal, rostros ocultos en el tronco de un árbol. Piensa en los efectos de la burundanga y la levo-duboisina, los alucinógenos de los que le habló Emil, las pociónes que usaba la bruja de Estrellas Negras. Una oleada de náuseas lo invade. Se recuesta sobre la tierra y cierra los ojos. Durante una hora, entra y sale de la conciencia, ve y deja de ver santos tallados en piedra, un yogui levitando, sadhus con rastas y rostros blanqueados por el talco.

En su estado de semisueño se pregunta si está muerto. La quietud, el silencio, podría ser el cielo, pero luego regresa al mundo con una voz que canta en un suave barítono, ligeramente desafinada: “Nací bajo una estrella errante. Nací bajo una estrella errante. ¡Las ruedas están hechas para rodar! ¡Las mulas están hechas para cargar! Nunca he visto nada que no se viera mejor al mirar atrás. Nací bajo una estrella errante. Nací bajo una estrella errante”.

Él conoce la voz. Suena clara y verdadera en su memoria como un martillo que golpea una campana.

A menos de veinte metros, Emil camina bajo la luz del sol, conduciendo un pesado caballo negro. Sus ojos se posan en Nacho.

—Guau —dice, y no al caballo.

Nacho está tendido en el suelo de madera, por lo que Emil se le aparece al revés y, aunque Nacho conoce su físico, su arrogancia y su dulce voz, una parte de él cree que sigue alucinando. Lucha por concentrarse, acercando y alejando la imagen, tratando de localizar la figura en el espacio y de darle sentido a este hacedor de ruido en una tierra de silencio. Se pone de pie tambaleándose y, al ver a Emil en tres dimensiones, se tambalea hacia adelante sin sus muletas. Cae de nuevo, como un borracho aturdido por la conmoción y el mareo, y se tambalea hacia los pies de Emil, donde vislumbra un par de botas alocadas: correas sicilianas, suela parisina cosida a mano y una caña adornada de color canela con un guerrero griego cosido.

Emil levanta a Nacho por los hombros.

–Joder, Nacho, te has puesto más flaco. En tres días. ¿Qué hacías? ¿Ayunando en el desierto?

“Realmente eres tú.”

–Claro que sí. Vengo a llevarte a casa.

Nacho se queda temblando. Suplica algo de comer y Emil mete la mano en una alforja y saca pan y queso, que Nacho devora. Luego bebe grandes tragos del agua de Emil.

–Tranquilo, hermano –dice Emil–. Estás bien. Nos vamos de aquí.

Nacho se sienta en una roca, sigue comiendo, se siente mareado como si todavía estuviera alucinando. Finalmente, dice: “No puedo encontrar a Torres. No puedo encontrar a nadie. Es un desierto aquí. Caminé durante dos días, no vi a nadie. Ni un rastro. Se me acabó la comida, así que he estado comiendo hojas y bayas y todo lo que he podido encontrar. Es bueno verte, hermano. No tienes idea. María te va a matar”.

Me *envió* María. Me preguntó qué demonios estaba haciendo dejando que mi hermano pequeño fuera a Solitario solo, con muletas, en una búsqueda inútil. No pude responderle, así que ella respondió por mí. Preparó una maleta, me metió quinientas libras en el bolsillo, me echó de la casa y me dijo que no volviera si no encontraba a Nacho. Y yo pensé que era yo quien le gustaba.

“No puedo creer que estés aquí.”

“Deja de mirar boquiabierto y súbete al caballo. Ya no nos queda mucha luz del día”.

“Ayúdame a levantarme.”

Emil levanta a Nacho y lo sube a la silla, enganchando su pie sano en el estribo.

—En cuanto a Torres el mayor —dice Emil—, no vamos a recibir ayuda de él. No ahora.

“¿Qué quieres decir?”

“Te lo mostraré más tarde.”

“¿Cómo me encontraste?”

—Soy tu hermano. Pienso como tú. ¿Recuerdas cuando jugábamos al escondite cuando éramos niños? Siempre sabía dónde estabas. Ni siquiera tenía que mirar. A veces, incluso sabía de un recodo más adelante dónde te esconderías la próxima vez.

“¿Quién está a cargo de la torre?”

—Nadie. No son niños. Pero si pasa algo, supongo que María lo solucionará. Pareces un poco asustado. ¿Estás bien?

“Comí una raíz. O quizás fueron los hongos”.

Emil los conduce más allá de los puntos de referencia que Nacho recuerda hasta que llegan al borde del lago congelado. Se detienen y luego lo cruzan, Emil camina delante, guiando al caballo por las riendas. Emil señala hacia abajo, debajo del hielo.

“Ahí está Torres. Ya no molestará a nadie”.

Nacho mira más de cerca y reconoce el bigote florido.

“El hombre que grita”, dice.

“Parece como si acabara de ver un lobo.”

Aún les quedan varios kilómetros hasta Bieb ta 'Niket cuando se pone el sol, pero Emil insiste en que sigan adelante. El cielo está manchado de franjas anaranjadas, barras de llamas destrozadas en jirones y una luna enorme, llena como una moneda, borrosa en los bordes. A la luz de esta extraña linterna, encuentran el camino hacia Bieb ta 'Niket en silencio, llegando en plena noche. Mientras se acercan a los pocos edificios dispersos, ven la tenue luz que ilumina la estación de tren de Bieb ta 'Niket.

“¿Y ahora qué?”

“Tengo que devolver este caballo”, dice Emil.

“¿Dónde?”

“Allí hay un establo, a un par de millas de distancia. Tendrás que esperar aquí”.

—No me digas que lo robaste.

“Lo robé.”

Emil ayuda a Nacho a bajar y monta el caballo.

—Si me pasa algo, como si no volviera, coge el próximo tren desde aquí. Llévate esto —le entrega una mochila a Nacho—. Aquí hay dinero y provisiones: una manta y algo de fruta.

-¿Cómo es que no vuelves?

“Robé el caballo. Aquí, si me atrapan, disparan a la gente como yo”.

“Vuelve. Te estaré esperando”.

Emil se aleja al galope. Nacho atraviesa cojeando la verja de la estación. Está desierta. Se sienta en un banco y, al cabo de un rato, se tumba. Una hora después, Emil vuelve.

“Hay un tren temprano”, dice. “Intenta dormir un poco”.

Cubre a Nacho con su manta, pero Nacho permanece despierto.

“Conocí a un hombre llamado Stoller. Me llevó a Solitario y prometió recogerme. Ya le pagué. Me debe cien libras”.

-Ah, entonces conociste a Stoller.

“¿Lo conoces?”

“Todo el mundo conoce a Stoller. Era un asesino. Una vez se encontró aquí por un trabajo, para matar a un monje que era el heredero de una fortuna, pero en lugar de matar al tipo, tuvo una especie de experiencia espiritual en el desierto. Se arrepintió y vino a vivir aquí. No sabía que todavía estuviera vivo. Debe tener setenta, setenta y cinco años”.

-Aún parece fuerte. Supongo que debería recuperar mis cien libras y ahorrarle el viaje también.

-No. Es medianoche. Esperaremos unas horas. Lo recogeremos cuando salga el sol.

Stoller abre la puerta con su cazadora y sus botas, como si durmiera con ellas puestas, se frota los ojos, entrega el dinero sin decir palabra y cierra la puerta al mundo exterior.

Luego Nacho y Emil toman el tren. Cuentan sus aventuras en el desierto hasta que, vencido por el cansancio, Nacho se queda dormido. Emil mira por la ventanilla del tren, observa el paisaje pasar y ahora en silencio la carretera abierta, el gran mar embravecido. Finalmente llegan a Fellahin y toman un rickshaw hasta Favelada.

Capítulo XVIII

A medida que se acerca a la torre, Nacho siente un hormigueo en los huesos, siente que algo no va bien. En Solitario había tenido una sensación de aprensión. Ahora su premonición –vaga e indefinida, pero relacionada con la pérdida– regresa. Una pequeña multitud se reúne en la entrada de la torre. Nacho y Emil se bajan del rickshaw, pagan al conductor y caminan hacia la torre. Los gemelos ven a Emil y a Nacho y salen a recibirlos.

Hans dice: “Ven rápido. Es el chino. Le han disparado”.

El chino se queda en una antesala, una cámara de boab junto a la entrada. La puerta está entreabierta y una docena de personas están alrededor de la cama en la que el chino yace con los ojos cerrados, un cuadro de una pintura holandesa del siglo XVI, tenuemente iluminada. El aire está

cargado de olores a aliento brumoso, sudor y sangre. Entre los observadores están don Felipe, los gemelos, María y dos de los hermanos de Harry el panadero. Pero es Susana quien atiende al chino, secándole la frente con un trapo húmedo. Y mientras lo atiende, Nacho ve al instante que ella y el chino son compañeros. Ella parece diminuta al lado de la enorme roca que es la cabeza del chino y el profundo montículo de su pecho que se hincha y se contrae a un ritmo lento. Su torso está envuelto en un vendaje improvisado, manchado y pesado por la sangre.

“¿Qué pasó?”, pregunta Nacho.

Las cabezas se giran.

—Ya has vuelto —dice don Felipe—. Torres envió a sus matones. Te buscaban a ti, pero en lugar de eso fusilaron al chino.

“¿Cuando?”

“Esta mañana.”

María mira a Nacho. “¿De vuelta de la búsqueda inútil? Buen momento. La bala tenía tu nombre escrito”.

Nacho se dirige a la cama del chino. La cama es de metal reforzado, con un cabecero de madera de cedro rayado y patas de tubos de hierro pesado. La almohada está manchada de sudor y mugre.

Nacho mira a su viejo amigo. El gigante parece estar durmiendo.

“¿Cuántos de ellos vinieron?”

Uno de los hermanos de Harry dice: “Quizás seis. Quizás diez”.

“Eran veinte”, dice su hermano.

“Oí tres”, dice Don Felipe.

“Pensé que era un ejército”, dice otro.

“Eran cinco”, dice Hans. “Uno de ellos gritó tu nombre y dijo que Torres quería hablar contigo. Cuando el chino salió a recibirlo, le disparó. A quemarropa”.

–Todos fuera –dice Nacho. Nadie se mueve–. Desalojen la sala, por favor. Tú también, Emil. Y tú, María.

Se miran y, tras una pausa, salen caminando.

“Tú no.”

Él mira fijamente a Susana. Ella se detiene, con una toalla mojada goteando en su mano.

–¿Cómo te llamas? –pregunta.

“Susana.”

“¿Susana? ¿Se pondrá bien?”

Saca a Nacho de la habitación por un momento y lo lleva a la luz del sol menguante. Es más pequeña que él y mira hacia arriba mientras habla.

“No soy enfermera, pero la bala está en su pecho”.

“¿Por qué no lo llevamos a un hospital?”

“Lo intentamos, nadie lo quiere hacer. Estamos condenados. No podemos pagar”.

“Hay un hospital gratuito en Fellahin. ¿Por qué no fue allí?”

“Estaba lleno. No tenían camas ni médicos. Ayer ocurrió allí una especie de masacre. Así que lo trajimos de vuelta”.

Regresan a la habitación y Nacho acerca una silla y se sienta mientras Susana se acerca a la cama del chino. Nacho mira a su alrededor. Un saco de arpillería en un rincón. Un armario abierto con algunas prendas, dos pares de zapatos del tamaño de bolsas de lona sobre una caja junto a la pared, una alfombra roja deshilachada y una mesa con las patas serradas. Sobre ella, un cuenco blanco de sopa, medio lleno, con su superficie opaca vidriada como un estanque.

Más tarde, Nacho sale de la habitación mientras el sol se pone. Una pareja de golondrinas se acerca en picado y la llamada a la oración se eleva por los tejados. Nacho se seca

la frente, contento de sentir el aire del atardecer en su piel. María y Emil están fuera esperándolo.

María dice: “Tienes que sacarle la bala, de lo contrario morirá”.

“Susana cree que es demasiado tarde.”

“Es una mujer de la limpieza. ¿Qué sabe ella? Busca un cirujano. Y esta vez no te demores tres días en hacerlo”.

“¿Cómo sabemos que debemos extraer la bala?”

“¿Quieres dejarle un trozo de plomo dentro?”

“No sé.”

Emil dice: “¿Tiene familia?”

–No. Están todos muertos. Mira, hay mil quinientas personas en esta torre. Alguien debe tener experiencia médica.

–Somos unos damnificados –dice María, casi resoplando–. Somos lo más bajo de lo más bajo, ¿recuerdas? No hay muchos médicos entre nosotros.

“Solo necesitamos uno.”

“No tenemos ninguno. Tienes que ir a buscar a alguien”.

“¿Lo has probado?”

“Soy peluquera. Además, cuando dispararon al chino, lo primero que hicimos fue cerrar la torre. Cerramos las puertas y preparamos las armas. No sabíamos si iban a empezar a disparar a todo el mundo. Hemos estado escondidos todo el día. Todavía podrían volver”.

“Si fue Torres, volverán”.

“Era Torres. Uno de los soldados dijo que Torres quería hablar contigo”.

¿Lo escuchaste?

–No. Los gemelos sí. El hombre dijo Torres. Y que te buscaba a ti, Nacho Morales. Cuando el chino le cerró el paso, le disparó.

“Torres, ¿no dijo lo que quería? ”

“Él quería que tú... Ahora ve y busca un médico”.

Pero ya es demasiado tarde. Susana llama a Nacho, que vuelve a entrar, solo. El chino tiene los ojos abiertos y hace un gesto con la mano para que Nacho se acerque. Nacho se arrastra hasta la cama en sus muletas, se sienta en la silla y se inclina hacia el chino. El gigante gira un poco su cabeza de oso, con gotas de sudor tallando surcos en su rostro de cera, y entrecierra los ojos con fuerza, concentrado.

“Mi nombre es Sato Kazunari Maeda. No soy chino. Soy de la prefectura de Koizin, en Japón. Mi padre fue Hidetoshi Kazunari Maeda, el mejor luchador de sumo de su generación. Mi madre fue Kaori Kazue Maeda, la mujer más hermosa de la provincia. Abre el cajón. Sí. Ahí está”.

Nacho abre el cajón que hay junto a la cama y encuentra una foto en blanco y negro, deformada y marrón por el paso del tiempo, de la madre y el padre del chino, de cuerpo entero, de pie, juntos y sin sonreír. Él le saca una cabeza a ella y tiene la misma complexión que el chino, es decir, parece que pudiera cogerla en una mano. Ella tiene un rostro plano y perfecto, pintado de blanco, ojos grandes, rasgos delicados.

“Cuando tenía cinco años, me exiliaron de la provincia porque mi padre se negó a perder un combate de lucha libre. Todo se arregló, ya ves. Los jugadores ganan mucho dinero. Cuando se negó, insultó al señor de la guerra yakuza. Su castigo fue no volver a verme nunca más. Crecí huérfano. Siempre solo. Ahora no quiero morir solo. Así que teuento mi historia”.

“¿Por qué te quedaste callado toda tu vida? Nunca te he oído decir más de tres palabras”.

“El silencio me conviene. Los tontos hablan mucho. Yo vivo tranquilo. Trabajo para ti. Eres un buen hombre, Nacho. Un buen hombre”.

En ese momento, la respiración de Sato Kazunari Maeda se acelera y luego se vuelve más lenta. Cierra los ojos y muere, con la mano abierta. Desde la pequeña ventana alta que hay sobre su cama (la única ventana de la habitación), Nacho ve el último resplandor del sol desvaneciéndose hasta convertirse en un naranja intenso y oye el rugido de un autobús al doblar una esquina por las calles grises y sombrías de Favelada.

Un día y medio después comienza el funeral. Transportan el cuerpo en un catafalco especialmente fabricado, una plataforma de madera y acero que Laloo equipó con luces brillantes y bocinas eléctricas. El cuerpo avanza lentamente por las calles sobre ruedas robadas de la carreta de un granjero en Gudsland, arrastrado por dos caballos de tiro Clydesdale llamados Samson y Goliath. Las yeguas tienen crines peludas y huesos robustos, y sus hocicos anchos y orgullosos están veteados de blanco.

La multitud es una mezcla de todos los perros callejeros que alguna vez levantaron la nariz y olfatearon el viento: los limpiabotas, las prostitutas, los adictos y los cojos. Vienen en harapos, burkas, pantalones militares, trajes de retazos y minifaldas. Sombreros pork pie, stetsons, bombines, gorros, turbantes, pakols y patkas, sudando bajo el sol de media mañana, sus sombras los prefiguran como profecías. Pasan por delante de los elegantes rascacielos, recogiendo a los

curiosos y simpatizantes, bloqueando el tráfico en Kaiustrasse, donde un niño de la calle grita: “¡El chino! ¡El chino!”

En la avenida Perek, seis prostitutas salen por las ventanas con medias de rejilla, tacones y sombreros elegantes y se unen a la multitud, refrescándose con abanicos chinos de bambú y seda, encargados especialmente para la ocasión.

Una banda ambulante empieza a tocar, golpeando tapas de cubos de basura, tarrinas de helado, panderetas hechas con conchas marinas, damphus nepalíes, ollas y sartenes y djembés de madera dura con cabezas de piel de cabra, y una reina vudú con una serpiente pitón viva alrededor del cuello empieza a bailar, con los brazos en alto y sus largas faldas negras desplegadas. Cuando pasan por Molotov Road, los barrenderos se cuelgan las fregonas al hombro y emprenden el camino, y un hombre colgado de un camión de basura se quita el sombrero y hace un saludo militar.

La multitud de caminantes es un cortejo, una fiesta y una protesta. Un artista local dibujó un retrato del rostro del chino con trazos audaces y lo imprimieron e hicieron carteles con la palabra “asesinado” debajo de la imagen, y ahora marchan para levantar al hombre de la larga historia de cadáveres de pobres que yacen en el suelo y para aullar contra su asesinato.

Encabezando la procesión van Nacho en sus muletas, Emil y María, Susana y Don Felipe, todos vestidos de negro y con los ojos entrecerrados por el resplandor que se refleja en los escaparates de las boutiques y los rascacielos. Pasan por la perfumada avenida Bamberlax y cruzan la ondulación de Shiguru con sus cafés callejeros y bares de sushi, y las cabezas se vuelven y aparecen rostros en los escaparates, y ahora un trompetista está tocando una melodía por encima de la percusión, marcando un agudo que se eleva hasta el aire, la nota tan pura como el oro.

Detienen el tráfico en la calle Zalosti Mrtvhi. Motos con familias de cuatro miembros apiñadas, un carrito de bicicletas cargado de tres metros de alto con rollos de papel pintado y tela, coches rugientes que regurgitan grandes bocanadas de humo, camiones con las cajas llenas de trabajadores damnificados de pie y con los ojos hundidos... todos se detienen cuando el cortejo avanza.

El ruido se agolpa en la avenida Moribondo, donde pasan vendedores ambulantes sentados en sábanas tendidas en la calle, que venden sus productos: plátanos, caramelos, relojes de imitación, bolsos de diseño, despertadores, zapatos. Perros con heridas abiertas yacen en la calle, y los coches y los peatones los esquivan en arcos poco profundos. El cortejo pasa por una misión, un albergue y una serie de hoteles baratos con luces fluorescentes parpadeantes. Y luego los nidos reveladores de mantas, cajas de cartón,

perros acurrucados, un pájaro en una jaula: hogares de personas sin hogar.

En medio de todo esto, Nacho contiene su furia, concentrando su energía en la larga caminata. ¿Cómo es posible que un hombre vaya a una torre a plena luz del día y mate a un inocente? ¿Y nadie lo persigue? Los centinelas de los pisos altos no ven nada, no hacen nada. ¿Cómo es posible que su amigo esté muerto y la justicia no persiga a nadie?

Doblan una esquina y pasan por una barriada, con el suelo cubierto de grasa y aguas residuales. Los caballos relinchan por el hedor de la comida podrida y el olor a humo del plástico quemado.

“¿Dónde estamos?”, pregunta Don Felipe.

“No hemos salido de Favelada”, dice Nacho.

“¿Es seguro aquí?”

“Es más seguro que la torre en este momento”.

El enorme carro se tambalea sobre sus ruedas de madera, ya más allá de la orilla del río de la barriada. Las lavanderas emergen del agua, una con un cubo de plástico en la cabeza. Son figuras oscuras y rechonchas, con los pantalones arremangados hasta las rodillas, que se detienen y miran fijamente, observando la fila de dolientes y las dos yeguas gigantes que las encabezan.

Ahora el carro machaca piedras y levanta una nube de polvo en una calle arbolada. Emil oye la respiración de Nacho y le pregunta: “¿Estás bien?”.

“Sí.”

Y lo está, porque la música y el movimiento de la gente lo impulsan a seguir adelante incluso en el calor.

María, con gafas oscuras y vestido negro, el pelo suelto, se detiene, se quita los tacones altos y continúa caminando descalza.

Hasta el sol ha venido a rendir homenaje. Brilla más que en el día más caluroso del año, rindiendo homenaje al chino que no era chino, derramando sus rayos sobre el sarcófago negro.

En los barrios marginales de Oameni Morti, Agua Suja, Dieux Morts, Sanguinosa y Favelada, la gente susurra con asombro.

“Su nombre vivirá por siempre.”

“Es una leyenda.”

“El hombre más grande que he visto jamás”

“Una vez le serví un guisado y se comió toda la olla”.

“Lo vi estrangular a un buey”.

“Lo vi levantar un coche”.

“Arrancó un árbol en Maialino”.

“Yo estaba allí cuando derribaron la puerta de la torre Torres”.

“Él era un alma gentil.”

“Nunca dijo una palabra.”

Recogen a un trío de bongoseros, chicos afrocubanos con camisas blancas brillantes y sandalias de cuero, habitantes de los bares de mojito en las afueras de Favelada, y el sonido de los tambores aumenta a medida que la procesión gira hacia un bosquecillo en el borde de Favelada, con un bendito alivio de estar a la sombra.

De repente, la música se detiene. Emil detiene los caballos y Nacho es izado hasta un alto tocón entre los árboles. Se le alborota el pelo y se seca un rastro de sudor de la mejilla. Los dolientes se agolpan a su alrededor, a cientos.

Nacho dice: “El chino. Que descanse en paz”.

La multitud comienza a vitorear y la ovación se convierte en un rugido y por un momento Nacho cree oír un animal en el rugido, un lobo o un león o un oso, pero luego baja la mirada a las caras y solo ve a los damnificados. Esperan a

que diga algo más pero no lo hace porque el chino era un hombre de pocas palabras y su funeral será igual.

Los gemelos ayudan a Nacho a bajar del estrado y algunos de los tambores empiezan a tocar el ritmo. Un grupo de adolescentes empieza a bailar y tres mujeres vestidas de blanco empiezan a ulular. Nacho cree que este ritmo y estos lamentos les llevarán hasta las cinco cabezas de piedra que hay a las puertas de la ciudad para el último adiós al chino. Pero primero tienen que enterrar el cuerpo. Emil pone en movimiento a Sansón y Goliat y la procesión avanza hacia el cementerio.

“¿Recuerdas el camino al cementerio?”, dice Nacho.

“Por supuesto. Es como volver a casa. Espero que el camino aguante”.

Un minuto después pasan por la Casa de las Flores y Nacho y Emil se quedan mirándola mientras pasan.

Llegan al cementerio y el cuidador, vestido de negro de pies a cabeza, sale a recibirlos. Tiene los ojos llorosos por la bebida y la cara de quien vive al lado de los muertos.

“Estamos aquí para enterrar al chino”, dice Nacho.

“Ya es demasiado tarde”, dice el hombre.

“¿Qué quieres decir? Hablamos contigo ayer”.

“Las últimas tres parcelas se han vendido. Hace poco. Alguien las compró y pagó en efectivo”.

–Entonces, ¿dónde enterramos al chino?

“Busquen otro lugar. Aquí no hay espacio”.

“No hay otro lugar”, dice Nacho. “Aquí lo enterraremos”.

“Vendí las últimas parcelas.”

“Entonces cava otras nuevas”.

“¿Dónde? No hay espacio.”

Nacho se vuelve hacia el cortejo y le dice a Don Felipe: “Por favor, esperen aquí”.

Luego le hace una seña a Emil y le dice: “Camina conmigo. Este idiota acaba de vender las últimas parcelas. La gente de aquí lo matará. ¿Qué hacemos?”

“¿Quién compró las últimas parcelas?”

Nacho se vuelve hacia el conserje y le hace la misma pregunta.

“Alguien enviado por la familia Torres, creo que se llamaba. Puedo buscarlo en el libro”.

“No hay necesidad.”

Nacho y Emil recorren el cementerio en pleno calor del día, buscando un espacio –un espacio grande– para el chino. Las tumbas están apretadas unas contra otras. Algunas lápidas son poco más que bloques de madera con nombres y fechas garabateados; otras son de granito o arenisca talladas con mensajes grabados y cincelados: alas de ángel, espadas cruzadas, una paloma, una antorcha, un querubín, una estrella.

Al borde del cementerio hay un terreno pedregoso, de color arena y con surcos por las huellas de las carretas. Ahora Nacho y Emil recorren el perímetro. Pasan por delante de las tumbas de sus padres, ven la inscripción y un pequeño montón de flores muertas desintegrándose, y siguen caminando. Están a punto de darse por vencidos cuando Emil ve un montón de basura en un agujero.

–¡Eh! –grita al cuidador, que los sigue de lejos–. ¿Qué profundidad tiene esto?

“¿Ese agujero? Está lleno de basura”.

“¿Qué tan profundo es?”

“No lo sé. Está ahí desde la masacre, hace unos veinte años. Pero nunca se terminó y ahora es sólo para basura”.

“¿Dónde están tus sepultureros?”, dice Emil.

“No están aquí.”

“Entonces dame una pala.”

El cuidador se dirige a su cabaña y saca una pala. Emil se balancea por la ladera de la colina, hurgando con la pala en la pila de cartón, papel y plástico empapados. Hunde la pala más profundamente, tanteando dónde toca el fondo, y se agacha, pateando la basura para comprobar si hay ratas. Comienza a sacar la basura con la pala, formando un pequeño montón a los pies del cuidador.

—Oye —dice—. Tú trabajas aquí, ¿no? Pues busca más palas. Nacho, llama a los gemelos.

Emil y los gemelos se quitan las chaquetas y hacen más profundo el agujero. La basura está adherida al suelo, y cubre el agujero con una capa de mantillo que lleva allí dos décadas, pero la canalizan y la arrojan al montón de arriba. Adoptan un ritmo frenético, se quitan las camisas y cavan con furia mientras los dolientes del cortejo se quedan mudos y observan.

Y allí, en el mismo hoyo que había estado cavando veinte años antes, antes de que los disparos de los soldados asesinos lo hicieran correr a esconderse, está enterrado el chino. La mujer con un perro en una carretilla observa desde su lugar cerca de la cabeza del cortejo y recuerda. En voz baja, se dice a sí misma: “Lo vi cavando ese hoyo hace mucho tiempo. Era solo un niño”.

El ataúd se baja con cuatro cuerdas gruesas sostenidas por doce de los hombres más fuertes de la torre, que se detienen un momento antes de dejarlo caer sus últimos centímetros, y Emil y los gemelos vuelven a echar la tierra sobre la caja y siguen paleando hasta que se ahoga en barro y pequeñas piedras y desaparece de la vista.

Luego se secan el sudor de la cara con el dorso de los brazos. Emil se quita de las botas un ovillo de barro y escupe una perla de saliva a los pies. Lanza una palada con fuerza al suelo y éste se eleva, vibra y se asienta. Se quita la camisa por la cabeza y echa una última mirada al abismo del chino. El terreno es llano, la tierra fresca.

Descansa en paz –susurra.

Recoge su chaqueta, se la cuelga al hombro y, con sus piernas arqueadas y sus elegantes botas, regresa con Nacho a la cabeza del cortejo. En silencio, los dolientes se dirigen uno a uno hacia la tumba, encabezados por Susana, con la cabeza cubierta por un velo negro. Después de ella, los dolientes arrojan recuerdos, baratijas para acompañar al muerto en su viaje y presagios de buena fortuna en el mundo venidero: flores, dulces, monedas, cisnes de papel, piedras preciosas, pequeñas ollas de barro y cabezas de mármol de dos centímetros y medio de alto.

Mientras el cortejo se aleja, María le susurra a Emil: “¿Qué diablos pasó? ¿Tenías que cavar su tumba aquí y ahora?”

“Torres compró los últimos terrenos. Sabía que veníamos a enterrar al chino. No quedaba ningún lugar.”

–¿Entonces lo enterraste en un montón de basura?

“Retiramos la basura. Nos viste. Hasta el último trozo. Revisé si había ratas y serpientes. No había nada más que gusanos y el hombre”.

La fiesta en las cinco cabezas de piedra se extiende hasta bien entrada la noche. Hay chicas go-go con sombreros de plumas y tutús, un trío de bailarines de break dance y un hombre con un traje de esqueleto que saca un violín y toca un solo, una larga y sinuosa melodía que se abre paso a través de la ciudad. Junto a las cabezas de piedra, una fila de cocineros con delantales están de pie ante sus parrillas, dando vueltas a trozos de pollo y cáscaras de maíz, mientras el humo flota como un fantasma, envolviéndoles las caras. A medianoche, la multitud alza un derviche giratorio sobre la cabeza del medio y los percusionistas tocan un ritmo rápido mientras giran al ritmo de un frenesí. Encienden hogueras en un círculo irregular, apilando muebles rotos de un almacén de la favelada, y a la luz de las llamas los damnificados bailan, heroicos en su resplandor adumbral, con sus sombras bailando más grandes y salvajes detrás de ellos.

Pero mientras lo celebran, el rostro del chino ya ha empezado a desaparecer de sus mentes. Ven su figura, su corpulencia, pero su rostro se vuelve borroso. ¿Era un hombre apuesto? Seguramente tenía una frente amplia, ¿o era estrecha? Su cabello siempre estaba atado hacia atrás y recogido en una coleta, ¿no? ¿O lo llevaba suelto con un mechón rizado colgando?

Los carteles están apoyados contra un muro bajo, pero algunos se han caído y ahora están boca abajo en la calle y su imagen se desvanece rápidamente. Si alguna vez lo supieron, los damnificados, además de Nacho, comienzan a olvidar cómo murió.

Y mientras lloran su muerte, las pocas pertenencias que tenía yacen en una caja de cartón y los primeros rastros de moho comienzan a aparecer con su paso canceroso. Quemaron su camisa manchada de sangre, pero el resto de la ropa está mal doblada y alguien dejó que su vaso de té se rompiera cuando llenaron la caja y otro no revisó sus calcetines para ver si estaban húmedos y ahora comienzan a pudrirse en la pila. Dejaron la puerta abierta para ventilar la habitación porque dijeron que el aliento de un hombre moribundo contiene todos los químicos, el dióxido de carbono y el argón de todo lo que haya tragado y desprende el hedor de la descomposición incluso cuando el hombre todavía está vivo. Pero dejaron entrar a los gusanos y las hormigas y los insectos, y las cucarachas también hicieron una visita, compañeras de viaje en una peregrinación

sangrienta, y ahora la habitación del chino tiene la palidez desolada de los muertos. Donde una vez los lobos se erizaban y se acurrucaban para protegerse del frío y la lluvia, y donde el chino los seguía, reclinado en su cama reforzada, afilando cuchillos de madera con otros de metal, ahora solo las bestias menores revolotean, se escabullen y trepan por sus paredes agrietadas.

La luna se eleva, casi extinguida mientras la luz del nuevo día se enciende. Los últimos juerguistas están acurrucados sobre las cabezas de piedra, con los brazos y las piernas abiertos como cadáveres, o sentados de espaldas a las puertas de la ciudad, bebiendo una última botella mientras el hombre con el traje de esqueleto toca una nota solitaria en su violín que se resuelve en una canción popular tocada en un adagio lento que se vuelve larghissimo, como si el violín mismo estuviera borracho.

En todo el país, el día se pone en movimiento. En el corazón de Favelada comienza una sinfonía de bocinas de automóviles. Una alarma en Oameni Morti emite su incesante chillido electrónico. En Gudsland, un gallo canta y un centenar de granjeros se levantan de la cama y se ponen las botas. En el mar de Kalashli, los pescadores se gritan sus saludos unos a otros a través del agua y sus voces atraviesan la niebla y rebotan en las olas bajas que lamen y besan sus gorjeos llenos de percebes. En Blutig, seis bulldogs de pelea se despiertan y ladran y gruñen, y se acurrucan contra los barrotes de su jaula. El brillo del hielo que se formó durante

la noche en las zonas salvajes de Solitario comienza a derretirse y aparecen grietas en zigzag en el lago que entierra a Torres el Viejo. En los densos bosques de Sanguinosa, cuatro pájaros minás¹⁴ de cresta dorada gorjean y balbucean su llamada y respuesta y giran sus cabezas para mirar hacia el este, al sol naciente.

Al otro lado de los barrios bajos, los damnificados se dan vueltas en sus camas destortaladas (palés improvisados, tablas de virutas de madera, pilas de periódicos viejos amontonados en colchones) y se retuercen y gimen en los desenlaces de sus sueños mientras el sol entra por las grietas de las puertas y los agujeros de los techos.

En la torre, Nacho se incorpora en la cama en la penumbra. Lleva toda la noche planteándose las mismas preguntas: ¿cómo es posible que un hombre sea asesinado así y que a los asesinos no les pase nada? ¿Dónde estaba la protección del chino? ¿Cómo se puede hacer justicia cuando la policía no nos reconoce, cuando nos considera menos que humanos?

Respira profundamente y piensa en las otras cosas que necesita hacer: preparar una lección para sus estudiantes medio abandonados, clasificar las pertenencias del chino, encontrar una esposa y descubrir cómo evitar que Torres el

14 Los minas son un grupo de aves de la familia de los estorninos. Se trata de un grupo de aves paseriformes originarias de Irán y el sur de Asia, especialmente Afganistán, India, Pakistán, Bangladesh, Nepal y Sri Lanka.

Joven diezme a los damnificados, y rápidamente se vuelve a dormir.

Capítulo XIX

Cuando Nacho despierta, investiga. Con una taza de café rancia en su mano buena, los arrastra a todos uno por uno: a los centinelas que estaban de guardia, a María, al cura, a los hermanos panaderos.

“¿Qué viste?”, le pregunta a un guardia llamado Zaheer. El hombre es tan flaco como Nacho, más moreno, con un bigote prolíjo y manos de araña.

“Veo el coche. Es militar. Voy a tocar el timbre, pero no. El timbre se ha ido. No hay timbre”.

“¿Dónde estaba la campana?”

“No lo sé. Grito, pero nadie me escucha. O no me entienden. El hombre de abajo no habla inglés”.

Nacho trae a otro centinela que estaba de servicio ese día. Un hombre grande, pálido y musculoso, de ojos azules y calvo.

“Estoy en el piso quince, veo el auto y a los soldados, saco mi walkie-talkie y paso el mensaje, pero los otros guardias están todos drogados. Eso es todo lo que hacen. Fumando porros todo el día, no es de extrañar que la cosa se ponga fea”.

Nacho habla con los guardias de cada piso y resulta que muchos de ellos no hablan un idioma común, por lo que no pueden comunicarse entre ellos. Se entera de que los walkie-talkies no funcionan y que faltan las campanas, probablemente vendidas como chatarra. Trae a Laloo, que tiene los ojos enrojecidos y resaca.

“¿Qué pasa con las cámaras?”

–¿Qué? –dice Laloo, sudando en sus vaqueros y su camisa blanca.

“¿Las cámaras de seguridad que instalaste?”

“Son falsificaciones.”

“¿Quieres decir que no funcionan?”

“¿Estás loco? ¿Sabes cuánto cuestan las cosas reales? Y necesitas a alguien que las controle. Ese es un trabajo a tiempo completo”.

–Entonces, ¿no tenemos imágenes?

“Las cámaras son carcasas de plástico, huecas”.

Nacho habla con el viejo soldado que instaló el sistema de centinelas en las pasarelas, pero el hombre dice que estaba dormido durante el ataque y que sólo se enteró al día siguiente.

Y así sigue la historia. Nadie sabe nada. Ni siquiera los gemelos están seguros de lo que vieron o escucharon. Lo único que sabe Nacho es que el chino está enterrado y que las medidas de seguridad no sirvieron de nada.

Finalmente, Don Felipe lo visita y le dice: “El asesino no será llevado ante la justicia hasta que se encuentre cara a cara con Dios. Así es el mundo”.

Nacho, sentado a su mesa, está encogido de ira. “¿Por qué? ¿Por qué el mundo es así?”

–Escucha, la gente está diciendo cosas sobre ti. Se preguntan por qué no estabas aquí cuando llegaron los asesinos. Dicen que estabas en una búsqueda inútil o de vacaciones. Un niño te estaba buscando, preguntando si había escuela hoy, y oí que alguien le respondió que estabas

de vacaciones, haciendo un viaje en tren. Pon fin a tu inquisición. No traerá de vuelta al chino.

“No era chino, maldita sea. Era japonés”.

“No me interesa oír que se use el nombre del Señor de esa manera. En cualquier caso, ¿qué importa? Él se ha ido”.

“Es importante porque me dijiste poco después de que entramos en la torre que teníamos seiscientos pares de ojos para vigilarnos y mantenernos a salvo. Ahora tenemos mil quinientos, y un buen hombre fue asesinado y esos mil quinientos pares de ojos no vieron nada, y nadie tuvo el coraje de perseguir a los asesinos o identificarlos o llamar a la policía. Por eso es importante”.

—La gente tiene miedo, Nacho. Estos hombres tenían armas. ¿Y de qué serviría llamar a la policía? Para ellos somos okupas, lo más bajo de lo bajo. No existimos. ¿Qué haría la policía por nosotros? Y si supieran que ha sido Torres el que ha mandado a los asesinos, menos harían todavía.

“Se está postulando a un cargo. ¿Cómo puede un candidato a un cargo enviar asesinos a matar a sus enemigos?”

El cura mira a Nacho por un instante, junta sus manos como si estuviera rezando.

“Tienes mucho que aprender sobre el mundo. Los hombres que se presentan a las elecciones matan rutinariamente a sus enemigos. Esto ha estado sucediendo durante miles de años. Así es como los hombres alcanzan el poder. Lo toman matando. Tú, más que nadie, deberías saberlo”.

“Está bien, lo sé. Lo sé”.

“Podemos reconstruir las defensas de la torre. Traer gente nueva, reorganizarnos. Hacer lo que sea necesario. Pero suspende la inquisición y deja que el chino descance en paz”.

“Por centésima vez, no era chino. Se llamaba Sato Kazunari Maeda. Era hijo de un gran luchador de sumo”.

“Entonces, honremos su memoria y sigamos adelante con nuestras vidas. Tú eres nuestro líder. No te corresponde sermonear a la gente de aquí. Tienen miedo, miedo de que más hombres regresen con armas, miedo de quedarse sin hogar otra vez. No tienen tu coraje. Ni el de Emil. Por favor, déjalo así. Deja que el japonés descance en paz”.

“Su nombre era Sato Kazunari Maeda”.

“Sato Kazunari Maeda. Déjalo descansar en paz”.

Nacho cambia las rutinas de seguridad. Coloca guardias en cada quinto piso, les encuentra walkie-talkies que funcionen y les informa sobre qué hacer cuando ven visitantes que no reconocen, o camiones del ejército y soldados. Coloca guardias en la planta baja, las veinticuatro horas del día, en los cuatro costados del edificio.

“Se está convirtiendo en una fortaleza”, le dice Nacho a Emil. “Se suponía que iba a ser un hogar”.

Y entonces ocurre algo inesperado: nada. Durante meses. Y la tranquilidad trae más damnificados en busca de refugio.

Poco a poco, llegan y se convierten en inquilinos: arrieros, poceros, podadores de palmeras y una multitud de emprendedores callejeros, el tipo que fabrica un lote de paraguas baratos tan pronto como llueve o encuentra los atascos más fuertes de la ciudad y camina entre los autos vendiendo agua embotellada a un precio elevado.

El flujo de personas continúa –trabajadores de hoteles, artistas, inmigrantes, limpiadores de ventanas, constructores de carreteras– hasta que el monolito está lleno. En lugar de pagar el alquiler, realizan trabajos en el edificio o en los alrededores. Los limpiadores de ventanas limpian las ventanas, los hombres de la construcción reparan paredes y pisos con herramientas contrabandeadas, y otros hacen turnos en la guardia nocturna, sentados en las pasarelas de los pisos altos, con binoculares pegados a la

cara, o paseando por la plaza de abajo, atentos a los enemigos. Otros cuidan los jardines, limpian escombros o ayudan a colocar tanques de agua en el techo.

Nacho saluda a los recién llegados y se da cuenta de lo diferentes que son de su ejército original de damnificados. Estos recién llegados no visten harapos, no tienen marcas de viruelas por las penurias de su vida; no tienen arrugas, caminan con la espalda recta, tienen las manos firmes e incluso los de mediana edad tienen una dentadura completa. Nacho habla con ellos y descubre que pocos saben lo que es despertarse bajo un paso elevado, construir una casa de cartón junto a las vías del tren o agacharse en una choza de hojalata al final de una pista de aterrizaje. Se entera de que algunos tienen años de educación, saben leer y escribir tan bien como él. Otros tienen ambiciones que van más allá de encontrar un techo bajo el que dormir; sueñan con mejores trabajos, su propia casa, un lugar en el mundo.

Los recién llegados duermen en hamacas y tiendas de campaña hasta que consiguen colchones que se traen de los montones de basura recuperada o de los depósitos de productos usados. Refuerzan sus paredes desmoronadas con cemento robado y refuerzan las barandillas oxidadas de los pasillos con bloques de hormigón.

Emil le dice a Nacho: “Esta gente nueva son artistas. No son unos damnificados. Son oportunistas. Van a hacer volar por los aires tu pequeña utopía”.

–¿Por qué debería ser así, hermano?

“Viven aquí y se aprovechan de todo lo que has construido. Pero no fueron parte de tu invasión, ¿verdad?”

“Tú tampoco.”

–Pero arriesgué mi vida para traerte comida. Dos veces. Y ya me conoces. Pero, oye, es tu fiesta. La del pequeño lisiado.

“No es mi partido. No soy un funcionario electo. Pero si tenemos salas vacías, deberían estar ocupadas. Siempre hemos dicho que la torre es de todos. Por eso vinimos en primer lugar”.

–Sí, sí. Te escucho.

“Y cada día te pareces más a María.”

Los hermanos están en la pasarela del piso superior, de pie a la sombra, bebiendo café que parece y sabe a limo de río. Emil lleva a su inquieto perro atado con una correa de cuero. Han pasado tres meses desde el asesinato de Sato Kazunari Maeda y la torre ha permanecido intacta, sin ser invadida.

–Necesito salir de aquí –dice Emil–. Sólo por un rato.

“¿Puedes esperar?”

“¿Para qué?”

“Violencia.”

“¿Qué?”

“Torres Junior. Los rumores se han calmado y no hemos tenido noticias de él, pero veo las noticias y leo los periódicos. Se está postulando para un cargo, abriendo negocios. Tarde o temprano vendrá por la torre familiar. Puedes estar seguro de ello”.

—Hace mucho tiempo, Nacho. Creo que se ha olvidado de la torre. ¡Siéntate, perro estúpido!

—No, él vendrá.

“¿Y cuando lo haga?”

“Ahí es cuando te necesitaré”.

“¿Disparar esos mosquetes? ¿Disparar una pistola de agua? Si Torres quiere la torre, la tendrá. A menos que los lobos aparezcan de nuevo, no tenemos ninguna posibilidad de proteger este lugar. Él traerá un ejército, ¿y qué tienes? Dos mil gatos asustadizos. Mujeres y niños”.

—Pero no son personas sin hogar, ¿verdad?

“Si Torres viene, lo serán. Todos lo seremos. Y lo siento, moriría por ti, pero no por una torre. Son ladrillos y cemento”.

Juntos miran hacia la plaza. Grupos de damnificados plantan árboles y barren caminos.

“¿Ves a esa gente de abajo?”, dice Nacho. “¿Ves lo que están haciendo?”

“Plantando árboles para que este perro orine encima”.

“No haces eso a menos que quieras quedarte en algún lugar durante mucho, mucho tiempo. Un árbol tarda años en crecer a partir de una semilla. Ellos están en su hogar aquí”.

—Sí, hermanito, pero no es mi casa.

“Dile eso a María.”

Se quedan en silencio un momento, deteniéndose para observar el mundo desde arriba. Un niño persigue a una paloma hasta que se va volando. Una mujer en bicicleta se abre paso entre los caminantes. Grupos de centinelas deambulan, encendiendo cigarrillos.

“¿Quién sustituirá al chino?”, pregunta Emil.

“Es irremplazable.”

—Te lo dije hace semanas. Necesitas un centinela permanente en la puerta. Alguien tiene que vigilar la entrada, como hizo el chino.

“Estoy trabajando con los gemelos. Lo sé, lo sé. Son niños. Pero no se me ocurren ideas en este momento. No puedo confiar en ninguno de los otros. Les gustan las sustancias o tienen otros trabajos. Avísame si encuentras a un soldado que pueda dedicarse a eso a tiempo completo”.

“Consigue un desertor.”

“¿Qué?”

“Consigue a uno de los supervivientes del ataque del lobo, uno de los hombres mayores de Torres”.

–No lo creo. ¿De verdad crees que volverán a acercarse por aquí? El propio Torres se volvió loco ese día. Los soldados probablemente siguen escondidos.

–Tal vez –Emil se encoge de hombros.

“¿En qué trabajas?”, pregunta Nacho.

“La semana que viene tengo trabajo en Basura, pero en Ferrido me espera un trabajo permanente en la construcción de barcos”.

–Tu antiguo trabajo. Pregúntale a María si quiere ir a mezclarse con un grupo de marineros tatuados en un puerto. Ese no es lugar para una peluquera.

“Se adaptaría. Abriría un salón de tatuajes. O un burdel”.

“Ni lo pienses.”

“¿Has comido?”

“No.”

—Ven más tarde. Tomaremos una copa de vino. Carne y patatas. Utopía. ¿Quieres que te consiga una chica también?

“Te veré al atardecer, payaso”.

Nacho da su clase, pero mientras escribe, se encuentra perdido en su propia pequeña ensoñación.

Ya no está en Solitario, pero hay algo de Solitario en él. Imagina la vida muy, muy lejos de la torre, de los damnificados, de la familia Torres. Está sentado en una mecedora, bebiendo un mojito en un vaso largo, con un puñado de menta fresca en la superficie. Está viendo la puesta de sol sobre su tierra. No es el tipo de tierra que poseen los ricos –diez mil acres rodeados de nogales, robados a los campesinos– sino sólo un modesto arrendamiento, una parcela donde un perro puede vagar y donde puede cosechar maíz, judías verdes, un poco de menta para sus mojitos, media docena de manzanos. En un arrendamiento contiguo, Emil, meciéndose suavemente en una hamaca de mohair, saluda a su hermano, levanta su copa. María, con una bata campesina y sin maquillaje, sale un momento a contemplar la puesta de sol, seguida por el olor a pan horneado.

–Señor Nacho, ¿cómo se escribe motocicleta? –pregunta una niña de doce años. Nacho se acerca cojeando al escritorio donde está sentada la niña y va uniendo las piezas de la palabra, sonido por sonido.

“¿Qué es ese sonido mmm?”, pregunta él, y ella se arriesga a decir “m”.

Cuando la clase está a punto de terminar, aparece Susana, disculpándose por su tardanza, y Nacho la pone con un grupo, uno de los cuales explica su tarea. Nacho quiere creer que ahora está unido a Susana por haber atendido al chino después de que le dispararan, por lo que supone que era su amor por el hombre, por su presencia en los últimos momentos del chino, pero ella no ha hablado con Nacho desde entonces, ni él con ella. Por la noche, reflexiona sobre cómo puede hablar con ella sobre eso, compone conversaciones imaginarias con ella y por la mañana se pregunta cómo podría ser considerado un líder si no puede encontrar el coraje para hablar con una lavandera. Reflexiona, también, sobre su error al pensar que ella lo miraba como una persona mira a alguien de quien podría enamorarse. En cambio, ella amaba a su mejor amigo.

Al terminar la clase, se queda en la puerta y les da las buenas noches a los alumnos, entre ellos a Susana. Ha entrenado a algunos de los más jóvenes para que lo ayuden a ordenar el aula, y así lo hacen, colocando las sillas en su lugar y arrojando trozos de papel en una canasta de metal.

Algunos días barren el piso, pero ese no. Les da las gracias y los observa desaparecer por las escaleras hacia sus casas, y comienza su caminata hacia el departamento de María para cenar.

–¿Dónde está la chica que prometiste? –le pregunta a Emil.

Emil se ríe. “No vi mucho entusiasmo en ti, así que abandoné el plan”.

María entra con una bandeja de comida. Mientras comen, Nacho les cuenta sobre los recién llegados. Un grupo de artistas ha comenzado un mural en la pared norte de la torre. Representa la historia del monolito: el lobo de dos cabezas, el chino, un enjambre de mosquitos que emana de una inundación y, en el centro, el propio Nacho, grande, desafiante y atractivo, sosteniendo sus muletas como armas, no como muletas. La obra está a medio terminar, con partes esbozadas solo en contorno, pero Nacho les dice a María y Emil que es una obra maestra que enorgullecerá a los residentes y les dará una visión diaria de su historia. Asienten con la cabeza. Solo Nacho piensa: “La historia aún no ha terminado. Torres vendrá por la torre. Cree que es su derecho de nacimiento”.

Después de cenar, los tres se quedan de pie en la pasarela, apoyados en la barandilla, respirando el aire de la noche. Detrás de ellos se ve el cartel “María’s Beautty & Hare Salon”

en enormes letras negras sobre un fondo blanco. Frente a ellos brillan las luces de Favelada.

Capítulo XX

SHIVAROV

Una noche, hay una llegada inesperada a la torre. Inesperado pero no desconocido, un hombre llamado Shivarov. Viene vestido con harapos negros y una barba descuidada, y sus ojos están rodeados de ojeras, recuerdos de sus noches embrujadas. Su rostro está sucio por el hollín de un incendio reciente. Como la Bruja de Estrellas Negras, Shivarov es un mito, una quimera. Su nombre se usa por todo el país para asustar a los niños y hacer que obedezcan las órdenes de sus padres. “¡Si no te comportas, Shivarov te atrapará!”. “¡Cómete tus verduras o te enviaré con Shivarov!”. Su nombre incluso ha entrado en el idioma en un modismo: “¡Hazlo ahora o te daré un Shivarov!”.

Lleva treinta años viviendo en el mismo sótano, donde también realiza su legendario trabajo. Apenas sale a la calle, algunos dicen que porque es alérgico a la luz, mientras que otros aseguran que teme encontrarse con el fruto de su trabajo en las calles de Favelada, donde nació con seis dedos en cada mano (“Es una bendición de Dios”, afirmó la partera).

Su habitación a primera vista parece la misma que cualquier otra chabola destortalada habitada por un damnificado: cama, lámpara, ventilador oxidado, cubo tapado para hacer sus abluciones, cajón boca abajo donde se sienta a comer. Pero en un rincón de la habitación hay una caja de madera alargada. Podría ser el ataúd de una gran serpiente o un contenedor de fusiles, pero no lo es. Es una caja de herramientas de un tipo muy especial, y cuando se abre lo hace con un crujido y un chasquido, pues las bisagras necesitan un poco de aceite y los dos pestillos que la mantienen cerrada están mal alineados o al menos ahora lo están, pues la caja tiene treinta años y está sujeta al desgaste propio de cualquier cosa de esa edad que se use con una frecuencia tan escalofriante.

Su habitación está en el sótano de un edificio abandonado y recibe tan poca luz que los visitantes, o más bien los clientes, porque nadie visita a Shivarov a menos que sea por negocios, afirman que cuando entran por primera vez, es imposible verlo, y el propio Shivarov es poco más que una silueta contra la luz de la lámpara. A veces, el olor a tabaco

de manzana llega al piso de arriba, ya que se sabe que le gusta fumar una pipa de shisha¹⁵, pero, aparte de eso, es un misterio. Aunque miles de personas han visto su rostro y han experimentado su trabajo, el calor de la habitación y el hedor a carne quemada y alcanfor y el ruido profano tienden a superar el recuerdo de su aspecto. Y, por supuesto, casi ningún alma viviente lo ha visto a la luz del día.

Durante treinta años, en la penumbra estigia de su aposento, Shivarov ha practicado el trabajo de su vida. Lo ha perfeccionado, comprendiendo cada hueso, tendón, músculo de la forma humana, porque todo eso forma parte de su arte. Sin este conocimiento, nadie lo buscaría. No puede cometer errores y nunca los comete. Lo llaman el Hacedor de Lisiados. Un apodo apropiado, porque eso es exactamente lo que es.

En las calles de Favelada, en la ribera del río en Agua Suja, bajo los puentes de Dieux Morts, en las carreteras de Sanguinosa y Blutig, abundan los lisiados. Mendigan en el tráfico, venden sus mercancías con una sola mano, se sientan en las calles con sus miembros amputados descubiertos para que todos los vean. Así es como se ganan la vida para sus familias. Pero no nacieron así. Fueron al Creador de Lisiados.

15 El narguile o narguilé, en inglés conocido como shisha, au shisha, o también hookah, huka, pipa de agua, pipa oriental o cachimba, es un dispositivo que se emplea para fumar tabaco de distintos sabores.

Algunas familias envían a su hijo más pequeño a Shivarov. Otras se encargan de ello. Él sólo acepta dinero en efectivo pagado por adelantado. Desnuda al cliente (“más higiénico”), lo amordaza con un trapo empapado en óxido nitroso y le pone una capucha en la cabeza. Lo único que oyen es el crujido y el chasquido de la caja, y entonces su mundo cambia para siempre.

Y es la caja la que lleva mientras se acerca al monolito. Encorvado y flacucho, apenas puede caminar con ella atada a la espalda. Se detiene para descansar, mira furtivamente a su alrededor a los niños que juegan en la luz que se desvanece. Los walkie-talkies de los centinelas crujen en el borde de la torre. Un asesino improbable, pero aquí en Favelada todo es posible.

Uno de los guardias del piso quince muerde una semilla de girasol, escupe la cáscara, mira a través de sus binoculares y dice: “Miren lo que el infierno ha desenterrado”.

Le entrega los binoculares a su compañero. “¿Entonces por qué lleva una cruz en la espalda?”

Shivarov cojea hacia la entrada de la torre, atrayendo las miradas de los niños mientras los guardias cierran filas. Está a punto de entrar en su órbita cuando se derrumba. Es un desplome gradual, una pantomima escenificada en cuatro partes. Primero se le doblan las rodillas, luego los hombros. Se tambalea de lado y aterriza con un ruido sordo y

estruendoso en el suelo, mientras las astillas de madera de su caja de herramientas se hacen añicos y se convierten en polvo.

Las cabezas se giran. Algunos de los niños se quedan mirando. ¿Es Jesús? Los guardias se acercan a Shivarov. Le quitan la caja de los hombros y lo levantan, dos de ellos le levantan el torso y un tercero le agarra los tobillos como si estuviera maniobrando una carretilla. Es ligero, todo piel y huesos. Pero cuando uno de los guardias ve las manos de seis dedos de Shivarov, salta hacia atrás con un grito y suelta las piernas del extraño.

“¡Mira sus manos! ¡Mira sus manos! “

“¿Y qué?”, dice uno de los hombres que sujetan a Shivarov por los hombros. “Hace unos meses vi un lobo con dos cabezas”.

El nervioso guardia agarra a Shivarov por los tobillos de nuevo, intenta no mirarle las manos y lo lleva hasta la entrada. Abre de una patada una puerta al pie de la torre y lo levanta hasta la cama del chino. Shivarov desprende un aura tan subterránea que cuando Nacho entra retrocede al instante y su primer pensamiento es “este hombre no puede quedarse aquí”, mientras los guardias arrastran la caja de herramientas hasta la habitación y la dejan junto a la cama.

–Bueno, ¿qué tenemos aquí? –dice Nacho, de pie, sobre él. ¿Un mártir? ¿O el coco del hombre del saco?

Pero aún no sabe quién es Shivarov.

Al cabo de un minuto, el Hacedor de Cojos abre los ojos. Lo primero que hace es cerrar los puños. Entonces ve el brazo atrofiado de Nacho y piensa que no es obra suya. No puede montar una obra maestra como ésa porque él sólo hace amputaciones, cortes y troceos reglamentarios. Para un cojo como éste, la naturaleza debe haber puesto su mano en el timón: polio infantil o arterioesclerosis. Sus ojos se mueven rápidamente de un lado a otro hasta que se fijan en su caja. Una vez que la ha visto y ha visto que sigue cerrada, se relaja de nuevo.

“¿Hablas inglés?”, dice Nacho.

–Sí –susurra Shivarov–. Hubo un incendio. Mi casa ardió. Vine aquí a vivir. –Su voz es un ronquido humeante, como un cuchillo que rasga el lienzo.

Soy Nacho Morales. ¿Cómo te llamas?

–Dimitri –dice sin hacer una pausa–. Dimitri Abramov. No tengo nada. Todo arde.

–Tienes esto –Nacho señala la caja con la cabeza.

–Sí. Algunas cosas viejas de mi casa. ¿Tú eres Nacho?

“Sí.”

“Vengo aquí para conocerte. Para pedirte que me dejes aquí unos días. Me quemaron la casa.”

“¿Quién quemó tu casa?”

–No lo sé. Hay humo por todas partes. Las llamas son altas.

“¿Trabajas?”

“Soy médico.”

“¿Trabajas en un hospital?”

–No. Soy tengo consultorio privado. ¿Tienes un vaso de agua?

–Sí. Espera.

Nacho sale y le pide a uno de los guardias que le traiga agua. Cuando regresa, encuentra a Shivarov sentado en la cama y la caja se encuentra debajo de ella. Shivarov tiene las manos apretadas, ocultando sus dedos.

“Soy médico”, repite Shivarov. “Si me quedo aquí, ayudo a la gente gratis. Sin cobrar nada”.

Su rostro es una mancha de mugre negra y sus ojos son charcos de agua salpicados de rojo, como si la tinta se derramara en una piscina. Shivarov no mira a Nacho a los

ojos y Nacho no confía en él. Como un animal, Nacho tiene un sexto sentido.

“¿Qué hay en la caja?”

“Cosas antiguas. Fotografías. Algunos equipos médicos”.

“¿Puedes mostrármelo?”

“Estoy muy cansado. Hoy queman mi casa. Tengo suerte de seguir con vida. Estoy muy cansado. Mañana te muestro la caja, por favor. Son cosas viejas. Equipos”.

Nacho piensa que si Torres el Joven iba a enviar a alguien con una bomba, no sería el esqueleto envejecido de un hombre cubierto de hollín. Y si quería infiltrarse en la torre, ¿por qué iba a enviar a un actor aficionado con el hábito de desmayarse, a menos que fuera idiota?

“Puedes pasar una noche aquí, pero no estarás solo. La puerta permanecerá abierta y los guardias nocturnos usarán esta habitación para dormir la siesta. Se tirarán al suelo mientras duermes. ¿Entiendes? ”

“Sí, sí. Muy bien. Gracias.”

Con eso, Nacho regresa arrastrando los pies a su habitación, las muletas golpeando suavemente el piso de piedra, mientras Shivarov reflexiona sobre la asimetría del

cuerpo de Nacho (verdaderamente una obra de arte) y piensa dónde puede esconder las herramientas de su oficio.

Capítulo XXI

La cuarta guerra de la basura no fue una guerra en absoluto. Algunos historiadores la llamaron una batalla, otros una escaramuza y, en el famoso tapiz de Zeffekat que muestra todas las guerras de la basura, más tarde aparecería como una redada sangrienta. Y la verdad es que fue una masacre. O más bien dos masacres. En ellas participaron una banda de niños soldados drogados con khat¹⁶ y metadona y armados con kalashnikovs chinos, un negocio de oro que salió mal, un fantasma sonriente y un niño prodigo con un tutú rosa. Cuando terminó, parecía una escena de un cuadro de El Bosco, y cualquiera que no lo supiera antes

16 El qat es un estimulante vegetal que se masca. Es un árbol de hoja perenne que crece en determinados lugares del Este de África y de la Península Arábiga. Las hojas del Khat contienen efectos estimulantes y se mastican con frecuencia en aquellos países en donde crece.

seguramente lo sabía ahora: Favelada estaba maldita, un lugar de diablos y demonios.

Todo empezó con una niña de seis años que se dedicaba a clasificar basura y que se llamaba Fernanda. Nació en la basura, vivió en la basura y todos los días caminaba entre la basura.

Cuando empezó, apenas podía levantar el saco y se arrastraba detrás de su madre, también llamada Fernanda, pues su padre se había ido temprano a ese gran basurero del cielo, llevado allí por la bebida y el descuido. Su madre le enseñó con paciencia a Fernanda lo que debía buscar y le permitió quedarse con las muñecas y los ositos de peluche y las baratijas que encontraba. Entre estas últimas había una caja de música con una bailarina que daba vueltas al son de un tintineo al abrir la caja y, desde el día que la descubrió, Fernanda quiso ser bailarina. Años después encontraría un tutú y se lo pondría siempre que no estuviera clasificando la basura.

A medida que Fernanda se hacía más fuerte, empezó a levantar sacos con la misma habilidad que cualquiera de los chicos y, como le habían enseñado bien, se destacaba en la tarea de separar los trastos de las joyas: la brillante diadema, el aparato que funcionaba o la chuchería con incrustaciones de platino. A los diez años, se había convertido en una de las mejores clasificadoras de basura: mejor que Deng el Osa Mayor, que podía divisar una pepita de plata a doscientos

metros de distancia; mejor que Rogerio el Trapero, que una vez encontró un reloj con incrustaciones de diamantes bajo una pila de periódicos y afirmó que había brillado frente a él como una antorcha; mejor incluso que Ruby Kolakashiana, que podía llenar un saco de arpillera de metal recicitable en diez minutos, o eso dice la leyenda.

Fernanda era rápida. No hacía girar las extremidades ni se ponía en jarras ni sudaba, sino que era eficiente y constante y tenía una economía de movimientos que le permitía tocar rara vez los objetos descartables y cometer errores. Otras (las liebres, entre ellas, que daban vuelta cada montón en busca del premio gordo) se quedaban tumbadas a la sombra mientras ella se agachaba o trepaba con dificultad alguna montaña de basura, fuerte y resuelta.

El valor de las sustancias subía y bajaba, así que un mes podía recoger vidrio (raspando restos de vidrio con una paleta hecha a mano) y al mes siguiente latas. Cuando se inauguró una fábrica de muebles en las afueras de Agua Suja, recogió plástico durante un año, porque se podía triturar para llenar cojines de asientos o para fabricar sillas baratas. Era adaptable, rápida y sabía el valor de todo.

A los doce años se diversificó.

En Minhas estaban buscando oro. Los mineros vivían en barracones, una hilera de chozas de madera donde dormían de dos en dos literas. Al final de cada día, los hombres se

duchaban en la calle bajo una manguera improvisada llena de agujeros, y fue allí donde Fernanda, que pasaba por allí haciendo un recado para su madre, vio por casualidad unas motas de oro que brillaban en el agua que corría por la calle. Era polvo de oro.

Se enteró de todo lo que pudo sobre la búsqueda de oro, investigó hablando con ancianos, vendedores ambulantes de joyas y buscadores de oro que pasaban por allí y, una vez, por casualidad, vio un programa de televisión sobre el tema y una foto en blanco y negro reciclada que su madre había rescatado de un vertedero. Una vez incluso fue a una biblioteca pública y la gente la miró fijamente porque apestaba a basura. Era analfabeta, pero antes de que la echaran, había logrado memorizar una serie de diagramas sobre la búsqueda de oro. Le llevó dos meses descubrir cómo hacerlo.

A los trece años, tomaría el autobús nocturno hasta Minhas, ignorando a los locos y a los borrachos que murmuraban, y saltaría una valla, con la mochila a la espalda, para entrar en el pueblo de los mineros. En silencio, a cuatro patas, barría la calle, ahora seca, donde los hombres se duchaban. Lo hacía con un cepillo de mano hasta que amontonaba un gran montón de polvo. Durante todo el rato escuchaba los ronquidos de los mineros: grandes graznidos aislados, retumbos leoninos y trémolos parecidos a los de un taladro.

Revolvió el polvo en agua hasta que se convirtió en cieno. Luego sacó de su saco una botella de ácido nítrico, que vertió en la sartén. Sentada contra la pared del complejo de los mineros, calentó la sartén a fuego lento con parafina y luego agregó mercurio, mezclando el ácido y el mercurio con la mano. Se limpiaba la mano en la pared inmediatamente después, pero la piel seguía ardiendo, aunque sabía que volvería a crecer rápidamente. Ignorando el dolor, observaba la magia de su alquimia mientras el oro se aferraba al mercurio en un bulto amorfo. Lo sacó y lo calentó, sosteniéndolo en un par de pinzas con punta de silicona rescatadas de un montón de basura. Una vez que el mercurio se quemó, le quedó una pepita de oro puro. Empacó sus herramientas y trepó de regreso por la cerca, el oro escondido en el lugar más seguro que pudo encontrar: su boca.

Cada tres semanas hacía lo mismo, sacando una pepita de oro del polvo que caía de los cuerpos de los mineros, y encontró un comerciante que le compraba el oro a precio de mercado: un anciano llamado Rubén, de sonrisa de cocodrilo pero de buen corazón, que nunca la engañó, ni siquiera cuando su hijo tonto perdió una fortuna en una apuesta en una casa de juego. Fernanda, por su parte, le dio la mayor parte del dinero a su madre.

Más tarde, durante la temporada de lluvias, ella irrumpía en los desagües junto al complejo de los mineros, se agachaba con una cuerda atada a la cerca y a la cintura, y

extraía cubos de lodo que contenían aún más oro para clasificar. El proceso era diferente, pero el resultado era el mismo. Esto continuó durante dos años hasta que un día su comerciante cayó muerto y fue reemplazado por el hijo inescrupuloso con adicción al juego. El joven, con tacones cubanos y sombrero Stetson color marrón barro, la acusó de diluir el oro con estaño.

“Has engañado a mi padre durante años”, dijo. “Así que vas a recibir una recompensa”.

Él la abofeteó, se guardó el oro en el bolsillo y se fue en su ciclomotor, arrojando tras de sí un billete de cincuenta libras, una décima parte del valor del oro que ella había traído.

Fernanda se sacudió el polvo y pensó en su venganza.

Un día después, visitó a un grupo de niños soldados que vivían en el tejado de una estación de tren abandonada. Eran huérfanos de guerra y máquinas de matar a quienes los señores de la guerra y otros captores les habían lavado el cerebro. Eran los vástagos de narcotraficantes y asesinos, ladrones y sicarios, y pasaban los días buscando comida, robando en las tiendas locales y masticando khat para matar el hambre.

El lunes siguiente por la noche, con la promesa de una parte del oro, allanaron las instalaciones del comerciante. El episodio fue breve, desagradable y brutal.

La refinería donde trabajaban y vivían el comerciante y sus empleados, una mansión reconvertida que ahora se estaba viniendo abajo, estaba mal vigilada. Dos centinelas roncaban en una cabaña, con un dóberman sobrealimentado durmiendo la siesta a sus pies. Los niños soldados simplemente entraron por la puerta principal, con Kalashnikovs a la cadera. No encontraron oro, pero se llevaron todo lo que había de valor: lámparas, un jarrón, un reloj, un par de zapatos, chucherías. Cuando giraron a la izquierda para asaltar la zona de trabajo de la refinería, oyeron un movimiento de pies. Un grupo de hombres se abalanzó sobre ellos con llaves inglesas, martillos y cuchillos. Resultó que la refinería estaba abierta por la noche y estos hombres estaban en medio de su turno.

El traqueteo de los Kalashnikovs y los gritos de los heridos resonaban en los pasillos. El propio traficante, Reuben Junior, un idiota pero no un cobarde, saltó de la cama y disparó con las dos manos una ráfaga de revólver hasta que una bala del Kalashnikov de un niño soldado le atravesó el brazo y lo envió en espiral de vuelta a su habitación. Los disparos rebotaron por todas partes, destruyendo los últimos vestigios de la mansión tal como había sido. Una lámpara de araña reluciente se estrelló contra el suelo, sus carámbanos de cristal crujieron sobre la alfombra, y el frente

de cristal de un armario georgiano explotó, destrozando la vajilla. Dos de los chicos fueron alcanzados, uno por Reuben Junior y otro por un martillazo, y cayeron como bolos, pero los trabajadores fueron aniquilados. Obligados a retroceder por el pasillo hacia la refinería, no tenían adónde correr, y los niños soldados los mataron alegremente.

La masacre terminó sólo porque en el segundo piso de la casa, el fantasma del viejo comerciante, Reuben Senior, caminó de puntillas por el borde de la barandilla, abrió su sonrisa de cocodrilo y voló hacia la refinería, asustando así a los niños soldados lo suficiente como para hacerlos correr.

Las urnas de oro fundido se mezclaban con sangre y los cuerpos temblorosos de los trabajadores colgaban de los bordes de las fundiciones como relojes blandos de Dalí. Un hombre yacía muerto en medio de un tumulto de vasos de vidrio, frascos y embudos Buchner, y su compañero estaba tendido junto al horno, con el casco todavía puesto y la piel empezando a burbujejar por el calor.

Cuando Fernanda se enteró de lo que habían hecho los muchachos, lloró durante una semana. Les había dicho que recuperaran su oro, no que mataran a todos.

“Eso es lo que pasa cuando sueltas a un perro salvaje”, dijo su madre. “Y ni siquiera te trajeron oro”.

El episodio no habría sido una Guerra de la Basura si no fuera por lo que sucedió después. Los niños soldados depusieron las armas. Asustados por el fantasma y por pensar en sus dos amigos muertos, se dirigieron al basurero y se unieron a los clasificadores de basura. Lo que no sabían era que Reuben Junior todavía estaba vivo y en busca de venganza. Cuando escuchó que los niños estaban trabajando en el basurero de Favelada, juró masacrarlos.

Y así se desarrolló la Cuarta Guerra de la Basura: ex niños soldados desarmados cortados en tiras por un ejército de mercenarios. Fernanda logró escapar escondiéndose en un desagüe (pues Fernanda se había vuelto experta en abrir las tapas y agacharse en un instante), mientras su madre se sentaba a salvo en la casa que había comprado con el oro de Fernanda, a una milla del vertedero. Reuben Junior, comerciante de oro, jugador pésimo, adorador de vaqueros, estafador y ladrón, se vengó, pero antes de que terminara el día él también estaba muerto, aplastado por una montaña de basura que se derrumbó sobre él. Y en ella, ni un solo rastro de oro.

Cuando lo encontraron, los clasificadores de basura le quitaron el cinturón y las botas y los vendieron por una fortuna, se embolsaron su pistola, le robaron el reloj y le dieron su sombrero Stetson a Fernanda la Mayor. El resto lo dejaron para los buitres.

Capítulo XXII

Nacho está sentado frente a un espejo en el salón de belleza de María. Es de mañana temprano y el salón aún no está abierto, pero se trata de una tarea especial. María se acerca con tacones de quince centímetros, una minifalda blanca y medias con costura. Se para detrás de Nacho. Busca su cabello como un niño podría buscar una serpiente dormida.

“¿Cuándo fue la última vez que te lo cortaste?”, pregunta.

“Creo que tenía unos treinta años. Tal vez hace cinco”.

“Dios todopoderoso. ¿Por qué se mantiene de pie?”

—No lo sé. Tú eres la peluquera.

Ella casi le acaricia el pelo con delicadeza, comprobando todos los ángulos, sin llegar a tocarlo, creando una imagen ideal de su cabeza en su imaginación, diseñando la arquitectura del pequeño lisiado que (a) lo hará parecer más un líder y (b) le asegurará una buena mujer. Pero no en ese orden.

Afuera, los pájaros vuelan y las alondras cantan en un cielo surcado de color rosa salmón.

—Bueno, allá vamos —dice ella respirando profundamente.

“No estás desactivando una bomba. Sólo la estás cortando”.

“Soy artista. No funciona así”.

Ella toma un par de tijeras, las deja, elige un par diferente, las deja, toma un peine y pasa sus uñas de una pulgada de largo pintadas de rojo a lo largo de los dientes. Crrrrrrrrrrrrrrrik.

“¿Qué estás haciendo?”, pregunta Nacho.

“Estoy calentando.”

“¿Eres así con todos tus clientes?”

“No eres un cliente, eres el hermano de mi marido”.

“¿Marido? ¿Hay algo que no sepa?”

—Cállate. Estoy pensando.

Él espera. Mira sus enormes pestañas.

Sus manos cuidadas por fin tocan su pelo. Es la primera vez que una mujer lo toca en una década. Comienza a cortar desde atrás. Frunce el ceño mientras trabaja y Nacho ve una profunda arruga vertical entre sus ojos que nunca antes había notado, y piensa: “Tiene mi edad o tal vez la de Emil. Ha perdido el rubor de la juventud. Sigue siendo hermosa, pero la belleza nunca perdura, y la de ella tampoco”.

Poco a poco, se va sumiendo en una ensoñación que le permite a su mente vagar por los caminos de Bieb ta 'Niket, los bares clandestinos de Zerbera (su lugar de la suerte), incluso por los rincones de la Casa de las Flores donde se arrastraban las cucarachas y el sol nunca brillaba. Luego, repasa las aperturas de ajedrez, enviando reinas en salidas solitarias y alfiles volando en diagonal hacia territorio enemigo.

María toma mechones de pelo de Nacho entre sus dedos y los corta lenta y metódicamente. El pelo cae sobre los hombros del babero que lleva Nacho. Cree que parece un monje con capucha. Solo le falta la capucha sobre la cabeza y podría irse a Solitario, vivir en una cueva y comer bayas por el resto de sus días.

“¿Quién es el recién llegado?”, pregunta María.

“¿Qué?”

“La habitación del chino. Hay alguien allí”.

“¿Cómo lo supiste?”

“Las noticias viajan rápido”.

Y Nacho piensa: “Tiene razón. Vivimos en una torre. Una historia puede llegar desde la planta baja hasta la sexagésima en unos dos minutos”.

“Dice que es médico. Su casa se quemó”.

“¿Le crees?”

“Estaba cubierto de hollín. Y no era minero, eso seguro. No duraría ni cinco segundos en una mina por la forma en que respiraba. Así que tal vez sea médico, tal vez no”.

“Escuché que tenía un aspecto espeluznante, como una araña. Pero fue el hijo de Layla quien me lo dijo, y a ella todo le parece espeluznante”.

“¿Cómo va el negocio?”

“¿Te refieres a aquí? Si no te cortara el pelo ahora, tendrías que esperar dos semanas. Así llevamos cuatro meses. Nos va bien. Quiero expandirme, pero no hay ningún sitio al que expandirme”.

Su mirada recorre la habitación, el emporio. Seis sillas giratorias, un escritorio para transacciones, armarios con frente de cristal llenos de productos de belleza y un centenar de adornos en los estantes. Es una colecciónista de vasijas de barro, jarrones diminutos, figuritas, azulejos, carteles antiguos. En la pared hay una foto enmarcada de ella a los veinte años, posando en un concurso de belleza, de cuerpo entero, bajo una luz intensa que la inunda desde arriba.

Nacho observa con curiosidad su paulatina transformación. Nunca había estado tanto tiempo delante de su propia imagen y, al no tener un espejo en su habitación, a veces se olvida de cómo es.

Cuando termina, María se aparta y admira su obra. Le quita el babero a Nacho y lo cuelga de un gancho.

—Ya está —dice—. Te ves bien. Ahora ve y búscate una esposa.

Abajo se oye un alboroto. Por un momento, cuando Nacho sale del salón de María, piensa que puede tratarse de un ataque a la torre. Intenta bajar rápidamente los cinco tramos de escaleras, pero sus muletas no se lo permiten y las escaleras están llenas de gente que se dirige al trabajo.

Cuando llega a la planta baja, la visión lo deja paralizado. En la plaza, una pandilla de hombres y mujeres lleva una

gran jaula de madera hacia la calle, sujetándola por dos largos puntales que son como árboles pequeños. Se ha reunido una multitud, abucheando, gritando y agitando los puños. En la jaula hay un hombre desnudo. Da vueltas y vueltas con puro miedo, agarrándose a los barrotes. Su cuerpo está sucio de hollín.

“Dimitri Abramov”, se dice Nacho.

Shivarov grita ahora, en ruso, húngaro e inglés, su rostro maniaco y aterrorizado es un rictus de miedo, pero su voz queda casi ahogada por los aullidos de los damnificados. Los niños arrojan piedras y puñados de polvo, y una mujer arroja un tomate que se estrella contra los barrotes de la jaula y hace volar las semillas.

Nacho observa a Don Felipe caminando detrás de la multitud.

“¡Don Felipe!”

El sacerdote no lo escucha.

“¡¡Don Felipe!!”

Se da la vuelta, con expresión resignada y vacía, y se detiene para dejar que Nacho lo alcance.

“¿Qué pasa?”, pregunta Nacho.

“Shivarov.”

Pasa un momento. Las nubes rosadas se han dispersado y ahora el sol brilla.

“Imposible”, dice Nacho. “Es un mito”.

“Está en la jaula. Tiene seis dedos en cada mano y una caja de herramientas. Es él. Intenté detenerlos. Creo que lo van a quemar en las puertas”.

“¿Por qué quemarlo? Sé que era un fabricante de lisiados, pero la gente le pagaba. Era su trabajo”.

“Lo importante no es lo que hizo o dejó de hacer, sino lo que representa. La gente le tiene miedo. ¿Qué hacemos con las cosas que tememos? Las matamos”.

Detrás de ellos aparece la mujer con el perro en una carretilla, pero esta vez ha dejado atrás al perro y la carretilla.

Ella los llama por encima del hombro: “Ustedes no lo entienden. Ninguno de los dos”.

Nacho y el cura se giran para mirarla y ella camina con ellos.

–No era solo un fabricante de lisiados –continúa–. Fue un torturador del gobierno durante las Guerras de la Basura.

Mutilaba a la gente para obtener ganancias. –Luego mira directamente a Nacho–. Dejaste que el diablo entrara en nuestra casa.

El tráfico se detiene y los conductores de coches, los mozos de rickshaw, los camioneros y los ciclistas contemplan el terrible espectáculo. Shivarov despotrica como un loco, arrastrado por el corazón de la ciudad en una jaula de madera, con un animal golpeando los barrotes. Una jauría de perros salvajes que vive en la calle Roppus percibe el olor del escándalo y corre tras la procesión.

Como sugirió Don Felipe, llegan hasta las cinco cabezas de piedra y allí comienza un juicio simulado. Un hombre negro y alto llamado Jeremías, con un collar de dientes de serpiente, encabeza la acusación. El grafitero. Nacho lo ha visto muchas veces, aunque el hombre no vive en la torre.

Bajan la jaula a la calle. Jeremías trepa hasta la cima plana de la cabeza de piedra que está en el centro. Su voz es tranquila.

“Todo lo que has oído sobre este hombre es verdad. Se llama Shivarov. Es un torturador y un hacedor de lisiados. Los pecados que este hombre perpetró sobre la humanidad no tienen comparación. Todos habéis oído las historias. Cortaba a la gente en pedazos. En la última guerra se puso del lado de los soldados y les rompía los huesos a las personas. Claro, está sentado frente a nosotros ahora

mismo mirándome con malos ojos, pero no tengo miedo. Ya no tengo miedo de ti porque hemos ido y hemos demostrado que eres humano como el resto de nosotros. ¿Tienes un corazón que late en tu pecho? Seguro que sí. ¿Tienes una mente? Seguro que la tienes. Lo único que no tienes es un alma porque se la vendiste al diablo, ¿entiendes lo que digo? Ahora estoy seguro como un perro es un perro de que hay algunos de ustedes por ahí que conocen a alguien afectado por el trabajo de este hombre. Tal vez un amigo. Tal vez un vecino. Tal vez sea alguien que ni siquiera conoces, un tipo inocente que ves tirado en la calle. Pero Shivarov le puso la mano encima y lo cortó en pedazos. Por todo eso y más, Shivarov tiene que morir”.

La multitud aplaude y se oyen gritos de “¡Sí!” y una voz resuena fuerte y clara: “¡Cuélguelo!”.

Ante su insistencia, Don Felipe es ayudado a subir a la cabeza de piedra central y le dice a la multitud que ellos mismos, damnificados y todo, no son asesinos. En cambio, deberían encarcelar a Shivarov para siempre.

Y luego es el turno de Nacho.

“Hizo cosas terribles. Todos lo sabemos. Pero que lo matemos por las cosas que hizo no es justicia. Tampoco lo es meterlo en prisión. Será asesinado por los otros reclusos en cuanto sepan quién es. En lugar de eso, deberíamos enviarlo a Solitario. Allí pasará el resto de sus días

reflexionando sobre las cosas que ha hecho. Cumplirá su penitencia solo y nunca regresará”.

“¿Por qué deberíamos perdonarlo?”, grita alguien.

—Porque somos misericordiosos —responde Nacho—. ¡Cubridlo! No es un animal. No debería estar en una jaula, haya hecho lo que haya hecho.

Alguien pasa un puñado de trapos entre los barrotes de madera y Shivarov se viste.

“Ya he dicho lo que tenía que decir. Ya habéis oído a Jeremías y a Don Felipe también. Ahora tomad vuestra decisión”.

La multitud murmura, susurra, conversa en grupos. La decisión se somete a votación mediante un simple levantamiento de manos y, para sorpresa de Nacho, todos están de acuerdo con su idea. Jeremías estrecha la mano de Nacho y con la otra le toca el hombro y se aleja sin decir palabra, dejando a Nacho a cargo de organizar la salida de Shivarov.

En veinticuatro horas, Shivarov se dirige a Solitario. Lo visten, lo bañan y lo esposan. Sus herramientas se funden y se revenden como chatarra, y su caja de madera se quema junto a las cabezas de piedra. Mientras arde, los presentes juran que ven mil almas elevándose entre el humo: los espíritus de aquellos a quienes mutiló.

Cuando Nacho vuelve a la torre le duele la cabeza. Al pie de la torre, don Felipe dice: “Pensé que lo iban a atar a una estaca y a quemarlo”.

“Somos damnificados, no bárbaros”, dice Nacho. “La justicia lo es todo”.

Se despide de Don Felipe y sube con esfuerzo las escaleras.

–Nacho –grita Don Felipe–. Apenas te reconozco. ¿Ha cambiado algo?

“Corte de pelo. Esta mañana.”

“Ahhh.”

“Pero parece que fue hace semanas.”

–¿Shivarov? –pregunta Emil–. ¿Quieres decir que es real?

Emil ha regresado de dos días de trabajo en Zerbera.

–Ah, sí –responde Nacho–. Como ya te he dicho, estuve una noche en la torre.

“¿Tenía cuernos en la cabeza?”

–No, pero tenía seis dedos en cada mano.

Están en un café cerca de la torre. Una camarera les sirve café espeso en vasos diminutos. Frente a ellos, se oye el ruido de una partida de backgammon: dos hombres que fuman shishas mientras juegan y un perro dormitando atado a la pata de la mesa. Un ventilador zumba en el techo y una bandada de moscas baila en su estela. Todo el lugar parece medio dormido.

Emil añade un montoncito de azúcar que forma un sedimento en el fondo de la taza. Nacho se pone la mano bajo la barbilla, observa los retratos decimonónicos de las paredes y dice: “¿Crees que Torres atacará? ”

—Claro. Tú eres quien sabe de historia, pero mira lo que hizo su padre, su abuelo y su hermano. Toda la familia. Se apropián de todo lo que pueden. Y creen que la torre es suya. Pronto vendrá a visitarnos. Y entonces la única pregunta será cuánto tiempo nos queda en la torre.

El perro atado a la pata de la mesa empieza a lamerse las partes bajas. Su dueño pierde la partida de backgammon y maldice en árabe. Reinician y empiezan de nuevo, tirando los dados como si fueran atletas olímpicos, con una sacudida y un gesto.

“No es como una inundación”, dice Emil.

“Ya lo sé. La próxima vez no más agua, sino fuego”.

“¿Qué?”

-Ah, nada. Una canción que escuché una vez en Zerbera.

“¿No puedes usar tus contactos para mantenerlo alejado? Conoces a algunos peces gordos, ¿verdad?”

“Lo máximo que puedo hacer es conseguir agua gratis. El poder cambia de manos todo el tiempo. Siempre ha sido así. Un día estoy haciendo una traducción para un embajador, al día siguiente lo despiden y vive en una granja en el fondo de la nada. Si conociera a alguien que pudiera detener a Torres, se lo habría preguntado hace meses. Y no habría ido a Solitario”.

Los jugadores de backgammon se enzarzan en una discusión llena de gesticulaciones y amenazas. Mientras tanto, el perro sigue lamiéndose y Emil y Nacho pagan y se van. Al cerrar la puerta, se oye un ruido metálico como el de un cencerro con un pulgar vendado como badajo.

Capítulo XXIII

Nacho está despierto en la cama. El ruido de la moto que ayuda a la gente a subir y bajar las escaleras de la torre ha cesado. Los gemelos, que llegaron borrachos y cantando en alemán, se han ido hace rato, han pasado al país de los sueños, con la boca abierta y roncando. El único sonido que se oye es el zumbido del ventilador de Nacho, un aparato portátil blanco que se encuentra en un rincón de la habitación. Como Nacho, tiene una sola pata sana y amenaza constantemente con caerse.

Cuando no puede dormir, se dedica a su trabajo de traducción, el más aburrido que puede encontrar: un contrato comercial, un manual técnico. Una vez, en los primeros tiempos, se dedicó a un libro de poemas que le pagaban por traducir, con la esperanza de que eso curara su insomnio. A medida que empezó con el original en francés,

se sintió gradualmente fascinado por los poemas y se quedó despierto toda la noche para terminar el trabajo. Volvió a la cama cuando salía el sol y durmió profundamente hasta que lo despertaron el primer ruido del tráfico, los primeros bocinazos, los primeros ladridos de perros lejanos.

Son casi las tres de la madrugada. Renunciando al sueño, se levanta lentamente, desgarbado, y cojea hasta su mesa sin muletas. La mesa es multiusos: un lugar para comer, trabajar, conversar, entretener y jugar al ajedrez en las raras ocasiones en que puede convencer a Don Felipe de que se siente y luche con él.

“Juegas como un conquistador”, dijo una vez el anciano sacerdote. “Siempre al ataque”.

“Lo aprendí en la calle”, respondió Nacho.

Había aprendido observando a los hombres –siempre hombres– en un parque de la ciudad de Ajedrez, a trescientos kilómetros al norte de Favelada. Jugaban con cronómetros que golpeaban con la palma de la mano cada vez que les tocaba el turno. Cada jugador tenía diez minutos en total y su cronómetro se agotaba como una bomba de relojería.

Nacho había sido enviado a Ajedrez para interpretar en un simposio de negocios. Como el trabajo era agotador, los intérpretes tenían largos descansos, por lo que Nacho se

paseaba por los parques bañados por el sol, y fue allí donde vio por primera vez las filas de hombres sentados uno frente al otro, en las mesas, haciendo sonar sus relojes. Se reunían pequeñas multitudes alrededor de las mesas. Los jugadores parecían apenas un paso por encima de los damnificados. Vestían abrigos largos y grises y chaquetas deshilachadas en pleno verano, y sus rostros tenían el aspecto curtido por el sol y desgastado de la gente de la calle. Sus partidas se jugaban a un ritmo slam-bam y a Nacho le encantaba el repiqueteo de las piezas y luego el golpeteo de la manecilla en el reloj.

El ajedrez le parecía a Nacho una extraña religión oriental: sus rituales indescifrables, sus pausas meditativas, sus afirmaciones graduales de poder. Y le encantaba volver a aprender un nuevo idioma, un idioma de riquezas como el zugzwang, el trabuquete, la coronación y el patzer¹⁷. Sólo

17 Zugzwang es una palabra alemana que significa "obligación de mover". Es una palabra que utilizamos en el ajedrez cuando un jugador preferiría pasar su turno pero no se le permite hacerlo.

La palabra trébuchet es un tecnicismo en el ajedrez. La situación llamada trébuchet es una posición de zugzwang recíproco (cuálquiera de los dos bandos pierde si es su turno, y gana si es turno del contrario); se produce en ciertos casos, al maniobrar los reyes en finales de peón contra peón, ambos bloqueados en la misma columna.

La coronación es una ley que requiere que un peón que alcance la octava fila sea reemplazado por un alfil, caballo, torre o dama del mismo color, a elección del jugador.

También conocido como ataque de la dama malvada, apertura Danvers o apertura del novato (Patzer opening o Patzer-Parham opening), es una apertura abierta de ajedrez.

mucho después, uno de los jugadores con los que se hizo amigo le dijo que el juego era feudal, un microcosmos de las relaciones de dominio y opresión que todavía manchaban el mundo. Los peones eran enviados a morir primero. Eran los prescindibles, los secuaces, los chivos expiatorios, con una movilidad insignificante y sin posibilidades de gloria. Eran soldados de a pie cuyo papel era proteger al rey y a la reina, al alfil y al caballo.

“El ajedrez es una guerra sin sangre”, dijo el jugador con el que se había hecho amigo.

En ese parque, Nacho vio una vez el equivalente al hara-kiri, cuando un rumano obeso levantó su gigantesca mano y, sin el menor atisbo de emoción, derribó a su propio rey de una manera que decía: “Esto es inevitable. He llegado al final. El rey debe morir y su muerte será la caída de una pluma”. Vio a un astuto indio de Chandigarh echarle el mal de ojo a su oponente israelí, que cayó hecho pedazos y comenzó a llorar. No fue un escándalo: los espectadores simplemente se marcharon a otra mesa. Vio también a un jugador levantarse como las furias, a mitad de la partida, y desenvainar un khanjar, la daga curva de los omaníes, y amenazar con destripar a un espectador que le había estado apuntando a los ojos el reflejo de un vaso de bebida.

Nacho piensa en estos tiempos, deja a un lado su ajedrez y pasa las manos por un montón de papeles: las traducciones que tiene que hacer: un informe empresarial en italiano, las

instrucciones de una lavadora en francés y un artículo científico en español. Elige las instrucciones. Son sencillas. No hay voz humana en su redacción, ni ironía, ni curiosidad ni carácter, solo una descripción directa de cómo hacer funcionar una máquina. Esto se adapta perfectamente a su mente de las tres de la mañana. Se pone a trabajar y termina el trabajo a mano a las tres y cuarenta y cinco, lo escribe en su máquina de escribir Hermes, golpeando el rodillo con un ruido sordo y un tintineo al final de cada línea, y vuelve a la cama.

Sueña con ajedrez.

Amanece con el sonido de las perforaciones y el tráfico. Están destrozando la calle frente al monolito, haciendo algo nuevo. El estridente traqueteo se ve acentuado por los gritos de los trabajadores, una turba heterogénea de gruñones morenos. Para los trabajos más serviles, forman cuadrillas en la esquina de la calle Haggalak a las cuatro de la mañana y esperan ser seleccionados personalmente por el capataz, un ex-damnificado brusco con un tatuaje de serpiente deslizándose por su brazo. Trabajan por la mañana y por la noche para evitar el pleno impacto del sol.

El tiempo ha cambiado. Bajo el cielo brumoso, el calor flota en el aire sin viento, y en todas las habitaciones de la torre las familias instalan ventiladores que piden prestados o

roban de desguaces y polvorrientas tiendas llenas de artículos usados. Pero cuando todos los ventiladores están encendidos, con los televisores y las luces chillando y brillando, y las máquinas eructando y resoplando, la energía en el monolito se corta. Sin previo aviso, el zumbido que mantiene vivo el lugar se apaga en un abrir y cerrar de ojos y seiscientos televisores se apagan de repente. Peor aún, los refrigeradores se quedan sin energía. Peor aún, los secadores de pelo de María se apagan. Ella grita a la torre, a sus trabajadores, a todo el Cielo y la Tierra.

Afortunadamente, Laloo sabe cómo recuperar la electricidad y lo hace. Sin embargo, Nacho decide idear un sistema para reducir los cortes de luz. Se trata de que los pisos pares se abstengan de usar demasiada electricidad a determinadas horas del día, y los pisos impares hagan lo mismo en diferentes momentos. Los damnificados comienzan a quejarse de inmediato.

“¿Por qué deberíamos *apagar* el televisor?”

“¡Ahí es cuando pasan las mejores telenovelas!”

“¡Es una conspiración!”

“¡No es justo! ¿Por qué *su* piso no tiene electricidad?”

“¡Deberían arreglar la maldita electricidad!”

“¿Y ahora qué? ¿No habrá agua? “

“Más reglas y normas. El que tiene problemas de electricidad *es Nacho* ”.

“¡Es un dictador!”

“¡Está intentando engañarnos!”

Nacho pide a los representantes de cada piso que expliquen con paciencia que en un sistema de turnos todos ganan y que nunca se va la luz, que todos pueden usar sus ventiladores todo el tiempo y que, en cualquier caso, tienen electricidad gratis las 24 horas del día, y que una vez que la ola de calor se calme, todo volverá a la normalidad. Y aún así, las quejas resuenan desde el sótano hasta el piso superior hasta que, al final, todos se acostumbran al sistema y olvidan que hubo un apagón en primer lugar, porque el tiempo tiene una forma de embotar la memoria.

Nacho se ocupa de sus traducciones porque el dinero escasea, se junta con su hermano y juega al ajedrez con Don Felipe. Trabaja en la cocina, lee cuando tiene tiempo, da clases, resuelve una disputa sobre una pared compartida que se reparte de forma desigual.

Cansado de estar encerrado en su habitación bajo un calor terrible, empieza a dar paseos regulares por la mañana y por la tarde. Ve cómo el jardín de la torre empieza a florecer y el patio de recreo, frecuentado por grupos de niños que corren de un lado a otro, con sus padres sentados en mesas a la

sombra. Emil, con las extremidades sueltas y con ganas de acción, le acompaña.

“¿De dónde han salido todos estos niños?”, pregunta. “Dios mío. Algunos de ellos incluso tienen ropa puesta”.

Unas semanas después de la ola de calor, corre el rumor de que las cinco cabezas de piedra están empezando a desmoronarse, que se quemaron por dentro y ahora se están desintegrando. Nacho da un paseo con Emil y el perro de María hasta las puertas de la ciudad. Las cabezas de piedra siguen en pie como antes, con los rostros vacíos y planos como los kouroi¹⁸. En sus bases hay flores, trapos, mantas, las brasas de las hogueras.

Nacho no lo sabe y Emil no lo sabe, pero estos serán los últimos días de paz.

18 Los kuroi, esculturas típicas del arte de la Grecia Antigua. Son representaciones masculinas en las que se muestra el ideal de perfección física del hombre de la época.

Capítulo XXIV

Una noche caliente, Nacho recibe a un invitado inesperado. Está profundamente dormido cuando el invitado aparece de alguna manera a su lado. En la oscuridad, recortada contra la tenue luz que entra por las rejas de la ventana cerrada, el invitado es una silueta, inmóvil como la Muerte. La figura es ancha y fuerte. El hombre se sienta al pie de la cama, que en realidad es un jergón sobre zancos en miniatura, y observa su entorno. Ve los muebles modestos, el estante lleno de libros. Huele el aire –mohoso, enmohecido– y se dice a sí mismo: “No es gran cosa para un gran líder. Es el cuarto de un sirviente”.

De repente, el Pequeño Lisiado se despierta y ve a un intruso a menos de un metro de distancia.

“¿Quién eres tú?”, pregunta Nacho.

“Torres.”

“¿Cuál?”

—No nos conocemos. Pero ya conoces a mi hermano. Al parecer, lo asustaste muchísimo. No lo hemos vuelto a ver desde entonces.

El hombre deja escapar un suspiro, una expresión de diversión por el destino de su hermano.

“¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste?”

“Es mi torre.”

A Nacho le llama la atención la tranquilidad de la voz del intruso, un cálido barítono. Le llaman Mayhem (Caos), pero su voz es de seda.

“*Era tu torre*”, dice Nacho. “Luego la tomó el gobierno. Y luego la tomamos *nosotros*”.

“Bueno, no estoy aquí para discutir semántica, orígenes y leyes de propiedad”.

“¿Por qué *estás* aquí? Es tarde. O temprano”.

“Digamos que mi familia tiene asuntos pendientes con esta propiedad. Usted y los ocupantes deben irse”.

“¿Y si no lo hacemos?”

-Los mataré a todos, pero preferiría no hacerlo. Esta zona tiene una historia de derramamiento de sangre. Aquí ha habido suficiente guerra, suficiente carnicería. Preferiría que se fueran en paz. ¿Qué dicen?

“No.”

“Respuesta incorrecta.”

“Esta es nuestra casa.”

-No, no lo es. Esta es *mi* casa y la estás ocupando ilegalmente. Dime, Nacho, ¿qué harías tú si estuvieras en mi lugar? ¿Si la propiedad familiar hubiera sido robada y ahora estuviera siendo ocupada ilegalmente?

“La propiedad se construyó ilegalmente en primer lugar, mediante asesinatos, sobornos y esclavización de los débiles. Y la tierra fue robada. Si yo estuviera en tu lugar, le daría gracias a Dios por haber vivido una buena vida, por tener ya un techo sobre mi cabeza y por marcharme y vivir como un hombre honesto por el resto de mis días”.

“Un sueño hermoso. Y admiro tu coraje. Pero eso no te salvará. Tengo un ejército. Te haremos volar a ti y a tu supuesto hogar en pedazos. No soy mi hermano. Soy más inteligente y estoy mejor organizado”.

“¿Por qué destruirías el edificio? Acabas de decirme que querías la torre”.

—La torre es un desastre. No me importaría que se cayera mañana. Es el terreno. Estamos en el centro de la ciudad. Tú lo sabes. Esta será mi base. Soy un hombre de negocios, un político y un general. Te voy a dar dos semanas. Hay lugares en Blutig, Oameni Morti. Hay una torre abandonada en Fellahin, con unas trescientas o cuatrocientas viviendas si vivís encerrados como animales. Coge a tu gente y llévala a otra tierra prometida. Esta es mía y no la voy a compartir. No quiero derramar más sangre. Pero soy un Torres, y cualquier horror que mi familia haya infligido a la gente a lo largo de los años, no será nada comparado con lo que te haré si te quedas.

—Ya has derramado sangre, chino.

“No fui yo. Uno de mis oficiales perdió el control. Pido disculpas”.

Espera que Nacho responda. Espera y espera, pero el Cojocito permanece impasible. Se sienta tranquilamente en su cama esquelética, se queda quieto en tranquilidad. Se miran el uno al otro.

Torres dice: “He oído que eres ajedrecista. Esto es el equivalente a un jaque mate”.

Nacho permanece en silencio. Torres abre la puerta y sale con un paso ligero que desmiente su corpulencia.

Mientras los últimos ecos de los pasos del intruso se desvanecen en la noche, Nacho lucha por salir de la cama. Se alborota el pelo, se frota los ojos. Todo el intercambio duró apenas dos minutos, y se pregunta si estaba soñando. Pero su puerta está entreabierta y persiste el leve olor a humo de cigarrillo, el olor de los dictadores de todo el mundo. ¿Cómo entró?

Nacho se viste, baja las escaleras cojeando, divisa unas cuantas estrellas en la oscuridad de la noche y mira a su alrededor. Los guardias se han ido. No hay nadie a la vista. Mira hacia los pisos superiores de la torre. Hay algunas luces encendidas, pero ¿dónde están los centinelas, los vigías con sus binoculares? Piensa: “El calor nos ha sumido en un largo sueño. Hemos olvidado a nuestros enemigos. Hemos olvidado todo. Estamos en Lethe, el río del olvido, y nuestro barco se aleja a kilómetros de la orilla”.

Deambula por el perímetro de la torre. Un perro sarnoso lo mira y se aleja a paso lento. Un ratón se escabulle por un agujero en la pared. El patio de juegos de los niños, con sus superficies relucientes en la oscuridad, adquiere una forma pura, como una exhibición de esculturas modernistas en bronce y piedra.

Vuelve a su habitación, pone una cacerola con agua en el fuego y prepara café. Lo bebe de una taza deportillada que alguien le regaló hace años y se sienta junto a la ventana, esperando los primeros albores de luz. Piensa en lo

indeciblemente hermoso que es el amanecer, junta las manos como si estuviera rezando y apoya la cabeza sobre los dedos. La familia Torres otra vez. La gran serpiente de cien cabezas del Edén.

El día empieza a cobrar vida, pero más tranquilo de lo normal porque es domingo y el tráfico es tranquilo. Lo primero que hace Nacho es averiguar quién estaba de guardia la noche anterior. Los dos hombres no aparecen por ningún lado.

“Torres debe haberlos capturado”, dice Emil, sentado a la mesa de María. Pican un plato enorme de huevos fritos en aceite de oliva que María trajo, los sirven con el tenedor y limpian la yema con trozos de pan.

–O les pagó. ¿Cómo sabía Torres cuál era mi habitación?

“Tal vez te estaba espiando.”

–No. Es un Torres. No importa que pueda hablar con frases completas. Si quiere algo, simplemente derribará la puerta. Así que tal vez alguien se lo dijo.

Más tarde, los hermanos se enteran de que el cura ha desaparecido. Nacho llama a la puerta de don Felipe. No hay respuesta. Vuelve a la habitación de María y le dice a Emil:

“¿Cómo sabía Torres que juego al ajedrez? Don Felipe es la única persona con la que juego”.

“Tal vez el juego de ajedrez estaba en tu escritorio”.

“No lo estaba.”

“¿Crees que Torres llegó al cura? Hoy estás lleno de teorías conspirativas. Pensé que el viejo era tu amigo”.

–No, en realidad no. No confío en él.

“¿En quién confías?”

“Nadie fuera de esta habitación.”

Por la tarde, Nacho y Emil visitan a Laloo. Abre la puerta con aspecto desaliñado. Incluso con tres ventiladores a toda marcha detrás de él, está cubierto de una pátina de sudor que hace que su escuálido torso brille. Se seca la frente.

“¿Hola?”

“¿Podemos entrar? ¿Salir del calor?”

–Sí, pero no hay dónde sentarse. ¿El suelo está bien?

Vive, como Nacho, en una habitación. Todas las superficies (la cama, una mesa y una silla) están cubiertas de cables, muelles, artilugios, mandos a distancia, tornillos, clavos, arandelas, discos de metal y piezas desguazadas de

aparatos, cosas para las que todavía no se ha inventado ningún nombre. Un gran trapo manchado de grasa y aceite yace en el centro del suelo, y Laloo lo arrastra hasta un rincón y les hace señas a los hombres para que se sienten en el suelo.

“Necesitamos que inventes algo”, dice Nacho.

Laloo parece temeroso y baja la mirada hacia sus rodillas.

—No sabemos qué es lo que queremos que inventes —continúa Nacho—. Estamos desesperados. En dos semanas viene Torres Junior con un ejército para echarnos de la torre. No tenemos defensa. Pocas armas. Sólo las que dejó el último ejército de Torres y un par de mosquetes antiguos. Menos aún son los hombres que saben usarlas. Menos aún los que tienen el valor para luchar. Tu padre era Naboo Laloo, ¿no?

“Sí.”

“¿No querrías inventar cosas como hizo él?”

“No.”

Nacho mira alrededor de la habitación.

“Parece que ya estás inventando algo.”

“Esto es sólo un hobby. No soy un inventor. Realmente no puedo...”

Necesitamos un arma de guerra. Ven con nosotros.

Los tres hombres bajan por las escaleras exteriores del edificio hasta llegar a la plaza. El calor de la tarde es agobiante, pero lo ignoran. Caminan por el perímetro de la plaza y en su mente Nacho ve un tablero de ajedrez, visualizando las filas de soldados apiñadas contra él. La infantería al frente, peones prescindibles. Los cañones grandes listos para disparar en la retaguardia.

–¿Qué ves? –le pregunta Nacho a Laloo.

“Un patio de juegos. Un trozo de tierra. Algunos arbustos”.

–Míralo más de cerca –dice Nacho–. Piensa que es un campo de batalla. Nosotros estamos dentro de la torre. Ellos están aquí afuera. ¿Qué ves?

“No veo nada, te lo digo.”

“Mira con más atención”, dice Emil.

“La única ventaja que tenemos”, continúa Nacho, “es que conocemos el terreno mejor que ellos. Y los estaremos vigilando desde arriba. Tenemos la gravedad de nuestro lado. Si atacan, tenemos que estar preparados y tenemos que tener un plan”.

“Soy electricista”, dice Laloo.

“Pero tú llevas el genio en la sangre”, dice Nacho.

“¿Habrá otra Guerra de Basura?”, pregunta Laloo.

“Sí”, dice Nacho. “Si queremos quedarnos aquí, tenemos que luchar”.

“No puedo. Las guerras destruyeron a mi padre”.

“Tu padre es una leyenda”, dice Nacho.

Laloo empieza a temblar. “Las Guerras de la Basura destruyeron a mi familia. Mi padre se volvió loco. Empezó a beber. Murió solo en la miseria. Me iré de este lugar”.

Parece estar a punto de echarse a llorar, así que Nacho le hace un gesto con la cabeza.

“Está bien. Podemos volver más tarde. Pero necesitamos tu ayuda”.

De vuelta en la habitación de María, los hermanos se sientan a la mesa y reflexionan sobre qué hacer. El perro entra desde el salón y empieza a ladrar. Emil lo coge en brazos, intenta calmarlo, pero no lo consigue y lo echa por la puerta.

“Ahí tienes, perro del infierno. Corre por ahí. Haz lo que puedas. Ve a morder a algunos niños”.

“¿Qué vamos a hacer?”, dice Nacho.

“Haz café.”

“¿Dónde está María? Quizá tenga algunas ideas”.

“Está de compras o algo así. Se ha ido a comprar unos tacones nuevos o alguna baratija inútil para el aparador. Es una burguesa. Necesita todas esas *cosas*”.

“Es domingo.”

–Los domingos las tiendas abren. Eres medieval, Nacho.

“Necesito salir más. ¿Qué vamos a hacer?”

“Prepara una trampa”, dice Emil. “Coloca minas. Llega Torres y ¡boom! Todos sus hombres mueren y vivimos felices para siempre”.

“Nuestra propia gente activaría las trampas explosivas. No podemos acordonar la plaza. Los niños juegan allí. La gente va a trabajar”.

“Está bien. Llama a todos tus contactos. Forma un ejército con Fellahin, Minhas, Oameni Morti, Sanguinosa, Agua Suja. Hay millones de damnificados. Reúnelos”.

“¿Por qué arriesgarían sus vidas por nosotros? La mitad de ellos se están muriendo de hambre. ¿Y cómo vamos a ganar

una batalla campal contra un ejército real? Las calles correrían en sangre”.

“Llama a tus peces gordos, a ese embajador para el que trabajaste, pídeles ayuda”.

“El embajador es un hombre mayor. Está jubilado. Se sienta en su terraza a beber mojitos mientras sus nietos le hacen cosquillas en los dedos de los pies”.

“Tienes otros contactos, ¿verdad?”

“Los burócratas de bajo nivel no pueden tocar a Torres”.

“¿Y qué pasa con los cárteles? Están armados”, dice Emil.

—¿Te refieres a los íberos? ¿Los tipos a los que les robaste el caballo? ¿Por qué iban a protegernos?

“De acuerdo. ¿Qué tal Las Bestias?

“¿Qué?”

“Las Bestias de la Luz Perpetua. Todavía están en Spazzatura, ¿no?

“Son agricultores y caldereros. Hijos y nietos de guerreros. ¿Por qué iban a...”

“Lo entiendo. ¿Por qué alguien querría ayudarnos?”, dice Emil.

El agua silba en la tetera y Emil se levanta, prepara dos tazas de café. Echa un montón de azúcar en ambas con una cuchara de madera. Remueve. Las trae lentamente, mientras el vapor sigue subiendo. Las coloca sobre manteles individuales en la mesa: miniaturas impresionistas, una bailarina de Degas y un río de Monet.

—Nacho —dice—, no se me ocurre ni una sola forma en que un grupo de damnificados pueda derrotar a un ejército entrenado.

Si me lo preguntas, vamos a perder. Pero quizá deberías hacer lo que siempre hacías, que es ir a la biblioteca y hacer una investigación. Averiguar cómo los desvalidos vencieron a las probabilidades a lo largo de la historia. No me refiero solo a las Guerras de la Basura, me refiero a todo el mundo. ¿Cómo esos hombres blancos superados en número vencieron a los zulúes y todo eso?

“¿Te refieres a Rorke's Drift¹⁹? ”

“Como se llame.”

“Tenían armas de fuego y los zulúes tenían lanzas”.

19 La batalla de Rorke's Drift fue uno de los enfrentamientos de la guerra anglo-zulú. En ella, apenas 150 soldados británicos defendieron con éxito una estación misionera situada junto a un vado del río Buffalo, en la provincia de Natal (Sudáfrica), frente al ataque de más de 3000 guerreros zulúes los días 22 y 23 de enero de 1879.

“No me interesan los detalles. Solo hay que averiguar cómo ganó el equipo menos favorecido”.

Nacho sorbe su café y se quema el labio.

Emil dice: “Lalloo no va a aportar nada. ¿Qué nos queda? Tienes que ser tú. Tú eres el líder. Pero entonces tienes que preguntarte: ¿vale la pena que todos mueran? Tengo un trabajo esperándome en Ferrido, construyendo barcos. Estoy a un viaje en tren de la seguridad. Y tú puedes ir a cualquier parte: eres un traductor. No necesitas ser un mártir de guerra”.

Nacho sopla su café esta vez y siente el líquido dulce y caliente en su lengua. Su rostro se vuelve cansado, sus años aparecen de repente en cada poro de su piel donde una vez fue un niño.

—Lo sé. Quizá tengas razón. Lo pensaré. Son las personas. Son damnificados.

“Son sólo personas. Déjales que resuelvan sus propios problemas. Encontrarán una manera”.

La puerta se abre y María entra pavoneándose como una reina de belleza de dieciséis años, con unas gafas de sol en forma de corazón en equilibrio sobre la cabeza y unas pestañas como un par de peines pegadas a los párpados. Les dedica una sonrisa italiana sin alegría, se bebe el resto del

café de Emil de un trago, lo besa en la boca y desaparece en el baño. Regresa un minuto después, perfumada y renovada.

Prepara más café y se sienta a la mesa, con la mano sobre la pierna de Emil. Los hermanos le cuentan lo que ha sucedido y ella se encoge de hombros.

“Esto es Favelada. Todo se puede comprar. Todo tiene un precio, incluido Torres. Contrata a un sicario. No. Contrata a diez sicarios. Diles el número que aparece en la cabeza de Torres. El primero que te traiga el dedo de Torres con el anillo de la familia todavía puesto se lleva el dinero. Como decía mi abuelo: no hay nada más fácil que matar a alguien”.

Emil asiente.

“Por la espada se vive y por la espada se muere”.

Nacho dice: “¿Cómo llegaríamos hasta Torres? Probablemente vive en una fortaleza”.

—Probablemente —dice María, sosteniendo su café en ambas manos.

Nacho sacude la cabeza y piensa: “No soy un hombre de guerra. No tengo dotes para ello”.

Capítulo XXV

Con Emil a su lado, Nacho busca lugares alternativos donde vivir. Toman taxis hacia el oeste de la ciudad, más allá de los vertederos de basura y la mina de plata en desuso, esa gran hendidura en la tierra. Deambulan por un zoológico abandonado y contemplan los enormes recintos de hormigón, las puertas oxidadas de las jaulas golpeando contra las jambas, las capas de hiedra cayendo sobre las guaridas como cascadas.

“¿Podríamos vivir aquí?”, pregunta Nacho.

“¿Enjaulados? Esto es el infierno en la Tierra”.

Recorren los pasillos de piedra agrietada en busca de una base, un centro donde un hombre pueda descansar la cabeza. Mientras caminan, leen las placas descoloridas y los

grafitis garabateados en las paredes del recinto, y escuchan el crujido de las hojas donde antes retozaban los monos.

Encuentran la salida y toman un autobús hasta Oameni Morti. Dan un paseo corto por un valle dominado por un barrio de chabolas, con casas de madera todas torcidas pero extrañamente hermosas bajo el sol. Llegan a una fábrica de ropa abandonada, un rectángulo gigante con techo de hojalata. Hay carteles que dicen “Prohibido el paso” en seis idiomas, pero entran de todos modos, apretujándose entre puertas de hierro cerradas. La entrada, una puerta enorme, está cerrada con candado, así que Emil salta una valla en la parte trasera del edificio, trepa hasta el techo y entra por un tragalujo roto. Regresa dos minutos después.

“Es una colonia de murciélagos”, le dice a Nacho. “No se ve el techo. Ese lugar estará enfermo durante mil años”.

Ellos siguen adelante.

Se suben a una camioneta de un panadero hasta Agua Suja, y luego a otra camioneta de un granjero hasta las afueras y se bajan en las ruinas de una mansión convertida en refinería de oro. La maleza trepa por las paredes y el techo está hecho pedazos, con grandes agujeros por donde revolotean las palomas.

—Espera —dice Nacho—. He visto este lugar en los libros. Aquí es donde empezó la Cuarta Guerra de la Basura. Está en el tapiz de Zeffekat.

“¿Y qué?”, dice Emil. “Entremos”.

“Aquí es donde los niños soldados mataron a tiros a los hombres de Reuben el Vaquero”.

Entreabren la puerta y entran. Lo primero que ven es un desastre de cristales rotos, una lámpara de araña destrozada sobre la alfombra desgastada. Caminan alrededor y ven manchas de sangre antiguas que ahora se han vuelto negras en las paredes y el suelo. Excrementos de animales por todas partes. Un árbol que se inclina en diagonal ha atravesado la pared, se ha vuelto tan fuerte y grueso que perfora el techo.

Se dirigen a la refinería que se encuentra en la parte trasera del edificio. Las grandes fundiciones hace tiempo que fueron desguazadas, pero sus huellas (rayones en el suelo donde estuvieron durante años) aún permanecen, y el vidrio de los vasos y embudos rotos se encuentra donde cayó hace tantos años.

Emil intenta subir las escaleras hasta el segundo piso. Crujen. Llega al rellano, pero siente que el suelo cede y vuelve a bajar corriendo. De repente, una pareja de pájaros alza el vuelo desde su nido en lo alto de un armario.

“Todo este edificio está infestado de pájaros”, dice Emil.

“Y está embrujado.”

“¿Cómo lo sabes?”

“Reuben padre entró justo detrás de ti y molestó a esos pájaros”.

Emil se da vuelta y siente una ráfaga de aire.

“¿Quién es Reuben Senior?”

“Comerciante de oro. Murió hace cincuenta años.”

Cogen un autobús hasta Mundanzas.

Bajan al lado de una discoteca abandonada llamada “la cabeza de llama”, un antiguo refugio de cantantes y artistas de jazz, pero todas las letras, excepto cuatro, están desgastadas y ahora el cartel dice “he ll”. Miran por las ventanas rotas y ven que lo han extraído todo, incluidas las tablas del suelo y el techo, y que, en cualquier caso, no es lo suficientemente grande para cientos de damnificados.

En Fellahin, Emil abre de una patada la puerta de una torre en ruinas, el chivatazo de Torres el joven, y a Nacho le recuerda el día en que el chino derribó la entrada del monolito. Esta vez no hay lobos, sino una manada de gatos salvajes que muestran los dientes, al menos hasta que Emil carga contra ellos y se dispersan, y él sube los escalones de dos en dos, abriendo las puertas, comprobando si hay

animales salvajes, residentes y olor a gas. Los suelos están cubiertos de una especie de porquería tóxica, un residuo negro que rezuma de las paredes. Sube más y más, hasta el tejado, donde hay huesos de pájaro esparcidos por el hormigón y una variedad de objetos (botas sueltas descoloridas por el sol, latas de cerveza oxidadas, periódicos empapados hasta convertirse en pulpa) tirados en el suelo.

—Diez pisos —dice, bajando a saltos hacia Nacho. Los gatos han desaparecido.

“Eso lo puedo contar desde aquí.”

“Hay algo podrido en el lugar. Mal olor.”

“¿Gas?”

—No. Algo más.

“¿Utilidades?”

“¿Qué?”

“¿Tiene agua y tomas de electricidad?”

—Sí. Abrí un grifo y salió algo negro. Es una posibilidad, pero diez pisos no son sesenta.

—No —dice Nacho—. Ni de lejos.

A estas alturas, el sol se esconde tras las colinas que se ven a lo lejos. Escuchan el sonido de las bocinas a lo lejos, el constante chirrido de los neumáticos sobre el asfalto y el rugido de los motores, y caminan hacia el sol. Toman un autobús hasta Favelada y un rickshaw hasta la torre.

Al día siguiente, Nacho se reúne con los portavoces de cada piso. Les comunica que digan a los residentes que esperan un ataque en diez días y que cualquiera que quiera irse puede irse y cualquiera que quiera quedarse y luchar puede quedarse y luchar, y los que estén en el medio tendrán que asumir las consecuencias de la ira de Torres Junior y lo que los dioses puedan traer. Pasa el resto del día resguardándose del calor y traduciendo un libro de ensayos de un estadista francés. Se pregunta si vivirá para terminarlo.

Un día después, Nacho ve las primeras señales de un éxodo. Temprano por la mañana, antes de que el calor se apodere de la casa y el aire se apodere de ella, mira por la ventana y ve a una familia de cinco personas llevando sus pertenencias a la parada de autobús frente a la plaza. Los niños, cargados con mantas y juguetes de peluche, arrastran los pies.

A la hora del café, Nacho ve a otros: un joven en edad de luchar con una mochila a la espalda y una maleta maltratada

en la mano. Más tarde, una familia de cuatro personas carga un camión, la madre carga ollas y sartenes en la cabeza, caminando como una bailarina, y la mayor de dos niñas sostiene un perro en sus brazos y lo coloca en la cabina del camión mientras la menor corre en círculos, en una aventura dentro de su cabeza. Un anciano se aleja por la mañana arrastrando un saco de arpillera, pero regresa una hora después por el mismo camino. Hace esto todo el día, yendo en diferentes direcciones y regresando, sin encontrar otro lugar al que llamar hogar. Camina de un lado a otro hasta que Nacho lo llama: “¡Entra, quítate del calor, amigo! ¡Inténtalo de nuevo mañana! ”

A las cinco de la tarde llega a la torre un trovador. Lleva una gorra de paño, una bata blanca cuatro tallas más grande y unos pantalones como de payaso, sujetos con tirantes de hilo. Lleva un saco al hombro y una guitarra a la espalda y los bolsillos están llenos de papeles y verduras y monedas y conchas. Mira hacia arriba y se ríe y dice: “¡La tour! ¡La tour!” y los centinelas lo miran y alzan sus armas pero en ese momento Nacho baja las escaleras y le da la bienvenida, le dice que se siente en el atrio y le toque una canción.

El trovador canta en francés y en español, y Nacho aplaude antes de decirle que puede venir y quedarse en la torre, pero que en nueve días esperan un ataque que acabe con todos los ataques, y que si quiere recorrer los caminos abiertos y bendecirlos con sus canciones, será más seguro para él. El trovador toma una habitación que quedó vacía esa mañana

y duerme en el suelo durante tres días y tres noches, con su guitarra a su lado, y no ve el sol formando grandes cuñas de luz que se mueven por la habitación a cámara lenta mientras ronca.

Esa misma noche se oye un lamento en el piso diez y medio y aparece la mujer con el perro en una carretilla, bajando las escaleras dando tumbos, con el perro muerto rebotando en cada escalón. Toma prestada una pala de los gemelos y camina hasta que encuentra un terreno baldío detrás de una escuela. Entierra al perro allí mismo, cavando un hoyo entre lágrimas, a pesar del calor menguante de la tarde. Luego clava una pequeña cruz de madera en la tierra y camina de regreso a la torre. Es medianoche cuando regresa.

Al día siguiente, Nacho recorre la cavernosa biblioteca municipal y se dirige a la sección llamada Historia Militar. Se dice a sí mismo que debe leer sobre guerras, batallas y héroes del pasado. Se sienta ante un escritorio y reúne una pila de libros, pero se deja llevar por los cuentos de Aníbal marchando por los Alpes y los Pirineos con un séquito de elefantes y cuarenta mil soldados, e imagina una manada de elefantes con bazucas atadas a sus espaldas defendiendo el monolito.

A su regreso a la torre, se sumerge en los ensayos franceses, olvidando nuevamente la guillotina que pende sobre las cabezas de los condenados, y se prepara para su clase.

Toca a la puerta de don Felipe. De nuevo, no hay respuesta. Más tarde encuentra a los gemelos y les pide que fuercen la puerta.

“Das ist einfach. Eso es fácil”, afirma Hans.

“Hazlo tú entonces”, dice Dieter.

–No hay problema. Hazte a un lado. Espera. Necesito calentar.

“¡Du kannst es nicht! ¡No puedes hacerlo! ¡Nunca has derribado una puerta! Se ríe Dieter.

“Por supuesto que sí.”

Nacho se aburre de sus payasadas y gira el picaporte. Para su sorpresa, la puerta se abre.

–Se me olvidó –dice Nacho–. El cura nunca cierra con llave.

Los gemelos suben las escaleras discutiendo y riendo, y Nacho ve inmediatamente que don Felipe se ha ido, sin dejar rastro alguno, salvo unos periódicos viejos y una botella de agua medio vacía. “Traicionados”, piensa Nacho. “Nos vendió por un puñado de monedas de plata”.

Al día siguiente, organiza una visita con su amigo Cesare Baldini, el ex embajador, esta vez en la casa del hombre.

Nacho llega a una villa en las afueras de la ciudad, un perímetro amurallado, cipreses toscanos junto a la puerta. Un guardia cortés lo deja entrar y camina por un sendero bordeado de urnas griegas. La casa principal está frente a él, toda de colores pastel, un castillo de dos pisos que parece sacado de un cuento de hadas. Se da vuelta para subir los escalones bajos de un pabellón ornamentado de madera y piedra, donde el anciano está sentado picoteando un plato de pasta. Tiene la camisa abierta en el cuello, revelando una mata de pelo gris que brota de su pecho, y sus hombros, una vez poderosos, se hunden con el peso de todo lo que ha visto y hecho y comido y bebido.

—Ahhhh —dice Baldini, dándose un festín con un trozo de raviolis en salsa de tomate—. Hechos a mano. Una antigua receta de Liguria. ¡La mia bella signora ha fatto! Mi vieja cocina como una diosa. Antes también parecía una. Siéntate. Te traerá un plato. ¡Amore, portare un piatto!

Minutos después, sale de la casa una elegante señora con vestido azul que lleva una bandeja con comida en un plato. Nacho le da las gracias en italiano y coloca una servilleta en su regazo. Comen un rato al son del canto de los pájaros y, finalmente, Baldini dice: “Ahora, ¿en qué puedo ayudarle?”.

Nacho explica la situación y el rostro del embajador se retuerce como si alguien lo estuviera pinchando con un pequeño puñal en los grandes rollitos de grasa que tiene bajo la barbilla.

“Non c'è niente da fare” (No hay nada que hacer), dice. “Sal de ahí. ¡Corre, corre, corre! Corre como el viento”.

“No es tan fácil para mí.”

–¡Ah, disculpe! ¡Pues váyase! –Se limpia la boca con un amplio movimiento de la servilleta y se inclina hacia la órbita de Nacho–. Torres es un psicópata. Ya lo he dicho antes, ¿no? Bajo sus elegantes trajes italianos hay una gran serpiente gorda.

“¿Tiene algún contacto que pueda ayudarnos?”

“¿Ayudarte con qué? Conozco a alguien en la aerolínea que puede llevarte a cualquier lugar que quieras ir. Tengo un chofer de confianza que puede llevarte a la estación de tren. Lleva conmigo veinte años. Te gustaría. Habla seis idiomas”.

Nacho corta a Baldini.

–Yo no. *Nosotros*. Ayúdenos. Dos mil damnificados sin ningún lugar a donde ir.

Baldini le muestra a Nacho las palmas de sus manos y se encoge de hombros.

“Si quieres milagros, ve a una iglesia. Soy un anciano que vive sus últimos días bajo una veranda. Mi esposa cocina bien. Bebo un poco de brandy. Todavía disfruto de un puro. Hubo una época en la que podía mover montañas. Amañar

una elección. Sobornar a uno o dos funcionarios. Era una existencia agradable y bien pagada. ¿Pero ahora?"

Vuelve a mostrar las palmas de las manos. Hace un gesto exagerado con una pausa elocuente.

"¿Yo? Un anciano en un mes seco alimentado por una anciana".

Nacho termina su pasta con un ruido metálico cuando el tenedor golpea el plato.

"Gracias por su tiempo, Don Baldini. Siempre recordaré su amabilidad".

"Va bene. Mi chofer está afuera. Dile a dónde quieres ir".

"Gracias."

Nacho recupera sus muletas del muro bajo del pabellón encalado, se detiene en la casa para dar las gracias y despedirse a gritos y camina hasta la verja. El chófer de Baldini no está a la vista, así que Nacho cojea un kilómetro y coge un autobús que le lleva a casa.

Capítulo XXVI

A un día de la invasión o demolición planeada por Torres, nacho toma un rickshaw hasta Cristo en la Cruz, una iglesia en los suburbios de Agua Suja. El tráfico matutino es el habitual, con bocinazos, gritos y derrapes, mientras los peatones corren a toda velocidad por los amplios bulevares y los vendedores ambulantes deambulan invencibles en medio de todo.

El conductor del rickshaw es un hombre joven, de unos veinte años, pero lleva diez años en el rickshaw. Tiene cara de niño y un torso delgado, pero pantorrillas como las de un levantador de pesas. Se mantiene en el lado lento de la carretera y saluda y sonríe a los peatones, vendedores de agua, prostitutas y vagabundos, gritando sus nombres o silbando entre dientes.

A medida que se adentran en los suburbios, las calles se van haciendo más estrechas, algunas con árboles, otras con vistas a extensiones de terreno baldío. El olor del río lo impregna todo. Llegan a la iglesia y Nacho le da una propina al chico y se detiene en el edificio, mira el tejado. Las palomas arrullan y se mueven nerviosamente.

Empuja la puerta, una enorme cuña de roble bruñido, y se adentra en el silencio, la sombra, el eco de los pasos sobre la piedra. Es la iglesia más grande de la región, construida por un monstruo llamado Resnaut, un gánster que vio la luz tarde en su vida. La muerte de su amada hija, ahogada en la inmundicia del río un año después de que muriera su esposa, lo convirtió a Dios a los cincuenta años. Resnaut se arrepintió de sus hábitos asesinos, devolvió gran parte del dinero que había extorsionado a los comerciantes y familias aterrorizadas y regaló su ropa de dandy a los mendigos de la calle. Para expiar sus pecados, iba a la iglesia todos los días, donde se postraba al lado de los damnificados y los indigentes. Un día le preguntó a una mendiga que estaba allí por qué sudaba y apenas podía mantenerse en pie. Ella le explicó que la iglesia en la que estaban estaba a kilómetros de la barriada donde vivían los pobres y, como no tenía dinero para el transporte público, había caminado bajo un sol abrasador. Fue en ese momento cuando tuvo una revelación: construir una iglesia en el borde de la favela, donde los pobres pudieran adorar.

Resnaut pasó los últimos veinte años de su vida recaudando dinero para construir su iglesia. Se convirtió en una obsesión. Invirtió sus libras en el proyecto hasta que tuvo que vender su casa y sus pertenencias. Y ni siquiera eso lo detuvo. Mendigó y pidió dinero prestado a antiguos conocidos, apostó sus últimas cien libras al negro en un casino de la calle Salamurhaaja, ganó e invirtió ese dinero en la iglesia. Saqueó la colección de joyas de su difunta esposa, lo vendió todo, empeñó sus vestidos a metros y volvió a apostar, esta vez a un feroz perro de pelea llamado Yoyo, que ganó y pagó a los constructores, los contratistas, los arquitectos y los políticos a quienes, como él sabía muy bien, había que sobornar para que le dieran el permiso.

Resnaut empezó a vestirse como un mendigo. Empezó a oler a calle. Su barba se volvió rebelde, una maraña de hierbas, y su piel empezó a arrugarse. Perdió treinta kilos y la mayor parte de su pelo. Incapaz de pagar sus cuentas, se mudó a un apartamento diminuto. Cuando no pudo pagar el alquiler por tercer mes consecutivo, el propietario le apuntó con una escopeta en la cara. Resnaut se mudó a una casucha en el barrio marginal de Agua Suja, y salía todos los días para supervisar la construcción de la iglesia. Esto continuó durante dos meses, hasta que un día los residentes del barrio marginal lo reconocieron como el matón que les había hecho la vida imposible y lo persiguieron por la calle llena de baches y aguas residuales.

Resnaut se mudó al único lugar en el que se sentía seguro: la iglesia a medio terminar. Dormía en el pórtico. Cuando llegaban los constructores todas las mañanas, él estaba despierto. Fingía ser un recién llegado al lugar y ocultaba cuidadosamente toda evidencia de que ese era ahora su hogar.

Después de comer comida pobre y vivir en la intemperie durante meses, Resnaut enfermó. Entregó el pago final de forma anónima y vivió lo suficiente para ver la finalización de la iglesia. Al día siguiente lo encontraron muerto, congelado bajo una estatua de Jesús en la cruz. Asumiendo que era un vagabundo, las autoridades incineraron su cuerpo. Una mujer que trabajaba en el crematorio recibió sus cenizas en una bolsa de plástico, pero los botes de basura estaban llenos. Sin saber qué hacer con la bolsa de cenizas, decidió esparcirlas en lo que parecía un lugar adecuado en su camino a casa: la nueva iglesia que acababan de construir en las afueras de Agua Suja. Allí abrió la bolsa y, en un arco amplio, arrojó los restos de Resnaut al costado de su iglesia. Una tormenta inesperada luego aplastó esas cenizas contra la pared, asegurando que Resnaut se aferraría para siempre a su proyecto.

Y ahora Nacho mira hacia la imponente bóveda, se detiene a examinar las estatuas en sus nichos y avanza tambaleándose por el pasillo sobre sus muletas, en dirección

al altar. Allí, bajo una talla de piedra de la Piedad, un Cristo demacrado yace recostado en brazos de su madre.

Nacho se sienta en un banco de madera y se pregunta por qué ha venido. Nunca ha sido un hombre religioso. Conoce las historias y ama el lenguaje de la Biblia, su grandeza y su alcance, pero nunca ha sentido la mano de Dios tocando su hombro. Es una bestia secular. Al igual que su padre, Samuel. Curioso, pero siempre apegado a la tierra. Nacho cree que hay una explicación para todo, que no hay un Gran Hombre en el cielo que dispensa Su Magia.

Pero aquí y ahora, sin ningún plan para salvar la torre, y confiando en la suerte y el destino ciego, Nacho cae de rodillas y pide ayuda.

“Dios, dame fuerza para saber qué hacer en mi hora de necesidad”.

Se arrodilla allí durante noventa minutos. Nadie entra ni sale de la iglesia. Le duele la pierna coja, pero no se mueve, absorbe el dolor, con los ojos levantados hacia la piedra tallada. Siente el viento apenas perceptible de un soplo en su cuello, se da vuelta y no ve a nadie, pero siente la presencia de su madre que no es su madre, esposa de Samuel, hija de Ezequiel y Martha, nieta de Zacarías y Jennifer y Antonio y María Elena, y escucha el mismo mensaje que escuchó la última vez que un Torres amenazó la torre. “Estarás bien. Todo estará bien”.

Sólo que esta vez no lo cree.

Nacho se levanta del suelo de la iglesia, pero su pierna cuadrigémina se ha entumecido y casi se cae. Recupera el equilibrio y se sienta en el banco. Estira las piernas, reprende a la izquierda por su debilidad, y se levanta lentamente de nuevo. Recoge sus muletas, echa una última mirada al Cristo boca abajo, se da la vuelta y camina por el pasillo.

Afuera, se encuentra con un estallido de luz solar tan brillante que lo golpea como una explosión y lo ciega momentáneamente. Pero no es solo su vista. Sus orejas se agudizan. Algo en el aire, un zumbido que no puede reconocer de inmediato. Un murmullo o un zumbido. Sigue el ruido. Camina hacia los barrios bajos, los sonidos se intensifican hasta convertirse en un bullicio. Escombros y parches de tierra agrietada. Una luz blanca áspera que se refleja en la tierra quemada por el sol. Los edificios ahora son más bajos. Shebeens y cobertizos. Chozas de madera prensada improvisadas. Perros sarnosos. Basura. Todos los detritos de los pobres. Y sigue caminando, atraído por el ruido. Hacia el río, donde lo dejaron cuando era un bebé. Agua Suja. Agua sucia.

El murmullo de voces se escucha ahora por todas partes, mezclado con notas musicales, y empieza a ver apariciones, pero no lo son. Hombres, mujeres, niños, caminando hacia

el río. Los sigue, dobla una esquina y ve a miles de personas que se dirigen hacia la orilla arenosa y limosa, todos vestidos de blanco. En la llanura inundable, cientos de tiendas de campaña, mujeres haciendo equilibrios con ollas sobre sus cabezas, vapores de comida cocinada en la calle, gente arremolinándose y hablando. También el trovador, también de blanco, inclinado sobre su guitarra, su música ahogada en el zumbido de la multitud.

A medida que Nacho avanza, ve a cientos de personas bañándose en el río y se da cuenta, o más bien recuerda, lo que está viendo. Hace años, su padre le había hablado de la Gran Purificación: una vez cada diez años, la gente acudía a lavar sus pecados. Se metían en el agua, algunos completamente vestidos, otros en estado de éxtasis, otros con sus familias, y otros, peregrinos de tierras lejanas, acudían para alcanzar la comunión con toda la humanidad. Allí se mezclaban los pobres, los ricos y todos los que estaban en el medio.

Y ahora Nacho ve a ascetas cubiertos de ceniza, sentados con las piernas cruzadas y con pantalones blancos, y a hombres con mundus, pareos blancos envueltos elegantemente alrededor de sus cinturas. Y detrás de ellos, chicos sin camisa chapoteando en las aguas poco profundas, y mujeres levantándose las faldas unos centímetros y entrando suavemente en el agua. Ve a un grupo de monjes con la cabeza rapada y sin nada más que ropa interior blanca, cogidos de la mano, mientras entran al río, bajando

de sus orillas hasta que sus pies, luego sus pantorrillas, luego sus muslos, están cubiertos.

A su alrededor se escuchan voces que gritan saludos en una docena de idiomas. Un grupo de personas sentadas en círculo empieza a cantar y, más adelante, otros cantan canciones antiguas. Nacho llega a un atasco de gente, cientos de personas apiñadas, y se encuentra mezclándose con la multitud y avanzando inexorablemente hacia el agua, con muletas bajo el brazo, arrastrado por la multitud.

Lo llevan a la orilla del río. Nacho siente que sus muletas se hunden en el barro, que sus pies se hunden en el mantillo que miles de personas han pisado antes que él. Baja las muletas y se quita la camisa y los zapatos, se arremanga los pantalones hasta las rodillas. De repente, dos hombres sonrientes lo cogen por debajo de los brazos y lo llevan caminando hasta el agua.

“¿Estás bien, pequeño lisiado? ”

“¡Muy bien!”

Y lo dejan allí, hundido hasta las rodillas, entre miles de personas más. Mira a ambos lados, se agacha, coge dos puñados de agua con cieno y se lava el pecho y los hombros. Una sensación de calma lo invade. Rodeado de tanta gente, se siente seguro, como si nada ni nadie pudiera hacerle daño. Y el hedor del río, por una vez, no lo asalta; lo camuflan

las varitas de incienso que arden por todas partes y el olor a pollo friéndose en la orilla.

La multitud sigue llegando mientras los restos del sol tiñen de rojo el cielo. Nacho empieza a sentir que desaparece, que se confunde con la multitud. Por una vez, nadie espera que él tome una decisión, resuelva una disputa, salve el día, y deja que los minutos pasen sobre él hasta convertirse en horas, mientras el suave fluir del agua serpentea alrededor de sus rodillas. Perdido en sus ensoñaciones, apenas nota a los niños desnudos que chapotean en el río y salen a toda velocidad por la otra orilla en una carrera alocada, o al hombre santo que se sienta plácidamente sobre la superficie del agua, o los círculos que forman las familias que rezan con las rodillas hundidas en la oración, mientras la lenta corriente forma ondas a su alrededor.

Tampoco se da cuenta de la luz del sol que juega sobre el agua turbia, formando estrellas doradas, ni de la llegada de un elefante pintado a la llanura de inundación, llevando a una princesa bajo un enorme paraguas azul. Al otro lado del río se acerca una fila de camellos, cargados con tiendas y provisiones. Las masas se apartan para dejarlos pasar, y los camellos avanzan obedientemente a cámara lenta, todos con mal aliento y baba. Las mujeres con saris comienzan a esparcir pétalos anaranjados sobre el agua, y una familia con túnicas blancas se une y arroja una urna de cenizas al río: un antepasado ahora limpio de pecado después de la muerte.

Finalmente, Nacho vuelve a la orilla, coge sus muletones y se pone los zapatos y la camisa. Camina por la orilla del río, huele la comida, observa un caldero de feijoada²⁰ burbujeante y una parrilla con patas de pavo gigantes, cuya carne se carboniza al calor. Hambriento, ve a una joven negra con un caftán blanco que coloca platos de plástico con arroz y frijoles en una bandeja y le pide uno. Ella sonríe y le dice que se sirva él mismo y se niega a tomar su dinero. Encuentra un muro bajo, se sienta y come vorazmente. Arroz y frijoles: la comida de los damnificados.

Camina un poco más por la orilla del río y ve a un hombre con turbante revolviendo dos ollas a la vez. Nacho le pregunta qué hay dentro y el hombre le da un cuenco repleto de lentejas y potaje de col y un poco de casquería y callos. Nacho come como si fuera su última comida. Le estrecha la mano al hombre y sigue adelante, pasando junto a una vendedora de empanadas con delantal. La mujer lo ve y grita: “¡Nacho Morales! ¡Mi hermana vive en tu torre!” y le da una empanada como en agradecimiento.

“No es mi torre, pero gracias”, dice Nacho y se sienta al lado de la mujer en el mismo muro bajo y come la empanada.

20 La feijoada («frijolada» o «frejolada» en español) o "guiso de porotos" es un guiso de frijoles con carne de res y cerdo. El nombre feijoada se deriva de feijão, 'frijol' en portugués.

Observa a la multitud y reconoce a los pobres, sus dientes en mal estado, sus espaldas encorvadas, sus rostros prematuramente envejecidos, sus cuerpos vandalizados con tatuajes al azar, y piensa en algo que dijo la mujer con el perro en una carretilla y se dice a sí mismo: "Ellos somos nosotros".

Ve a otros discapacitados conducidos por personas que sí pueden moverse hacia el agua, como si ese lodo asqueroso que apesta hasta el cielo pudiera curarlos. Recuerda a Shivarov y el trabajo del diablo que ese hombre hizo por dinero, y luego deja de pensar en eso y observa a los cuidadores y a sus dependientes descender juntos por la orilla del río.

Los últimos jirones de nubes surcan el cielo y Nacho se pregunta si alguna vez ha sido más feliz. Lo único que falta es Emil, el melenudo, las piernas arqueadas, riéndose del mundo, el rey de los vagabundos, el salvador, el vagabundo. Por un momento, Nacho también piensa en su madre y su padre, imaginándolos allí, inalterados por los años. Ahora tendrían sesenta años si estuvieran vivos, pero para él siempre tendrán cuarenta, jóvenes, sin arrugas. Se imagina a su padre sentado en el muro o escudriñando el agua para buscar algún pez de fango o algún junco de río. Y a su madre sonriendo a sus hijos, llevándoles comida, alternando entre el español y el inglés.

A medida que la luz se desvanece junto al río, la música aumenta. Alrededor de Nacho hay tambores y cantantes, gente bailando. Algunas figuras emergen chorreando del agua y se dirigen directamente a los pequeños grupos que han empezado a cantar canciones tradicionales, aplaudiendo ritmos o entonando mantras con los ojos cerrados.

Nacho sigue adelante. Con la barriga llena, no puede seguir sentado. Pero entonces un hombre que estáriendo anchoas en el paseo del río le llama la atención y le grita: “¡Nacho!” y le entrega un puñado de pescado envuelto en papel. Nacho le da las gracias y come de nuevo.

Sale la luna y Nacho coge un autobús hacia Favelada. No tiene ni idea de que se trata de un recuerdo del primer viaje que hizo en su vida, el trayecto en autobús con Samuel hasta la Casa de las Flores. Desde la ventana, ve las calles de Fellahin, y la larga valla llena de grafitis, los edificios construidos a la mala y amontonados. Luego pasa por Minhas, con sus enormes agujeros abiertos, donde los mineros pasan sus días. Y atraviesa una tierra de nadie de maleza, matorrales y piedras, y finalmente llega a Favelada.

Baja los escalones del autobús y cruza la plaza, pasando por delante de un mural y del parque infantil. Qué apacible se ve la torre a la luz de la luna. Desde las ventanas se ve el resplandor rectangular de la electricidad robada y la ropa que se seca ondeando con la brisa del atardecer.

“¿Señor Morales?”

La voz de un niño.

“Hola.”

Nacho se gira y ve a un grupo de niños de diez u once años. Están de rodillas jugando con canicas. El niño que lo ha llamado es uno de sus alumnos habituales y Nacho recuerda inmediatamente lo que había olvidado.

“¿No hay escuela esta tarde?” dice el niño.

—¡Lo siento! Ven mañana. Si todavía estamos aquí, te enseñaré todo lo que necesitas saber.

“Sí, señor Morales.”

El niño vuelve a sus canicas y Nacho camina hacia la torre.

Algo distinto. Su andar. Se siente fuerte. Mira hacia abajo. En el lugar donde debería estar su pierna izquierda –el trozo de cuerda y hueso arrugado que ha sostenido todos los días de su vida– ve algo más. Su pierna izquierda está entera. Mira su brazo marchito. Ya no marchito. Deja caer las muletas y las deja donde aterrizan. Empieza a correr. Baja los escalones de la torre de dos en dos hasta que llega a su habitación.

Capítulo XXVII

Por una vez amanece la mañana y nacho no es el primero en levantarse. María y Emil llamaron a su puerta. Él se levantó lentamente y los dejó entrar.

María dice: “Escuché que anoche estaban de fiesta en el río mientras nos preparábamos para el Armagedón”.

–Cállate –dice Emil–. Viene Torres.

María mira a Emil escandalizada: “¿Acabas de decirme que me calle?”

Su mano está en su cadera, por lo que parece una tetera ágil y exquisitamente elaborada.

—No, estaba hablando conmigo mismo. Nacho, tenemos que prepararnos. Dicen que Torres está de camino. ¿Qué vamos a hacer?

Nacho prepara café. Pone el agua a hervir y saca un filtro de una bolsa de plástico. Se frota los ojos. Se palpa el brazo izquierdo a través del camisón.

—Oye, hermano —dice Emil—. ¿Me has oído?

“¿Quieres café?”

“¡Nacho! ¡Es hoy! ¡Viene Torres! “

—Te escucho —dice Nacho resignado, mientras se alborota el pelo—. ¿Qué podemos hacer?

“Tú eres el líder.”

—Entrenaste a algunos de los hombres, ¿no? Para disparar un arma. Así que les dispararemos. Veremos qué pasa. Las familias deben evacuar antes de que Torres nos haga estallar a todos. Eso es todo, ¿no?

Él se sienta en su silla con su minúscula xicara²¹ de café espeso y dulce. María se acerca a la ventana. Emil se sienta frente a Nacho en la otra silla. El tablero de ajedrez está entre ellos.

21 Vaso de loza en forma de un cubilete pequeño.

De repente, Emil se acerca.

“Tu brazo.”

“Estoy curado.”

María se da la vuelta.

“Ayer estuve en la Gran Limpieza. Me pasó algo. Estoy curado”.

María dice: “Pero eso es un milagro”.

Emil retira la mano. “Dios mío”, dice.

María se acerca y siente el brazo de Nacho.

“Levántate”, dice ella. “Un milagro. ¿Qué te pasó?”

“En la Gran Purificación había miles de personas. Me llevaron al río y entré. Me adentré un poco en el agua. Una hora después ya podía caminar y mi brazo estaba como lo veis ahora”.

“Eso es imposible”, dice Emil. “¿Fuiste a ver a la bruja de Estrellas Negras? Se sabe que ella...”

–Te digo la verdad –dice Nacho–. Me metí en el río y me curé.

Un momento después un niño llama a la puerta.

“Señor Morales, encontré sus muletas en el patio de recreo”.

El chico se las entrega. Nacho le da las gracias y apoya las muletas contra la pared.

“No las necesitaré ahora.”

–Sí, señor –dice el niño con los ojos asombrados y sale por la puerta.

Emil toca las piezas de ajedrez.

“Éste es Torres”, dice mientras sostiene el rey blanco. “Y éstos somos nosotros”.

“No, no”, dice Nacho, que, a puñados, va sacando del tablero todas las piezas negras, excepto el rey, y las coloca en el lado blanco. Los peones caen y rueda un alfil. “*Esto somos nosotros. Una torre indefensa contra un ejército*”.

“Tenemos que elaborar un plan”, dice Emil.

“¿Qué tienes en mente? ¿Invocar a los lobos? ¿Conseguir arcos y flechas de Dahomey–Krill? Es demasiado tarde para hacer planes. Cuando venga, hablaré con él. Apelaré a su mejor naturaleza y probablemente me volarán la cabeza por

mis esfuerzos. Luego puedes empezar a disparar. ¿De acuerdo? ”

–No –responde Emil–. No está bien.

“¿Cuántos hombres trae?”

“No lo sabemos.”

–¿Cómo sabes que viene? –pregunta Nacho.

“Tenemos gente por toda la ciudad. Es lo que se dice en la calle”.

“¿El rumor en la calle?”

“Nacho, ¿quieres morir hoy? Acabas de adquirir una pierna y un brazo que funcionan”.

Nacho mira a su hermano, toma un sorbo de café con calma. Emil espera una respuesta. Al no obtenerla, vuelve a hablar.

“Tenemos que hacer algo.”

–No tengo ideas. He preguntado a mis contactos, he preguntado a Laloo, he consultado los libros de historia. Guerras interminables. Eso es lo que pasa por aquí. La gente vive y muere, se derrama sangre y nada cambia nunca. Luchamos por una causa justa o huimos y dejamos la torre para Torres. ¿Qué importa? ¿Cuántas personas viven aquí?

¿Un par de miles? Que encuentren otros hogares. Hábales de los lugares que hemos explorado la semana pasada. La torre tóxica de Fellahin, la fábrica llena de murciélagos de Oameni Morti, el zoológico abandonado. Saquémoslos de aquí. No podemos ganar una guerra, así que dejemos que se vayan. Al menos démoles la opción.

María se vuelve contra él.

“¿Qué me vaya? Mi negocio está aquí. Miles de libras de equipo. ¿Qué quieres que haga?”

“¿Qué quieres *que* haga?”, dice Nacho.

“Haz que Torres cambie de opinión”.

Nacho casi resopla. “¿Quieres que negocie con un psicópata? ¿A ver si cambia de opinión? Es un Torres”.

María suelta un gruñido. “Hablaré con él yo misma”, dice.

“Sé mi invitada.”

“Puede que tu cuerpo se cure, pero eres tan inútil como cualquier otro hombre”.

Ella gira sobre un estilete como si fuera un cuchillo y sale disparada de la habitación.

Emil dice: “Eso no va a funcionar. Tú eres nuestro líder, Nacho. Ahora es el gran momento y estás sentado aquí tomando café, admirando tu nueva pierna”.

“Si quieren que me haga el héroe, puedo hacerlo. Puedo exhibir mi cuerpo y decir que los milagros son posibles. Puedo hacer un gran discurso sobre nuestra lucha por nuestra supervivencia. Puedo predicar sobre la justicia en siete idiomas, pero eso no va a cambiar nada. Torres nos va a matar. Fin”.

“Pero tenemos que hacer algo”.

“Anoche, en la Gran Limpieza de Agua Suja... como dije, había diez, tal vez veinte mil personas allí, comiendo, cantando, bañándose juntas. Fue lo más feliz y lo mejor que puedo recordar. Hoy ese mismo río puede correr con nuestra sangre, y será una nota a pie de página en la historia. Tal vez ni siquiera eso. Tal vez solo un garabato en los márgenes. A largo o corto plazo, todos estamos muertos. No hay finales felices. Así es el mundo. Así que, ¿por qué no consigues un montón de cajas de cartón, pides prestado un camión, empacas la basura de María y conduces hasta Ferrido y construyes barcos por el resto de tu vida? Nunca te pedí que te quedaras o que fueras un mártir”.

“Sí, lo hiciste.”

—Bueno, te lo voy a devolver. Vete de aquí. Coge a esa preciosa, hermosa y maravillosa mujer y corre por tu vida. Empieza de nuevo. Entre los dos, no os podéis equivocar. Ella tiene más agallas que el resto de nosotros juntos y tú tampoco eres tan malo en ese aspecto. Así que vete. Ve a tener hijos. Empieza un negocio. Haz lo que quieras hacer. Tienes mi bendición.

—No necesito tu bendición. Soy tu hermano mayor y no me voy a marchar. ¿Por qué crees que vine aquí en primer lugar? Para rescatarte.

—Bueno, lo lograste. Te lo agradezco. De verdad que sí. Pero no puedes rescatarme de nuevo. No de Torres. Así que no lo intentes.

“Tengo que intentarlo. Soy el hijo de mi padre. Y además, él sigue viniendo a mí mientras duermo y me dice que todo estará bien. Mi madre también”.

Hace una pausa y mira a Nacho. “¿Qué? ¿Qué pasa?”

Nacho asiente. “He estado teniendo los mismos sueños. Y no siempre cuando estoy dormido. Son apariciones”.

En ese momento se oye un grito y los walkie-talkies empiezan a crujir. Torres.

Las calles de Favelada están cerradas. Barreras de madera y conos de tráfico anaranjados dividen la ciudad y la convierten en un laberinto, empujando a los vehículos por callejuelas, bajo puentes oscuros y por carreteras que apenas son carreteras: senderos de escombros, arroyos llenos de baches y cauces secos. Grandes carteles advierten a los conductores que se alejen: luces intermitentes y letras mayúsculas. Los peatones también son redirigidos por hombres armados, e incluso los perros callejeros son empujados de vuelta a las sombras de donde vinieron.

En la calle principal, la arteria que atraviesa Favelada, se pasean unos cuantos soldados. En sus radios resuenan mensajes electrónicos y se preparan para la llegada, tirando colillas a la calle y tirando los restos de su café matutino por el desagüe.

A las 8:30 se oye un estruendo tan profundo y doloroso que parece emanar de debajo de la tierra, el aliento de un coloso medieval. Las carreteras, ya calcinadas por seis semanas de calor implacable, crujen bajo el peso de un convoy de pesado metal.

Por la calle Haggadah, los soldados de infantería pasan trotando, vestidos de caqui y empuñando fusiles. Algunos llevan cascós personalizados según sus gustos: plumas de avestruz o insignias que dicen Muerte o Gloria o huesos cruzados estampados. Otros vienen sin casco, con pañuelos de pirata o con la cabeza rapada. Pasan corriendo junto a los

viejos relojeros y la fábrica de ropa, con el humo y el almizcle de la ciudad flotando en el aire, una bruma acre que lo envuelve todo como una capa de nieve. En los edificios de viviendas cubiertos de grafitis, los rostros se asoman a los balcones y los niños que patean una pelota se detienen y miran fijamente, mientras la pelota rueda indómita hacia la calle.

Los soldados de a pie siguen corriendo, empapados de sudor por el calor agobiante: cincuenta, ochenta, cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos en total, y un rezagado se desmaya, se golpea la cabeza contra una acera y queda atrás, para después ser despojado de su piel, liberado de su pistola y sus zapatos y su casco, este último el cual será enjuagado y usado para hacer sopa por tres generaciones de damnificados.

Detrás de ellos avanzan vehículos blindados, engalanados con escudos que parecen espinas dorsales, una manada de triceratops. Sus conductores llevan unas enormes gafas que les hacen parecer insectos agazapados tras el volante. Los vehículos van de dos en dos porque la calle es estrecha.

Setenta vehículos blindados después, la verdadera historia se revela. Un ruido metálico enorme. Un rechinamiento de engranajes. Un latido en la carretera. Cincuenta tanques, de color gris platino, con las torretas girando, apuntando sus cañones tubulares hacia los destortalados bungalows, las viviendas en ruinas, los páramos de Haggadah donde los

gatos pasan sus días. Las orugas de los tanques aplastan todo lo que encuentran a su paso. Se levanta polvo y de las orugas salen diminutas motas de piedra compactada en paráolas zumbantes que tintinean en los escaparates de las tiendas.

El sonido es inhumano. Un clamor de ruido de robot, una sinfonía de hierro y palancas de cambios y toses y tartamudeos metálicos respaldados por un barítono monótono: el funcionamiento interno de las máquinas de guerra. Se oyen algunos gritos, los líderes de escuadrón vociferan órdenes, pero principalmente es una procesión sin palabras. Sin rostro, también, hasta que aparece el tanque final con el propio Torres manejando la escotilla, sonriendo enormemente, con las puntas de su bigote torcidas para la ocasión. Incluso en el calor, lleva una chaqueta de combate adornada con medallas que él mismo se ha otorgado. Tiene el pelo peinado hacia atrás como una estrella de cine de los años 30 y saluda a los peatones que lo miran, desconcertados.

Más allá de la calle Milarepa, con sus paredes de piedra desnuda y sus calles estrechas, el convoy traza una curva. Aquí y allá, un soldado de infantería se acomoda para sacar una botella de agua o secarse una gota de sudor. Se oyen pasos cuando el sonido queda atrapado entre dos edificios altos y luego el eco se detiene cuando la calle se abre hacia los jardines que hay al lado del templo budista, cuyas

paredes están desconchadas y cuyo techo está salpicado de excrementos y plumas de pájaros donde anidan las palomas.

Por la calle Baldado, que es poco más que un callejón, una colección de sombras y bloques de apartamentos deformes que se inclinan en ángulos como centinelas borrachos, avanza el convoy. Torres saluda a ciegas, sin dirigirse a nadie, manteniendo su sonrisa de actor, y se mete un grueso puro en la boca.

Dejan atrás las sombras y entran en Hollowman Road subiendo una pequeña colina, y los soldados de a pie jadean, se agitan y reducen la velocidad hasta caminar.

“¡Muévanse!”, grita un sargento desde su vehículo blindado.

Los soldados de infantería hacen un gran alarde de reanudar el trote. Los tanques se despliegan en abanico, formando una falange de tres o cuatro de ancho. A estas alturas, el sol ya ha atravesado la niebla matinal y el cielo es de un azul brillante, sin nubes y vasto.

De repente la torre aparece a la vista.

Y desde la torre se puede ver el convoy en toda su masa, en su peso imposible.

“¡Allí!”, grita un vigía en el piso sesenta. “¡Allí!”.

La noticia se propaga rápidamente por la torre y los vigías calculan los números.

“Parecen setenta tanques”.

“Son por lo menos ochenta.”

“Lo pongo a cien.”

“¿Cuántos soldados? Cuento mil”.

“¡Quizás dos mil! ¡Quizás más!”

En el décimo piso, en una habitación abandonada por una familia apenas unos días antes, Nacho está sentado tranquilamente junto a la ventana, con la mano bajo la barbilla.

La Quinta Guerra de la Basura es un nombre inapropiado. Nadie que tenga la cabeza bien puesta podría llamarla guerra, pero el boca a boca la ha calificado así, a pesar de las protestas de historiadores y periodistas. ¿Cómo podría ser una guerra? Cuando setenta vehículos blindados y cincuenta tanques retumban por las calles y se encuentran frente a un grupo de malditos asustadizos armados con palos y piedras y agazapados bajo sus camas, *guerra* seguramente no sea la palabra adecuada.

Y sin embargo... y sin embargo... hay quienes piden un nuevo tapiz para ampliar el famoso Zeffekat, para representar cada movimiento de ese día extraordinario. Hay quienes dicen que *esta* Guerra de la Basura, y no la tercera, fue la guerra que acabaría con todas las guerras porque desde ahora y hasta la eternidad nadie olvidaría jamás la visión, el sonido, el hedor, como si el mundo mismo estuviera llegando a su fin.

Y todo empezó con una rata.

No es el ruido de los pies de los soldados, ni los neumáticos de los carros blindados, ni siquiera las gigantescas huellas de los tanques que se agolpan en la plaza de la Torre de Torres lo que asusta a la rata. Es algo completamente distinto, algo que sólo conocen los animales, que tienen un sexto sentido cuando se trata de un desastre inminente. En cualquier caso, esta rata hace algo extraño. En lugar de huir del ejército más grande y pesado jamás reunido en las calles de Favelada, la rata corre *entre* las filas. Se lanza a toda velocidad entre los pies de los seiscientos soldados, esquiva y finta los carros blindados, ahora detenidos, y esquiva los tanques. Torres lo ve y se ríe, una risa profunda.

“¡Han enviado una rata para eliminarme!”, grita, y sus hombres empiezan a reír.

La risa se extiende a los comandantes de sus tanques, que también han visto la rata; luego los conductores de sus vehículos blindados se suman a la risa sin alegría y, finalmente, algunos soldados de infantería captan la esencia del chiste y se ríen tontamente.

“¿De qué carajo se ríen?”, dice Raincoat, temblando en el piso treinta, con los ojos asomando por la ventana.

“Dios lo sabe”, dice uno de los hermanos panaderos.

Veinte pisos más abajo, Emil le dice a Nacho: “Si te vas, vete ya. Ve a hablar con él. Es difícil asesinar a alguien cuando te estás riendo. Sal y comparte el chiste”.

Nacho no se mueve.

En toda la torre, hombres y mujeres miran por las ventanas. El ex soldado, que lleva un fusil en una mano y una botella de whisky de malta en la otra, intenta contar a los soldados, pero sus ojos ven doble y pierde la cuenta. Ve los cañones de los tanques apuntando al edificio y empieza a temblar.

Abajo, en la plaza, los soldados de infantería que no se ríen jadean. Algunos han bajado las armas y se han desplomado. Uno ha entrado en modo calistenia total, tocándose los dedos de los pies, haciendo un estiramiento. Otros están doblados por la mitad, con las manos en las rodillas,

vomitando. Se oye a uno decir: "Soy un mercenario, no un maldito corredor de maratones".

"Yo también", dice un compañero. "Me alisté para matar gente, no para salir a correr".

-Sí -dice un tercer soldado-. Llegamos aquí y ¿qué? Nada. ¡Un bloque de pisos vacío y una rata!

Mientras tanto, Torres se seca los ojos y la frente sudorosa con un pañuelo floreado. Luego piensa en otra cosa.

"¡La rata abandona el barco que se hunde!"

Y los comandantes de sus tanques vuelven a reír a carcajadas, resoplando al aire, golpeando las torretas con las manos, y se puede ver a los conductores de los vehículos blindados riéndose con los ojos desorbitados detrás de sus parabrisas. ¡Esta guerra! ¡Qué diversión! ¡La rata abandonando el barco que se hunde!

Torres saca un megáfono del interior del tanque, dispuesto a ordenar el ataque, pero antes de que pueda llevárselo a la boca, algo extraño sucede. Resulta que hay más de una rata escapando. La que vieron era una pionera, y la siguen decenas más, que salen a escondidas de agujeros en el cemento caliente o grietas en las paredes de la torre y corren a través de la plaza. Algunos de los soldados de infantería saltan, otros pisotean y otros lanzan zarpazos con sus bayonetas, pero las ratas son demasiado rápidas.

Y entonces ocurre algo más. Una banda de gatos callejeros que se esconden alrededor de la torre también se va, pasando a toda velocidad por delante de las líneas de soldados, vehículos blindados y tanques. Y tras *ellos*, unos cuantos perros normalmente somnolientos se despiertan de repente de su letargo y se lanzan a las calles de Favelada. En el sexto piso, el perro de María empieza a aullar y todos los demás perros del edificio hacen lo mismo hasta que se convierte en una cacofonía de gruñidos y ladridos.

Los ojos de Torres se mueven de un lado a otro. Nadie se mueve. Torres mira hacia arriba. El cielo es azul. Mira hacia delante. Cuatrocientas mil toneladas de maquinaria pesada están apiñadas en la plaza y, hasta ahora, no hay nada más que ratas, gatos y perros.

En la torre tampoco se mueve nadie.

Escalada en pendiente.

De repente, se oye un estruendo.

“¿Qué es eso?”, dice Torres. Y esas son las últimas palabras que pronuncia.

Frente a él, a su alrededor y debajo de él, el suelo se derrumba. No se trata de un desmoronamiento gradual de la superficie, ni siquiera de una grieta o un corte como en un terremoto. No. En cambio, la tierra misma se derrumba, tragándose a todos y todo lo que hay en la plaza,

succionándolos hacia cien años de basura compactada y enterrada, y mientras los tanques, los carros blindados y los soldados caen al abismo, se oyen gritos como nunca antes se habían oído en Favelada: gritos, chillidos y alaridos mientras los tanques se tambalean como juguetes chocando unos contra otros, sus orugas se retuercen, las ruedas vuelan como frisbees²², torretas enteras arrancadas de sus anillos como caparazones de cangrejos, y los carros blindados se deshacen en un estallido de vidrios y un desgarro de metal, y las armas se retuercen y chasquean, y los cuerpos dan volteretas como payasos, los gritos finales de los soldados resuenan en el sumidero hasta que desaparecen o son ahogados por el sonido metálico y el crujido de las placas de metal de los tanques, y allí en el fondo del sumidero, a cien pies de profundidad, los cuerpos y los vehículos de guerra descansan, acomodándose en un montón, y la escena es tan negra, tan oscura, subterránea, que nada puede ser visto por el ojo humano incluso con la luz del sol desde arriba, y por eso nadie, ni los soldados que exhalan su último suspiro, ni los pocos que sobreviven en los tanques, protegidos por muros de hierro, ve a los dos enormes cocodrilos que parecen venir de la nada para darse un festín con los miembros desmembrados y atiborrarse de los charcos de sangre que yacen en el fondo del abismo, balanceando sus colas en gordos arcos palpitantes, abriendo de par en par sus

22 El término frisbi o frisbee, a menudo utilizado para describir genéricamente todos los discos o platos voladores. Es un juguete deslizante o artículo deportivo.

grandes cuñas de mandíbula bordeadas de dientes duros como el hierro, esas mismas bestias perseguidas y molestadas por Hans y Dieter tantos meses atrás, que emergieron de las lluvias y se sumergieron en la oscuridad, alimentándose de Dios sabe qué, viviendo en un hedor tan repugnante que elabora gases que recuerdan los días antiguos cuando la tierra era joven, y el hedor ahora se ve aumentado por los olores de sangre, grasa de motor, metal triturado y gasolina, y estos se mezclan con los olores más antiguos que han burbujeado y fermentado bajo tierra: olores a moho, podredumbre y animales en descomposición, y desde el borde del sumidero llega una voz que grita ¡Kami ay labanan sa dulo! (¡Lucharemos hasta el final!), una y otra vez y es la dama fantasma de la Primera Guerra de la Basura, que en vida era pequeña y enroscada como un crustáceo pero que ahora le han crecido alas y mide ocho pies de alto y voló desde el techo de la torre y se zambulló hasta el borde del abismo como un ángel de la venganza causando su propia marca de estragos en compensación por cien años de iniquidad y sufrimiento y ahora con su último lamento puede volar al éter, lo que hace, por encima de los techos y las viviendas y los valles y las colinas que dominan todas las vidas rotas, los sueños saqueados de los damnificados, y desde la torre, sin palabras, con los ojos abiertos, *estos* damnificados miran, viendo la plaza que han atravesado todos los días desaparecer ante sus ojos en un rectángulo negro que ha enterrado a sus enemigos tan rápido y tan completamente

que los espectadores parpadean con incredulidad y se quedan boquiabiertos y se preguntan si han perdido la cabeza y han caído presa de la histeria colectiva que engendra una ilusión de destrucción más allá de toda imaginación, y se giran unos hacia otros y abren la boca, pero no salen palabras porque no hay palabras que pronunciar cuando el infierno se abre ante tus ojos, así que se quedan en silencio y uno o dos se ponen de pie y dejan sus armas y sus catapultas y sus granadas caseras, y miran con homenaje u horror el milagro que se ha desarrollado ante ellos para derrotar a sus enemigos, y finalmente *allí abajo*, cuando el último grito se ha perdido en el viento y el último latido ha golpeado en el último pecho y la última reorganización de las últimas partes móviles del tanque (placas glacis, periscopios, extractores de humos, manteletes de armas, todas hundiéndose en posición para la posteridad), solo entonces Nacho se pone de pie, se asienta el pelo y anuncia a las seis personas en la habitación la línea que vivirá mucho después de que él se haya ido:

“Ganamos.”

Capítulo XXVIII

El pequeño lisiado que ya no es lisiado es alabado desde las montañas de Zaurituak hasta las minas de Hajja Xejn, desde los campos de hielo de Zaledenom Jezeru hasta las tierras baldías de Izoztu. Es el nuevo David, el matador de Goliat, que utilizó la fuerza misma de su enemigo –el peso de sus vehículos, la masa de su armamento– para destruirlo, para librar al mundo de un carníero y un tirano. Los historiadores construyen elaboradas hipótesis sobre cómo lo hizo, cómo colocó trampas en el suelo para que se tragara a un ejército, y los periódicos publican diagramas detallados y citan a geólogos y antropólogos muy respetados que muestran cómo es posible construir un sumidero, una trampa de la que un cazador estaría orgulloso, incluso en medio de una ciudad.

Y como todas las historias, ésta crece y crece, se deforma hasta que apenas resulta reconocible: los testigos oculares cuentan que se vio a miles de animales salvajes evacuar el lugar antes de que se produjera la Gran Caída, y otros dan entrevistas en las que afirman que ayudaron a preparar la trampa, cavando bajo la superficie de la tierra y cubriéndola con la cantidad justa de tierra y piedra para evitar que se descubriera la artimaña. Algunos incluso muestran las herramientas que utilizaron para cavar el hoyo, mostrando las palas que tenían en la mano, las azadas, los picos y las barrenas que llevaban noche tras noche para preparar la trampa que mató al monstruo.

En provincias, el nombre de Nacho Morales se convierte en sinónimo de heroísmo e ingenio. Recibe notas y telegramas y mensajes de felicitación y un doctorado honorario de una universidad de Gudsland. Un pez gordo local propone poner la cara de Nacho en un sello, y un periodista se acerca a él para que escriba una biografía. A las puertas de un museo de Favelada, se erige una estatua de Nacho, idealizada, con el pelo al revés y sin muletas a la vista, de modo que parece un guerrero espartano. Un chef inventa un suflé que se hunde en el medio y lo llama el Gran Nacho.

Se comienza a producir una película, luego un comic infantil que se serializará y una figura de acción con muletas que se transforman en pistolas o se despliegan para convertirse en alas.

Pero inmediatamente después de la Gran Caída, reina un silencio atónito. Nadie se atribuye el mérito de nada. Nacho y Emil salen a la calle. Minutos antes se enfrentaban a un ejército. Ahora no hay nada más que una cavidad negra de doscientos por ciento veinte metros, un vacío enorme y abierto donde antes estaba la plaza. Ha desaparecido el mural, el patio de juegos de los niños; han desaparecido los bancos donde se reunían los ancianos, los céspedes y el huerto prolíjos. Del agujero en la tierra se elevan fantasmales hilos de vapor que se enroscan y se disipan a la luz del sol.

Emil empieza a caminar hacia el perímetro del abismo, pero Nacho le dice: "No te acerques demasiado. No sabemos si es estable". Y Emil se aparta, se queda justo afuera de la entrada de la torre y observa la escena en la que la tierra se ha tragado a un ejército.

"Es como algo sacado de la Biblia", dice.

De pronto, oyen gritos que se alzan en la torre y que significan que los damnificados han ganado, que el enemigo está enterrado a cien pies de profundidad, en una fosa común. Nacho y Emil miran hacia la torre y ven gente saludando triunfalmente y parejas abrazándose y una mujer colocando una bandera en el tejado. Grupos de niños empiezan a vitorear, sus agudos y soprano perforan el aire.

Suena una bocina y luego tambores y cánticos desenfrenados.

Nacho le dice a Emil: “Las ratas y otros animales que escaparon sabían lo que les esperaba. Siempre lo saben antes de que suceda”.

María aparece en la entrada de la torre, con vaqueros ajustados y grandes pendientes de aro, sonrojada, casi resplandeciente de asombro. Se cruza con la mirada de Nacho.

“¡Qué cosa más increíble! Lo sabías desde el principio, ¿no? ¡Sapevi! (Lo sabías!) ¡Tú planeaste esto!”

—No —dice Nacho.

“Por eso estabas tan tranquilo, de fiesta en Agua Suja, tomando café. ¡Lo sabías! ¿Cómo lo hiciste?”

—No lo hice. Tuvimos suerte.

—Mentira. Enterraste a dos chicos Torres, uno bajo hielo y el otro bajo tierra. Eres un héroe.

Y con un gesto amplio lo agarra por el cuello y le besa la frente, dejándole una mancha de lápiz labial rojo.

La marcha de la victoria llega hasta las cabezas de piedra que hay a las puertas de la ciudad y, por primera vez en su

vida, Nacho los conduce a paso rápido, avanzando a grandes zancadas mientras los damnificados miran dos veces y hablan del doble milagro de la victoria y del cuerpo de su líder restaurado, entero e intacto. En las cabezas de piedra estalla una fiesta, en la que los juerguistas regresan todavía vestidos de blanco de la Gran Purificación de Agua Suja. El baile continúa toda la noche y hasta la mañana siguiente y algunos están tan borrachos cuando regresan que casi tropiezan en el abismo.

Sólo cuando el nuevo día comienza a vislumbrar, claro y soleado, Nacho comprende la verdad: deben evacuar.

No es el hedor, aunque es terrible. Un olor siempre se puede disimular enterrando algo lo suficientemente profundo, y Nacho ya tiene en mente llenar el agujero con arena, piedras y escombros de las zonas aledañas a Favelada. El problema es el terreno circundante, y eso incluye el terreno en el que se encuentra el monolito.

“La torre puede caerse cualquier día, en cualquier momento”, dice Nacho.

“Estás diciendo que ganamos la batalla, pero de todos modos tenemos que irnos”, dice uno de los portavoces de los pisos.

—Sí —interviene uno de los hermanos panaderos—. ¿Qué demonios? ¡Caramba, amigo, hemos ganado! ¡Quedémonos aquí!

Se oyen algunos murmullos. Nacho está en su aula. En la pizarra ha dibujado un esquema geológico de cómo funciona un socavón, copiado de un libro que encontró en la biblioteca esa mañana. Con paciencia ha explicado que ya nada es seguro en un radio de doscientos metros.

“Ya les he contado los hechos”, dice. “Es un terreno inestable. Estamos al borde de un precipicio. Vivimos al borde de un agujero de cien pies de profundidad. La tierra alrededor del agujero es frágil. Una lluvia y todo podría derrumbarse, incluida la torre. Todos morirían al instante. Vimos lo que le pasó al ejército de Torres”.

“¿Y adónde vamos?”, pregunta Wheelbarrow (Carretilla), que ya no lleva carretilla.

“No lo sé todavía”, dice Nacho.

Raincoat suelta: “La semana pasada dijiste que había una fábrica en la que podríamos vivir”.

“Emil nos dijo que estaba infestada de murciélagos”, dice Wheelbarrow.

“Y algo sobre un zoológico”.

—Así es —dice Nacho—. Hay un zoológico abandonado.

“Los zoológicos son para los animales”, dice un hombre.
“No querremos vivir así”.

“Si queremos vivir”, dice Nacho, “lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. Después encontraremos un sitio. O sitios”.

“Pero esta es nuestra casa”, dice Wheelbarrow.

“No obligo a nadie a marcharse”, dice Nacho. “Pero os quedáis bajo vuestro propio riesgo. Y os pregunto a los que tenéis hijos: ¿de verdad queréis vivir al lado de este cráter? Cada vez que vuestros hijos salgan a la calle os preocupará que se caigan dentro. Cada pelota que pateen o cualquier juguete con ruedas rodará colina abajo hasta el abismo donde, ¿cuántas personas han muerto? No es seguro. He investigado, he mirado registros geológicos, he hablado con topógrafos y evaluadores de riesgos. Todos dicen lo mismo: salid antes de que sea demasiado tarde”.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste si lo sabías? —dice una voz desde atrás, una mujer con la cabeza rapada y un tatuaje de un ojo sobre la nariz.

“¿Hacerlo?”

“Colocar bombas bajo tierra para que se derrumbe. Eso es lo que dicen que has hecho”.

“¿Quién dijo que hice algo?”

“Todos. Dijeron que con su hermano, como se llame, Emilio, les tendieron una trampa”.

–No es verdad –dice Nacho–, y aunque lo fuera, no tendría relevancia. Hemos tenido suerte. Ahora se nos acabó la suerte. Tenemos que irnos. Os digo lo que sé. Os he traído a muchos de vosotros aquí y ahora os digo, a los que queráis escuchar, que es hora de buscar otro sitio. Lamento que no haya funcionado. Lo hemos intentado. Habrá otras torres y otros lugares a los que llamar hogar. Sólo que todavía no los hemos encontrado.

Nacho sale por la puerta y baja veinte tramos de escaleras hasta su habitación. Intenta llamar a los gemelos, pero están durmiendo una resaca terrible y, en cualquier caso, la camioneta de su padre no aparece por ningún lado. Nacho se resigna a abandonar sus libros, sus muebles, todo lo que no pueda llevarse en la parte trasera de un rickshaw.

–Ferrido –dice Emil.

“Buen viaje”, dice Nacho.

Y se fue con un rugido y una lluvia de polvo, María colgada de su espalda mientras la oxidada moto se alejaba, la cabeza de su pequeño perro sobresaliendo de una mochila sobre

sus hombros. Ni siquiera se despidió. No miró atrás. Abandonó su salón. Se llevó solo baratijas y reliquias, y un pedazo del corazón de Nacho.

—Nos vemos, hermano —se dice Nacho—. Y a ti también, María.

Detrás de él se encuentra Wheelbarrow. Ahora parece vieja y un poco rota, pero se ha dicho a sí misma que lo seguirá hasta el final.

Los hermanos panaderos deciden quedarse en el monolito, pero como la mayoría de la gente se ha ido y otros tienen demasiado miedo de entrar en el edificio, su panadería pronto se arruina y se ven obligados a llevar panes en bandejas por la calle. Al cabo de un mes se marchan.

En cuanto a don Felipe, el cura, es cierto que fue a ver a Torres, pero sus motivos fueron malinterpretados. Fue en una misión para convertir al tirano al cristianismo. Torres se rió en su cara, lo ató y lo arrojó a una celda, interrogándolo para obtener información sobre Nacho, amenazándolo con torturas que habrían hecho dudar incluso a Shivarov, el Hacedor de Lisiados. El cura fue descubierto después de la muerte de Torres, medio muerto de hambre y delirando en su celda. Al regresar a su habitación en la torre, descubrió que le habían robado sus pertenencias. Al salir del monolito por última vez, con nada más que los harapos que llevaba

puestos, se dijo a sí mismo: “Lo he logrado. Finalmente, yo también me he convertido en un damnificado”.

¿Y los demás? Se dispersan. Se escabullen de nuevo entre las sombras donde siempre han vivido los damnificados. Encuentran un refugio en Fellahin o una casucha en Agua Suja, un cine abandonado en Blutig o un albergue de mala muerte en Oameni Morti. Pasan el resto de sus días haciendo trabajos ocasionales, luchando contra sus adicciones, buscando un lugar al que llamar hogar.

Lalloo encuentra refugio en Spazzatura, el lugar de descanso final de su padre. Lo reciben como a un hijo que regresa y lo ponen a trabajar en el campo. No inventa nada, ni lo necesita.

Los gemelos recorren las regiones, trabajan en la construcción, en granjas, en fábricas, aislados del mundo por su condición de gemelos y su fuerza fibrosa que los saca de mil apuros y peleas, les permite esquivar balas y dragones.

En cuanto a Nacho, se instala en una escuela abandonada de Mundanzas y se lleva consigo a veinte familias. De día da clases y traduce; de noche camina durante horas a un ritmo vertiginoso, como para compensar todos esos años cojeando sobre sus muletas. Y a veces lo reconocen o lo reconocen a medias por la calle y quienes lo ven dicen: “Parece el héroe Nacho Morales, pero Nacho tenía una pierna torcida. No puede ser él”.

Susana también vive en la escuela, pero permanece fiel al recuerdo de Sato Kazunari Maeda por el resto de sus días. Finalmente regresa a Favelada para estar más cerca de su tumba. Nacho piensa en ella a veces y se pregunta qué podría haber sido, pero con el tiempo su recuerdo de ella se desvanece y ella se convierte en una figura más de un cuento de hadas. Y, de todos modos, era al chino a quien amaba.

Emil y María encuentran un lugar en Ferrido con cuatro manzanos y vistas al mar. En tres años tienen dos niñas y un niño, miniaventureros, de pelo salvaje, que corren desenfrenadamente por los muelles. El puerto crece y los negocios prosperan. María abre una peluquería. Y luego otra. Y otra. Emil construye barcos. Nacho va de visita cuando puede y Emil lo lleva de paseo por la costa y hablan de los viejos tiempos, de la Casa de las Flores, de los hermanos Torres, del lobo.

Y algunos de los damnificados han cambiado. Ya no son gente de la calle. Y a medida que pasa el tiempo, sus recuerdos de la torre se vuelven borrosos. ¿De verdad estaban atrincherados en el tercer edificio más alto de la ciudad? El de las vistas increíbles. Agua y electricidad gratis. Educación. Dignidad. ¿De verdad sucedió que derrotaron a una manada de lobos para entrar y luego quedaron atrapados por una inundación y no pudieron salir? ¿O fue solo una historia? ¿Y los lobos realmente regresaron para derrotar a Torres el Viejo? ¿Y el hombrecillo? ¿El tullido?

¿Era o no su líder? Parecía tomar muchas decisiones, pero tenía un hermano que parecía más apropiado.

Los cuentos que les cuentan a sus hijos sobre la torre cambian según el narrador y el idioma. Cuando la historia se cuenta en italiano se vuelve florida, un cuento de excesos, color y luz; cuando se cuenta en árabe, asume una gracia formal como si fuera un mito hecho realidad; y cuando se cuenta en xhosa, se convierte en un poema cantado por iimbongi²³. Y los detalles cambian cada vez: los lobos se convierten en tigres o serpientes, los hermanos Torres asumen la forma de demonios, con cuernos y escamas.

Y a medida que los recuerdos de la torre de los damnificados comienzan a desvanecerse, la torre misma comienza a perder todo recuerdo de ellos. Con sus últimos ocupantes desaparecidos, los sonidos se borran, el aire se calma. El techo es nuevamente invadido por palomas, y un grupo de gatos salvajes encuentra refugio en los pisos inferiores de la torre. La ropa que quedó colgada para secar durante el éxodo se convierte en harapos, golpeados por la lluvia y blanqueados por el sol. Las ollas y sartenes suspendidas en clavos o en equilibrio una sobre otra se descoloran y luego se las traga el óxido. Los libros

23 Un imbongi (plural: iimbongi), o poeta de alabanza xhosa, es un miembro de la comunidad xhosa que realiza actividades ceremoniales en eventos importantes. Un imbongi es tradicionalmente un hombre que recita poesía emotiva, canta, explica relaciones familiares, vuelve a contar eventos históricos y comenta sobre temas de actualidad.

abandonados se enmohecen, se vuelven marrones y flácidos en los bordes, y se deshacen. Los muebles comienzan a implosionar, las patas de madera se desploman bajo el peso de las hojas húmedas que entran por las ventanas durante las tormentas, y las sillas se vuelven desvencijadas en el aire húmedo. Los armarios y guardarropas que quedan de pie al sol se ampollan y se agrietan, y las cajas de cartón se convierten en mantillo.

Y en las paredes y las ventanas, las puertas y las escaleras, la naturaleza empieza a tomar el control. En la entrada del edificio, las malas hierbas se abren paso a través de las grietas del suelo y un diente de león brota como un sol en miniatura. La hiedra empieza a trepar por la pared este y trepa y trepa hasta que tira de la torre, agarrándola con sus manos fibrosas con un millón de dedos, tirando del hormigón lleno de marcas y cubriendo los garabatos de los grafitis.

La torre se vuelve invisible para los transeúntes. Es una marca, una mancha en el centro de la ciudad, enorme pero olvidada por quienes pasan por ella caminando o en coche en su camino a otros lugares. Un depósito de viejas leyendas desaparecidas hace tiempo. De vez en cuando, un borracho o un grupo de adolescentes fiesteros se acerca a la entrada y enciende una hoguera en la planta baja, pero el olor del socavón y la presencia de los gatos los alejan rápidamente. Corre el rumor de que se ha visto un animal allí, un lobo antiguo, con el pelaje enmarañado y los ojos apagados como

la lluvia, y había algo extraño en la criatura cuando se la veía desde cierto ángulo, como si fueran dos juntos, pero nadie puede verificarlo.

Y una vez más, cuando los cristales de las ventanas han desaparecido y las puertas siguen abriéndose y cerrándose con un chasquido, el viento se apodera de la torre, enviando sus ráfagas y borrascas por los pasillos, silbando por las escaleras, tocando arpegios en las rejillas de los radiadores abandonados. Los días en que la lluvia torrencial cae en horizontal, la torre se balancea, moviendo sus caderas, y los pájaros se elevan al unísono en una diagonal perfecta y vuelan hasta convertirse en motas contra el torrente gris.

Delante de la torre, todo el tiempo, el abismo. Aquí y allá, los habitantes del páramo se dedican a tirar su basura en el agujero. Luego empiezan a traer camiones llenos de ella: cartón, papel, comida podrida, cadáveres de animales. Vienen de Fellahin, Oameni Morti y Blutig, Agua Suja, Bordello y Sanguinosa, y, lentamente, a lo largo de tres décadas, el agujero se va llenando gradualmente hasta que, una vez más, en el corazón de Favelada hay un vertedero gigante, un depósito de basura que cubre los huesos de los soldados muertos que hace todos esos años cayeron en él y perdieron la guerra que no era una guerra.

Y donde hay basura hay gente que recupera cosas, escarbando en la tierra en busca de una joya, un reloj, una muñeca, una baratija. Y mientras los clasificadores de basura

se dedican a su trabajo, uno o dos se detienen a mirar hacia la torre y recordar las viejas canciones que cantaban sus padres: la del chino, la del lobo.

A las puertas de la ciudad se alzan las cabezas de piedra. Las autoridades construyen a su alrededor, construyendo carreteras más anchas y mejores, y a todos los que pasan junto a ellas se les recuerda que una ciudad debe buscar a sus enemigos fuera y dentro de sus murallas. Los conductores de rickshaw recuerdan haber llevado a la gente a las fiestas, y recuerdan al pequeño lisiado que dirigía el espectáculo, y recuerdan los fuegos y las luces y los cantos y los bailes, porque, por mucha sangre que se derramara, mezclada con la lluvia interminable, y por muy larga que fuera la sombra de las Guerras de la Basura, aquellos eran tiempos mágicos.

COMENTARIOS SOBRE *DAMNIFICADOS*

“*Damnificados* es una rica creación ficticia inspirada en leyendas del pasado y visiones del futuro. La verdadera magia de la novela es que evoca un mundo rebosante y vigoroso que parece una versión urgente del presente”.

–Richard Beard, autor de *X20*

“JJ Amaworo Wilson es un escritor fantástico con una historia que te atrapa por el cuello y nunca te suelta. Bestias de dos cabezas, diluvios bíblicos, libélulas al rescate... el realismo mágico se entrelaza con esta lucha auténtica y convincente de hombres y mujeres –los damnificados– por construir un hogar para sí mismos contra todo pronóstico. Como dice el lisiado Nacho, el refugio que ayuda a crear está “siempre al borde del caos”. Sin embargo, en este paisaje moderno, urbano y políticamente familiar de los “pobres”

contra los “ricos”, Amaworo Wilson presenta arquetipos de esperanza y redención que también son profundamente familiares: el amor verdadero, las búsquedas de una visión, el viaje del héroe, incluso la remota posibilidad de un final feliz. Estos personajes, este lugar, este sueño permanecerán contigo mucho después de que hayas terminado de leer este libro”.

–Sharman Apt Russell, autor de *Hambre*

“Amaworo Wilson sigue el consejo de Nabokov: en frases nítidas acaricia los detalles. Nos acerca a un mundo que no conocíamos y que ahora no olvidaremos.”

–ACH Smith, autor de *El cristal oscuro*

“Una gran novela. La nueva Torre de Babel de Amaworo Wilson y su población realmente me cautivaron. Una historia extraordinaria con personajes inolvidables y escenas fantásticas... una parábola y un recuerdo del destino de los condenados de esta tierra.”

–Ruth Weibel, agencia literaria Liepman AG

“JJ Amaworo Wilson escribe con una profunda simpatía humana y una capacidad descriptiva memorable. *Damnificados* es una historia que hay que escuchar”.

–Diran Adebayo, autor de *Some Kind of Black*

“Moisés se encuentra con los desesperados. Esta es una versión moderna de una historia milenaria, sobre un hombre que aleja a su pueblo de la pobreza y la opresión. Interesante, conmovedora y honesta”.

–Bart van der Steen, editor de *La ciudad es nuestra: movimientos okupantes y autónomos en Europa desde los años 70 hasta la actualidad*

“Sólo un talento especial y poco común puede tomar realidades contemporáneas –tristes, alegres, exasperantes, inspiradoras– y convertirlas en leyenda. En una narrativa rica en peligro, aventura, humor, romance y riesgo, JJ Amaworo Wilson plantea preguntas esenciales sin sucumbir a la seriedad ni al didactismo”.

–Diane Lefer, autora de *Confesiones de un carnívoro*

“No es frecuente leer una obra de ficción que logre la complicada tarea de retratar la marginalidad, el silencio, el abandono y otras formas de exclusión sociocultural. Pero esta novela ofrece mucho más que un entretenimiento informado: es una literatura verdaderamente hermosa que nos ayuda a dar forma a una nueva comprensión de la compleja relación entre los pueblos, las culturas de resistencia y el entorno urbano”.

–Andrej Grubačić, coautor de *Wobblies y zapatistas: conversaciones sobre anarquismo, marxismo e historia radical*

“*Damnificados* es un David y Goliat moderno de proporciones épicas. Amaworo Wilson habla con elocuencia y naturalidad en nombre de los olvidados. Los anónimos. Los que están bajo tierra. Los perdidos. Los condenados. Es un torbellino de guerra, descontento e ira. Una historia que pide ser contada. Y Amaworo Wilson saca a la luz cada detalle incómodo para obligarnos a examinarlo. Este es un debut que sin duda marcará el comienzo de una carrera asombrosa y duradera”.

–Aaron Michael Morales, autor de *Drowning Tucson*

“*Damnificados* de JJ Amaworo Wilson es una fascinante historia de lucha, pasión y justicia, contada en prosa vibrante. Mítica, hermosa, sabia y extraña, brinda placer en cada página”.

–Joy Castro, autora de *La isla de los huesos*



ACERCA DEL AUTOR

JJ Amaworo Wilson nació en Alemania, hijo de madre nigeriana y padre inglés, pero creció en el Reino Unido. También ha vivido en Egipto, Colombia, Lesoto (donde dirigió un teatro y trabajó para el movimiento contra el apartheid), Italia y, más recientemente, en los Estados Unidos, donde es escritor residente en la Western New Mexico University. Sus relatos breves han sido publicados

por Penguin, Johns Hopkins University Press y una gran cantidad de revistas literarias en Inglaterra y los Estados Unidos.

“Contundente... ¡el tipo de lenguaje que tiene un gran impacto!”

– *The Times*, Londres